

NICCI FRENCH

A FLOR DE PIEL

se

Lectulandia

En principio, las tres mujeres no tienen nada en común. Zoë es una joven profesora recién llegada a la gran ciudad; Jennifer, una próspera, respetable e infeliz madre de tres niños; y Nadia, que acaba de salir de una mala relación, actúa en fiestas infantiles mientras se pregunta qué hacer con su vida. Sin embargo, aunque ellas lo ignoren, un insospechado nexo las ha unido: es un hombre y está al acecho. Las observa detenidamente, anota cada uno de sus movimientos, dónde viven, en qué trabajan, cuándo salen, a qué hora regresan, incluso se ha tomado la molestia de visitar el piso en venta de una de ellas para examinar todos los detalles. Y cuando cree tener toda la información, les envía sendas cartas explicándoles sus planes, unos planes que sólo pueden causar terror. ¿Cómo quitarse de en medio a un hombre que se ha inmiscuido irremisiblemente en sus vidas?

Lectulandia

Nicci French

A flor de piel

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2018

Título original: *Beneath the Skin*
Nicci French, 2001
Traducción: María Antonia Menini Pagés
Diseño de cubierta: Jaroslav

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA

se
epublibre

5 ANIVERSARIO



Para Katie y Chris

PRÓLOGO

En verano sus cuerpos recogen el calor, que se filtra a través de los poros de su piel desnuda, y la ardiente luz penetra en su oscuridad. Me imagino la luz serpenteando en el interior de esos cuerpos: un oscuro líquido reluciente que las excita. Se desprenden de las gruesas y cerradas capas de ropa que las cubren en invierno y dejan que el sol les acaricie los brazos y la nuca y que se derrame entre sus pechos. Ladean la cabeza para que el sol les dé en la cara, cierran los ojos y entreabren las bocas, unas de labios pintados y otras sin pintar. El calor reblandece el suelo que ellas pisan cuando caminan abriendo sus piernas desnudas, al tiempo que las vaporosas faldas revolotean al ritmo de su paso. Mujeres. En verano las observo, aspiro su olor y las evoco.

Contemplan su imagen reflejada en los escaparates, contraen el estómago y yerguen la espalda. Yo las miro. Observo cómo se observan. Las veo cuando ellas creen que son invisibles.

La del cabello color jengibre con el vestido de playa anaranjado, uno de cuyos tirantes se le ha caído del hombro. Tiene pecas en la nariz y un lunar grande en la clavícula. No lleva sujetador. Cuando camina, balancea sus blancos brazos, cubiertos de suave vello. Se le transparentan los pezones a través de la ajustada tela de algodón del vestido. Tiene poco pecho y unos afilados huesos pélvicos. Calza sandalias. El segundo dedo del pie es más largo que el dedo gordo. Sus ojos son de color verde cenagoso, como el fondo de un río. Tiene las pestañas rubias y parpadea mucho. Sus labios son finos y muestran restos de carmín en las comisuras. Se encorva bajo el calor; levanta un brazo para secarse las gotas de sudor de la frente y muestra en el hueco de la axila una sombra de vello de color jengibre quizá de unos cuantos días. Las piernas también se intuyen ásperas, de un tacto como el del papel de lija mojado. La piel se le está llenando de manchas. Tiene algún mechón de cabello pegado a la frente. Aborrece el calor. El sol la vence.

Cabría pensar que la de pechos grandes, tripa blanda y espesa mata de cabello negro tendría que pasarlo peor con tantos kilos y tanta carne, pero no, ella se rinde al sol, no lucha contra él. Veo cómo abre su voluminoso y suave cuerpo. En su camiseta verde, en las axilas, se ven círculos de sudor, un sudor que le baja por el cuello junto a sus gruesas y tiesas trenzas. Gotas de sudor brillan en el espeso vello oscuro de sus brazos y sus fuertes piernas. Lleva zapatos de tacón. El vello de las

axilas es espeso. Una sombra de bigotillo le asoma por encima del labio. Con sólo verla sé cómo es el resto de su cuerpo. Su boca es roja y húmeda como una ciruela madura. Hunde sus blancos dientes en un bocadillo envuelto en papel marrón con manchas de grasa. Una semilla de tomate se le adhiere al labio superior y un hilo aceitoso desciende por su barbilla, pero no se lo limpia. La falda se le ha quedado prendida en la hendidura del trasero y se le levanta un poco.

El calor puede hacer que las mujeres resulten repugnantes. Algunas se resecan como los insectos en el desierto. Las yermas arrugas del rostro les marchitan el labio superior y dibujan surcos entrecruzados bajo sus ojos. El sol las reseca; sobre todo a las viejas, que procuran ocultar sus arrugados brazos bajo las mangas y sus rostros bajo los sombreros. Otras se pudren y apestan; la piel a duras penas puede contener su desintegración. Cuando pasan a mi lado, aspiro su olor, y tras el aroma del desodorante, del jabón y del perfume con que se han rociado las muñecas y la parte posterior de las orejas, percibo el hedor de la madurez y la putrefacción.

Pero otras se abren como flores bajo el sol; están limpias y frescas, tienen la piel suave y llevan el sedoso cabello echado hacia atrás o alrededor del rostro. Me siento en un banco del parque y las observo cuando pasan por delante de mí, solas o en grupo, pisando con fuerza la agostada hierba. La luz resplandece en ellas. La morena del vestido amarillo, en cuya reluciente piel se refleja el sol, tiene el cabello espeso y graso. La oigo reír al pasar; un áspero sonido que parece brotar de algún lugar oculto en lo más profundo de su imponente cuerpo. Observo lo que permanece a la sombra: el pliegue de la axila, el hueco de la parte posterior de la rodilla, el oscuro valle que se abre entre sus pechos, ocultos pedacitos de ellos. Creen que no hay nadie mirando.

A veces puedo ver lo que llevan debajo. La mujer de la camiseta blanca sin mangas tiene un sujetador de color gris sucio por el uso. Uno de los tirantes se le cae constantemente del hombro. La camiseta está limpia, pero no se ha tomado la molestia de cambiarse el sujetador. Debía de pensar que nadie iba a darse cuenta. Pero yo me fijo en estas cosas. La combinación que asoma por debajo de la falda. La desconchada laca de las uñas. La mancha en la piel que procuran disimular con maquillaje. El botón que no hace juego con los demás. El tizne de suciedad, el mugriento borde del cuello. El anillo que se ha quedado pequeño con el paso de los años y que hace que el dedo se hinche a su alrededor.

Pasan por delante de mí. Las veo a través de la ventana cuando creen que están solas. La que se queda dormida por la tarde en la cocina de la casa que hay al final de la tranquila calle por la que a veces paso: duerme con la cabeza ladeada en un incómodo ángulo y con la boca abierta, de la que mana un fino riachuelo de saliva que parece la estela de un caracol. En cuestión de un minuto despertará sobresaltada y se preguntará dónde se encuentra.

Cuando suben a un automóvil, la falda se les sube dejando fugazmente al descubierto la ropa interior y unos muslos llenos de hoyuelos.

Veo los moratones del amor bajo el pañuelo que se han colocado con esmero.

A la embarazada le veo el prominente ombligo de la tripita a través de la fina tela de su vestido.

Veo manchas de leche en la blusa de la que amamanta a su hijo y un imperceptible resto de vómito sobre el hombro donde el bebé recuesta la cabeza con indolencia.

La sonrisa que deja al descubierto unas encías inflamadas y abiertas, el diente desportillado, la funda de porcelana.

La línea marrón del cabello teñido de rubio, cuya raíz ya ha crecido.

Las gruesas y amarillentas uñas de los dedos de los pies, que delatan su edad.

Las primeras señales de venas varicosas en la blanca pierna, como gusanos morados bajo la piel.

En el parque se tumban sobre la hierba mientras el ardiente sol cae sobre ellas. Se sientan en las terrazas de los bares, con los labios cubiertos de espuma de cerveza. En el metro, me coloco entre ellas y noto la fricción de la cálida carne en medio del aire viciado. A veces me siento a su lado y les rozo levemente el muslo con el mío. En ocasiones les abro la puerta y las sigo al interior de una biblioteca, de una galería o una tienda, y observo cómo caminan, cómo vuelven la cabeza o se recogen el cabello tras las orejas, cómo sonrían y cómo apartan la mirada, o cómo no la apartan.

Durante unas semanas más, será verano en la ciudad.

Primera parte

Zoë

NO me habría hecho famosa de no haber sido por la sandía. Y no habría tenido en mi poder una sandía de no haber sido por el calor. Por lo tanto, será mejor que empiece por el calor.

Hacía calor, hecho que puede producir una impresión equivocada, pues podría inducir a pensar en el Mediterráneo, en playas desiertas y en bebidas servidas en copas altas con vistosas sombrillas de papel sobresaliendo por encima. Nada de eso. El calor era como un enorme y viejo perro maloliente, sarnoso, grasiento, flatulento y moribundo, que se había instalado en Londres a principios de junio y llevaba ya tres horribles semanas sin moverse de allí. Cada vez resultaba más agobiante y pegajoso. Día a día, el cielo había ido variando del azul a una persistente mezcla de gris y amarillo. Holloway Road era como un gigantesco tubo de escape; los humos de los vehículos quedaban retenidos sobre el asfalto a causa del peso de otros agentes contaminantes mucho más perjudiciales que permanecían en suspenso por encima de ellos. Los peatones nos tosíamos unos a otros como perros beagle recién salidos de un laboratorio de investigación sobre los efectos del tabaco. A principios de junio resultaba agradable ponerse los vestidos de verano y percibir su ligereza sobre la piel. Pero al término de cada jornada estaban sucios y con manchas de sudor, y todas las mañanas tenía que lavarme el pelo en el fregadero.

Normalmente, el tipo de libros que suelo leer a los niños en clase viene dictado por los principios totalitarios y fascistas que impone el Gobierno, pero aquella mañana me rebelé por una vez y les leí un cuento del Conejo Brer que había encontrado en una caja de cartón donde guardaba los libros de mi infancia y que me llevé cuando abandoné el apartamento de mi padre para irme a vivir sola. Recuerdo que me entretuve leyendo viejos informes escolares y cartas escritas antes de que yo naciera y mirando las horteras figuritas de porcelana. Todo ello trajo a mi memoria un torrente de recuerdos emocionantes. Cogí los libros pensando que quizá algún día tuviera hijos a quienes poder leer las historias que mi madre me leía cada noche antes de dormir. Aquellas lecturas en voz alta pasaron con el tiempo a engrosar la lista de las muchas cosas perdidas, por lo que en mi recuerdo acabaron siendo algo extremadamentepreciado y maravilloso. Cada vez que leo algo en voz alta a los niños, es como si una parte de mí se transformara en una suave y borrosa versión de mi madre, y tengo la sensación de estar leyéndole a la niña que antaño fui.

Me encantaría poder decir que la clase se entusiasmó con este clásico y anticuado cuento, pero no. Puede que hubiera menos protestas, menos hurgamientos de nariz, menos miradas al techo y codazos que de costumbre, pero lo que descubrí por encima de todo cuando les pregunté sobre el cuento fue que nadie sabía lo que era una sandía. La dibujé en la pizarra con tiza verde y roja, pues al fin y al cabo una sandía es tan fácil de dibujar que hasta yo puedo conseguirlo.

Así pues, les dije que si eran buenos —en el transcurso de la última hora de la

tarde se habían comportado alarmantemente bien— al día siguiente les llevaría una sandía. De vuelta a casa, me bajé una parada más allá de la mía, después de que el autobús hubiera girado por Seven Sisters Road. Enfilé calle abajo y me acerqué a los tenderetes de fruta y verdura. En el primero de ellos, lleno a rebosar, compré medio kilo de doradas ciruelas y me las comí con avidez. Eran ácidas, jugosas y frescas. Me trajeron recuerdos del campo donde me crié, imágenes de los momentos que pasaba sentada a la verde sombra de un árbol a la hora del crepúsculo. Eran algo más de las cinco de la tarde, lo que significa que empezaba a haber embotellamientos de tráfico. El humo de los tubos de escape me azotaba la cara, pero me sentía contenta. Como de costumbre, tuve que abrirme paso entre la multitud. Sin embargo, esta vez veía a la gente de buen humor y vestida con ropas de vivos colores. Mi claustrofobiómetro urbano había bajado de su habitual once a un más soportable seis o siete.

Compré una sandía del tamaño de una pelota de baloncesto y que pesaba como una bola de bolera. El vendedor cogió cuatro bolsas de plástico, las metió una dentro de otra y alojó allí la sandía, pero no había manera cómoda de transportar aquello.

Con cuidado, me la eché al hombro girando sobre mí misma, y el peso estuvo a punto de hacerme caer entre los coches. Recuperé el equilibrio y, como quien lleva un saco de carbón a la espalda, me dispuse a salvar los aproximadamente trescientos metros que me separaban de mi apartamento. Podía conseguirlo.

Mientras cruzaba Seven Sisters Road y enfilaba Holloway Road, noté que la gente me miraba. Dios sabe qué debían de pensar al ver a aquella joven encorvada y escasamente vestida acarreando una bolsa de plástico con algo dentro que pesaba tanto como ella.

Y entonces ocurrió. ¿Qué sentí en aquel momento? No sé, fue un instante, un impulso, una sacudida, y enseguida todo se convirtió en pasado. No pude reconstruir los hechos hasta más tarde, después de haber repasado mentalmente lo ocurrido y de habérselo contado a la gente y escuchado lo que los demás me explicaban al respecto. Un autobús se acercó a mí a toda la velocidad que permite Holloway Road en hora punta. Ya casi estaba llegando adonde yo me encontraba cuando me pareció que alguien saltaba desde la plataforma trasera del vehículo. La gente normal no baja así de los autobuses, ni siquiera los londinenses, por lo que al principio pensé que alguien había cruzado de manera imprudente la calle justo después de que pasara el autobús. Sin embargo, por la velocidad con la que aterrizó en la calzada, que casi le hizo perder el equilibrio, comprendí que había saltado.

Después vi que en realidad se trataba de dos personas: un hombre y una mujer unidos entre sí por lo que parecían unas correas. La mujer, mayor que el hombre, aunque ni mucho menos vieja, perdió el equilibrio al contactar con la calzada y cayó al suelo. Vi sus pies en el aire mientras se golpeaba contra un cubo de basura. Vi también cómo su cabeza chocaba contra la calzada, la oí. El hombre se soltó de un tirón. A la altura del pecho, sujeto con ambas manos, llevaba el bolso de la mujer. Alguien gritó y el hombre echó a correr. Su rostro esbozaba una tensa y extraña

sonrisa. Tenía la mirada perdida. Venía directamente hacia mí. Cuando llegó a mi altura, tuve que apartarme de un salto para que no me atropellara. Pero no me limité a saltar, sino que al mismo tiempo dejé que la sandía resbalara sobre mi hombro y me eché hacia atrás para aprovechar la inercia; de lo contrario, habría caído en vertical y me habría arrastrado con ella... Si la sandía hubiera seguido describiendo su trayectoria circular a mi alrededor, yo habría perdido rápidamente su control... Sin embargo, la trayectoria quedó bruscamente interrumpida cuando la sandía le acertó al hombre de lleno en el estómago.

Lo llaman «punto dulce». Cuando en primaria yo jugaba al *rounders* —la modalidad británica del béisbol— y lanzaba la pelota, ésta solía rozar el bate y salía despedida tristemente a un lado. Pero de vez en cuando la pelota daba en el punto apropiado y sin el menor esfuerzo salía volando. Los bates de críquet también tienen su punto dulce, sólo que en este juego lo llaman «meollo». Incluso las raquetas de tenis tienen su punto dulce, al igual que los bates de béisbol americano. Pues bien, aquel ladrón entró en contacto con mi sandía en su punto dulce, en el punto exacto del arco. Cuando le impactó en el estómago, se oyó un sordo gemido de lo más extraño y un fuerte ruido como de aire a presión. Acto seguido, el hombre se desmoronó como si no hubiera un cuerpo en el interior de la ropa y esta cayera formando pliegues sobre la calzada. No se desplomó como un árbol, sino como un edificio derribado con explosión controlada. En un momento está ahí y al momento siguiente no queda sino polvo y escombros.

Yo no tenía ningún plan previsto para el caso de que el hombre se levantara y se abalanzara sobre mí; mi sandía sólo servía para un golpe. Sin embargo, no pudo levantarse, sino que se quedó allí, tendido en la calzada. Enseguida la muchedumbre nos rodeó y el hombre desapareció de mi vista. Entonces me acordé de la mujer. Algunas personas se acercaron a mí para decirme algo, pero las aparté a un lado y seguí adelante. Me sentía aturdida y al mismo tiempo alborozada: tenía unas ganas locas de reírme, de hablar sin parar. Pero la mujer no movía precisamente a risa. Estaba tendida en la calzada. Sobre los adoquines se veía mucha sangre, oscura y espesa. Pensé que estaba muerta, hasta que vi que una de sus piernas daba extrañas sacudidas. Iba elegantemente vestida con un traje chaqueta de falda gris muy corta. De repente me dio por pensar en aquella mujer: habría desayunado y luego acudido al trabajo. Después, de regreso a casa, iría pensando en lo que haría por la noche. Seguramente estaría elaborando reconfortantes y mundanos planes cuando aquel repentino acontecimiento cambió su vida. ¿Por qué no había soltado el maldito bolso? Aunque tal vez se le había quedado enganchado en el brazo.

La gente la rodeaba con aire de preocupación en el rostro. Todos queríamos que alguien con algún tipo de autoridad —un médico, un policía o cualquier otra persona de uniforme— se adelantara, asumiera el control y convirtiera la situación en un suceso normal que se podía resolver a través de los cauces habituales. Pero nadie se movía.

«¿Hay algún médico aquí?», preguntó una anciana que estaba a mi lado.

Mierda. En el segundo semestre de mis prácticas de magisterio había hecho un cursillo de dos días de primeros auxilios. Me adelanté y me arrodillé a su lado, e inmediatamente me envolvió una sensación de seguridad. Sabía algo acerca de la administración de medicamentos a niños pequeños, pero no se me ocurría nada que fuera útil en aquella situación, excepto una de las máximas principales: «Ante la duda, no hagas nada». Vi que había mucha sangre en el rostro y la boca de la mujer, y entonces acudió a mi mente otra frase. «La posición de recuperación». Con sumo cuidado, volví su rostro hacia mí. Oí jadeos y expresiones de desagrado a mi espalda.

—¿Alguien ha llamado a una ambulancia? —pregunté.

—Yo, por el móvil —contestó una voz.

Lancé un profundo suspiro e introduje los dedos en la boca de la mujer. Tenía la piel muy blanca y era pelirroja, más joven de lo que me había parecido al principio y probablemente bastante guapa. Me pregunté de qué color serían sus ojos detrás de los párpados cerrados. A lo mejor, eran verdes: cabello rojo y ojos verdes. La sangre de la boca era muy espesa. Me miré la mano, roja de sangre, y vi un diente, o un fragmento de diente. Desde algún lugar de su interior salió una especie de gemido y tuvo un acceso de tos, probablemente una buena señal. Muy cerca oí el estridente ulular de una sirena. Levanté la vista. Un hombre uniformado me apartó a un lado, lo cual me pareció muy bien.

Con la mano izquierda saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me limpié cuidadosamente los dedos, sucios de sangre. Entonces me acordé de la sandía. Había perdido la sandía. Volví sobre mis pasos para buscarla. El agresor ya se estaba incorporando, mientras dos agentes de policía, un hombre y una mujer, lo observaban. Vi mi bolsa de plástico azul.

—Es mía —dije, recogéndola—. Se me ha caído.

—Lo ha hecho ella —dijo una voz—. Ella sola lo ha reducido.

—Lo ha dejado completamente fuera de combate —añadió otra persona mientras una mujer soltaba una carcajada muy cerca de mí.

El hombre se me quedó mirando. Esperaba que lo hiciera con expresión rencorosa, pero lo cierto es que sólo parecía aturdido y desconcertado.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el policía en tono un tanto receloso.

—Sí —contesté con aire cansado—. Pero será mejor que me vaya.

El agente se adelantó.

—Necesitamos averiguar unos cuantos datos.

—¿Qué quieren saber?

Sacó un cuaderno de notas.

—Empezaremos por su nombre y dirección.

Entonces me di cuenta de otra cosa. Estaba más trastornada de lo que creía, pues no recordaba mi nombre, ni mi dirección, a pesar de ser la propietaria del maldito apartamento en el que llevaba viviendo dieciocho meses. Tuve que sacar la agenda

del bolsillo y leer mi dirección, aunque me temblaban tanto las manos que apenas distinguía las palabras. Debieron de pensar que estaba loca.

Había llegado a la E en la lista: E de Damian Everatt, un escuálido chiquillo con unas gafas enormes —una de cuyas patillas estaba fijada con esparadrapo—, pálidas orejas, una ansiosa boca con los dientes separados y unas rodillas llenas de costras causadas por las muchas caídas en el patio como consecuencia de los empujones de los otros niños.

—Sí, señorita —musitó, justo en el momento en que Pauline Douglas asomaba la cabeza por la puerta de la clase.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Zoë? —me dijo.

Me levanté, alisándome nerviosamente el vestido, y me reuní con ella. En el pasillo había una agradable corriente, pese a lo cual observé que una gota de sudor resbalaba por el rostro cuidadosamente empolvado de Pauline, y su cabello entrecano, habitualmente seco, mostraba un aspecto húmedo en la zona de las sienes.

—Ha llamado un periodista de la *Gazette*.

—¿Qué es eso?

—Un periódico local. Quieren hablar contigo sobre tu acto heroico.

—¿Cómo? Ah, ya. Es...

—Ha dicho no sé qué de una sandía.

—Ah, sí, bueno, verás...

—Quieren enviar también a un fotógrafo. ¡Silencio!

Esto último se lo dijo a los niños que estaban jugando en el suelo detrás de nosotras.

—Siento que te hayan molestado. Diles que no.

—De ninguna manera —dijo con firmeza Pauline—. Ya hemos quedado. Vendrán a las diez cuarenta y cinco, durante el recreo.

—¿Estás segura de que quieres que vengan?

La miré con expresión dubitativa.

—Podría ser una buena publicidad. —Miró por encima de mi hombro—. ¿Es aquello?

Me volví para mirar el enorme fruto con rayas verdes que descansaba inocentemente en un estante que había a nuestra espalda.

—Pues sí.

—Al parecer, eres más fuerte de lo que aparentas. Muy bien, nos vemos luego.

Volví a sentarme y cogí la lista.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Kadijah.

—Sí, señorita.

El periodista era un hombre grueso y bajito, de mediana edad, con pelillos que le asomaban por las ventanas de la nariz y por el cuello de la camisa. Tenía el rostro amoratado y unos amplios círculos de sudor le manchaban las axilas. No entendí su nombre, lo cual me resultó considerablemente embarazoso habida cuenta de lo bien que él conocía el mío. Bob no sé qué, creo. Mientras escribía con signos de taquigrafía en su maltrecho cuaderno de notas, su regordete puño se deslizaba constantemente por la pluma. El fotógrafo que lo acompañaba, de unos diecisiete años, tenía el cabello oscuro, muy corto, llevaba un pendiente en una oreja y vestía unos vaqueros tan ajustados que, cuando se agachaba con la cámara, parecía que fueran a reventar. El tal Bob no paraba de hacerme preguntas mientras el fotógrafo se paseaba por la clase y me estudiaba desde distintos ángulos a través del objetivo de la cámara. Antes de que llegaran, me había peinado y aplicado un poco de maquillaje. Louise había insistido y me había empujado hasta el lavabo, cepillo en mano. Ahora pensaba que quizá tenía que haberme esmerado un poco más; y para colmo llevaba mi viejo vestido de color crema con el dobladillo torcido. Ambas cosas hacían que me sintiera incómoda.

—¿Qué pensamientos cruzaron por su mente antes de tomar la decisión de golpearlo?

—Lo hice sin pensar.

—O sea que no tuvo miedo.

—No. La verdad es que no me dio tiempo.

Bob garabateaba deprisa en su cuaderno. Pensé que debería haber hecho algún comentario ingenioso sobre lo ocurrido.

—¿De dónde es usted? Haratounian es un apellido un poco extraño para una chica rubia como usted.

—De un pueblo de los alrededores de Sheffield.

—O sea que no hace mucho que vive en Londres... —No esperó mi respuesta—. Y enseña a niños pequeños, ¿verdad?

—Enseñanza primaria, se llama.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años.

—Mmm. —Me miró con expresión divertida, como si estuviera examinando un lote de productos en una subasta agrícola—. ¿Cuánto pesa usted?

—¿Cómo? Unos cuarenta y nueve kilos, creo.

—Cuarenta y nueve kilos —dijo entre risas—. Fantástico. Y él era un tío muy fuerte, ¿verdad? —Empezó a chupar la pluma—. ¿Cree que la sociedad sería mejor si todo el mundo se comportara como usted?

—Pues la verdad, no lo sé. —Intenté decir algo coherente—. Porque... ¿y si la sandía no hubiera dado en el blanco? ¿O si hubiera alcanzado a la persona que no

debía?

Zoë Haratounian, portavoz de los jóvenes incapaces de expresarse como Dios manda. El periodista frunció el entrecejo y ni siquiera simuló anotar lo que yo había dicho.

—¿Cómo sienta ser una heroína?

Hasta ese momento la situación había resultado en cierto modo divertida, pero comenzaba a sentirme un poco irritada. Sin embargo, no conseguía expresarlo con palabras comprensibles, naturalmente.

—Ocurrió sin más —dije—. No quiero mostrarme como modelo de nada. ¿Sabe si la mujer que fue asaltada está bien?

—Sí, sólo tiene dos costillas rotas, y deberá ponerse un par de dientes postizos.

—Creo que la sacaremos con la sandía —dijo el niño fotógrafo.

Bob asintió con la cabeza.

—Sí, claro, es fundamental en la historia.

Cogió la sandía y se acercó tambaleándose.

—¡Caray! —exclamó, depositándola en mi regazo—. No me extraña que lo dejara hecho polvo. Ahora míreme y levante un poco la barbilla. Sonría. Usted ha sido la ganadora, ¿no? Así, estupendo.

Sonreí hasta que la sonrisa se me arrugó en la cara. Vi a Louise, que miraba desde el otro lado de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces brotó de mi pecho una risa tonta.

Después quiso fotografiar la sandía conmigo y con los niños. Yo interpreté mi papel de remilgada institutriz victoriana, pero resultó que Pauline ya había dado su consentimiento. El fotógrafo sugirió abrir la sandía. Cuando lo hice, vi su intenso y delicioso color rosa —más pálido junto a la piel—, las relucientes semillas negras, y percibí su fresco aroma. La corté en treinta y dos rodajas, una para cada niño y otra para mí. Se colocaron a mi alrededor en el ardiente patio de cemento, sosteniendo en la mano sus respectivas rodajas de sandía y mirando con una sonrisa a la cámara. Ahora todos preparados. Un, dos, tres, sonrisa.

El periódico local salió el viernes y yo aparecía en primera plana. En la fotografía, de gran tamaño, se me veía a mí, acompañada por los niños y las rodajas de sandía. «La heroína y la sandía». No es que quedara precisamente fino. Daryl se hurgaba la nariz con un dedo y Rose tenía el borde de la falda enganchada en la goma de las bragas; por lo demás estaba bien. Pauline, a la que se veía muy satisfecha, puso la fotografía en el tablón de anuncios, donde los niños fueron pintarrajeando las caras poco a poco. Después me dijo que había llamado un periódico de ámbito nacional que estaba interesado en profundizar en el tema. Había concertado provisionalmente una entrevista y una sesión de fotos para la hora del almuerzo, así que podría saltarme la reunión de profesores; siempre y cuando a mí me pareciera bien, por supuesto. Le

había pedido a la secretaria de la escuela que comprara otra sandía.

Yo pensaba que allí concluiría el asunto. Estaba desconcertada de ver el derrotero que estaban tomando los acontecimientos. Al día siguiente, casi no reconocí a la mujer que aparecía en una página interior del *Daily Mail* abrumada por el peso de una enorme sandía y rematada por un gran titular. Con aquella cautelosa sonrisa y el cabello rubio recogido con esmero detrás de las orejas, aquella mujer no se parecía a mí, y tampoco sus palabras parecían mías. ¿Acaso no había suficientes noticias de verdad en el mundo? Al final de la página siguiente había una brevísima nota sobre un autocar que había caído desde un puente en Cachemira, accidente en el que había muerto un impresionante número de personas. Quizá si una rubia maestra británica de veintitrés años hubiera viajado en el autocar, le habrían dado más importancia al accidente.

—No digas tonterías —dijo Fred cuando se lo comenté más tarde, mientras me comía unas aceitosas patatas fritas aderezadas con vinagre a la salida de una película en la que unos hombres de desarrollados bíceps se atizaban en la mandíbula unos puñetazos que resonaban como disparos—. No te quites importancia. Te comportaste como los héroes. Tuviste una décima de segundo para decidir, e hiciste lo que debías. —Me tomó la barbilla con su delgada y encallecida mano. Tuve la impresión de que no me miraba a mí sino a la mujer de la fotografía, con su empalagosa sonrisita. Me dio un beso—. Algunas personas lo hacen arrojándose sobre una granada, tú lo has hecho con una sandía. Ésa es la única diferencia. Vamos a tu casa, ¿te parece? Es muy pronto todavía.

—Tengo un montón de deberes para corregir.

—Sólo un ratito.

Arrojó las sobras de las patatas en un rebosante cubo de basura, esquivó unos excrementos de perro que había en la acera y me rodeó los hombros con su largo brazo. Entre el humo de los tubos de escape, el intenso olor de los puestos de *kebab* y de patatas fritas, distinguí su olor a tabaco y a césped recién cortado. Sus antebrazos, hasta donde se había remangado la camisa, estaban morenos y llenos de arañazos. El cabello, rubio y largo, le caía sobre los hombros.

Estaba sensacional en medio del sofocante calor de la noche. No pude resistirme.

Fred era mi nueva pareja, o mi nuevo «lo que sea». Y puede que estuviéramos atravesando el momento ideal. Habíamos superado la difícil y embarazosa fase en la que te sientes como un actor que actúa ante un público exigente del que necesita desesperadamente sus risas y aplausos (sólo que en este caso no necesitábamos ningún tipo de risa). Pero no habíamos llegado ni de lejos a la fase en la que te paseas por el apartamento sin darte cuenta de que el otro no lleva nada encima.

Se había pasado buena parte del año trabajando de jardinero, y estaba fuerte. Los músculos se le ondulaban bajo la piel. Tenía los antebrazos, el cuello y la cara bronceados, aunque el pecho y el estómago presentaban una lechosa blancura.

Tampoco habíamos llegado a la fase de quitarnos la ropa y doblarla sobre sillas

separadas, como asépticamente se hace en las clínicas y en las residencias. Cuando llegábamos a mi apartamento —siempre acababa siendo en «mi» apartamento—, aún seguíamos experimentando la urgencia de abalanzarnos el uno sobre el otro, lo que hacía que todo lo demás pareciera menos importante. A veces, durante la clase, alguna tarde en que los niños no estaban quietos ni un momento y yo me sentía cansada y sin fuerzas en medio del calor, pensaba en Fred y en la velada que me esperaba, y entonces el trabajo me resultaba menos pesado. Después encendíamos un cigarrillo y permanecíamos tumbados en mi pequeño dormitorio, escuchando la música y los cláxones de la calle. De pronto, alguien gritó:

—Puta, puta de mierda, me las pagarás.

A continuación se oyó el rumor de unos pies que corrían calle abajo y los gritos de una mujer. Ya me había acostumbrado a ello, más o menos, de manera que no permanecía despierta toda la noche como antes.

Fred encendió la lámpara de la mesilla de noche y la triste suciedad del apartamento quedó iluminada. ¿Cómo se me habría ocurrido comprarlo? ¿Cómo demonios conseguiría venderlo? Aunque lo adecentara un poco —quitando las delgadas cortinas anaranjadas que había dejado el último propietario, cubriendo con una alfombra las sucias tablas barnizadas del suelo, empapelando los paneles de madera de color *beige*, pintando los marcos de las ventanas llenos de burbujas de pintura y colocando espejos y grabados en las paredes—, ninguna decoración, por exquisita que fuera, disimularía la estrechez y oscuridad del lugar. Algún genio del interiorismo había dividido un espacio de por sí reducido para crear aquel cuchitril. La ventana del llamado salón estaba partida por la mitad por un tabique, a través del cual oía a veces a un vecino, al que jamás había visto, gritarle obscenidades a alguna pobre mujer. En un arrebato de dolor y soledad y en mi afán de disponer de un lugar que pudiera llamar «mi casa», me había gastado todo el dinero que me había dejado mi padre al morir. Pero nunca me había sentido en aquel apartamento como en mi casa, y ahora que los precios de las viviendas estaban por las nubes no podía quitármelo de encima. Aunque limpiara cada día los cristales de las ventanas, por la noche volvían a estar tiznados de grasienta mugre.

—Voy a preparar un poco de té.

—No hay leche.

—¿Hay cerveza en la nevera? —preguntó Fred en tono esperanzado.

—No.

—Pues ¿qué tienes?

—Cereales, creo.

—¿De qué sirven los cereales si no hay leche?

Fue la constatación de una realidad, más que una pregunta a la que yo tuviera que contestar. Se puso los pantalones de la manera profesional que yo ya conocía. Estaba a punto de darme un ligero beso en la mejilla y marcharse. El propósito de la visita ya había terminado.

—Pueden servir de tentempié —dije vagamente—. Como las patatas fritas.

Pensé en la mujer que había sido asaltada; en la forma en que su cuerpo había volado por el aire como una muñeca rota que es arrojada a través de la ventana.

—Nos vemos mañana —dijo él.

—De acuerdo.

—Con los chicos.

—Vale.

Me incorporé en la cama y vi los trabajos que tenía que corregir.

—Que descanses. Mira, aquí tienes unas cartas sin abrir.

La primera era una factura que había dejado sobre la mesa junto con las demás tras haberle echado un vistazo. La otra era una carta escrita en letra redonda de gran tamaño.

Apreciada señora Haratounian:

De su apellido deduzco que no es usted inglesa, aunque en las fotografías que he visto lo parece. No soy racista, naturalmente, y cuento entre mis amistades con muchas personas como usted, pero...

Depositó la carta sobre la mesa y me froté las sienes. Mierda. Un chiflado. Lo que me faltaba.

Me despertó el timbre de la puerta. Al principio pensé que debía de ser una broma o algún borracho que habría confundido mi portal con la entrada de un albergue. Descorrí ligeramente las cortinas y apreté el rostro contra el cristal tratando de ver quién era, pero no pude. Consulté el reloj; eran algo más de las siete. No entendía quién podía llamar a esas horas. No llevaba nada encima, de modo que me puse un impermeable de plástico de brillante color amarillo y bajé a la entrada.

Abrí la puerta sólo un poco; el portal del edificio da directamente a Holloway Road, y yo no quería parar el tráfico con la pinta que tenía. Cuando vi que era el cartero se me cayó el alma a los pies, pues cuando éste te entrega en mano la correspondencia, en general no se trata de una buena noticia, sino de que firmes el acuse de recibo de una horrible nota impresa en rojo en la que te amenazan con cortarte el teléfono.

Pero al hombre se le veía contento. Detrás de él, vislumbré los albores de una jornada que prometía ser muy calurosa. Jamás había visto a aquel cartero, por lo que no sé si eran nuevos los favorecedores pantalones cortos de sarga azul que llevaba y la impecable camisa azul cielo de manga corta. Supuse que se trataba del uniforme de verano, pero resultaba demasiado alegre y desenfadado. No era exactamente joven, pero tenía un cierto estilo *Vigilantes de la playa*, así que permanecí de pie en el portal mirándolo con interés mientras él me observaba a su vez con cierta curiosidad. De pronto me percaté de que mi impermeable era demasiado ligero y no estaba muy bien cerrado en el centro, de manera que me lo ajusté con fuerza, lo cual probablemente agravó la cosa. La situación empezaba a parecerse a una de esas sórdidas películas cómicas británicas de contenido sexual que se rodaban a comienzos de los setenta y que a veces ponen en la televisión los viernes por la noche a la vuelta del *pub*. Porno para cabrones solitarios.

—¿Piso C? —preguntó.

—Sí.

—Traigo unas cartas para usted —dijo—. No caben en el buzón.

Y era cierto. Eran montones y montones de sobres reunidos en fajos sujetos con gomas. ¿Sería una broma? Tuve que efectuar unas complicadas maniobras para coger los paquetes con una mano mientras con la otra mantenía el impermeable ajustado.

—Felicitaciones de cumpleaños, ¿eh? —dijo, guiñándome un ojo.

—No —respondí, y cerré la puerta con el pie descalzo.

Llevé las cartas arriba y las desparramé sobre la mesa de la sala de estar. Cogí un sobre de delicado color lila para abrirlo, aunque ya sabía qué contenían. Uno de los inconvenientes de haber tenido un bisabuelo o tatarabuelo que abandonó Armenia hace unos cien años llevando consigo sólo una receta para elaborar yogur es que

resultas muy fácil de localizar en la guía telefónica. ¿Por qué no se cambió el apellido como otros inmigrantes? Leí la carta.

Querida Zoë Haratounian:

He leído en el periódico de esta mañana el relato de su heroica hazaña. En primer lugar, permítame que la felicite por la valentía que puso de manifiesto al enfrentarse con aquella persona. Si me permite abusar un poco más de su paciencia...

Leí un poco más y pasé a la otra página, y a la siguiente. Eran cinco, y Janet Eagleton (señora) había escrito por ambas caras en tinta verde. La reservaría para más tarde. Abrí un sobre que parecía más normal.

Querida Zoë:

Felicidades. Tu comportamiento fue ejemplar. Si todos actuáramos como tú, Londres sería un lugar mucho mejor para vivir. También me pareció que eras muy guapa en la fotografía, y por eso te escribo. Me llamo James Gunter, tengo veinticinco años y creo que estoy de bastante buen ver, pero siempre he tenido dificultades para encontrar a la chica adecuada, a la señorita «Adecuada», si tú quieres...

Doblé la hoja y la coloqué encima de la carta de la señora Eagleton. Abrí otro sobre, que parecía más bien un paquete, dentro del cual había unas hojas medio dobladas, medio enrolladas, con diagramas, flechas y temas dispuestos en columnas. Pero, como era de esperar, la primera página empezaba como una carta dirigida a mí.

Querida señora Haratounian:

[Un apellido interesante. ¿Acaso es usted zoroástrica? Puede contestar a mi apartado de correos (abajo). Volveré a este tema (Zoroastro) más abajo].

Tiene usted poderes contra las fuerzas de las tinieblas. Pero, como usted sabe, hay otras fuerzas a las que no puede resistirse tan fácilmente. ¿Sabe lo que es un kunderbuffer? Si es así, puede saltarse lo que sigue y empezar por la parte que, para su comodidad, señalaré con un asterisco. Adjunto uno a modo de demostración (). La parte que señalaré para su comodidad la resaltaré con dos (2) asteriscos para evitar confusiones innecesarias.*

Dejé la carta encima de la de James Gunter, fui al cuarto de baño y me lavé las

manos. Pero no tuve suficiente; necesitaba una ducha, lo cual en mi apartamento siempre era un incordio, pues tenía que agacharme y luchar con la manguera y los grifos estropeados. Y a mí me gustan las duchas con mamparas esmeriladas en las que puedes permanecer de pie. Una vez salí con un chico a quien, considerado retrospectivamente, sólo lo salvaba el hecho de tener una cabina de hidromasaje con seis boquillas distintas, aparte de la normal. Pese a la incomodidad de mi bañera, permanecí tumbada varios minutos mientras me frotaba el rostro con una manopla. Fue como permanecer tumbada bajo una cálida manta húmeda.

Salí de la bañera y me vestí, luego me preparé una taza de café y encendí un cigarrillo. Me sentía un poco mejor, aunque lo que de verdad habría hecho que me sintiera mejor habría sido la desaparición del montón de cartas; pero éstas seguían impasibles sobre la mesa. Toda aquella gente sabía dónde vivía yo. Bueno, no toda. Otra rápida inspección me permitió observar que varias cartas habían sido reenviadas desde los periódicos a los que en principio habían sido remitidas. Pensé que probablemente algunas de ellas contuvieran cosas bonitas, y me dije que era una suerte que la gente me escribiera en lugar de telefonarme o visitarme.

En aquel momento sonó el teléfono y me sobresalté. Pero no era un admirador, sino Guy, el agente inmobiliario que, según decía, intentaba vender mi apartamento.

—Hay un par de personas que quieren ver su apartamento.

—Muy bien —dije—. Usted tiene la llave... ¿Qué me dice de la pareja que lo vio el lunes? ¿Qué impresión le dieron? No parecían muy decididos. Él estaba muy serio, y ella, aunque fue agradable, no hizo ningún comentario sobre el apartamento.

—La zona no les acaba de convencer —contestó jovialmente Guy—. También lo encontraron un poco pequeño, y decían que necesitaba demasiadas reformas. En realidad no estaban muy interesados.

—Bueno, si esas personas quieren verlo hoy será mejor que lo hagan temprano. He invitado a unos amigos a tomar unas copas.

—Cumpleaños, ¿eh?

Respiré hondo.

—¿De veras quiere saberlo, Guy?

—Bueno...

—He organizado una fiesta de aniversario para celebrar que hace seis meses que he puesto a la venta el apartamento.

—No es posible.

—Sí, lo es.

—Pues no parece que hayan transcurrido seis meses.

Me costó hacérselo ver. Después de colgar, miré a mi alrededor con cierto desánimo: unos desconocidos estaban a punto de venir a ver mi apartamento. Cuando me trasladé a vivir a Londres, mi tía me regaló un libro titulado *Sugerencias domésticas y trucos útiles*, en el que se daban consejos sobre cómo arreglar la casa cuando sólo se dispone de quince minutos. ¿Y cuando sólo se dispone de uno? Hice

la cama, estiré la alfombra que había junto a la puerta, enjuagué la taza de café y la coloqué cuidadosamente boca abajo junto al fregadero. Un minuto y medio. Ya llegaba tarde a la escuela. Otra vez. Ligeramente tarde y sudorosa, y eso que el sol todavía no había empezado a calentar.

—Bueno, ¿qué podemos hacer para que resulte más vendible?

Louise estaba de pie junto a la ventana con una botella de cerveza, señalando Holloway Road con el cigarrillo.

—Muy fácil —contesté—. Nos deshacemos de la calle, del *pub* de al lado y de la casa de *kebabs* de la puerta siguiente. Cambiamos el decorado... Todo esto es horrible. Lo aborrecí en cuanto lo compré y, aunque pierda dinero, necesito largarme de aquí. Quiero alquilar un cómodo apartamentito con jardín o algo así. Dicen que estamos en pleno auge del mercado inmobiliario, de modo que tiene que haber algún loco por ahí que quiera comprar esto —di una calada al cigarrillo—; aunque muchos locos han visto ya este apartamento... Creo que necesito una clase de loco especial.

Louise se rió. Había venido temprano para ayudarme a preparar las cosas, para mantener conmigo una conversación como Dios manda y, sobre todo, porque es una buena amiga.

—Bueno, no he venido aquí para hablar de viviendas —dijo—. Quiero saber algo de tu nuevo hombre. ¿Vendrá esta noche?

—Vendrán todos.

—¿Qué significa «todos»? ¿Acaso tienes más de uno?

Solté una risita tonta.

—No, es que son un grupo de amigos. Creo que se conocen desde la escuela primaria. Son como los paquetes de cerveza de seis botellas, que no venden las unidades por separado.

Louise frunció el entrecejo.

—No se tratará de ninguna rareza de índole sexual, un *ménage* a seis, o algo por el estilo ¿verdad? En caso afirmativo, quiero que me lo cuentes con todo detalle.

—No, de vez en cuando nos dejan solos.

—¿Cómo os conocisteis?

Encendí otro cigarrillo.

—Los conocí a todos juntos. Hace unas semanas acudí a una fiesta en una galería de arte de Shoreditch. Fue uno de esos típicos desastres que suelen ocurrir. Resultó que la persona a la que yo conocía no estaba allí. Así que empecé a pasear de sala en sala con una copa en la mano haciéndome la interesante, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Estás hablando con la campeona mundial de esa especialidad —dijo Louise.

—El caso es que fui al piso de arriba y vi a un grupo de chicos muy guapos jugando a la máquina del millón, dándole golpes, gritando, riendo y pasándolo mucho

mejor que cualquiera de los que estaban allí. Uno de ellos —no fue Fred, por cierto— se volvió y me preguntó si quería jugar. Y lo hice. Lo pasamos estupendamente, y la noche siguiente volví a reunirme con ellos en la ciudad.

Louise adoptó una expresión pensativa.

—O sea que tuviste que enfrentarte con la difícil tarea de elegir con cuál de ellos salir...

—No fue exactamente así —respondí—. Al día siguiente de nuestro segundo encuentro, Fred me llamó a casa y me preguntó si quería salir con él. Yo le dije si no tendría primero que pedir permiso a sus compañeros. Se quedó bastante cortado. —Me asomé un poco más por la ventana—. Ahí vienen.

Louise se asomó también para mirar. Estaban todavía un poco lejos y no nos habían visto.

—Parecen buenos chicos —dijo en tono remilgado.

—Fred es el que va en medio, con una bolsa grande, el de cabello castaño claro.

—O sea, que te quedaste con el más guapo.

—El de la chaqueta larga es Duncan.

—¿Y cómo lleva eso con el calor que hace?

—Se supone que le da cierto aire de pistolero de *spaguetti western*. Jamás se la quita. Los otros dos son hermanos. Los hermanos Burnside. El de gafas y gorra es Graham, y el del pelo largo es Morris.

Estaban cerca, de modo que grité:

—¡Hola!

Levantaron la vista, sobresaltados.

—Nos encantaría subir —gritó Duncan—. Por desgracia, tenemos que ir a una fiesta.

—Calla, anda —dije—. Toma, atrapa las llaves.

Arrojé el llavero y, con un estilo que no puedo menos que calificar de sensacional, Graham se quitó la gorra y con ella cazó al vuelo las llaves. Los chicos entraron en el portal y desaparecieron de nuestra vista.

—Rápido —dijo Louise—. Tenemos treinta segundos. ¿Con cuál de ellos me convendría casarme? ¿Quién tiene mejores perspectivas? De momento puedes excluir a Fred.

Lo pensé un par de segundos.

—Graham trabaja como ayudante de fotógrafo.

—Está bien.

—Duncan y Morris trabajan juntos. Hacen cosas relacionadas con los ordenadores. No entiendo nada en absoluto, ni falta que me hace. Duncan es el alma de las fiestas. Morris es más bien tímido, sobre todo cuando está solo.

—Son los hermanos, ¿verdad?

—No, ésos son Morris y Graham. Duncan es pelirrojo. Tiene un aspecto totalmente distinto.

—Muy bien. O sea que, de momento, los técnicos de informática parecen la mejor apuesta. Morris, el hermano tímido, y Duncan, el pelirrojo que habla por los codos.

Entraron en la sala y la ocuparon por completo. Cuando días atrás les comenté lo de la fiesta, me preguntaron con descaro qué clase de mujeres asistirían. A pesar de que en la calle eran muy bullangueros, en el apartamento se comportaron bien y se mostraron muy corteses cuando les presenté a Louise. Era uno de los aspectos que más me agradaba de ellos.

Fred se acercó y me dio un prolongado beso, gesto que interpreté como una demostración pública dirigida a todos los presentes. ¿Estaba manifestando afecto o más bien marcaba el territorio? Después sacó algo que parecía una bandera de vivos colores.

—He pensado que te sería útil. Es para colgarla sobre la mancha de humedad.

—Gracias, Fred. —Contemplé el regalo con expresión dubitativa. Era demasiado llamativo y los colores no combinaban muy bien—. Pero creo que los compradores están autorizados a retirar trozos de tela de las paredes para ver qué hay detrás.

—Bueno, primero superaremos la fase de inspección y después lo cuelgas.

—Ah, muy bien.

—Zoë dice que sois unos genios de la informática —dijo Louise a Duncan.

Morris, que estaba con nosotros, se ruborizó ligeramente, lo cual me pareció encantador.

—Eso es lo que ella cree —terció Duncan, mientras tiraba de la anilla de una lata de cerveza—, pero es que su nivel es muy bajo. Lo dice porque le hemos enseñado a utilizar su ordenador. —Bebió un sorbo—. Reconozco que resultó una hazaña impresionante. Fue como enseñarle a una ardilla a buscar nueces.

—Pero si las ardillas son muy hábiles buscando nueces —objetó Morris.

—Es cierto —confirmó Duncan.

—Ellas saben hacerlo perfectamente —insistió Morris.

—En efecto. Y ahora Zoë es tan hábil con su ordenador como una ardilla buscando nueces.

—Tenías que haber dicho que fue como enseñarle a una ardilla a hacer juegos de manos.

Duncan lo miró, perplejo.

—Pero es que no se puede enseñar a una ardilla a hacer juegos de manos.

Volví a llenar la copa de Louise.

—Se pueden pasar horas así —dije—. Forma parte de su relación. Creo que tiene que ver con el hecho de haber jugado muchas veces juntos en el recreo.

Fui a buscar unas patatas fritas a la cocina y Louise me acompañó. Desde allí veíamos a los muchachos en la sala.

—Tiene muy buena pinta —dijo Louise, señalando a Fred con la cabeza—. ¿Qué está fumando? Se le ve muy tranquilo. Exótico, diría yo.

—Tiene una parte *hippy*. Pero es cierto que es muy tranquilo.

—¿La cosa va en serio?

Bebí un sorbo de su copa.

—Ya hablaremos en otro momento de ese asunto.

Llegaron unas cuantas personas más, entre ellas John, un simpático profesor de la escuela que me había pedido con unos días de retraso que saliéramos juntos, y un par de tías a las que había conocido por medio de Louise. La reunión se había convertido en una auténtica fiesta en miniatura, y tras haberme tomado un par de copas, empezaba a contemplar con benevolencia aquel nuevo círculo de amistades. Lo único que todas aquellas personas tenían en común era yo. No hacía ni un año, me sentía sola y perdida y no conocía a ninguna de ellas, y ahora todas acudían a mi casa — llamémosla así— un viernes por la noche. De pronto se oyó un sonido metálico. Era Fred, que daba golpecitos con un tenedor en una botella de cristal.

—Silencio, silencio —dijo cuando todo el mundo había callado—. A pesar de mi escasa experiencia en estas lides, etcétera, etcétera, quisiera aprovechar la ocasión para manifestar lo mucho que me gusta este apartamento y proponeros que levantemos nuestras copas para brindar por que podamos volver a reunirnos todos aquí dentro de seis meses para pasar juntos otra buena velada. —Se alzaron copas y botellas, y un *flash* me estalló en el rostro cuando Graham me sacó una foto. Lo hacía constantemente; estabas charlando con él y, de pronto, levantaba la cámara y te apuntaba con ella como si fuera su tercer ojo. A veces, resultaba un poco desconcertante, pues daba la impresión de que lo único que le interesaba era obtener una buena instantánea—. Además, es nuestro aniversario —añadió Fred. Hubo manifestaciones de sorpresa por parte de todos, yo incluida—. Pues sí, hace nueve días que Zoë y yo... mmm... —Se produjo una pausa— nos conocimos.

Oí a mi espalda las risas reprimidas de Graham y Duncan, de nadie más, y por un momento me sentí como atrapada en una cena de un equipo de *rugby*.

—Fred —intervine yo, pero él levantó la mano para interrumpirme.

—Espera —dijo—. Sería una lástima que semejante velada no se celebrara con cierta solemnidad, pero... ¿qué es eso? —Esto último lo dijo en un falso tono de asombro mientras se agachaba y rebuscaba detrás de mi sillón, de donde extrajo un paquete de gran tamaño envuelto en papel marrón—. O bien se trata de una nueva ofrenda de un admirador anónimo de Zoë, o es un regalo.

—Idiotas —dije en tono amable. Parecía un cuadro. Rasgué el papel y vi lo que era—. Cabrones —añadí entre risas. Era una página entera del *Sun* enmarcada, con un titular que decía «Yo y mi sandía», y en letras algo más pequeñas «Una rubia de armas tomar reduce a un atracador».

—¡Que hable! —vociferó Louise, utilizando las manos como bocina—. ¡Que hable!

—Bueno —empecé, pero justo en ese instante me interrumpió el timbre de la puerta—. Un momento. Vuelvo enseguida.

Abrí la puerta y me encontré con un hombre vestido con traje de pana marrón y calzado con botas de goma.

—Vengo a ver el apartamento —me dijo—. ¿Es posible?

—Sí, por supuesto —respondí con entusiasmo—. Suba, por favor.

Mientras lo acompañaba al piso de arriba, se oía el murmullo de la conversación de los invitados.

—Parece que está celebrando una fiesta —dijo el hombre.

—Pues sí —confirmé—. Es mi cumpleaños.

Poco a poco, el alud de cartas fue remitiendo. La inundación del principio se convirtió en un goteo, hasta que al final terminó por completo.

En un primer momento me resultó divertido; una vez incluso llevé unas cuantas para leerlas con Fred y sus amigos. En aquella ocasión nos sentamos alrededor de una mesa en un bar del Soho, bebimos cerveza muy fría y nos las fuimos pasando; de vez en cuando, leíamos algunas frases escogidas. Después, mientras Morris y Duncan se enzarzaban en una de sus impenetrables conversaciones —en la que se desafiaban mutuamente a ver quién era capaz de decir los nombres de los Siete Enanitos, o de los Siete Magníficos o los Siete Pecados Capitales—, yo me puse a hablar más en serio del tema de las cartas con Graham y Fred.

—Es sorprendente la cantidad de personas diseminadas por todo el país que se sientan a escribir cartas de ocho páginas a alguien a quien no conocen, buscan un nombre en la guía telefónica y compran un sello. ¿Acaso no tienen nada mejor que hacer?

—Pues no, no lo tienen —dijo Fred y apoyó una mano en mi rodilla—. Eres una diosa. Tú y tu sandía. Antes todos te queríamos, pero es que ahora eres una fantasía masculina. Una poderosa y bella mujer. Todos queremos tener a alguien así que se pasee por encima de nuestro cuerpo con zapatos de tacón. —Después se inclinó hacia delante y me susurró al oído, arrojándome su cálido aliento—: Y tú eres toda mía.

—Ya basta —protesté—. No tiene ninguna gracia.

—Ahora ya sabes lo que es ser famosa —dijo Graham—. Disfruta de ello mientras puedas.

—Por Dios bendito, ¿es que nadie me toma en serio? Morris, ¿qué opinas tú?

—Anda —intervino Fred—. Di, Morris. ¿Qué consejo darías a una bella mujer para hacer frente a los agobios de la fama?

Se inclinó hacia delante y le dio a Morris unos suaves cachetes en la mejilla. A veces me desconcertaban; parecía que utilizasen un lenguaje secreto perteneciente a una extraña y exótica cultura que yo no comprendía. Uno de ellos le decía o hacía algo a otro y yo ignoraba si se trataba de una broma o de un insulto, o bien de un insulto en broma. No sabía si la víctima reiría o se pondría hecha una furia. Por ejemplo, Fred jamás le decía nada agradable a Morris, y, sin embargo, se refería a él como su mejor amigo. Se produjo un repentino silencio y yo noté que se me revolvía el estómago. Morris parpadeó al percatarse de que lo mirábamos, y se pasó los dedos por el cabello. Yo a veces pensaba que lo hacía para que viéramos lo impresionantemente largo y espeso que lo tenía.

—¿Quién puede citar diez películas en las que aparezcan cartas? —dijo.

—¡Morris! —exclamé, enfurecida.

—*Carta de una desconocida* —dijo Graham.

—*Carta a tres esposas* —añadió Duncan.

—*La carta* —terció Fred.

—Eso es demasiado fácil —dijo Morris—. Diez películas en las que salgan cartas, pero en cuyos títulos no figure la palabra «carta».

—¿Como cuál?

—Bueno..., como *Casablanca*, por ejemplo.

—En *Casablanca* no salen cartas.

—Sí salen.

—Te digo que no.

La conversación seria había terminado.

A partir de entonces dejé de leer las cartas. Algunas las reconocía por la letra del sobre, y ni me molestaba en abrirlas. A otras les echaba un vistazo superficial y las guardaba en la caja de cartón junto con las demás. Ya ni me hacían gracia. Unas eran tristes, otras obscenas, y la mayoría, simplemente aburridas.

Si quería un recordatorio del desorden mental que me rodeaba, me bastaba con mirar a través de la ventana, cuyo marco, por cierto, se estaba pudriendo. Chicos en destartados automóviles inclinados sobre los cláxones con la cara congestionada por la rabia. Solitarias ancianas con sus carritos de la compra abriéndose paso a trompicones entre la gente y hablando solas. Borrachines sentados unas puertas más abajo, a la entrada de una tienda, oliendo a orines y a *whisky*, con los pantalones desabrochados y lanzando lascivas miradas de soslayo.

La locura también entraba por la puerta bajo la forma de posibles compradores del apartamento. Uno de ellos era un hombre de unos cincuenta años, muy bajito, algo cojo y con unas orejas como coliflores, que se puso de rodillas en el suelo y empezó a golpear en los rodapiés como un médico que examina a un paciente para detectar una posible afección pulmonar. Yo permanecí inútilmente a su lado, haciendo muecas de fastidio por la ensordecedora música que penetraba en el apartamento desde el *pub* de abajo. También vino una chica, probablemente de mi edad, con docenas de *piercings* de plata que formaban una irregular figura en el contorno de sus orejas. Vino acompañada de tres gigantescos y malolientes perros. Se me revolvió el estómago de pensar en lo que ocurriría cuando llevaran una semana viviendo allí, pues apenas había espacio para una persona. Uno de los animales se comió las pastillas de vitaminas que había sobre la mesa, mientras que otro se tumbó junto a la puerta principal, despidiendo un olor insoportable.

Muchos de los visitantes permanecían sólo unos minutos en el apartamento, justo el tiempo suficiente para no parecer groseros antes de batirse en retirada. Aunque a algunos les daba igual ser groseros. A veces las parejas hacían comentarios en voz alta.

Puede que desde un punto de vista circunstancial y superficial, Guy fuera un simple miembro más de la especie humana, pero, a causa de su incapacidad para vender mi apartamento, estábamos convirtiéndonos más bien en socios a largo plazo. Vestía con elegancia y contaba con una variada serie de trajes y llamativas corbatas, algunas de ellas estampadas con personajes de tiras cómicas. Jamás sudaba, por mucho calor que hiciera. O más bien sudaba discretamente. Una gota le bajaba de vez en cuando por la parte lateral del rostro. Olía a loción de afeitado y a colutorio bucal. Yo acabaría asumiendo que mi apartamento era un símbolo del fracaso y que él podía haberlo evitado. No obstante, él seguía acompañando a posibles compradores, incluso en momentos poco habituales, por la noche o los fines de semana.

Por consiguiente, no hubiera tenido que sorprenderme demasiado que, tras la rápida huida de una escuálida y nerviosa mujer, Guy me mirara profundamente a los ojos y me dijera:

—Cualquier noche de estas tenemos que salir a tomar unas copas, Zoë.

Se me tendría que haber ocurrido una negativa violenta que reflejara el profundo odio que me inspiraba su persona y su bronceado de pacotilla, y sus irritantes eufemismos, pero no se me ocurrió nada, por lo que, en su lugar, dije:

—Creo que tendríamos que bajar el precio.

El hombre que se había presentado en la fiesta de celebración de mi permanencia en el apartamento regresó con una cinta métrica, un cuaderno y una cámara fotográfica. Fue al atardecer. Fred estaba ocupado en un extraño encargo de una cadena regional de televisión que lo obligaría a pasarse treinta y seis horas en los valles de Yorkshire transformando un enorme jardín cubierto de maleza para un programa que se emitiría aproximadamente al cabo de un año. Me había llamado desde un *pub*, con la voz pastosa a causa del alcohol y el deseo, y me describió las cosas que pensaba hacerme a su regreso. No era precisamente lo que yo necesitaba escuchar en aquel momento, ya que estaba preparando en el ordenador un informe para el día siguiente. Quería crear un gráfico de esos que llaman «en forma de tarta». Me pareció muy fácil cuando lo hizo Duncan, ¿o había sido Morris? «Se ha producido un error tipo 19», repetía una y otra vez la pantalla. Así pues, me puse a fumar y a decir palabrotas mientras el hombre que tal vez compraría o tal vez no mi apartamento fisgaba por todas partes. Tomó medidas en el suelo, abrió armarios, levantó la raída alfombra, retiró de la pared el horrible tapiz que me había regalado Fred e inspeccionó la mancha de humedad que se hacía cada vez más grande, a pesar de la sequedad y el sofocante calor. Abrió el grifo del cuarto de baño y se pasó casi un minuto observando las salpicaduras del agua. Cuando entró en el dormitorio y oí que abría los cajones, lo seguí.

—¿Qué está haciendo?

—Comprobando las cosas —contestó sin inmutarse, mientras contemplaba mi

revoltijo de bragas, sujetadores y *pantys* llenos de carreras.

Cerré violentamente el cajón y me dirigí a la cocina. Estaba hambrienta, pero lo único que encontré en el frigorífico fue unas cuantas cebollas podridas, un panecillo cubierto de moho, una bolsa de papel marrón vacía con un hueso de cereza en su interior y una lata de Coca Cola. En el congelador había un paquete de gambas, probablemente con la fecha de caducidad más que superada, y una bolsita de guisantes. Así pues, me bebí la Coca Cola de pie, junto al frigorífico, y después regresé al ordenador y escribí: «Tenemos la intención de crear no sólo lectores competentes sino también lectores interesados. Un Plan Curricular Escolar Completo cuidadosamente elaborado garantiza que todos los alumnos consigan reforzar...». Mierda. No me había hecho maestra para eso. No tardaría en escribir cosas tales como «satisfactorios niveles de cumplimiento» e «input».

Me introduje tres comprimidos de multivitaminas en la boca y los mastiqué con furia. Después cogí los deberes —si la palabra no resulta demasiado exagerada para designarlos— que les había puesto a los niños y que me había llevado a casa para corregir. Les había pedido que ilustraran alguno de sus cuentos preferidos. Varios de los dibujos eran bastante incomprensibles. El dibujo en zigzag y coloreado en verde y negro de Benjamin era *El lobo feroz*. Arte abstracto, pensé. Jordan se había limitado a dibujar un círculo de color verde para representar *La princesa y el guisante*. Muchos habían presentado dibujos relacionados con películas de Disney: *Bambi* y *Blancanieves* y cosas por el estilo. Los revisé, escribí comentarios alentadores en todos y los guardé en una carpeta bajo la mesa.

—Me marcho —dijo el hombre.

Se hallaba en la puerta, con la cámara colgada al cuello. Golpeteaba los dientes con el bolígrafo sin dejar de mirarme. Observé que la calva de su coronilla era de un cruel color rosado y que sus vellosas muñecas también estaban quemadas por el sol. Estupendo.

—Ah, bueno.

Ni una sola palabra acerca de un posible regreso. Cerdo.

Salí unos minutos después que él para ir a ver una película con Louise y unas amigas tuyas que yo no conocía. Fue agradable permanecer sentada en la oscuridad con un grupo de mujeres, comiendo palomitas de maíz y riendo en silencio con ellas. Me sentía segura.

Regresé a casa muy tarde. Estaba oscuro y no había estrellas. Al abrir el portal vi una carta en el felpudo; alguien había debido de introducirla por la ranura del buzón. Pulcra letra inclinada y tinta negra. No parecía de un chiflado. Abrí la carta allí mismo.

Querida Zoë, me pregunto cuándo empieza a tener miedo a morir una persona como tú, joven, guapa y sana. Fumas (por cierto, tienes una mancha de nicotina en el dedo). A veces tomas drogas. No te alimentas muy bien. Te

acuestas tarde y a la mañana siguiente no tienes resaca: probablemente crees que vivirás eternamente, que serás joven mucho tiempo.

Zoë, a pesar de tus dientes blancos y de ese hoyuelo que se te forma cuando sonríes, no seguirás siendo joven mucho tiempo. Estás avisada.

¿Tienes miedo, Zoë? Te observo. No pienso irme.

Permanecí de pie mirando fijamente la carta, mientras una multitud de gente pasaba a mi lado. Levanté la mano izquierda y me vi una mancha amarilla en un dedo. Estrujé la carta hasta convertirla en una apretada pelota y la arrojé al cubo de la basura junto con los otros desperdicios, toda la porquería de la vida de otras personas.

Hoy lleva un vestido azul claro con tirantes. Le llega hasta la rodilla y cerca del dobladillo tiene polvo de tiza, pero al parecer no se ha dado cuenta. No lleva sujetador. Se ha rasurado las axilas; las piernas se le ven finas y suaves. Lleva las uñas de los pies pintadas con esmalte transparente; por cierto, el esmalte está empezando a descascarillarse en la uña del pulgar. Calza unas viejas y gastadas sandalias de color azul. Está morena; el vello de sus brazos es dorado. A veces puedo distinguir fugazmente la lechosa zona inferior de sus axilas; la piel blanca de la parte posterior de sus rodillas. Cuando se agacha, veo que el color miel de sus hombros y su garganta palidece entre la comisura de sus pechos. Lleva el cabello recogido hacia arriba. El sol se lo ha aclarado por encima y en la nuca se ve más oscuro. Luce unos pequeños pendientes de plata con forma de florecitas. Ocasionalmente los hace girar entre el índice y el pulgar. Los lóbulos de las orejas son muy largos y el surco vertical de encima de sus labios es muy pronunciado. Cuando hace calor, como hoy, el sudor se concentra en él. De vez en cuando se lo seca con un pañuelo de papel. Sus dientes son blancos, pero he visto que tiene varios empastes en las últimas muelas. Brillan cuando se ríe o bosteza. No lleva maquillaje. Puedo ver las pálidas puntas de sus pestañas; la leve sequedad de sus labios sin pintar. El caballete de la nariz está salpicado de unas pecas que no tenía la última vez que me fijé en ella. La mancha amarilla de su dedo ha desaparecido. Bien. No lleva sortijas. En su muñeca destaca un reloj de esfera grande con la imagen del ratón Mickey en el centro. Lleva una cinta de tela a modo de cinturón.

Cuando ríe, a veces emite un repiqueteo como el del timbre de una puerta. Si le dijera que la amo, se reiría de mí de esa manera. Pensaría que no hablo en serio. Es lo que suelen hacer las mujeres. Convierten las cosas serias e importantes en algo mezquino, en una broma. Y el amor no es una broma. Es una cuestión de vida o muerte. Un día, muy pronto, lo comprenderá. Sabrá que su forma de reír, o el modo en que abre los ojos cuando presta atención a algo, o la manera en que sus pechos se aplanan cuando levanta los brazos por encima de la cabeza, son cosas importantes.

Pero sonrío con demasiada facilidad. Ríe con demasiada facilidad. Coquetea. Viste ropa muy ligera. Puedo verle las piernas a través de la tela del vestido. Distingo la forma de sus pezones. Es muy descuidada con su persona.

Habla muy rápido, con una voz suave y ronca. Dice «ya», en lugar de «sí». Sus ojos son grises. Aún no está asustada.

Todo el mundo sabe que en Inglaterra las clases terminan a las tres y media o las cuatro, aunque los más pequeños, como los que están a mi cargo, acaban un poco antes. Lo saben hasta quienes lo ignoran todo sobre este tema, porque a esas horas las calles están llenas de niños que vuelven a sus casas cogidos de la mano de sus madres o detrás de las canguros que tiran de ellos. Yo me había enterado hacía poco de que el cincuenta por ciento de los vehículos que circulan por Londres en hora punta son autobuses que transportan a chiquillos uniformados y de expresión enfurruñada desde sus preciosas casas hasta las escuelas consideradas dignas de ellos. Porque —esto también lo había descubierto recientemente— uno de los principales símbolos de estatus social de cualquier progenitor londinense es la distancia a la que se encuentra el colegio de sus hijos. La escuela de al lado es para los niños pobres, como los míos.

Cuando la gente se entera de que soy maestra, todo el mundo envidia mi horario reducido y mis largas vacaciones, aspectos estos que me parecen muy favorables, naturalmente, y que constituyen algunos de los motivos menos dignos que me indujeron a ejercer esta profesión. Mi expediente escolar no había sido gran cosa, por lo que no reunía condiciones para dedicarme a algo verdaderamente importante, como, por ejemplo, cuidar gatitos enfermos, que era lo que deseaba cuando era mucho más joven. Lo que había estudiado sólo me permitía dar clase a niños pequeños. Pero me gustaba. Me gustaban los niños, su transparencia, su entusiasmo y su imaginación. Y me atraía la idea de pasar el día con ellos, limpiándoles los mocos y ayudándoles a mezclar pinturas.

Pero en vez de eso me encontré con un trabajo que era como hacer de contable en un zoológico, sólo que con horario más largo. La inspección escolar se nos estaba echando encima. Después de que los niños se iban a sus casas, nosotros teníamos reuniones, rellenábamos impresos y planificábamos. Nos quedábamos hasta las siete, las ocho o las nueve; y por lo que respecta a Pauline, habría hecho bien en instalar una colchoneta y un hornillo de *camping* en su despacho, pues parecía que viviera allí.

Aquella tarde salí un poco antes porque había quedado con un hombre para mostrarle el apartamento. Naturalmente el autobús tardó siglos en venir. Cuando llegué a mi parada, eran las ocho menos veinticinco, bueno, sólo cinco minutos de retraso. Eché a correr. El hombre estaba en el portal leyendo el periódico. Mal empezábamos. Le había dado tiempo a echar un vistazo a la zona. Por suerte parecía enfrascado en la lectura. A lo mejor no había reparado en el *pub*, o al menos no había considerado lo que su proximidad implicaba. Vestía un traje de forma un poco rara, con solapas al bies, lo que significaba que probablemente era muy caro. Debía de tener entre veintitantos y treinta años. Llevaba el cabello muy corto y se le veía muy

tranquilo, a pesar del sofocante calor.

—Lo siento muchísimo —me disculpé entre jadeos—. El autobús...

—No se preocupe —dijo—. Me llamo Nick Shale. Usted es la señorita Haratounian, supongo.

Nos estrechamos la mano y él me sonrió.

—¿Qué le parece tan gracioso?

—Pensaba que iba a encontrarme con una vieja protestona.

—Ah, ya —dije, tratando de esbozar una sonrisa cortés.

Abrí el portal. En el felpudo había los habituales papeles: folletos de *pizzas* a domicilio, de productos de limpieza, teléfonos de taxis y una carta. Reconocí inmediatamente la letra. Era el miserable que me había enviado la otra, ¿cuándo había sido?, cinco días atrás. Había estado otra vez en mi puerta. Qué pesadez y qué fastidio. Y qué desagradable. La contemplé un instante y después miré al hombre, Nick, que me observaba con expresión de perplejidad.

—¿Qué ha dicho usted? —pregunté.

—El bolso —contestó—. ¿Quiere que se lo lleve?

Se lo entregué sin decir nada.

Conseguí que el recorrido guiado por el apartamento durara tres minutos y subrayé debidamente todos los puntos de interés, evitando al tiempo los detalles desfavorables. De vez en cuando Nick formulaba preguntas a las que ya estaba acostumbrada.

—¿Por qué se muda de casa?

¿Acaso pensaba que podría atrapar tan fácilmente a toda una experta en estos temas como yo?

—Quiero vivir más cerca de mi trabajo —mentí.

Miró por la ventana.

—¿Hay problemas de tráfico en la zona? —preguntó.

—La verdad es que ni me he fijado —contesté. Era la mayor mentira que podía haber dicho. Menos mal que no le dio por reír. Dejé el sobre encima de la mesa, sin abrirlo—. Es un barrio muy cómodo, hay cantidad de tiendas.

Se metió las manos en los bolsillos y se quedó en el centro del salón como ensayando el papel de propietario. Parecía el dueño de una finca extremadamente pequeña.

—No es usted de Londres —dijo.

—¿Por qué lo dice?

—Su acento no parece de aquí —contestó—. Estoy tratando de situarla. Por el apellido, diría que es armenia. Pero no habla con acento armenio. Aunque la verdad es que no sé con qué acento hablan los armenios. A lo mejor, hablan como usted.

Me sentía muy incómoda cuando la gente que visitaba el apartamento pasaba al plano personal, como si necesariamente tuviéramos que trabar amistad; aun así, no pude reprimir una sonrisa.

—Crecí en un pueblo cerca de Sheffield.

—Eso es muy diferente de Londres.

—Sí.

Se produjo una pausa.

—Me gustaría pensarlo un poco —dijo Nick, mirándome con expresión muy seria—. ¿Podría regresar en otro momento para echarle un último vistazo?

No estaba muy segura de que lo único que le interesara fuera el apartamento, pero me daba igual. Aquella migaja de entusiasmo era algo alentador para mí.

—Cuando quiera —dije.

—¿Puedo llamarla directamente a usted, o lo hago a través del agente inmobiliario?

—Como prefiera —contesté—. Yo paso mucho tiempo en el trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Soy maestra.

—Qué bien —exclamó—. Tienen ustedes unas buenas vacaciones.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Su número —dijo—. ¿Me lo podría facilitar?

Se lo proporcioné y él lo tecleó en algo que parecía una voluminosa calculadora de bolsillo.

—Me alegro de haberla conocido, señorita...

—Zoë.

—Zoë.

Lo oí bajar ruidosamente los peldaños de dos en dos y yo me quedé a solas con mi carta. Durante un rato hice como si no le diera importancia. Me preparé un café instantáneo y encendí un cigarrillo. Después abrí el sobre y extendí la hoja sobre la mesa:

Querida Zoë:

Tal vez me equivoque, pero me parece que no estás tan asustada como a mí me gustaría. Ya lo sabes, te observo. A lo mejor te estoy observando mientras lees esta carta.

Fue una estupidez, pero levanté la vista y miré a mi alrededor, como si fuera a sorprender a alguien a mi lado.

Como ya te he dicho, lo que de verdad me interesa es mirarte por dentro, los fragmentos de ti que tú jamás verás, pero yo sí.

Es posible que te sientas segura en ese horrible y pequeño apartamento que no puedes vender. Pero no estás segura. Por ejemplo, la ventana que da al patio de

atrás. Es fácil encaramarse al techo del cobertizo que hay justo debajo y entrar por ella. Tendrías que ponerle una cerradura como Dios manda. La que tienes en este momento es demasiado endeble. Por eso la he dejado abierta. Ve a comprobarlo.

P. D. Se te ve feliz cuando duermes. Estar muerto es sólo como estar eternamente dormido.

Dejé la carta sobre la mesa, atravesé la sala y salí al rellano. Efectivamente, la ventana que daba al patio al que yo tenía vetado el acceso estaba levantada unos cincuenta centímetros. Me invadió una sensación de frío como cuando se baja a un sótano, a pesar de que la tarde era húmeda y calurosa. Regresé a la sala y me senté junto al teléfono. Deseaba estar enferma. ¿Se trataba realmente de algo serio?

Me decidí. Busqué en la guía el número de la comisaría de policía más próxima y llamé. Mantuve una conversación un tanto enrevesada con la mujer de la centralita, cuya única preocupación parecía ser encontrar una buena excusa para colgar el teléfono. Le dije que se trataba de un allanamiento de morada, y ella me preguntó si se habían llevado algo y qué daños se habían producido. Yo le contesté que no había daños y que no estaba segura de si me habían robado algo.

—¿Cree usted que es un asunto para la policía? —preguntó la voz en un tono cansino.

—Me han amenazado —respondí—. Me han amenazado con hacerme daño.

La discusión se prolongó durante unos minutos, y tras intercambiar unas palabras con una tercera persona, mal silenciadas mediante una mano puesta en el auricular, me dijo que alguien vendría a visitarme «a su debido tiempo». A saber qué significaba eso. Revisé ventana por ventana, cerrándolas en los casos en que era posible y corriendo los pestillos. Como si alguien fuera a encaramarse a la ventana de un primer piso en Holloway Road, a la vista de todo el mundo... No encendí el televisor ni puse música. Quería poder oírlo todo. Me limité a fumar un cigarrillo tras otro y a tomar una cerveza.

Una hora más tarde sonó el timbre de la puerta. Bajé al portal, pero no abrí.

—¿Quién es?

Se oyó un sonido amortiguado al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

Otro sonido amortiguado. Abrí con cierta dificultad la rígida y mellada visera metálica del buzón y miré a través de la abertura. Distinguí una tela de color azul marino y abrí la puerta. Se trataba de dos agentes. Detrás de ellos había aparcado un coche de policía.

—¿Quieren entrar?

Sin decir nada, se miraron el uno al otro y atravesaron la puerta. Subimos y al entrar en el apartamento se quitaron la gorra. Me pregunté si sería un antiguo gesto de

deferencia hacia las mujeres. Suelo ponerme nerviosa en presencia de la policía, de modo que traté de recordar si había algo ilegal en el apartamento, en el frigorífico o en la repisa de la chimenea. Creía que no, pero la cabeza no me funcionaba muy bien, así que no estaba muy segura. Señalé la carta sobre la mesa. A lo mejor no convenía que la tocara; quizá pudiera ser una prueba. Uno de los agentes se adelantó y se inclinó para leerla, lo que le llevó un buen rato. Vi que tenía la nariz aguileña y una protuberancia en el punto en que esta converge con la frente.

—¿Ha recibido alguna carta más de esta persona? —preguntó al final.

—Sí, hace unos días. Creo que fue el miércoles.

—¿Dónde está?

Me lo temía.

—La tiré —dije un poco avergonzada, y rápidamente empecé a hablar para no darle tiempo a que se enfadara conmigo—. Lo siento, sé que fue una estupidez. Pero es que me resultó muy desagradable.

Sin embargo, el agente no se enfadó. No parecía preocupado en absoluto. Ni siquiera especialmente interesado.

—¿Fue a comprobar la ventana?

—Sí. Estaba abierta.

—¿Nos la puede enseñar?

Abandoné con ellos la sala. Me siguieron con paso levemente cansino, como si les estuvieran exigiendo un esfuerzo excesivo por algo tan intrascendente.

—Ahí abajo está el patio del *pub* —murmuró el otro agente, asomándose a la ventana.

Nariz Aguileña asintió con la cabeza.

—A lo mejor vio la ventana desde allí.

Dieron media vuelta y regresaron a la sala.

—¿Se le ocurre quién ha podido enviar la carta? ¿Algún antiguo novio, alguien del trabajo?

Respiré hondo y les hablé de la sandía y del aluvión de cartas que había recibido. Se rieron.

—¿Fue usted? —preguntó jovialmente Nariz Aguileña. Se volvió hacia el otro agente—. Danny fue el primero en llegar al lugar de los hechos. —Se giró de nuevo hacia mí—. Fue estupendo. Tenemos su fotografía en la comisaría. Para nosotros es usted una heroína. —Soltó una risita—. Así que una sandía, ¿eh? Mejor que una porra, se lo digo yo. —Se oyó el crujido de su radio. Pulsó un botón y una voz dijo algo que no entendí—. De acuerdo. Ahora mismo vamos para allá. —Volvió a mirarme—. Bueno, pues ya está aclarado.

—¿Qué?

—Cuando alguien sale en la prensa, le ocurren estas cosas.

—Pero ha entrado en mi casa, me ha amenazado.

—No es usted de Londres, ¿verdad? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Haratounian. Zoë Haratounian.

—Qué nombre tan curioso. Italiano, ¿no?

—No.

—Mire, señorita, lo único que ocurre es que hay gente muy rara suelta por ahí.

—Pero ¿no ha cometido ningún delito?

Nariz Aguileña se encogió de hombros.

—¿Ha echado usted algo en falta?

—No lo sé. Creo que no.

—¿Hay alguna señal de que haya forzado la puerta?

—No, que yo haya visto.

Miró a su compañero y señaló con la cabeza hacia la puerta dando a entender claramente: «Larguémonos de aquí en cuanto consigamos hacer callar a ésta».

—Si ocurriera algo serio —acentuó de una manera amable pero un tanto desagradable lo de «serio»—, llámenos.

Dieron media vuelta para marcharse.

—¿No se llevarán la carta?

—Guárdela usted. Métala en un cajón. En algún lugar seguro.

—¿No me tomarán declaración? ¿No debo rellenar ningún impreso?

—Si volviera a tener problemas, haremos todo eso, no se preocupe. Ahora váyase a dormir un rato. Nosotros tenemos trabajo que hacer.

Y se marcharon. Yo miré a través de la ventana mientras su coche se confundía con las demás luces y el bullicio de la calurosa ciudad.

En Holloway Road se oía estruendo de música y risas, como si se celebrara una nocturna y un tanto siniestra fiesta al aire libre. Algunos aplaudían con entusiasmo. Se oyó el sonoro claxon de un automóvil. El sofocante aire nocturno concentraba todos los olores de la noche: especias, cebolla frita, humos de tubos de escape, pachuli, ajo, canela y los inesperados aromas de las rosas. De vez en cuando un suave soplo de viento agitaba las cortinas medio descorridas de las ventanas abiertas, pero, por lo demás, el calor era denso y profundo, estaba saturado. Era de noche, pero no se distinguían las estrellas, ni tampoco la luna, sino sólo las farolas de la calle, que dispersaban un sucio resplandor anaranjado en el interior de mi apartamento. Y ruido. Gente. Automóviles. Pensé por un instante que me gustaría estar en medio de un bosque, o en un desierto, o en alta mar.

No cerré los ojos. Miré a Fred y él me devolvió la mirada sonriendo levemente, seguro de sí mismo, mientras el sudor de su frente me bajaba por el rostro y el cuello y nuestras manos se deslizaban recíprocamente por nuestros empapados cuerpos. Lo seguía sintiendo como un desconocido: frente despejada, boca carnososa; cuerpo largo, esbelto, suave y en cierto modo blando. Incluso después de una velada de baile, seguida de sexo, olía a limpio y a vigorosa virilidad, a jabón de limón y a tierra, a hierba y cerveza. Aparté la húmeda sábana que nos cubría y se estiró en la estrecha cama. Luego colocó los brazos bajo la cabeza y me sonrió.

—Ha sido bonito —le susurré.

—Gracias.

—No era eso lo que debías decir —dije—. Tenías que haber dicho: sí, ha sido bonito.

Meneó la cabeza.

—¿Has disfrutado alguna vez tanto del sexo?

No pude evitar una risita tonta.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres que diga: «Oh, Fred, nunca pensé que pudiera ser así»?

—Calla. Cierra tu maldita boca.

Lo miré. No sonreía. Había herido sus sentimientos. Parecía humillado y furioso. Hombres...

Me incorporé, crucé las piernas, cogí dos cigarrillos de la cajetilla que había en el suelo, los encendí y le pasé uno a él.

—Jamás me había acostado con un jardinero.

Dio una calada y lanzó un perfecto anillo de humo al aire, que permaneció un segundo en suspenso antes de disolverse.

—No soy jardinero. Hago trabajos de jardinería.

—O sea, que yo no soy maestra, sino que doy clases.

Lanzó otro anillo de humo y lo contempló.

—Tú eres maestra. Yo dejaré este trabajo en cuanto pueda.

—Ah. —Experimenté una punzada de resentimiento—. Muchas gracias.

Bueno..., ¿te has acostado alguna vez con una maestra?

Me miró enarcando las cejas. La lujuria le iluminó el rostro.

—Jamás con una maestra «famosa».

No quería pensar en ello. Me había pasado la noche bebiendo, riendo y bailando para no pensar. Estaba harta de oír estúpidos chistes sobre sandías, de los artículos de prensa en los que se referían a mí como «la rubita Zoë», y de las cartas que tipos raros me dejaban sobre el felpudo. De que personas a quienes no conocía pudieran pensar en mí y me convirtieran en parte de sus fantasías. Tal vez en ese momento había alguien delante del apartamento mirando hacia mi ventana abierta, esperando a que se marchara Fred. Ahora ya estaba completamente sobria.

Arrojé el cigarrillo al interior del vaso que había junto a la cama y lo oí apagarse con un chisporroteo.

—Estas cartas...

—No les hagas caso —se apresuró a decir Fred. Cerró los ojos—. ¿Qué harás este fin de semana?

—Me asustan. Son... no sé, parece que persigan realmente un propósito.

—Mmm. —Me acarició suavemente el cabello—. Habíamos pensado salir a comer al campo el sábado. Lejos de la ciudad. ¿Te apetece venir?

—¿Lo hacéis todo en grupo?

Se inclinó hacia delante y me besó los pechos.

—Algunas cosas me las arreglo para hacerlas yo solito. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada. —Hubo un momento de silencio—. ¿Quieres quedarte esta noche, Fred? Quiero decir, toda la noche. Si te apetece, claro.

Fue como si le hubiera dicho que había una bomba debajo de la almohada. De repente abrió los ojos y se incorporó en la cama.

—Lo siento —dijo—. Mañana a primera hora tengo que estar trabajando en casa de una señora mayor, cerca de Wimbledon.

Se puso los calzoncillos y los pantalones de algodón. Jesús, qué rápido era vistiéndose: la camisa —con los botones abrochados—, los calcetines, los zapatos —tras sacarlos de debajo de la cama—, unas palmaditas en los bolsillos para asegurarse de que estaba la cartera. La chaqueta, que había dejado en el respaldo de la silla.

—El reloj —le dije secamente.

—Gracias. Mierda, mira qué hora es. Te llamaré mañana.

—De acuerdo.

—Y no te preocupes por lo de las cartas. —Me acarició el rostro con ambas manos y me besó en el cuello—. Buena chica. Hasta mañana.

—Adiós.

Cuando se fue, me levanté y cerré la ventana del salón a pesar del sofocante calor. La habitación me resultaba más claustrofóbica que nunca. Contemplé Holloway Road. Amanecería en unas horas. Comprobé que estuviera cerrada la ventana del rellano, lo cual ya había hecho varias veces aquella noche, y fui en busca de mi reloj, que había dejado en el cuarto de baño. Era la una y cuarenta y cinco minutos. Ojalá ya fuera de día. Estaba cansada, pero no tenía sueño, y el tiempo transcurre muy despacio cuando se tiene miedo. El sudor me escocía en la piel, súbitamente fría, por lo que recogí la sábana del suelo y me sequé el cuerpo antes de envolverme en ella y encender otro cigarrillo. Ojalá tuviera un poco de té. A lo mejor había *whisky* en algún sitio. Fui a la cocina y acerqué una silla al armario para llegar arriba. Había un montón de botellas vacías, que algún día llevaría al contenedor de vidrio, pero nada de *whisky*. Lo que sí encontré fue una botella de licor de menta que uno de mis progenitores me había regalado por Navidad y que estaba intacta. Me serví un trago en una taza que había perdido el asa. Era verde, viscoso y empalagoso. Rodó como una pelota ardiente garganta abajo.

—¡Puf! —dije en voz alta.

De pronto me di cuenta de lo tranquilo que estaba todo; sólo algún pequeño temblor ocasional al paso de algún camión y el repiqueteo de los pies de alguien que pasaba por debajo de mi ventana. Eran las dos y cuarto.

Envuelta en la sábana, me dirigí arrastrando los pies al cuarto de baño, me cepillé los dientes y refresqué con agua mi acalorado rostro. Después me tumbé en la cama y procuré no pensar en las cartas, pero no pude evitarlo: empecé a darle vueltas a la cabeza. La primera la había tirado, pero recordaba casi todo su contenido. La segunda la había guardado en el escritorio. Era evidente que la policía no tenía muy claro que pertenecieran a la misma persona; pero yo sabía que sí. No se tomaban en serio el asunto; no sabían lo que significaba ser una mujer acostada sola en su lecho en un asqueroso apartamento de Holloway Road y temerosa de que hubiera alguien observándola.

No pude contenerme y saqué la carta. Volví a la cama y la leí de nuevo. Sabía que aquel hombre había estado observándome; observándome de verdad. Había visto cosas de mí en las que yo no había reparado, como el dedo manchado, por ejemplo. Me estaba estudiando de una manera en que no se estudia ni a los amantes. Me estaba memorizando como si fuera a presentarse a un examen. Ese hombre había estado en mi casa. De eso no me cabía duda, por más que la policía no lo creyera; y había revuelto mis cosas, las había tocado. Quizá había examinado mis cartas, mis fotografías y mi ropa. Tal vez, incluso se había llevado algo. Me había visto dormida. Decía que quería verme por dentro. No estar dentro de mí, sino verme por dentro. Me sentía mareada, pero puede que fuera el licor de menta —que aún revestía el interior de mi boca como si fuera un pegamento— y el trago que había bebido anteriormente, y la sudorosa actividad sexual que había tenido con Fred, y el cansancio y... bueno,

que se fuera todo a la mierda.

Cerré los párpados y me cubrí con los brazos para obtener una completa oscuridad. Londres estaba al acecho al otro lado de la ventana, lleno de ojos. Oí una gota de lluvia y después otra. Mi mente no paraba. No lograba reducir su velocidad. Repasaba una y otra vez la carta.

«Como ya te he dicho». Eso era curioso. ¿Cómo era?... Le gustaría verme por dentro. Como ya me había dicho. Pero no me lo había dicho, ¿verdad? Traté de reconstruir mentalmente la primera carta, la que había tirado, pero sólo podía recordar fragmentos. Seguro que lo recordaría. ¿Qué significaba todo eso?

Un pensamiento se agitó en mi mente; algo que hubiera deseado esquivar. Me incorporé con la boca seca, aparté la ropa y fui a la sala. Vacíé la caja de cartón que había dejado debajo del sofá y que contenía docenas de cartas, algunas sin abrir. La tarea podía llevarme siglos. Regresé al dormitorio y me puse mi viejo y raído chándal; después, llené otra taza con el horrible licor, encendí un cigarrillo y empecé.

Me bastaría con echar un vistazo a cada carta para asegurarme, aunque, en realidad, por la letra de los sobres sabía cuáles no eran tuyas. Mi querida Zoë... Señorita Haratounian... Vuelve al sitio de donde viniste, puta... ¿Has encontrado a Jesús? Sonríe, pero sus ojos están tristes... Bien por usted... Si tuviera usted la bondad de donar a nuestra obra benéfica... Tengo la sensación de que nos hemos visto en algún sitio... Si le interesa el sadomasoquismo... Le escribo desde la cárcel... Quisiera darle un consejo nacido de una prudencia muy duramente adquirida...

Allí estaba. De repente sentí que el corazón me latía con fuerza, demasiado rápido. Notaba que la garganta se me estrechaba y no podía respirar. Las letras negras inclinadas. Cogí el sobre que no había abierto. Llevaba sello, la dirección y el código postal. Bebí un generoso trago de la taza, deslicé un dedo por debajo de la solapa y rasgué el sobre. La carta era breve, pero iba directa al grano.

Querida Zoë, quiero verte por dentro y después matarte. No puedes hacer nada por impedirlo. Al menos no todavía. Volveré a escribirte.

Me quedé mirando fijamente la carta hasta que se me nubló la vista. Respiraba con pequeños jadeos entrecortados. Las gotas de lluvia golpeaban los cristales de las ventanas. Era una lenta y pesada lluvia de verano. Me puse en pie de un salto y empujé el sofá hasta colocarlo contra la puerta de entrada. Cogí el teléfono y marqué el número de Fred con trémulos y torpes dedos. Sonó y sonó.

Su voz sonaba pastosa a causa del sueño.

—Fred, Fred, soy Zoë.

—¿Zoë? Pero ¿qué hora es?, ¡maldita sea!

—¿Cómo? No lo sé. Fred, he encontrado otra carta.

—Por el amor de Dios, Zoë, son las tres y media.

—Dice que me matará.

—Mira...

—¿Puedes venir? Tengo miedo. No sé a quién llamar.

—Zoë, escúchame. —Oí que encendía una cerilla—. No te preocupes. —Su voz sonaba suave pero insistente, como si estuviera hablando con una chiquilla que tiene miedo a la oscuridad—. Mira, si de verdad tienes miedo, llama a la policía.

—Por favor, Fred. Por favor.

—Estaba durmiendo, Zoë. —Ahora su voz sonaba muy fría—. Te aconsejo que intentes dormir.

Me di por vencida.

—De acuerdo.

—Te llamaré.

—De acuerdo.

Telefoneé a la policía. Un agente tomó mis datos con laboriosa lentitud. Le deletreé dos veces mi apellido. H de hora, A de abuelo. Cada vez que oía un ruido me ponía en tensión y mi corazón se desbocaba. Pero, por supuesto, nadie podía entrar. Todo estaba cerrado a cal y canto.

—Un momento, señorita.

Esperé, me fumé otro cigarrillo. Sentía la boca como si fuera el interior de un cenicero.

Finalmente me dijo que acudiera a la comisaría a la mañana siguiente. Supongo que mi deseo era que la policía viniera corriendo a protegerme y lo resolviera todo, pero por el momento eso era lo único que podía conseguir. Puede que el tono aburrido y rutinario de su voz me tranquilizara un poco. Cosas así ocurrían constantemente.

En algún momento me quedé dormida. Cuando desperté ya eran casi las siete. Había llovido mucho durante la noche y el agua había limpiado la calle. Las hojas de los pocos plátanos que había en ella se veían menos polvorientas y arrugadas. El cielo tenía un color realmente azul. Había olvidado cómo era el azul del cielo.

Esta vez conseguí hablar con policías de mayor rango, lo cual ya era algo. Si los agentes uniformados que habían venido a mi apartamento parecían jugadores de un equipo de *rugby* escolar, el hombre que habló conmigo en la comisaría tenía aspecto de profesor de geografía, aunque tal vez fuera un poco mejor vestido que los profesores de geografía que yo había tenido. Llevaba un traje azul marino y una corbata muy seria. Era corpulento y macizo, casi gordo. El cabello, de color castaño, lo llevaba muy corto y repeinado. Se presentó como el sargento Aldham.

No me hicieron pasar a ninguna sala especial ni hubo ninguna formalidad de carácter oficial. Se reunió conmigo en recepción y marcó en un teclado el número que nos permitiría acceder a la zona policial que había detrás. Pero se equivocó y tuvo que volver a marcar, maldiciendo por lo bajo. Luego me acompañó hasta su escritorio y me ofreció asiento. Yo me sentía como una alumna que va a hablar con la profesora después de clase. Bueno, en esta ocasión, antes de clase. Había llamado a Pauline para avisarle que me retrasaría, lo cual no le había hecho ninguna gracia. Me había dicho que no era un buen momento.

El sargento Aldham leyó despacio las dos cartas, frunciendo el entrecejo como para concentrarse mejor. Pasé cinco minutos removiéndome nerviosamente en el asiento y mirando a la gente que entraba o hablaba por teléfono. Un par de agentes se reían de algo que yo no podía oír desde el fondo de aquella especie de despacho sin tabiques de separación. El sargento levantó la vista.

—¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias.

—Yo voy a pedir una para mí...

—En ese caso, de acuerdo.

—¿Una galleta?

—No, gracias.

—Yo tomaré una.

—Para mí es un poco pronto.

Pasó una eternidad hasta que regresó, caminando a trompicones con unos vasos de plástico que quemaban tanto que apenas podían sostenerse en las manos. Introdujo una galleta en el té y mordió cuidadosamente la mojada media luna.

—Bien, ¿qué es lo que piensa usted?

—¿Lo que yo pienso? Pero bueno, yo creía... que ése era su trabajo, ¿no?

—No sé. ¿Qué decía la otra carta?

—Era tan horrible que la tiré. Decía unas cosas muy raras sobre lo que yo comía. Y hablaba sobre el miedo a morir. Parece que es alguien que ha estado espíandome.

—¿Tal vez sea alguien que la conoce?

—¿Que me conoce?

—Podría tratarse de una broma. ¿No cree que algún amigo suyo pueda estar haciéndolo para divertirse?

No supe qué decir.

—Está amenazándome con matarme. No le veo la gracia.

Aldham se removió nerviosamente en su asiento.

—La gente a veces tiene un raro sentido del humor —comentó.

Se produjo un silencio durante el cual yo traté de pensar con toda la intensidad de que era capaz: ¿y si estaba equivocada? A lo mejor, no era para tanto.

—Un momento —dijo al final—. Permítame que hable con una persona.

Extrajo una carpeta del escritorio y atravesó lentamente la sala hasta desaparecer de mi vista. Consulté el reloj. ¿Cuánto tiempo llevaría todo aquello? ¿Merecería la pena sacar del bolso mis carpetas y aprovechar para trabajar un poco en una esquina del escritorio de Aldham? No estaba de humor. Cuando al fin regresó, lo hizo acompañado de otro hombre vestido de paisano, más bajo y delgado, de cabello entrecano y que parecía estar algo más arriba en el escalafón policial. Se presentó como el inspector Carthy.

—He examinado sus cartas, señorita... mmm... —Murmuró algo que parecía un intento de pronunciar mi nombre—. He leído las cartas y el sargento Aldham me ha informado de los detalles del caso. Se trata de un tipo de trabajo muy desagradable. —Miró a su alrededor y se apropió de una silla de un escritorio desocupado—. Hay que averiguar qué es lo que realmente está ocurriendo.

—Lo que está ocurriendo es que alguien está amenazándome y ha entrado en mi apartamento.

Carthy hizo una mueca.

—Me están acosando. Eso es delito, ¿no?

—En determinadas circunstancias. Comprendemos su preocupación, pero es difícil saber cómo actuar exactamente.

—¿No cree que esa persona parece peligrosa?

—Puede que sí. O puede que no. Mire, señorita, por lo visto usted ya había recibido otra carta de este tipo.

Relaté nuevamente mi momento de gloria y los dos policías intercambiaron una breve sonrisa.

—Aquel asunto de la sandía... —dijo Carthy—. Fue algo sensacional. He visto la foto del periódico en el tablón de anuncios de alguna parte. Aquí todo el mundo la considera a usted una heroína. A lo mejor, antes de irse podría usted pasar a saludar a alguno de sus admiradores. En cuanto a lo de las cartas... son cosas que ocurren cuando alguien se hace famoso. Hay gente muy desgraciada por ahí. Es su manera de ponerse en contacto con los demás.

Al final, perdí la paciencia.

—Perdone, pero creo que no se lo están tomando ustedes lo suficientemente en

serio. Esta persona no se ha limitado a escribir unas cartas. Ha estado en mi apartamento.

—Puede que haya estado. —Carthy lanzó un prolongado suspiro de resignación—. Muy bien. Comprobemos un par de cosas. —Se produjo una pausa momentánea—. Su apartamento. ¿Es de fácil acceso?

Me encogí de hombros.

—Es una vivienda reformada, como muchas otras. Hay un portal común en Holloway Road. La parte trasera de la casa da al patio de un *pub*.

Carthy anotó algo en un cuaderno que sostenía sobre las rodillas. No pude ver si tomaba notas o simplemente hacía garabatos.

—¿Recibe usted muchas visitas en su apartamento?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Una a la semana? ¿Dos? De media, me refiero.

—No puedo precisar tanto. Tengo amigos, claro. La semana pasada un grupo de ellos estuvo tomando unas copas en mi casa. También tengo una nueva pareja. Ha estado en casa bastantes veces. —Más garabatos en el cuaderno—. Ah, y el apartamento lleva seis meses en venta.

Carthy arqueó una ceja.

—Lo cual significa que ha habido personas que lo han visitado, ¿no es así?

—Evidentemente.

—¿Cuántas?

—Muchas. En estos seis meses han debido de pasar a verlo sesenta, setenta, o puede que más.

—¿Algunas de ellas han estado más de una vez?

—Sí, claro. Yo no pongo ningún reparo si quieren volver a verlo.

—¿Alguna de ellas le ha parecido rara en algún aspecto?

No pude reprimir una carcajada sarcástica.

—Unas tres cuartas partes son perfectos desconocidos que revuelven tus armarios y abren tus cajones. Es lo que ocurre cuando intentas vender tu casa.

Carthy no sonrió ante mi comentario.

—Puede haber varios motivos que expliquen este tipo de conducta. El más frecuente es de carácter personal. —Me pareció que estaba un poco azorado—. ¿Le importa que le haga unas cuantas preguntas personales?

—No, siempre y cuando se relacionen con este asunto.

—Ha dicho que tiene una nueva pareja. ¿Cómo de nueva?

—De hace dos o tres semanas. Muy nueva.

—¿Eso significa que antes tenía otra?

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no, que no tenía otra.

—¿Pero ha tenido últimamente alguna relación íntima, es decir, sexual?

—Bueno, sí. —Me estaba ruborizando sin remedio.

—¿Y se rompió de forma traumática?

—No, en absoluto —contesté—. He estado con diferentes personas en distintos momentos.

—¿Diferentes personas? —Carthy y Aldham intercambiaron una significativa mirada.

—Bueno, dicho así suena fatal. —Estaba aturdida. Sabía lo que estaban pensando y cualquier cosa que dijera agravaría la situación. Y lo más gracioso es que, comparada con casi todas las personas que conozco, yo soy una monja. Y por si fuera poco, una monja torpe, azorada e incapaz de expresarse con claridad—. He salido, o me he visto, como ustedes prefieran, con dos hombres en este último año, más o menos.

Ambos siguieron mirándome fijamente, como si un número tan bajo no acabara de convencerles.

—Con el último dejé de verme hace varios meses.

—¿La relación terminó mal?

Me recordé a mí misma sentada frente a Stuart en un café de las inmediaciones de Camden Lock.

—En realidad, se apagó sin más. En cualquier caso, lo último que he sabido de él es que estaba recorriendo Australia en autostop. Pueden borrarlo de la lista de sospechosos.

Carthy cerró con un sonoro clic su bolígrafo y se levantó.

—El sargento Aldham la ayudará a rellenar el formulario y le tomará una breve declaración.

—¿Qué harán?

—Ya se lo he dicho.

—Quiero decir si lo atraparán.

—Si ocurriera algo, llame a Aldham. Ah, y durante un tiempo procure ser prudente en su vida privada.

—Ya le he dicho que tengo pareja.

Inclinó levemente la cabeza y dio media vuelta, murmurando por lo bajo algo que no pude entender.

Llegaba a la escuela con retraso. Un retraso mayor del que había anunciado. Cuando salí de la comisaría me sentía tan cansada que pensaba que se me iban a doblar las rodillas. Notaba la piel polvorienta bajo el vestido de algodón, como si tuviera arena. La cabeza me picaba y tenía la boca pastosa. En los hombros me habían salido unos desagradables granitos causados por la tensión. Bajo el resplandor del sol, mis ojos, profundamente hundidos en sus cuencas, empezaron a latir dolorosamente. Los cerré con fuerza para protegerlos de la cegadora luz y rebusqué en mi bolso las gafas de sol. Mierda. Las había olvidado. Y mis vitaminas también. Y sólo me quedaba un cigarrillo. Por un instante me entraron ganas de regresar al apartamento para darme un baño, cepillarme los dientes y reponerme un poco antes de ir a la escuela. O simplemente ir a un parque de las inmediaciones y sentarme sobre los amarillentos parterres de hierba al borde de un estanque a contemplar los patos, o simplemente cerrar los ojos.

En cambio, compré dos cajetillas de cigarrillos y unas gafas de sol baratas en un tenderete y entré con cierto remordimiento en una cafetería de mala muerte. Pedí dos tazas de café y un huevo con una tostada. Comí despacio, observando a través de la empañada luna a la gente que pasaba por la calle. Un rasta con un gorro amarillo. Una pareja de adolescentes cogidos del brazo que se detenían cada dos pasos para besarse. Un grupo de turistas japoneses, todos con jerséis y cámara en ristre. Un hombre con un bebé en brazos al que sólo se le veía la cabeza, cubierta de suaves mechones de pelusa. Una mujer que chillaba sin parar, con un niño de rostro congestionado a su lado. Una india envuelta en un sari escarlata, que iba sorteando con sus delicadas sandalias los excrementos de perro y la basura del suelo. Un grupo de colegiales con bolsas de deporte que cruzaban la calle llena de humos de tubos de escape guiados por una agobiada joven que me recordaba a mí misma. Un ciclista con pantalones cortos de color amarillo fosforescente que, inclinado hacia delante, sorteaba el tráfico sobre una bici de finas ruedas. Una mujer con sombrero de ala ancha y unos pechos que parecían una repisa, tirando de un diminuto caniche que parecía haber entrado por error en una historia que no le correspondía.

Yo también había entrado en una historia equivocada. Puede que él me estuviera viendo en ese momento. Si yo hubiera sabido dónde mirar, tal vez habría podido verlo. Encendí un cigarrillo y me bebí el amargo café medio frío. Era tan tarde que unos minutos más ya no importaban.

Antes de coger el autobús en Kingsland Road, pasé por delante de una cabina telefónica y me asaltó el estúpido impulso de llamar a mi madre. Mi madre, que llevaba doce años muerta. Quería que ella me dijera que todo se arreglaría.

Pauline se mostró cortésmente fría conmigo cuando llegué. Me dijo que había llamado un tal Fred, dejando recado de que lo telefonara al móvil. No parecía que fuera de su agrado recoger los mensajes del novio de una maestra de la escuela. La auxiliar que me había sustituido estaba ocupada en la tarea de conseguir que los niños, protegidos con delantales de plástico, mezclaran pinturas con unos pinceles gruesos. Ya que tenían las pinturas preparadas, les dije que dibujaran un retrato de sí mismos para colgarlo en la pared antes de la celebración del día de los padres. Raj se dibujó con la cara de color rosa y el cabello castaño. Las piernas le salían directamente de la barbilla. Eric, que no sonríe jamás, se representó con una boca de color rojo que iba de oreja a oreja. Stacey derramó agua sobre el dibujo que tanto le costaba hacer a Tara, y ésta le propinó un puñetazo en el cuello. Damian rompió a llorar y las lágrimas le mojaron el papel. Lo llevé a un rincón y le pregunté qué ocurría, y él me contestó que todos se metían con él, lo llamaban marica, lo empujaban en el patio a la hora del recreo y lo encerraban en el lavabo. Lo miré; era una pálida y escuálida criatura que hablaba sorbiéndose los mocos. Llevaba una ropa que le colgaba por todas partes y tenía las orejas sucias.

Fred quería que aquella tarde fuera a verlo jugar un partido de *hockey*. Según me dijo, jugaban todos los miércoles. Un rasgo este típico de críos. Estaba contento y relajado, como si no hubiera ocurrido nada. Me dijo que estaba cortando rosas en algún jardín de las afueras, pero que sólo pensaba en mi cuerpo.

Pauline me dijo que antes del fin de semana debía tener listo mi informe para la clase de alfabetización y me preguntó si creía que podría hacerlo.

—Por supuesto que sí —contesté sin demasiada convicción, mientras sentía en mi cabeza pulsaciones dolorosas.

Por lo general, suelo comprar un bocadillo de queso y tomate en un bar por el que paso camino de la escuela, pero aquel día me había olvidado, así que, mientras los demás profesores daban cuenta de sus apetitosos bocadillos y de sus piezas de fruta, yo me comí unas patatas hervidas y unas judías con salsa de tomate que me ofreció la obesa ayudante de cocina de la escuela, plato que completé con un bizcocho y unas natillas. Comida de consuelo que logró que me sintiera mejor.

Pedí a los niños que escribieran una y otra vez la letra F, siguiendo las líneas de puntos que había marcadas en sus hojas de deberes. F de flor, de fuego, de fresa.

—Y de follar —dijo Barney, entre los gritos de regocijo de sus compañeros. Tenía cuatro años, y además de ser el alumno más pequeño de la clase era una criatura angelical.

A la hora de la charla en corro, saqué el tema de la intimidación. No aludí directamente a Damian, pero dije que las personas debían ayudarse unas a otras. Todos los niños me miraron con sus crueles e inocentes ojos. Damian estaba sentado a mi lado, arrancando fragmentos de lanilla de la alfombra mientras sus ojos nadaban tras los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Mejor? —le pregunté al término de la jornada mientras todos se retiraban.

—Mmm —murmuró, con la cabeza gacha.

Vi que tenía la parte posterior del cuello mugrienta y las uñas sucias. De repente me sentí irritada y furiosa con él y me entraron ganas de sacudirle para sacarlo de su estado. A lo mejor yo también era así, pensé; quizá yo también me estaba dejando intimidar.

Es asombroso el ruido que pueden hacer diez tíos. No sólo gritos, sino gruñidos, alaridos, aullidos, chillidos, empujones, golpes al suelo con un palo y patadas en la espinilla... Parece que en cualquier momento vayas a oír un crujido de huesos. Me sorprendía no ver sangre derramada, cuerpos en camilla, puñetazos. Pero, al finalizar, todos estaban sudorosos y malolientes, se encontraban estupendamente y se daban mutuas palmadas en los hombros. Yo me sentí un poco estúpida, allí de pie, en la banda, mirándolos como si formara parte del club de admiradoras. Había también otras tres mujeres, que evidentemente se conocían entre sí y formaban una especie de grupo. Todos los miércoles se reunían para ver cómo sus chicos se vapuleaban unos a otros. Eran Annie, Laura y otra cuyo nombre no conseguí entender y tampoco quise que me repitieran. Me preguntaron cómo había conocido a Fred, que según dijeron era un encanto. Y se mostraron amables aunque un tanto comedidas conmigo, lo que me indujo a sospechar que cada semana debía acompañar a Fred una chica distinta y no querían comprometerse demasiado. Supongo que habría tenido que animar a Fred, gritarle algo cuando pasaba como una exhalación por delante de mí con los ojos empañados, pero no conseguí hacerlo.

Cuando acabaron, se acercó, me rodeó los hombros con un brazo y me dio un beso.

—Estás chorreando sudor.

No es que me importara demasiado, pero tampoco me producía ningún placer desde una perspectiva meramente hormonal.

—Mmm. —Me acarició con la punta de la nariz—. En cambio, tú estás fresca como una rosa y eres un cielo.

Después del trabajo había ido al apartamento de Louise y me había bañado. Mi amiga me había prestado unos pantalones grises de algodón y un top de punto sin mangas. No quería regresar a mi casa.

—¿Vendrás luego a tomar una copa con nosotros?

—Claro.

Lo que menos necesitaba mi cuerpo era un trago, pero deseaba compañía, pues el hecho de estar con otras personas en un lugar público hacía que me sintiera a salvo. La idea de que se hiciera de noche y encontrarme sola en mi apartamento me cortaba la respiración.

—Te veo después de la ducha.

La copa se convirtió en varias en un oscuro *pub* cuyo propietario obviamente los conocía.

—Y ha recibido un montón de cartas de chiflados —prosiguió Fred, como si el asunto fuera divertidísimo. Su mano se deslizó por un costado de mi espalda hacia abajo. Yo me removí nerviosamente en el asiento, encendí otro cigarrillo y me bebí la cerveza que quedaba—. Incluidas algunas en las que amenazan con matarla. ¿Verdad, Zoë?

—Sí —murmuré. No me apetecía hablar de ello.

—¿Qué ha dicho la policía? —preguntó.

—No demasiado —contesté. Hice un intento de tomármelo a broma—: No te preocupes, Fred. Estoy segura de que tú serás el primer sospechoso.

—Yo no puedo ser —dijo él alegremente.

—¿Por qué no?

—Bueno... mmm.

—Tú jamás me has visto dormida —dije, e inmediatamente me arrepentí.

Fred se limitó a mirarme con perplejidad.

Fue un alivio cuando Morris empezó a contarme que acudían allí la noche del concurso de preguntas.

—La verdad es que es demasiado fácil —dijo—. Es como quedarnos con su dinero. Tenemos suerte de que no nos echen y nos den una paliza.

—*El buscavidas* —dijo Graham.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Te está aburriendo el idiota de mi hermano?

—No seas malo —dije.

—No, no —repuso Morris—. Es otra referencia. Eso es lo que Herman Mankiewicz dijo acerca de Joseph Mankiewicz. —Miró sonriendo a su hermano—. Pero al final Joseph fue el más afortunado de los dos.

—Perdón —intervine—. No sé quiénes son esas personas.

Por desgracia empezaron a explicármelo. Para mí, todo lo que se traían entre manos aquellos viejos amigos y los dos hermanos era una desconcertante mezcla de chistes manidos, oscuras referencias y extrañas contraseñas. Normalmente, yo optaba por inclinar la cabeza y esperar a que surgiera una conversación que pudiera seguir. Al cabo de un rato, el fluido y alocado diálogo en el que todos intentaban superarse con sus ingeniosas frases y bromas perdió fuerza y me puse a conversar una vez más con Morris.

—¿Vas con alguna de ellas? —pregunté en voz baja, señalando discretamente con la cabeza a las tres jóvenes que se hallaban sentadas alrededor de la mesa.

Morris adoptó una expresión evasiva.

—Bueno, Laura y yo estamos en cierto modo...

—En cierto modo, ¿qué? —dijo Laura desde el otro lado de la mesa. Era una

mujer corpulenta de cabello castaño, que lo llevaba recogido en un moño.

—Le decía a Zoë que tienes orejas de murciélago.

Pensé que Laura se pondría hecha una furia con Morris. Yo lo habría hecho. Pero empecé a comprender que las tres mujeres se mantenían como en suspenso en la frontera del grupo, hablando entre ellas; sólo participaban en la conversación general cuando era necesario, lo cual no parecía ocurrir a menudo. Los chicos, con el rostro arrebolado y los ojos brillantes después del partido, parecían más niños que nunca. ¿Por qué me habían acogido en su pequeño grupo? ¿Como público? Morris se inclinó hacia mí —por un instante pensé que iba a acariciarme la oreja con su nariz— y me murmuró:

—Todo ha terminado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo mío con Laura. Pero ella todavía no lo sabe.

La observé sentada al otro lado de la mesa, ajena a la sentencia que pesaba sobre ella.

—¿Por qué? —pregunté.

Se encogió de hombros y comprendí que yo no podría soportar seguir hablando de ese tema.

—¿Qué tal va el trabajo? —pregunté por decir algo.

Morris encendió un cigarrillo antes de contestar.

—Estamos todos esperando la oportunidad —respondió.

—¿Qué quieres decir?

Dio una prolongada calada al cigarrillo y, a continuación, bebió un trago todavía más largo de cerveza.

—Míranos —dijo—. Graham es un ayudante de fotografía que aspira a convertirse en un fotógrafo de verdad. Duncan y yo vamos por ahí enseñando a estúpidas secretarias a manejar programas, cosa que podrían aprender en un manual. Estamos a la espera de que una o dos de nuestras ideas se hagan realidad. Tal como funcionan las cosas hoy en día basta una idea medianamente buena para que valgas más que la British Airways.

—¿Y Fred?

Morris miró a su alrededor con expresión pensativa.

—Fred se dedica a cavar y a serrar mientras trata de averiguar quién es.

—Pero entretanto luce un bronceado y unos antebrazos que no veas —terció Graham, que había estado escuchando con disimulo.

—Ya —dije.

Permanecimos allí sentados un buen rato bebiendo demasiado, sobre todo los chicos. Más tarde, Morris cambió de asiento para estar cerca de Laura, obedeciendo a una petición suya, que más parecía una orden, y Duncan se sentó a mi lado. Primero me habló de su trabajo con Morris, del tiempo que pasaban en la calle, yendo de una empresa a otra a enseñar a idiotas con mucho dinero y poco tiempo a manejar sus

ordenadores. Después me habló de Fred, del tiempo que hacía que se conocían, de su larga amistad.

—Hay una sola cosa que no puedo perdonar a Fred —dijo.

—¿Cuál?

—Tú —contestó—. No fue un combate justo.

Hice un esfuerzo por reír. Él se quedó mirándome fijamente.

—Creemos que eres la mejor.

—¿La mejor qué?

—La mejor, sin más.

—¿Creemos?

—Sí, todos nosotros. —Abarcó la mesa con un gesto de la mano—. Al final, Fred siempre deja plantadas a sus mujeres.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos, ¿no te parece?

—¿Te podré tener yo después? —preguntó Morris.

—¿Cómo?

—No, la quiero yo —dijo Graham desde el otro lado de la mesa.

—Y yo, ¿qué? —repuso Morris.

—Yo estaba primero —dijo Duncan.

Una pequeña parte de mí comprendió que aquello era una de sus bromas, y puede que en otras circunstancias me hubiera reído y hasta hubiera intentado coquetear un poco y seguirles la corriente, pero no era el momento.

Fred se apretó contra mí y comprimió la mano sobre mis pantalones, es decir, sobre los pantalones de Louise. De repente sentí una especie de mareo. La espesa y ruidosa atmósfera del *pub* se estaba cerrando a mi alrededor.

—Tengo que irme —dije.

Fred me acompañó a mi apartamento en su furgoneta, dejando de camino a Morris y Laura. Debía de llevar bastantes copas de más.

—¿No te importa que me digan esas cosas? —le pregunté.

—Simplemente están celosos —contestó.

Le dije que la policía me había hecho preguntas acerca de mi vida personal.

—Me hicieron pensar que la culpa era mía —dije—. Me preguntaron sobre mi vida sexual.

—¿Una larga historia? —En sus ojos se encendió un destello de interés.

—Una historia muy corta.

—¿Tantos? —Soltó un silbido.

—No seas bobo.

—O sea, que creen que es uno de tus examantes.

—Tal vez.

—¿Alguno de ellos tenía pinta de pirado?

—No —contesté con cierto titubeo—. Sólo que, cuando empiezas a pensar desde esa perspectiva, todo el mundo parece raro, incluso un poco siniestro. Nadie es del

todo normal, ¿no crees?

—¿Ni siquiera yo?

—¿Tú? —Lo miré mientras conducía con sus finas manos apoyadas en el volante

—. Ni siquiera tú.

Pareció alegrarse. Lo vi sonreír.

Me empujó contra el respaldo y me besó con tal intensidad que noté el sabor de la sangre en mis labios. Me apretó el pecho con una mano, pero no dijo nada de subir a casa. Yo ya había aprendido la lección de la víspera, de modo que tampoco se lo pedí. Lo saludé con la mano en un gesto razonablemente convincente de buen humor, pero en lugar de entrar en el apartamento bajé por la calle, todavía abarrotada de gente, hasta el teléfono público más próximo. Llamé a Louise; a lo mejor podía pasar la noche en su casa. Pero el teléfono sonó y sonó sin que nadie contestara. Me quedé allí con el auricular pegado a la oreja hasta que un hombre con cara de malas pulgas que llevaba una abultada carpeta de documentos empezó a golpear el cristal de la cabina. No conocía a ninguna otra persona a quien pedirle ese favor, no tenía ningún otro sitio adonde ir. Me quedé unos cuantos minutos en la calle sin saber qué hacer y después eché a caminar, decidida. Regresé a mi portal, lo abrí, recogí el correo basura, la factura del gas y una postal de mi tía, y subí. No había ninguna carta extraña. Todas las ventanas estaban cerradas. El licor de menta se hallaba sobre la mesa, sin tapón. No había nadie.

—Creo que tiene verdadero interés.

—¿Quién? ¿Fred?

—No. El hombre que vendrá a ver el apartamento. No sé por qué, pero creo que puede gustarle. Ojalá. Odio vivir aquí, Louise. Te lo aseguro. Me da miedo regresar a casa por la noche. Si pudiera largarme de aquí... tal vez se terminarían las cartas y desaparecería ese tipo de mi vida.

Louise miró a su alrededor.

—¿A qué hora vendrá?

—A las nueve. Una hora un poco rara para visitar apartamentos, ¿no te parece?

—Eso quiere decir que nos quedan dos horas.

—¿Seguro que quieres renunciar a tu preciosa velada de los jueves, Louise?

—Lo único que habría hecho sería sentarme a comer chocolate y cambiar constantemente de canal. Me has salvado de mí misma. En cualquier caso, me encantan los desafíos.

Miré tristemente a mi alrededor.

—Todo esto es un desafío, desde luego —dije.

Louise se remangó con gesto un tanto alarmante, como si se dispusiera a fregar el suelo.

—¿Por dónde empezamos?

Quiero a Louise. Es muy realista y generosa; incluso cuando se comporta de manera escandalosa y temeraria yo sé que tiene los pies firmemente asentados en el suelo. Se ríe con facilidad y llora con las películas sentimentales. Come demasiados pasteles y sigue unas dietas absurdas, disparatadas y totalmente innecesarias. Se pone unas faldas que hacen que Pauline arquee sus bien dibujadas cejas, lleva zapatos de plataforma, camisetas con extraños logotipos, enormes pendientes y un *piercing* en el ombligo. Es bajita y obstinada, se siente muy segura de sí misma, es terca como una mula. Tiene la barbilla afilada y decidida y la nariz respingona. No se desanima ante nada. Es como un asno de noria.

Cuando llegué a la Laurier School, Louise me acogió bajo su protección, a pesar de que sólo llevaba un año allí. Me dio consejos sobre la docencia, me reveló quiénes eran los padres problemáticos, compartía su bocadillo conmigo a la hora del almuerzo cuando yo me olvidaba de llevarlo y me prestaba tampones y aspirinas. Era mi único punto de referencia en el torbellino de Londres. Y aquí estaba ella, poniendo mi vida en orden.

Empezamos por la cocina. Fregamos los platos y los guardamos en su sitio, barrimos el suelo, limpiamos el polvo y la ventanita que daba al jardín de la parte trasera del *pub*. Louise insistió en quitar los cazos y las sartenes que había encima del

mueble de la cocina.

—Amplíemos un poco el espacio —propuso, mirando a su alrededor como si fuera una experta decoradora.

En el salón, de cuatro metros por tres, vació los ceniceros, empujó la mesa hasta la ventana para tapar una zona de la pared en la que el papel se había desprendido, les dio la vuelta a los sucios cojines del sofá, pasó el aspirador por la alfombra mientras yo amontonaba los papeles y las cartas y tiraba cosas a la basura.

—¿Ésas son las cartas? —preguntó Louise, señalando la caja de cartón.

—Sí.

—Qué horror. ¿Por qué no las tiras?

—¿Crees que debo? Tal vez la policía las necesite.

—¿Para qué? De todos modos, ya has separado las cartas del pervertido ese. Tíralas a la basura. Es donde merecen estar.

Abrió una bolsa de gran tamaño y yo arrojé en su interior todos los sobres de color lavanda, las cartas en tinta verde, los manuales de autodefensa y las tristes biografías. Me sentí más animada. Louise bajó a Holloway Road a comprar unas flores mientras yo limpiaba la bañera con una vieja manopla. Regresó con unas rosas amarillas para el salón y una planta con carnosas hojas verdes para la cocina.

—Deberías poner algo de música clásica para cuando llegue.

—No tengo nada donde poner música.

—Bueno, pues prepararemos un café. Haz un pastel. Eso suele surtir efecto.

—Sólo tengo café instantáneo..., y aunque tuviera los ingredientes para hacerlo, que no los tengo, no pienso ponerme a preparar un maldito pastel.

—No importa —dijo Louise con un entusiasmo exagerado mientras cortaba los tallos de las rosas—. Pues entonces ponte un poco de perfume. ¿Puedo usar este jarrón para poner las flores? Ya está. ¿A que ahora queda mejor?

Era cierto. Yo también me sentía mejor ahora que Louise estaba conmigo, con sus largas pestañas, su boca escarlata, sus uñas intensamente rojas y su ajustado vestido verde. Ahora parecía una habitación normal y corriente que daba a la parte trasera de un *pub*, pero no un ataúd, como antes.

—Toda esta historia me ha trastornado —dije.

Louise llenó la tetera.

—¿Dónde demonios se conecta esto? No hay más que un enchufe. Ésa es otra de las cosas que necesita tu apartamento... una nueva instalación eléctrica. De arriba abajo. —Sacó el aparato que estaba enchufado y conectó la tetera haciendo un gesto teatral con la mano—. Puedes venir a vivir a mi casa, si crees que eso te puede ayudar. Sólo tengo una cama, pero puedes dormir en el suelo. Ven este fin de semana, si quieres.

Tuve que hacer un esfuerzo para no emitir un sollozo a modo de respuesta.

—Es muy amable de tu parte —fue lo único que conseguí decir.

El dormitorio estaba más o menos bien, salvo por el hecho de que la cama estaba

sin hacer y de que no había vaciado el cesto de la ropa sucia. Guardamos el cesto en el armario y ahuecamos un poco la almohada. Louise dobló hacia atrás una esquina de la sábana, como hacía mi madre.

Luego hizo una pausa y miró los objetos que había encima de la cómoda.

—¿Qué demonios es esta extraña colección? —me preguntó.

—Cosas que la gente me ha enviado.

—¿Cómo, además de las cartas?

—Sí. La policía quiso verlas.

—Qué barbaridad —dijo, cogiéndolos para echarles un vistazo.

Había un silbato, que yo debería llevar constantemente colgado al cuello para recurrir a él en caso de peligro. Unas preciosas braguitas de seda. Una piedra suave y redonda que parecía un huevo de pájaro. Un osito de peluche marrón.

—¿Para qué demonios te habrán enviado esto? —dijo Louise, cogiendo un peine de color rosa ligeramente mugriento.

—Venía con las correspondientes instrucciones. Hay que rascarlo contra la nariz, bueno, exactamente entre las ventanas de la nariz. Al parecer ahuyenta a los asesinos.

—Siempre y cuando estén quietos mientras tú sacas el peine. Esto, en cambio, es muy bonito. —Se refería a un delicado guardapelo de plata colgado de una cadenita—. Tiene pinta de ser caro.

—Dentro hay un mechón de pelo.

—¿Quién te lo ha enviado?

—No lo sé. Llegó envuelto en un artículo de periódico que hablaba sobre las personas que actúan con heroísmo. Es bonito, ¿verdad?

—Y éstas son divertidas —comentó al ver una baraja de cartas pornográficas. Examinó la imagen de una mujer que sostenía con las manos sus siliconados senos—. Hay que ver cómo son los hombres —dijo.

Sentí un escalofrío a pesar del calor.

Nick Shale llegó poco después de las nueve. Para entonces yo ya me había bañado y puesto unos vaqueros y una blusa amarilla de algodón. Quería ofrecer un aspecto pulcro y aseado, a juego con mi apartamento. Me había recogido el cabello hacia arriba y aplicado un poco de perfume detrás de las orejas.

Él llevaba unos pantalones cortos deportivos. Cuando se quitó la mochila de la espalda, vi una oscura v de sudor en su camiseta.

—Tenga, le he comprado esto. —Me entregó una bolsa de papel marrón—. Unos albaricoques del tenderete de la calle. No he podido resistir la tentación.

Me ruboricé. Era como si me hubiera regalado un ramo de flores. No creía que los presuntos compradores de un apartamento tuvieran que obsequiar al propietario. Los albaricoques eran dorados, estaban cubiertos de pelusilla y eran casi luminosos.

—Gracias —dije, un tanto cohibida.

—¿No me ofrece a mí uno?

Así pues, comimos los albaricoques de pie en la estrecha cocina. El hombre me dijo que la próxima vez me traería unas fresas. Simulé no haber reparado en lo de «la próxima vez».

—Quería volver a echarle un vistazo al apartamento, ¿no es así?

—Exactamente.

Empezó a recorrer las habitaciones, mirando hacia el techo como si pensara descubrir interesantes dibujos en su superficie. En las esquinas colgaban varias telarañas que Louise y yo no habíamos visto. En el dormitorio, abrió el armario empotrado y contempló durante un instante el cesto de la ropa sucia con una sonrisita en los labios. Después enderezó la espalda y me dijo:

—No me vendría mal un vaso de vino.

—No tengo.

—No se preocupe, he traído el mío.

Se agachó para abrir la mochila y sacó una estrecha botella de color verde. La toqué: aún estaba fría; unos hilillos de agua le bajaban por el cuello.

—¿Tiene un sacacorchos?

El asunto no me hacía mucha gracia, pero se lo traje. Se volvió de espaldas a mí para descorchar la botella. Saqué una copa y un vaso y vertió vino en ellos con pulso firme, sin derramar ni una gota. Me dijo que vivía en Norfolk, pero quería comprar un apartamento en Londres porque a menudo se quedaba dos o tres noches en la ciudad durante la semana.

—O sea, que mi apartamento podría convertirse en una vivienda para visitas esporádicas —comenté—. Qué honor.

—A su salud.

—Ahora debo irme —dije, mintiendo descaradamente. Mi agenda para el fin de semana estaba vacía.

—Es un poco tarde, ¿verdad? —observó, apurando su copa.

No contesté. No veía por qué razón necesitaba una excusa para quitarme de encima a un desconocido.

—Tendría que llevarse su botella —sugerí.

—No, quédese con ella —dijo, dando media vuelta para marcharse.

—¿Qué le parece el apartamento?

—Me gusta —respondió—. Estaremos en contacto.

Oí que cerraba la puerta de la calle. El hombre me gustaba bastante. Me pregunté cómo sería su letra.

El día siguiente, en clase, me sentía como un autómatas interpretando de manera convincente el papel de maestra. El robot decía la lección sobre cómo se forman las letras mientras en algún lugar de mi interior yo repasaba mentalmente mis asuntos. Necesitaba librarme del apartamento. No podía quitármelo de la cabeza, era como una de esas persistentes melodías que no hay manera de ahuyentar. Tenía la atormentadora sensación de que, si podía cerrar la puerta a aquella antipática vivienda de una casa asquerosa situada en una calle ruidosa, también podría cerrarla a otras cosas. Lo que tendría que haber hecho era mejorar la seguridad del apartamento, pero no, eso era un error, eso era como lavar una botella rota. Lo que debía hacer para mejorar la seguridad de mi vivienda era dejarla. No había otra solución. A partir del siguiente fin de semana empezaría a mirar en serio otros apartamentos.

Era demasiado joven cuando lo compré. El dinero que me dejó mi padre al morir era para mí como dinero de Monopoly. Era demasiado para ser verdad. Él me dijo que me comprara algo donde vivir. Fue como el último deseo de un moribundo. Mi padre pensaba que si uno es propietario de una vivienda, está a salvo, el mundo no puede hacerle daño, independientemente de lo que ocurra. Así pues, me comporté como una buena hija... a pesar de que ya no era una hija, puesto que ya no tenía padres; estaba yo sola, muy sola y asustada... e hice lo que él me había pedido. Inmediatamente. Y desde que me trasladé a vivir a Londres, procedente de una tranquila aldea, mi único impulso fue el de comprarme algo en una ciudad de verdad como aquélla, en la que ocurrieran cosas y hubiera tiendas, mercados, gente y ruido. Y vaya si lo había encontrado.

—¿Zoë?

Me desperté de lo que para mí había sido un sueño y a un observador le hubiera parecido una febril actividad (me llevé una sorpresa cuando vi en mi mano un trozo de tiza y en la pizarra una P y una B de gran tamaño que yo misma había trazado cuidadosa e inconscientemente). Miré a mi alrededor. Era Christine, una maestra de educación especial a quien se podía ver sentada en improvisados pupitres en el pasillo con niños aquejados de los más diversos problemas: malos tratos, desnutrición, inadaptación —como era el caso de algunos niños que acababan de llegar de países en conflicto de Europa del Este o de África central— y cosas así.

—Pauline quiere verte —me dijo—. Es urgente. Yo te sustituyo.

—¿Para qué?

—Hay una madre con ella. Creo que está muy molesta por algo.

—Ah.

Sentí un dolor sordo en el estómago, como cuando se espera un golpe inminente. Miré a los alumnos. ¿De qué podría tratarse? La rotación de niños en las clases era

asombrosa. La gente se los llevaba, a veces fuera del país y a menudo sin previo aviso, y otros niños con problemas ocupaban rápidamente su lugar. Teníamos niños que estaban involucrados en juicios y otros incluidos en las listas de los servicios de asistencia social. Hice un rápido recuento. Treinta y uno. Estaban todos. Ninguno había regresado a casa sin que yo lo advirtiera. No tenía que administrar ninguna medicación a nadie. Nadie sacaba espuma por la boca. Me sentí mejor. La cosa no podía ser muy grave.

Mientras recorría la breve distancia que me separaba del despacho de Pauline, pensé que, a pesar de lo mucho que aborrecía mi apartamento, al menos la escuela me gustaba. En el pequeño vestíbulo había un estanque hecho con ladrillos con unos peces muy grandes en su interior. Metí los dedos en el agua para que me diera suerte, como hacía siempre que pasaba por allí. La escuela se encontraba situada junto a una de las principales arterias de Londres, sacudida todo el día por camiones que se dirigían hacia el este de Inglaterra o bajaban hacia el sur para cruzar el río en dirección a Kent y a la costa. Para llegar al parque más cercano, pequeño y cubierto de maleza, teníamos que llevar a la larga hilera de niños por la calle y atravesar dos peligrosos cruces. Pero eso era precisamente lo que más me gustaba. Era algo de otro mundo, como un monasterio en medio del ruido y el polvo. Incluso cuando los niños gritaban y correteaban por doquier parecía un refugio.

Puede que fueran aquellos estúpidos peces los que me hacían experimentar aquella sensación. Lo más seguro es que estuviera completamente equivocada. Recordé un libro de temas generales que había leído en mi infancia, en el que se explicaba que el agua transmitía el sonido mejor que el aire. Probablemente los peces se pasaban la vida quejándose del ruido del tráfico y deseando estar en algún lugar más agradable. Traté de recordar qué sentía cuando me sumergía en la bañera para aclararme el cabello. ¿Podía oír el estruendo de los camiones de la calle? No lo recordaba.

Pauline se encontraba en la puerta en compañía de una mujer a la que reconocí. No hablaban ni hacían nada; era evidente que estaban aguardando en silencio mi llegada. Yo veía diariamente a la mujer al finalizar las clases cuando venía a recoger a su hija. Era la madre de Elinor. La saludé con una inclinación de cabeza, pero ella no se dio cuenta. Traté de recordar a la niña en la clase que acababa de dejar. No se me ocurría qué podía pasar.

—Cierra la puerta —dijo Pauline, franqueándome el paso.

La madre se quedó fuera. Pauline me indicó una silla delante de su escritorio.

—Es Gillian Tite, la madre de Elinor.

—Sí, ya lo sé.

Observé que Pauline estaba pálida y temblorosa. O se encontraba profundamente disgustada, o tan furiosa que apenas podía dominarse.

—¿Les pusiste deberes para casa la semana pasada?

—Sí. Si a eso se le puede llamar deberes.

—¿Qué tipo de deberes?

—Era una simple diversión. Habíamos hablado de cuentos y les pedí que hicieran un dibujo de su cuento preferido.

—¿Qué hiciste con los deberes?

—Intento acostumbrarlos a que hagan los deberes y los entreguen a tiempo, por lo que recogí los cuadernos el miércoles, creo que fue el miércoles. Sí, estoy segura. Les eché un vistazo enseguida. —Recordé haberlo hecho..., sentada en casa mientras aquel hombre tan raro que había venido a ver el apartamento revolvía el cajón donde guardo la ropa interior. Fue el mismo día que encontré la carta en el felpudo de la entrada—. Les escribí unos simpáticos comentarios y les devolví los cuadernos a la mañana siguiente. No sé si la madre de Elinor esperaba que la niña sacara un diez. Son demasiado pequeños para esa clase de deberes.

Pauline no me hizo caso.

—¿Recuerdas lo que dibujó Elinor?

—No.

—¿Significa eso que no miraste los dibujos?

—Por supuesto que los miré. Me pasé por las mesas cuando empezaron a dibujarlos en clase y escribí el título de todos ellos al pie de la página. Después los revisé cuando ya estaban terminados. Me los llevé a casa. No dediqué precisamente horas a cada dibujo, pero los examiné todos y escribí un comentario.

—La madre de Elinor ha venido a verme llorando —dijo Pauline—. Éste es el dibujo de Elinor. Échale un vistazo.

Empujó sobre su escritorio un cuaderno de ejercicios de gran formato, como los que yo tan bien conocía. Estaba abierto, y reconocí mi letra al pie de la página. *La Bella Durmiente*. Elinor había tratado torpemente de copiar ella misma las palabras. La B estaba al revés, y la segunda palabra se perdía como si se le hubieran acabado las fuerzas. Pero el dibujo era distinto. No era el dibujo de un niño. De hecho, se veían aquí y allá algunos trazos del dibujo borrado de Elinor, pero éste había sido embellecido, vuelto a dibujar y completado. La niña del dibujo estaba ahora acostada en una estancia cuidadosamente reproducida. Más aún, yo estaba viendo algo que Pauline no había podido ver. Era mi habitación. Mi dormitorio. Por lo menos, parte de él. En la pared pendía el cuadro de la vaca que me había acompañado toda mi vida y el espejo con la bolsita de malla colgada del borde. Siempre quería guardarla, pero nunca lo hacía.

En la cama, la Bella Durmiente no dormía, y además no era la Bella Durmiente. Era yo. Al menos llevaba puestas mis gafas. La cama parecía más bien la mesa de un depósito de cadáveres. El cuerpo presentaba grandes incisiones por las que asomaban restos de órganos internos e intestinos. Algunas partes del cuerpo, sobre todo alrededor de la vagina —mi vagina—, estaban tan mutiladas que resultaban irreconocibles. De repente empecé a marearme. Un acceso de amarga bilis subió a mi boca, pero conseguí retenerla y volver a tragarla. Me quemó la parte posterior de la

garganta y me hizo toser. Extraje del bolsillo un pañuelo de papel y me sequé la boca antes de empujar de nuevo el cuaderno hacia Pauline, que me miró con expresión muy seria.

—Si lo has hecho a modo de broma macabra, será mejor que me lo digas enseguida. Dímelo ahora mismo, ¿lo has hecho tú?

No dije nada. No podía hablar. Pauline golpeó la mesa como si tratara de despertarme.

—Zoë. ¿Te das cuenta de la situación en que te encuentras? ¿Y ahora qué hago yo?

Me ardían los ojos. Debía dejar de llorar. Tenía que ser fuerte; no podía derrumbarme.

—Llama a la policía —dije.

Al principio Pauline titubeó y se mostró reacia, pero yo insistí; no pensaba abandonar su despacho sin hacer nada. El inspector Carthy me había dado su tarjeta, pero me temblaban tanto las manos que me costó encontrarla en el bolso. Pauline se mostró visiblemente sorprendida cuando me vio marcar con esfuerzo el número mientras miraba la tarjeta. Debió de pensar que marcaría el 999 en un ataque de histeria.

—Ya ha ocurrido otra vez —le expliqué—. Algo parecido.

Pregunté por el inspector. No estaba en ese momento y me pasaron a Aldham, a falta de otra persona más adecuada. Hablé con furia; le dije que tenía que acudir de inmediato a la escuela. Aldham no parecía muy dispuesto, pero le dije que, si no acudía, presentaría una queja oficial y añadí todas las amenazas que se me pasaron por la mente. Al final accedió, yo le facilité la dirección de la escuela y colgué rápidamente. Encendí un cigarrillo. Pauline me recordó que sólo estaba permitido fumar en la sala de profesores, pero yo le contesté que lo sentía mucho, pero aquella era una situación excepcional.

—¿Volverás a la clase? —me preguntó.

—No creo que sea un buen momento —contesté—. Será mejor que hable con la policía. Quiero ver qué dicen. Los esperaré aquí.

Se produjo una prolongada pausa. Pauline me miraba como si fuera un animal salvaje de conducta imprevisible al que hubiera que tratar con precaución. Al menos eso me pareció a mí. Yo tenía la sensación de que podía quebrarme al mínimo roce. Al final, Pauline se encogió de hombros.

—Hablaré con la señora Tite —anunció en voz baja.

—Sí —contesté sin apenas darme cuenta de lo que me estaba diciendo.

Pauline se detuvo junto a la puerta.

—¿Quieres decir que el dibujo lo ha hecho otra persona?

Apagué el cigarrillo y encendí otro.

—Sí —contesté—. Me están ocurriendo cosas horribles. Horribles. Y necesito aclarar este asunto cuanto antes.

Pauline estuvo a punto de decir algo, pero lo pensó mejor y me dejó sola en su despacho. Yo no era consciente del paso del tiempo. Fumé sin parar. Cogí un periódico que había en el escritorio de Pauline, pero no conseguía concentrarme en la lectura. Debía de haber transcurrido algo así como media hora cuando oí unas voces fuera y apareció Aldham, escoltado por Pauline, quien ya le había puesto al corriente. Yo ni siquiera me molesté en saludar.

—Mire —dije, señalando el cuaderno de dibujo todavía abierto por la página en que yo lo había dejado—. Ésta soy yo. Y ésta es una copia exacta de mi maldito dormitorio. Y eso no puede verse desde el maldito *pub* de abajo.

Puede que Pauline lo hubiera alertado acerca del alterado estado mental en que me encontraba, pues el hombre no me hizo ninguna advertencia acerca de las repercusiones legales que pudieran tener mis palabras, ni siquiera replicó. Se limitó a estudiar el dibujo y después murmuró algo en voz baja. Parecía aturdido.

—¿Dónde fue dibujado? —preguntó, levantando la vista.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Tuve que hacer un esfuerzo para dominarme e intentar concentrarme—. Es uno más de un montón de cuadernos escolares. El viernes de la semana pasada estaba en mi clase.

—¿Dónde los tenía guardados?

—En el aula. Me los llevé a casa el miércoles pasado y los devolví a la escuela a la mañana siguiente.

—¿Estuvieron en algún momento lejos de su vista?

—Por supuesto. ¿A usted qué le parece? No me quedé toda la noche aquí sentada, vigilándolos. Perdón. Perdón, perdón, perdón. Es que, oh, Dios mío. Le pido disculpas. Déjeme pensar. Sí, fui a ver una película con unas amigas. Calculo que debí de estar fuera de casa unas dos o tres horas. Fue el día que encontré la carta en el felpudo de la puerta. Aquella que le comenté. La primera carta..., o la que yo creía que era la primera. La que tiré.

Aldham arrugó la nariz y asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo. Parecía nervioso y desconcertado. Evitaba mirarme a los ojos—. ¿Cuándo devolvió el cuaderno?

—Ya se lo he dicho, a la mañana siguiente. Sólo los tuve en casa aquella noche. Estoy segura. Completamente segura.

—¿Y no ha sido descubierta hasta hoy?

Pauline se acercó.

—La madre lo ha visto esta mañana —dijo.

—¿Han sido manipulados otros cuadernos? —preguntó Aldham.

—Revisaremos todos los cuadernos de dibujo —dijo Pauline.

Encendí otro cigarrillo. Sentí los violentos latidos de mi corazón. Mi pulso parecía estar en todas partes; en la cara, en los brazos y en las piernas.

—¿Qué piensa usted? —pregunté.

—Espere —dijo él.

Sacó un teléfono móvil de su bolsillo y se retiró a un rincón. Oí que preguntaba por el inspector Carthy. A continuación inició una conversación en voz baja. Era evidente que existían distintos grados de no estar disponible. Oí fragmentos de una parte de la conversación.

—¿Y si habláramos con Stadler? Exactamente, el inspector Cameron Stadler. ¿Y Grace Schilling?... ¿Puedes llamarla? Y envía a un oficial con el expediente. Envía a Lynne, es muy buena en estas cosas. Nos reuniremos con ella allí... De acuerdo, hasta luego.

Aldham guardó el móvil en el bolsillo y se volvió hacia Pauline.

—¿Puede la señorita Haratounian acompañarnos un rato?

—Por supuesto —contestó Pauline, mirándome con renovada inquietud—. ¿Ocurre algo?

—Todo irá bien —terció Aldham—. Sólo necesitamos cumplir unos trámites de rutina. —Extrajo un pañuelo del bolsillo y cogió con él el cuaderno de dibujo de Elinor—. ¿Vamos?

Tardamos bastante tiempo en atravesar Londres. Los permanentes embotellamientos de tráfico se agravaban los viernes y, por si fuera poco, un camión se había quedado atascado al intentar maniobrar para entrar en una obra en construcción. Aldham decidió tomar un atajo, y al final quedamos atrapados en la red viaria de una zona residencial en las inmediaciones de Balls Pond Road.

—¿Vamos a la comisaría? —pregunté.

—Tal vez más tarde —contestó, entre maldiciones a los demás vehículos—. Ahora vamos a ver a una mujer que sabe mucho sobre psicópatas de este tipo.

—¿Qué piensa usted del dibujo?

—Hay que ver cómo es la gente, ¿verdad?

No supe exactamente si se refería al artista o a una anciana que cruzaba muy despacio la calle. Preferí no aclararlo.

Al cabo de casi una hora enfilamos por una calle de un barrio residencial y llegamos a lo que parecía una escuela, pero que según rezaba la placa se trataba de la Clínica Welbeck. Una agente estaba sentada en la recepción, leyendo el contenido de una carpeta. Al vernos, la cerró de golpe, se acercó y se la entregó a Aldham.

—Usted quédese aquí —me indicó el sargento—. La agente Burnett se quedará con usted.

—Me llamo Lynne —me dijo la mujer, esbozando una tranquilizadora sonrisa.

Tenía un lunar en la mejilla y unos ojos grandes. En otro contexto, me habría gustado su aspecto.

Iba a encender otro cigarrillo, pero eso allí estaba auténticamente *verboten*, por lo que la agente y yo salimos al rellano de la entrada. Lynne aceptó uno de mis cigarrillos como una buena chica. Creo que lo hizo por hacerme compañía. Y no habló, lo cual fue un alivio. Justo a los diez minutos, Aldham volvió a salir. Lo acompañaba una mujer de elevada estatura enfundada en una larga chaqueta gris. Tenía el cabello rubio y lo llevaba recogido descuidadamente hacia arriba. Llevaba una cartera de documentos de cuero y una bolsa en bandolera de tela de algodón de color caqui. No parecía mucho mayor que yo. Treinta y pocos años tal vez.

—Señorita Haratounian, le presento a la doctora Schilling —dijo Aldham.

Nos estrechamos la mano. Me miró con los ojos entornados, como si yo fuera un ejemplar insólito que le hubieran llevado para que lo examinara.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Llego tarde a una cita, pero quería intercambiar

unas breves palabras con usted.

De repente, me sentí hundida. Había atravesado todo Londres para hablar con una mujer que ahora bajaba precipitadamente los peldaños de la clínica con intención de irse.

—¿Qué piensa de todo eso?

—Creo que hay que tomarlo en serio. —Dirigió una severa mirada a Aldham—. Quizá se hubiera tenido que tomar en serio un poco antes.

—Pero podría ser una broma, ¿no?

—Es una broma —dijo ella con expresión preocupada.

—Ese hombre en realidad no me ha hecho nada. Quiero decir que no me ha causado ningún daño físico. —Ante la grave expresión de su rostro, experimenté el deseo de que todo aquello volviera a ser una estúpida travesura.

—Exactamente —afirmó Aldham con un entusiasmo ligeramente excesivo.

—Lo erróneo de este razonamiento —dijo la doctora Schilling, dirigiéndose más a Aldham que a mí— es que... —Hizo una pausa como para serenarse. ¿Qué estaba a punto de decir? Tragó saliva—. No se le ofrece demasiada protección a la señorita Haratounian.

—Llámeme Zoë —indiqué—. Es más fácil.

—Zoë —dijo—, quiero que mantengamos una reunión como es debido el lunes por la mañana para examinar este asunto con todo detalle. Me gustaría verla aquí a las nueve en punto.

—Es que tengo trabajo.

—Éste es su trabajo —replicó ella—. De momento. Ahora debo irme, pero... Aquel dibujo, ¿de veras es su dormitorio?

—Por supuesto que lo es.

La doctora Schilling desplazaba nerviosamente el peso de su cuerpo de un pie a otro. Si hubiera sido una niña de mi clase, la habría enviado al lavabo.

—Tiene usted pareja, ¿verdad?

—Sí, Fred.

—¿Viven ustedes juntos?

Me esforcé en esbozar una media sonrisa.

—Ni siquiera se queda a pasar la noche.

—¿Cómo, nunca?

—¿Se trata de una relación de carácter sexual?

—Sí, bueno...

Miró a Aldham.

—Hable con él.

—Si está usted pensando que puede ser Fred —dije—, mejor que lo deje ahora mismo. Él no puede ser porque..., bueno, porque no, y basta.

Asintió amablemente con la cabeza, pero sin el menor convencimiento.

—Bueno, él no estaba la noche en que ocurrió. Estaba en los valles de Yorkshire,

trabajando en un jardín con otras personas. No regresó hasta la tarde siguiente. Creo que incluso lo captaron las cámaras de la televisión local.

—¿Está usted segura?

—Sí. Completamente.

—De todos modos, hable con él —le dijo a Aldham; y dirigiéndose a mí, añadió—: La veré el lunes, Zoë. No quiero asustarla. Puede que no sea nada, pero creo que sería bueno que no pasara usted la noche sola en su apartamento durante algún tiempo. Doug. —Ése debía de ser Aldham—. Examine todas sus cerraduras, ¿de acuerdo? Adiós, nos vemos el lunes.

Aldham y yo regresamos al automóvil.

—Un poco... rápido —dije.

—No haga caso —contestó Aldham—. De lo que dice, un diez por ciento son bobadas y el noventa por ciento restante es para curarse en salud.

—Ha dicho que tiene usted que hablar con Fred. Pero no lo hará, ¿verdad?

—Por algún sitio tenemos que empezar.

—¿Ahora?

—¿Sabe usted dónde está?

—Trabajando sobre un jardín.

—En un jardín, querrá usted decir.

—No, Fred siempre dice que trabaja sobre un jardín. Supongo que suena más artístico. ¿Dónde estamos ahora?

—En Hampstead.

—Creo que es cerca de aquí. Dijo que estaba al norte de Londres.

—Muy bien. ¿Sabe usted la dirección?

—Lo podría llamar a su móvil. Pero ¿no puede esperar?

—Por favor —dijo Aldham, ofreciéndome su móvil.

Busqué el número en mi agenda y marqué.

—Si va usted a verlo, ¿puedo hablar primero yo con él?

Aldham me miró, desconcertado.

—¿Para qué?

—No sé —dije—. Quizá por educación.

Vi a Fred antes de que él me viera a mí. Estaba al fondo del gran jardín de la parte trasera de una mansión impresionante. En ese momento se desplazaba de lado a lo largo de un arriate con una desbrozadora que llevaba suspendida de los hombros mediante unas correas. Una gorra de béisbol con la visera hacia atrás le cubría la cabeza, y llevaba unos vaqueros rotos, una camiseta blanca y unas pesadas botas de trabajo. Se protegía los oídos con unos protectores acústicos. Tuve que darle una palmada en el hombro para que notara mi presencia. Se sobresaltó ligeramente a pesar de que le había anunciado por teléfono mi llegada. Apagó la máquina y soltó

las correas; después se quitó la visera y los protectores acústicos. Parecía aturdido por el ruido, pese a que éste ya había cesado, y por la cegadora luz. Estábamos junto a un arriate de lirios y nos daba el sol de pleno. Fred chorreaba sudor.

Se echó hacia atrás y me miró con asombro, incluso con rabia, diría yo. «Es de esas personas que quieren mantenerlo todo en compartimientos independientes», pensé. El trabajo y la vida privada tenían que estar absolutamente separadas, como el sexo y el sueño. Yo había traspasado el límite, y eso no le hacía gracia.

—Hola —dijo, haciendo que el saludo sonara a pregunta.

—Hola —contesté, dándole un beso y rozándole con la mano su sudorosa mejilla—. Perdona. Dicen que quieren hablar contigo. Yo les he dicho que no era necesario.

—¿Ahora? —preguntó con recelo—. Estoy trabajando. No puedo dejarlo sin más.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —dije—. Sólo quería decirte que siento mucho que te mezclen en este asunto.

De repente, se puso irascible.

—Pero ¿a qué viene todo este jaleo?

Le expliqué una versión abreviada de lo que había ocurrido en la escuela, pero parecía no entenderlo. Me recordó a uno de esos tipos tan desagradables que en las fiestas miran por encima de tu hombro a la chica guapa que está junto a la mesa de las bebidas. En este caso Fred miraba a Aldham, que esperaba al otro lado del jardín, junto a la entrada principal de la casa.

—Y ella me ha dicho que convendría que no me acercara a mi apartamento durante unos días.

Hubo una pausa en cuyo transcurso miré a Fred. Esperaba que dijera algo, que se compadeciera de mí, que me dijera que si quería podía ir a vivir con él hasta que se resolviera todo aquel embrollo. Esperaba que me rodeara con sus brazos y me dijera que todo se arreglaría y que podía contar con él. Su rostro, bajo el brillo del sudor, era como una máscara. No pude adivinar qué pensaba.

Después sus ojos bajaron hacia mis pechos y empecé a ruborizarme por la humillación y por un atisbo de ardiente furia.

—Yo... —empezó, pero inmediatamente se detuvo y miró a su alrededor—. De acuerdo. Hablaré con ellos un momento. Aunque no tengo nada que contarles.

—Otra cosa —dije sin saber siquiera que lo iba a decir—. Creo que tendríamos que dejar de vernos.

Eso hizo que sus errabundos ojos levemente lascivos dejaran de moverse y que desapareciera su vago aire de distracción. Me miró fijamente. Observé que una vena le latía en la sien y que los músculos de la mandíbula se le contraían y luego se le relajaban.

—Y eso ¿por qué, Zoë? —preguntó finalmente.

Su voz era más fría que el hielo.

—Quizá no es un buen momento —contesté.

Soltó la correa de la voluminosa desbrozadora y la depositó sobre la hierba.

—¿Quieres romper conmigo?

—Sí.

Un arrebol se extendió por su bello rostro. Su mirada era absolutamente fría. Me miró de arriba abajo como si estuviera viéndome en un escaparate y dudara entre comprarme o no. Después una leve sonrisa de desprecio le contrajo la boca.

—¿Quién coño te has creído que eres? —preguntó.

Contemplé su sudoroso rostro y sus ojos desorbitados.

—Tengo miedo —dije—. Y necesito ayuda, pero no voy a recibirla de ti, ¿verdad?

—Putá —dijo—. Puta engreída.

Di media vuelta y me alejé. Deseaba largarme de allí, irme a algún lugar seguro.

El cabello se le derrama sobre los hombros. Necesita un lavado. Las mechas se ven oscuras y un poco grasientas. Ha envejecido en la última semana. Tiene arrugas a los lados de las ventanas de la nariz y en las comisuras de la boca, y se le ven ojeras bajo los ojos y una leve arruga en el entrecejo, como si lo hubiera mantenido muchas horas fruncido. Su piel presenta un aspecto muy poco saludable, está pálida y un poco sucia. Hoy no lleva pendientes. Viste unos viejos pantalones de algodón, de color de harina de avena supongo que se podría llamar, y una blusa blanca de manga corta. Los pantalones le están un poco anchos y tendría que plancharlos. Le falta un botón en la blusa. Está mordiéndose la parte lateral del dedo medio de la mano derecha sin darse cuenta. Mira mucho a su alrededor, sin detenerse jamás en una persona por espacio de más de un segundo. A veces parpadea como si le costara distinguir los objetos. Fuma constantemente, enciende un cigarrillo tras otro.

La sensación que experimento en mi interior es cada vez más intensa. Cuando esté preparado, lo sabré. También sabré cuándo estará preparada ella. Es como el amor, lo sabes sin más. No hay nada más cierto que eso. La certeza me llena por completo, me hace fuerte y decidido. Ella está cada vez más débil y delgada. La miro y pienso: eso lo he hecho yo.

Aporree la puerta. ¿Por qué no está? Por favor, ven enseguida. No podía respirar. Sabía que tenía que hacerlo, todo el mundo tiene que respirar, pero, cuando lo intentaba, no podía hacerlo como es debido, a pesar de la insoportable presión que experimentaba en el pecho. Emití unos jadeos entrecortados como si acabara de llorar intensamente. Una apretada cinta de dolor me rodeaba la cabeza y todo lo veía desenfocado. No podía hablar, no podía gritar por favor ayúdame. Tenía una roca en la garganta, en los pulmones, que me impedía respirar. No podía permanecer más tiempo de pie, todo estaba borroso y era de color gris oscuro. Doblé las rodillas delante de la puerta.

—¿Zoë? ¡Zoë! Por el amor de Dios, Zoë, ¿qué ha ocurrido?

Louise se arrodilló a mi lado envuelta en una toalla y con el cabello mojado. Me rodeó los hombros con el brazo mientras la toalla resbalaba por su cuerpo, pero no le importaba; a mi querida Louise no le importaba que la gente que pasaba nos dirigiera miradas raras ni que cruzara la calle probablemente para evitarnos. Traté de hablar, pero no me salían las palabras, sólo un extraño tartamudeo.

Me rodeó con sus brazos y me acunó. Nadie lo había hecho desde que había muerto mi madre. Volvía a ser como una niña pequeña; alguien estaba cuidando finalmente de mí. Oh, cuánto lo echaba de menos; cuánto echaba de menos tener una madre. Louise me murmuraba cosas sin sentido, me decía que todo se arreglaría, bueno, bueno, sssh, así. Me decía que inspirara y espirara tranquilamente. Inspirar y espirar. Poco a poco conseguí volver a respirar con normalidad. Pero aún no podía hablar; sólo gimotear como un bebé. Sentí que unas cálidas lágrimas resbalaban desde mis párpados cerrados hasta mis ardientes mejillas. No quería volver a moverme jamás. Notaba los miembros pesados, demasiado pesados para moverlos. Ahora podía dormir.

Louise me ayudó a levantarme, sujetándose la toalla con una mano. Me subió a su apartamento, me acomodó en el sofá y se sentó a mi lado.

—Ha sido una crisis de pánico —dijo—. Eso es todo, Zoë.

El pánico había desaparecido, pero me quedaba el miedo. Le dije a Louise que era como estar bajo una sombra muy fría; como mirar desde el borde de un alto edificio, tan alto que no se puede ver el fondo.

Deseaba acurrucarme, dormir hasta que todo hubiera terminado. Quería que alguien se encargara de todo y lo arreglara. Quería taparme las orejas con las manos y cerrar los ojos para que todo desapareciera.

—Un día —dijo Louise, tratando de tranquilizarme—, recordarás todo esto como algo horrible que ha ocurrido y que pertenece al pasado. Será una historia más para contar.

No le creía, no creía que aquello pudiera acabar alguna vez. El mundo se había convertido en un lugar distinto para mí.

Me quedé con Louise en su piso de Dalston, cerca del mercado. No tenía ningún otro sitio adonde ir. Ella era mi amiga y yo confiaba en ella. Mientras se hallara a mi lado, menuda, fuerte y cariñosa, me sentiría menos asustada. Nada me ocurriría mientras Louise estuviera conmigo.

Primero me bañé en un cuarto de baño mucho mejor que el de mi apartamento. Me quedé un buen rato en remojo en el agua caliente. Louise se sentó en la tapa del inodoro, se tomó un té y me restregó la espalda. Me habló de su infancia en Swansea, de su madre soltera y de su abuela, que aún vivía. Lluvia, pizarra gris, densas nubes, colinas. Dijo que siempre había sabido que acabaría viviendo en Londres.

Yo le hablé de mi pueblo, que en realidad no era más que un grupo de casas con una oficina de correos. Le hablé de mi padre, que trabajaba de taxista por la noche y dormía de día y que había muerto silenciosa y humildemente sin haber llamado la atención jamás. También le hablé de mi madre, que había fallecido cuando yo tenía doce años; de cómo en los dos años que precedieron a su fallecimiento se había ido alejando cada vez más de mí y encerrándose en su mundo de dolor y angustia. Yo solía permanecer junto a su cama sosteniendo su fría y huesuda mano, sabiendo que se había convertido en una extraña para mí. Le contaba las cosas que había hecho durante el día o le transmitía mensajes de amigos, pero deseaba constantemente ir con mis amigos o quedarme en mi habitación, leyendo o escuchando música..., o en cualquier otro lugar que no fuera aquél, en aquella habitación de enferma que olía tan raro, con una mujer cuyo cráneo se transparentaba a través de la piel y cuyos ojos me miraban fijamente. Sin embargo, en cuanto me apartaba de ella, me sentía culpable, extraña y fuera de lugar. Y después, cuando murió, lo único que deseaba era poder estar en su dormitorio, sosteniendo su delgada mano y hablándole de mi jornada. «A veces todavía me cuesta creer que jamás volveré a verla», le dije a Louise.

Le dije que, desde entonces, nunca había sabido realmente qué quería hacer o dónde deseaba estar. Todo se había vuelto ambiguo, sin un propósito definido. Al final había acabado de maestra en Hackney. Pero algún día me iría, haría otra cosa. Algún día tendría hijos.

Louise encargó una *pizza* por teléfono. Yo me envolví en una bata suya de color rojo. Nos sentamos en el sofá y comimos unos chorreantes trozos de *pizza* con vino tinto peleón mientras veíamos en vídeo *Atrapado en el tiempo*. Ya habíamos visto la película, naturalmente, pero nos pareció la elección más apropiada.

El teléfono sonó un par de veces y Louise contestó en voz baja, mirándome de vez en cuando con la mano en el auricular. Una de las veces la llamada fue para mí, del sargento Aldham. Por un estúpido momento pensé que me diría que ya lo habían atrapado. Vana esperanza. Había telefoneado simplemente para comprobar cómo me encontraba. Me repitió que no regresara al apartamento sin ir acompañada y que no me quedara sola con ningún hombre al que no conociera bien, y añadió que querían

volver a hablar conmigo el lunes, en la clínica donde había visto a la doctora Schilling. Entrevistas amplias, dijo.

«Tenga cuidado, señorita Haratounian», me recomendó, y el hecho de que hubiera conseguido pronunciar correctamente mi apellido me asustó tanto como su serio y respetuoso tono de voz. Quería que me tomaran en serio. Y ahora hablaban en serio.

Louise insistió en ofrecermé su cama mientras ella se envolvía en una sábana en el sofá. Pensé que no podría dormir, y es cierto que permanecí un rato tumbada mientras los pensamientos zumbaban en mi cabeza como murciélagos desorientados. La noche era calurosa y pesada y no conseguía encontrar un trozo de almohada que estuviera fresco. El apartamento de Louise estaba en una calle tranquila. Oí una pelea de gatos, el ruido metálico de la tapa de un cubo de basura, la voz de un hombre que bajaba por la calle cantando «Oh, pequeña ciudad de Belén». Pero debí de quedarme dormida muy pronto, pues lo primero que percibí a continuación fue el olor de una tostada quemada y la luz del día que penetraba a raudales a través de las cortinas a rayas azules, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire. Sonó el teléfono en el salón y después Louise asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Té o café?

—Café, por favor.

—¿Tostada o tostada?

—Nada.

—Entonces, tostada.

Se retiró y yo hice un esfuerzo por levantarme. No me encontraba del todo mal. No tenía nada que ponerme, excepto la ropa que me había quitado la víspera. Así pues, me la puse, y me sentí un poco sucia.

Después de comer una tostada y beber el café, llamé a Guy para averiguar si había alguna novedad con el piso. Lo encontré un poco cohibido y cautamente preocupado, sin su jovialidad y zalamería habituales.

—Me han dicho que lo está pasando muy mal —dijo.

Como es natural, a aquellas alturas la policía ya lo habría interrogado.

—No demasiado bien, la verdad. ¿Hay alguna novedad sobre la venta?

—El señor Shale quiere volver a ver el apartamento. Creo que la cosa va en serio. Está husmeando nuestro anzuelo. Es sólo cuestión de pescarlo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté en tono cansado.

—Creo que ya está preparado para hacer una oferta —dijo Guy—. Pero quiere ir a verlo este mediodía.

—¿Y no podría enseñárselo usted?

Otra vez la irritante risita.

—Podría, pero siempre hay preguntas que yo no puedo responder. Yo también estaré presente.

—Está bien. Se acabaron los desconocidos.

Acordamos que Guy, Nick Shale y yo nos reuniríamos a mediodía en su

despacho. Cuanta más gente, mejor. Después los tres podríamos ir a pie hasta mi apartamento, echarle un vistazo y largarnos a los pocos minutos. Louise se empeñó en llamar un taxi y acompañarme y perdimos media hora en los embotellamientos de tráfico, maldiciendo el calor. Llegamos tarde. Los dos hombres me estaban esperando; Guy, vestido con un ligero traje azul, y Nick, con una camiseta blanca y unos vaqueros. Nos estrechamos ceremoniosamente la mano.

Llegamos al apartamento. Guy abrió la puerta con su manajo de llaves y entró primero. Nick se apartó para cederme el paso. Había un olor muy raro, dulzón pero con un matiz insalubre. Nick arrugó la nariz y me miró inquisitivamente.

—He debido de dejarme algo fuera del frigorífico —dije—. Llevo algún tiempo sin venir.

Procedía de la cocina. Empujé la puerta y eché un vistazo a todas las superficies. Nada. Miré en el cubo de basura, pero estaba vacío. Abrí el frigorífico.

—Oh, Dios mío —dije.

La luz estaba apagada. La leche se había agriado, pero no se veía nada más. Sin embargo, yo ya sabía dónde estaría lo malo. Abrí el pequeño congelador. Sólo pude emitir un gemido. Parecía que todo se hubiera mezclado con todo. Un recipiente de helado de café se había volcado y había vertido su contenido sobre un paquete de gambas abierto. El olor y el aspecto de las gambas podridas desde hacía dos días y del helado derretido en mi calurosa cocina estuvieron a punto de hacerme vomitar.

—Mierda —protesté.

—Zoë. —Guy apoyó ligeramente la mano sobre mi hombro y yo di un brinco para apartarme de él—. Ha sido un estúpido accidente, Zoë.

—Voy a llamar a la policía —dije.

—¿Cómo? —preguntó él, mirándome perplejo y casi turbado.

Me volví hacia él.

—Haga el favor de callarse. Cállese, por lo que más quiera. Y no se me acerque, no me toque.

—Zoë...

—Cállese.

Ahora le hablaba prácticamente a gritos.

Empezó a decir algo, pero enseguida levantó las manos en gesto de rendición.

—Está bien, está bien.

Miró a Nick con expresión angustiada, al ver que se le escapaba la venta como agua entre los dedos. A mí eso no me importaba. Lo único que me interesaba en aquel momento era conservar la vida. Me sabía el número de memoria. Marqué, pedí hablar con Carthy y, esta vez sí, conseguí que se pusiera al teléfono. No más dilaciones. Dijo que acudiría inmediatamente, y se plantó allí en menos de diez minutos en compañía de Aldham y de otro hombre que llevaba una bolsa de cuero de gran tamaño. Éste se puso unos finos guantes nada más cruzar la puerta. Miraron atónitos aquel batiburrillo de comida. Carthy empezó a hacerme preguntas, pero yo no lograba entenderlas. Me

dijo algo sobre protección policial. Los otros dos hombres estaban en la cocina. Guy sugirió que quizá convendría que se fueran, pero Carthy le dijo que no, que podían esperar en la escalera.

—Ese hombre ha estado otra vez aquí. No puedo soportarlo más —me quejé.

Aldham regresó al salón y me miró, preocupado.

—Bueno, entonces ¿qué harán ustedes? —pregunté.

Aldham se aproximó a Carthy y le murmuró algo al oído. Parecía un poco alterado. Después se acercó a mí y me habló con mucha calma y serenidad.

—Zoë —dijo—, no había ninguna nota, ¿verdad?

—No lo sé. No he visto ninguna, pero no he mirado.

—Nosotros sí lo hemos hecho. Y no hemos encontrado nada.

—¿Y bien?

—Hemos examinado el frigorífico. Estaba desconectado. En su enchufe estaba puesta la tetera.

—¿Y por qué habrá hecho eso?

—Supongo que debe de tratarse de un error. Es fácil cometerlo.

—Pero yo no...

Y entonces me callé, pues recordé que Louise me había preparado el té, y había desconectado el frigorífico para enchufar la tetera. Mierda. Noté que me ruborizaba.

Se produjo un instante de silencio. Aldham miró a la alfombra y Carthy me miró a mí. Yo les devolví la mirada.

—Me dijeron que estuviera alerta —les recordé al final.

—Por supuesto —dijo amablemente Aldham.

—Para ustedes es fácil —añadí—. Yo pienso constantemente que voy a morir.

—Lo sé —dijo Aldham, hablando ahora casi en voz baja. Apoyó cautelosamente la mano sobre mi hombro—. No sé si la estamos alarmando demasiado. Lo lamento.

Me sacudí su mano de encima.

—Ustedes... ustedes...

Pero no se me ocurrió ninguna grosería suficientemente ofensiva. Di media vuelta y eché a correr, consciente de que los estaba dejando a todos en mi apartamento.

Louise me estaba esperando cuando regresé a su casa. Llevaba puesta una mascarilla facial, por lo que su piel estaba mortalmente pálida, exceptuando sendos círculos rosados alrededor de los ojos que conferían a su rostro una expresión de asombro. Mientras le explicaba lo ocurrido, me di cuenta de que yo ya daba por sentado que Louise me permitiría quedarme en su casa. Pero ella me facilitó las cosas.

—Quédate todo el tiempo que desees.

—Pero yo dormiré en el sofá.

—Como quieras.

—Y te pagaré un alquiler.

Ella me miró enarcando las cejas, y entonces las arrugas de su frente cuartearon la mascarilla.

—Si así te sientes mejor..., pero que conste que no hace falta. Riégame las plantas. Yo siempre me olvido.

Estaba empezando a sentirme mejor. El temor que me había atormentado la víspera se estaba disipando. Jamás tendría que volver a dormir en mi apartamento ni volver a posar los ojos en Guy ni mostrar mi casa a desconocidos que te revolvían los cajones y te miraban los pechos; jamás tendría que permanecer tumbada en la oscuridad, atenta, esperando, tratando de respirar con normalidad. Tampoco tendría que volver a ver a Fred ni a sus infantiles amigos. Tenía la sensación de haberme desprendido de una asfixiante y sucia piel. Me quedaría a vivir con Louise; por la noche cenaríamos juntas delante del televisor y nos pintaríamos mutuamente las uñas. El lunes iría a ver a la doctora Schilling. Ella sabría qué hacer. Era una experta.

Louise me repitió que no tenía ningún plan para el fin de semana, y aunque yo sospechaba que había anulado todos sus compromisos por mí, me sentía demasiado aliviada para hacer otra cosa que no fuera pronunciar una débil protesta. Compramos unas *baguettes* para prepararnos unos bocadillos de queso y tomate y nos dirigimos a un parque cercano, donde nos sentamos sobre la seca y agostada hierba. El sol brillaba con toda su fuerza, el aire era sofocante y pesado y el parque estaba lleno de gente: grupos de adolescentes jugando o besándose a la sombra de los árboles; familias con cestos de mimbre llenos de comida para el almuerzo, pelotas y cuerdas para saltar a la comba; chicas con tops escotados por detrás tomando el sol; gente con latas de cerveza, perros, cámaras, cometas, bicicletas y pan para los patos. Todos vestían prendas ligeras de vivos colores y sonreían alegremente.

Louise se remetiÓ la blusa en el sujetador y se tumbó boca arriba, con los brazos cruzados detrás de la nuca. Yo me senté a su lado y fumé sin cesar mientras contemplaba las riadas de gente que pasaba. Esperaba vislumbrar alguna cara conocida o alguien que me mirara como si me reconociera, pero no ocurrió nada de

eso.

—¿Sabes una cosa? —dije.

—¿Qué? —contestó ella en tono adormilado.

—He permanecido muy pasiva en todo este asunto.

—No, eso no es cierto.

—Vaya si lo es —dije—. Quería que los demás resolvieran mi problema. No me he tomado la molestia de hacer nada.

—No seas tonta, Zoë.

—Es verdad. Creo que tiene que ver con el hecho de vivir en Londres. Deseaba perderme. No quería que nadie se fijara en mí. Pero tengo que examinarme a mí misma. Eso es lo que debo hacer. Tengo que averiguar por qué alguien me ha elegido a mí. Quién puede haberlo hecho.

—Mañana —dijo Louise—. Examínate mañana. Hoy límitate a cuidarte.

Dejé que el calor del sol me empapara la piel bajo la mugrienta ropa. Estaba cansada. Más cansada de lo que nunca había estado. Los ojos me escocían y dolían, y tenía los miembros tan pesados que apenas podía moverlos. Ansiaba tomar baños interminables, dormir horas y horas entre sábanas limpias; comer alimentos saludables, zanahorias crudas y manzanas; beber zumo de naranja e infusiones de hierbas. No podía imaginar que alguna vez pudiera desear ir a una discoteca, emborracharme o colocarme o permitir que un hombre me tocara. La calurosa, sudorosa y agitada vida que había llevado en Londres me llenaba de un vago y generalizado horror. Cuánto ruido y cuánto esfuerzo. A lo mejor, pensé, hasta dejaría el tabaco. Pero todavía no.

Pasamos por delante de una coqueta tienda de ropa de niñas: petos de algodón de vivos colores y tops a rayas, cazadoras de color rojo, rosa y amarillo. Louise me arrastró a su interior.

—Tienes talla de niña —dijo, mirándome—. Has adelgazado mucho; tengo que volver a engordarte. Pero, entretanto, vamos a comprarte un par de cosas.

La dependienta nos miraba con una leve expresión de reproche. Yo cogí unas cuantas prendas de los colgadores y me dirigí a un probador. Me enfundé una camisa gris de canalé que era para niñas de trece años y me miré en el espejo. Estupendo. Me aplanaba el pecho y me confería un aspecto asexuado. Me iría muy bien. Me la quité y me probé una preciosa camiseta blanca, adornada con unas florecillas cosidas.

—Sal ya —gritó Louise—. Vamos, no puedes ir de compras con una amiga y no convertirlo en un desfile de moda.

Descorrí la cortina entre risas y di una vuelta para que me viera.

—¿Qué te parece?

—Quédatela —me ordenó.

—¿No me queda demasiado estrecha?

—Te quedará estrecha cuando lleves conmigo unos cuantos días y hayas compartido mis malas costumbres. Pero ahora te sienta muy bien. —Apoyó una mano en mi hombro—. Pareces una flor, querida.

Después, Louise y yo fuimos en su veloz automóvil al supermercado para abastecernos de comida. Llevaba demasiado tiempo alimentándome mal: patatas fritas, alguna que otra tableta de chocolate y bocadillos comprados que comía en la sala de profesores, siempre llena de humo. Llevaba muchas semanas y probablemente meses sin cocinar un plato con una receta en la que hubiera que combinar ingredientes auténticos.

—Esta noche prepararé yo la cena —dije temerariamente.

Tenía la sensación de estar jugando a la vida hogareña. Metí en el carro de la compra un paquete de pasta fresca, cebollas españolas, unas cabezas de ajo y unos estupendos tomates italianos, un frasco de una mezcla de hierbas secas, cogollos de lechuga, pepinos, mangos y fresas. Un bote de crema de leche. Una botella de Chianti. Cogí también un paquete de bragas que estaban de oferta, un desodorante, una manopla de baño, un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico. Llevaba sin cepillarme los dientes desde la mañana del día anterior. Tendría que ir a recoger algunas cosas al apartamento.

—Mañana —dijo Louise con determinación—. Déjalo. Iremos mañana por la mañana en mi coche. Por ahora, tienes tu ropa de niña.

Antes de salir, cogí un ramo de rosas envuelto en celofán y lo puse en el carro.

—No sé cómo agradecértelo, Louise.

—Pues no lo hagas.

Vino a cenar una amiga de Louise. Se llamaba Cathy. Era extremadamente alta y delgada; tenía nariz aguileña y unas orejas minúsculas. Estaba claro que Louise le había hablado de mí, pues me trató con mucho mimo, como si fuera una inválida. Cocí la pasta demasiado, pero la salsa de tomate me salió muy bien; y trocear unos mangos y unas fresas y mezclarlo todo en un cuenco, no tiene mucho misterio. Louise encendió unas velas y las colocó en unos viejos platitos. Yo me senté a la mesa de la cocina con mi nueva camisa gris, aturdida y como entre nubes. Tenía una sensación de vacío en el estómago, pero no podía comer mucho. Ni hablar demasiado. Sólo podía permanecer sentada, escuchándolas. Las palabras zumbaban suavemente en mi mente. Nos bebimos el Chianti y buena parte del vino blanco que había traído Cathy y nos pusimos a ver una película en la televisión, una historia de intriga y misterio, aunque yo no podía concentrarme en los detalles del argumento. Mi mente se quedaba perdida en una escena, y luego no entendía por qué el protagonista irrumpía en aquel almacén ni qué se proponía hacer ni qué esperaba

encontrar. Fuera había empezado a llover. Las gotas golpeteaban en el tejado y tamborileaban contra la ventana. Me acosté antes de que Cathy se marchara. Acurrucada en el sofá y envuelta en el ligero camisón de Louise, las oía hablar en la cocina, desde donde me llegaba el consolador murmullo de la conversación y alguna que otra carcajada, hasta que me quedé dormida, sintiéndome a salvo.

A la mañana siguiente, después del desayuno, fuimos a mi apartamento para coger algo de ropa. Aunque no tenía intención de volver a vivir en él, de momento no quería llevarme todas mis cosas, sino sólo las más imprescindibles. Seguía lloviendo. Louise no encontró sitio para aparcar delante del apartamento, y se detuvo en una zona prohibida a pocos metros de la puerta. Yo le dije que subía en un momento, cogía las cosas y bajaba.

—No tardo ni dos minutos.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

Meneé la cabeza, sonriendo.

—Sólo voy a despedirme.

A pesar de que sólo llevaba un día ausente, se respiraba en el aire un leve tufillo a abandono, como si el apartamento se hubiera percatado de que no le importaba un bledo a nadie. Me dirigí a mi dormitorio y saqué unos cuantos vestidos del armario. Dos pantalones, cuatro camisetas, varias bragas, sujetadores, unos cuantos pares de calcetines y unas zapatillas deportivas. De momento sería suficiente. Lo introduje todo en una bolsa de gran tamaño. Después fui al cuarto de baño, me quité la ropa que llevaba y la arrojé a un rincón. Recogería la ropa sucia más tarde. En otro momento.

Oí un clic, como el de la puerta de un armario al cerrarse. No es nada, me dije. La imaginación gasta bromas pesadas. Regresé al dormitorio y saqué una muda limpia. Corrí las cortinas y me situé delante del espejo para ponerme la ropa interior. Me vi el rostro, con unas manchas oscuras bajo los ojos. Mi cuerpo desnudo, con las piernas y los brazos bronceados y el vientre blanco. Me puse las bragas y saqué de la bolsa que llevaba mi camiseta nueva, con la que según Louise parecía una flor, y me la puse. Era una estupidez, pero no podía ponerme nada que oliera al apartamento, a mi antigua vida. Quería sentirme limpia y nueva.

Mientras me ponía la camiseta, noté de repente que me agarraban alrededor del cuello y del cuerpo, y sentí un peso en mi espalda. Alguien se me había echado encima. Perdí el equilibrio y caí con el peso sobre mí, golpeándome fuertemente el rostro contra la alfombra. Estaba aturdida y sentía un intenso dolor. A través de la camiseta que me cubría el rostro noté que una mano me tapaba la boca, una cálida mano que olía a jabón, al jabón con aroma de manzana de mi cuarto de baño. Un brazo me rodeaba la caja torácica, justo por debajo del pecho.

—Putas, putas indecentes.

Empecé a agitarme, a mover las extremidades, y traté de gritar, de aullar. No podía agarrarme a nada, me habían inmovilizado los brazos y no podía hacer nada. Él no emitía el menor sonido, se limitaba a arrojar su cálido y suave aliento contra mi oído. Al final, dejé de forcejear. Fuera alguien gritó, luego se oyó el ulular cada vez más próximo de una sirena, pero después se alejó. Se dirigía a otro sitio.

La presión alrededor de mi cuello cedió, traté de moverme y gritar, pero sentí que me aprisionaban la garganta. No podía hacer nada. No podía moverme. Pensé en Louise, esperándome en su coche, aunque en ese momento no la sentía cerca sino muy lejos de mí. Puede que muy pronto subiera a buscarme. Pero no lo bastante pronto. Qué estupidez morir de aquella manera, antes de haber empezado. Antes de haber vivido. Qué estupidez tan grande.

Muy despacio, el suelo subió a mi encuentro. Sentí que mi cabeza rebotaba contra el *parquet* y que mis pies resbalaban sobre la madera. Oí la lluvia que golpeaba suavemente los cristales de la ventana. No podía hablar, no había palabras para ese momento, ni tiempo para pronunciarlas; pero muy dentro de mí una voz decía: No, por favor, no. Por favor.

Segunda parte

Jenny

NUESTRA casa a la hora del desayuno parece uno de esos castillos medievales en los que siervos y animales entran en busca de refugio a la menor señal de peligro. En las semanas que habían transcurrido desde nuestro traslado allí, todo se había vuelto aún más caótico, si eso era posible, y encima el castillo medieval tenía que soportar el estruendo de unas obras.

Clive había salido de casa a las seis, más temprano que de costumbre, pues en estos momentos está trabajando en una especie de *opa*. Poco antes de las ocho, Lena acompaña a los dos niños mayores al minibús para que los lleven a la escuela. Lena es nuestra niñera, una preciosa sueca odiosamente rubia, esbelta y joven, que lleva la nariz traspasada por una cosa que me provoca muecas de desagrado cada vez que la veo. Dios sabe lo que debe de sentir cuando se suena.

Después empezó a llegar la gente. Mary, naturalmente, nuestra impagable mujer de la limpieza, que había venido con nosotros a Primrose Hill. Es un cielo, pero debo dedicar tanto tiempo a vigilarla y decirle lo que debe hacer —y a comprobar después que lo ha hecho—, que ya le he dicho a Clive que a lo mejor acabo encargándome yo misma de la limpieza. Luego vino el grupo de trabajadores que en teoría iban a arreglar la casa, pero que la han convertido en un tugurio lleno de polvo de ladrillo. Las obras de instalación del agua y la electricidad habían terminado la semana anterior, y lo mejor que se podía decir de la casa en esos momentos era que cualquier cosa que se hiciera en adelante sería una mejora.

Pero yo estaba satisfecha, a pesar de todo. Aquello era lo que siempre había querido, lo que Clive siempre me había prometido. Un proyecto. La casa había quedado reducida a paredes desnudas, suelo, vigas y techo, y ahora yo la convertiría en un hogar del que pudiéramos sentirnos orgullosos. Sé que una debe enamorarse de su casa, pero aquélla tardaría por lo menos seis meses en ser digna de que alguien se enamorara de ella. Antes vivían en ella dos ancianos, y la casa parecía una librería de viejo en la que no había entrado nadie desde los años cincuenta. La cuestión no era qué debía ser cambiado, sino qué era posible conservar.

Pasé cuatro meses estudiando los planos con Jeremy, nuestro inteligente arquitecto, al que atiborraba de cafés. Decidimos que había que ser prácticos. Es decir, había que tirarlo todo. Construir otro techo. La cocina y el comedor, en la planta de la calle y un poco por debajo de las salas de estar, de las que estaban separadas por unas escaleras, y en la parte de atrás del piso superior, el estudio de Clive y los dormitorios. Reformar la buhardilla para que la niñera pudiera hacer lo que hacen las niñeras sin darle ningún susto a nadie. Los aseos en el centro. Una *suite* con baño para Clive y para mí. Duchas con hidromasaje para los niños, con la esperanza de que eso los animara a lavarse de vez en cuando.

O sea, que esta mañana Jeremy se ha presentado a eso de las ocho y media con Mick para resolver un problema en un arco, una viga o no sé qué; seguido de cerca

por Francis, a quien habíamos decidido traer con nosotros para que hiciera —con lo cual quiero decir «rehiciera»— lo que alguna vez había sido un jardín. Cuarenta metros cuadrados, lo cual no está nada mal en Londres; pero, hasta que Francis le metiera mano, aquello seguiría pareciendo una conejera. Los electricistas y los fontaneros ya se han ido, gracias a Dios, pero Mick sigue acudiendo en compañía de su séquito. Té y café para todo el mundo, cuando Lena regresa a casa para prepararlos, naturalmente.

En medio de todo ese caos, acompañé a Christopher, que tiene cuatro años, al jardín de infancia al que lo apunté cuando nos mudamos a vivir aquí. Yo tenía mis dudas al respecto: no exigían un uniforme como Dios manda; simplemente llevaban unas sudaderas de color azul y hacían ejercicios de pintura con los dedos. Pero no merecía la pena cambiar otra vez de sitio. De todos modos, en septiembre lo llevaríamos a la escuela Lascelles y me lo quitaría de encima, lo cual sería un considerable alivio.

Después, vuelta a casa; un momento de descanso y un café mientras echo una rápida ojeada al periódico y a la correspondencia antes de ir a mi trabajo, que consiste en andar por ahí, charlar con la gente, tratar de arreglar el mundo y relacionarme un poco. Leo, mi fiel factótum, vendría a casa, y yo ya le tendría preparada una detallada lista cuidadosamente elaborada de todas las cosas que había que hacer. Y debía mantener una seria conversación con Jeremy acerca de la cocina. Ésta había sido la parte más dura de nuestra planificación. El caso es que, si algo sale mal en cualquier otra zona de la casa, se puede soportar. Pero si la puerta del frigorífico bloquea el cajón de los cubiertos cuando la abres, una se pone furiosa veinticinco veces al día hasta que se es una anciana canosa. Lo ideal sería hacer la cocina, vivir en ella seis meses y después reformarla como es debido. Pero Clive no es tan rico como para eso. O por lo menos no tiene la suficiente paciencia.

Lena entró y le di una serie de instrucciones. Después, mientras ella se preparaba debidamente, tomé un poco de café y al final eché un vistazo al periódico y al correo. Tengo una norma muy estricta, nunca le dedico al periódico más de cinco minutos. Al fin y al cabo, los periódicos no dicen nada. Y después la correspondencia. En general, el noventa por ciento de las cartas son para Clive, y el diez por ciento restante nos lo repartimos entre los niños, los animales domésticos y yo. En este momento no tenemos animales domésticos, y los que tuvimos el año pasado fueron un gato que perdimos y dimos por muerto —o, más bien, instalado en alguna otra casa del barrio—, y un hámster, enterrado en una tumba sin identificar al fondo de nuestro jardín de Battersea. Siempre he querido tener un perro. Siempre he dicho que Londres no es un lugar apropiado para tenerlos, pero, ahora que estamos a dos minutos de Primrose Hill, a veces pienso en ello con una ensoñadora expresión en el rostro. Pero todavía no le he dicho nada a Clive.

A continuación despaché rápidamente la correspondencia e hice un montón con todo lo que lleva el nombre de Clive o variaciones del mismo. Todo facturas. Puedo

identificarlas a quince metros de distancia, habitualmente sin necesidad de abrir el sobre. Cualquier cosa dirigida al señor y la señora Hintlesham es una factura. Como de costumbre, llevé todas las cartas al piso de arriba y las dejé en el escritorio de Clive para que él las examinara al volver a casa o, más probablemente, durante el fin de semana.

Quedaban dos cartas para Josh y Harry, mensajes por duplicado de la escuela Lascelles sobre actividades deportivas, y propaganda que arrojé directamente al cubo de la basura. Y después de todo aquello una sola carta dirigida exclusivamente a mí. Siempre que recibo una carta dirigida a mí suele tratarse de una factura de alguna empresa de venta por correo que va a parar directamente al montón de cartas de Clive. O de alguna carta de una empresa de venta por correo que ha conseguido mi dirección a través de otra empresa de venta por correo.

Pero ésta era distinta. El nombre y la dirección estaban escritos pulcramente a mano. No reconocía la letra. No era de mi madre ni de ningún amigo o pariente. La cosa era tan interesante que estaba deseando saborearla. Me llené otra vez la taza de café, bebí un sorbo y rasgué el sobre. Contenía una hoja de papel doblada demasiado pequeña para el sobre y observé inmediatamente que el texto era muy breve. La alisé sobre la mesa.

Querida Jenny:

Espero que no te moleste que te llame Jenny. Pero es que me pareces muy guapa. Hueles muy bien, Jenny, y tienes una piel preciosa. Y voy a matarte.

Parecía la cosa más tonta del mundo. Pensé en la posibilidad de que alguien me estuviera gastando una broma pesada. Algunos amigos de Clive tienen un sentido del humor muy desagradable. Por ejemplo, una vez lo invitaron a una despedida de soltero en honor de un amigo suyo llamado Seb y fue horrible, pues habían contratado a dos bailarinas de *striptease* y todo el mundo acabó con manchas de carmín en el cuello de la camisa. Sea como fuere, bajó Jeremy y nos pusimos a hablar sobre algunos problemas de la cocina. En aquellos días, tan tremendamente calurosos, yo estaba preocupada por la cocina de gas; quería ver si se podían abrir las claraboyas de arriba. En *Casa y Jardín* había visto unos curiosos pestillos de ventana que podían abrirse con una cuerda. Le mostré la ilustración a Jeremy, pero no se impresionó. Jamás se impresiona, a menos que la idea se le haya ocurrido a él. Por consiguiente, nos enzarzamos en una acalorada discusión sobre el tema. Estuvo muy gracioso, la verdad. Pero muy terco. Después me acordé de la carta y se la enseñé.

No se rió. No le hizo la menor gracia.

—¿Sabes quién puede haberlo hecho? —preguntó.

—No —contesté.

—Pues será mejor que llames a la policía —dijo.

—Vamos, no seas tonto —repliqué—. Probablemente se trate de alguien que quiere gastarme una broma. Haré el ridículo.

—No importa. Y no importa si se trata de alguien que te está gastando una broma. Tienes que llamar a la policía.

—Se la enseñaré a Clive.

—No —dijo Jeremy con firmeza—. Llama ahora mismo a la policía. Si te da vergüenza, llamaré yo.

—Jeremy...

Se mostró absolutamente inflexible. Llamó a Información y le facilitaron el teléfono de una comisaria de la zona; y, no contento con eso, él mismo marcó el número y después me pasó el aparato como si yo fuera una niña pequeña que tenía que hablar con la abuelita.

—Toma —dijo.

El teléfono sonó varias veces. Le saqué la lengua a Jeremy.

—Parece que no hay nadie... Ah, ¿oiga? Mire, le parecerá una estupidez, pero acabo de recibir una carta.

Hablé durante unos minutos con una joven que parecía una de esas personas que llaman para ofrecerte un presupuesto para cambiar los marcos de las ventanas por esos horribles marcos de aluminio. Yo estaba dubitativa, y ella daba la impresión de encontrarse muy aburrida. Me dijo que se encargaría de que acudiera alguien a mi casa, pero que quizá tardarían un poco. Yo le dije que no importaba, di por terminada la conversación y ya no volví a pensar en el asunto.

Regresé junto a Jeremy, que se estaba sirviendo otro café en el «autoservicio Hintlesham», como Clive había bautizado a la comuna en que se había convertido nuestra casa. Los anteriores propietarios habían derribado las paredes de la izquierda, las de la derecha y las del centro, habían cambiado las puertas, quitado las chimeneas y eliminado todos los frisos y molduras. Ya sé que eso lo hacía todo el mundo en los años sesenta, pero parecía que éstos hubieran querido transformar aquella casa pareada de la primera época victoriana en una de esas viviendas de protección oficial situadas en lo alto de un bloque de apartamentos.

Gran parte del trabajo consistía en recuperar el estilo propio de la casa. El único lugar donde yo me mostraba inflexible era la cocina. Las cocinas victorianas eran lugares destinados a las fregonas y los cocineros, y nosotros esperábamos disfrutar de algo mejor sin renunciar por ello a conservar la atmósfera de la época. Sin embargo, lo más complicado era evitar caer en el estilo que Jeremy llama la Granja Ikea. Había obligado a Jeremy a cambiar los planos unas ocho veces. También teníamos que resolver la cuestión de una columna que nos estaba planteando problemas. Yo era partidaria de eliminar la dichosa columnita sin más, pero Jeremy decía que la parte posterior de la casa se vendría abajo.

Estábamos en plena discusión sobre su más reciente muestra de ingenio cuando sonó el timbre de la puerta. Dejé el asunto en manos de Lena, como hacía desde que las únicas personas que venían a casa eran las que traían botes de pintura, radiadores o extraños tubos de cobre. La oí que me llamaba a gritos desde lo alto de la escalera. Que me llamen a gritos en mi propia casa es para mí como morder papel de aluminio. Fui a la puerta principal, donde se encontraba Lena.

—Si tienes algo que decirme, ¿no puedes bajar a decírmelo?

—Ya se lo he dicho —me contestó en tono inocente.

Me di por vencida y me acerqué a la puerta. Entonces vi que había dos agentes de policía en el rellano de la entrada. Eran jóvenes y se mostraban nerviosos, como un par de *boyscouts* que se ofrecen para lavar un automóvil y no están seguros de la acogida que se les va a dispensar. Se me cayó el alma a los pies.

—¿La señora Hintlesham?

—Sí, sí, les agradezco mucho que hayan venido, pero no creo que sea necesario.

Me pareció que se sintieron todavía más incómodos.

—Pero, ya que han venido, pasen.

Ambos se limpiaron con sumo cuidado las suelas de los zapatos en el felpudo antes de seguirme al interior de la casa y bajar por la escalera que conducía a nuestra rudimentaria cocina. Jeremy me miró con una expresión como preguntando si debía retirarse. Yo moví la cabeza negativamente.

—Es sólo un minuto —dije. Señalé la carta que había dejado junto al horno de la cocina—. Seguro que les parece una bobada. La verdad es que no merecía la pena que se molestaran. ¿Les apetece un té o alguna otra cosa?

—No, señora —contestó uno de ellos mientras los dos examinaban la nota y yo reanudaba mi trabajo con Jeremy.

A los pocos minutos levanté la vista y vi que uno de los agentes se encontraba justo al otro lado de la puerta de cristal del jardín hablando a través de su radio. El otro estaba mirando a su alrededor.

—¿Cocina nueva, eh? —preguntó.

—Sí —contesté, volviéndome ostensiblemente hacia Jeremy.

No estaba de humor para mantener una conversación sobre decoración de interiores con un joven agente de policía. El otro volvió a entrar en la cocina. No sé si era por los uniformes o por las botas negras o por el hecho de que se hubieran quitado la gorra, pero el caso es que su presencia hacía que la espaciosa cocina resultara pequeña.

—¿Ya han terminado? —les pregunté.

—No, señora Hintlesham. Acabo de hablar con la comisaría. Vendrá otra persona.

—¿Para qué?

—Quieren echar un vistazo a esta nota.

—La verdad es que pensaba salir.

—Sólo será un minuto.

Emití una especie de malhumorado suspiro.

—¿No les parece que es una pérdida de tiempo para todo el mundo? —dije en tono enfadado.

Se limitaron a responderme con un torpe encogimiento de hombros contra el cual resultaba muy difícil discutir.

—¿Esperarán ustedes aquí?

—No, señora. Esperaremos en el automóvil hasta que llegue el inspector.

—Ah, muy bien.

Se retiraron con expresión avergonzada. Yo subí con Jeremy, en el momento oportuno, pues acababa de llegar un bote de pintura National Trust que era de un tono absolutamente distinto del que yo había pedido. Uno de mis principales descubrimientos en el transcurso de todo este terrorífico proceso ha sido darme cuenta de que encargarse de que las cosas que has pedido se reciban adecuadamente y de que se haga con ellas lo que tú quieres es algo más que un trabajo de dedicación

exclusiva. Mientras hablaba por teléfono tratando de resolver el error con la imbécil del otro extremo de la línea, oí que sonaba el timbre de la puerta. Mientras hablaba con ella, hicieron pasar a un hombre de expresión malhumorada, vestido con traje gris. Le hice una seña mientras trataba de comprender o, para ser más exactos, de que me comprendiera, la mujer del teléfono. Pero resulta embarazoso enfadarte con alguien a quien no conoces de nada mientras alguien a quien tampoco conoces de nada está de pie a tu lado mirándote con rostro expectante. Por consiguiente, di por terminada la llamada. El hombre se presentó como el sargento Aldham, y lo acompañé a la cocina.

El hombre examinó también la nota y yo le oí soltar una maldición por lo bajo mientras se inclinaba para acercarse más a ella como si fuera completamente miope. Al final emitió un gruñido y levantó la mirada.

—¿Tiene el sobre?

—¿Cómo? Mmm, no, bueno, me parece que lo he tirado a la basura.

—¿Dónde?

—Está en ese armario de ahí, junto al fregadero.

No podía creerlo, pero el hombre sacó el cubo, levantó la tapa y rebuscó en su interior como si fuera un mendigo.

—Perdone, supongo que dentro debe de haber también posos de té y de café.

Sacó un sobre arrugado. Estaba un poco mojado y con manchas marrones; ofrecía, en suma, un aspecto lamentable. Lo sujetó con mucha delicadeza por una esquina y lo colocó junto a la carta.

—Disculpe un momento —dijo, y extrajo un teléfono móvil del bolsillo.

Crucé la estancia y puse la tetera a calentar. Oí fragmentos de su conversación: «Sí, con toda seguridad» y «Creo que sí» y «Aún no he hablado con ella». Al parecer, a partir de un momento determinado lo que oyó el sargento Aldham fueron malas noticias, porque su contribución a la conversación se limitó a una serie de estridentes preguntas: «¿Cómo?», «¿Está seguro?». Al final, lanzó un suspiro de resignación y guardó el móvil. Tenía el rostro congestionado y respiraba afanosamente, como si viniera de hacer *jogging*. Permaneció en silencio un momento.

—Otros dos inspectores están en camino —dijo en tono malhumorado—. Desearían entrevistarla, si fuera posible.

Ahora el sargento Aldham hablaba en susurros. Se lo veía muy abatido, como un perro que acabara de recibir un puntapié.

—Pero ¿qué es lo que pasa aquí? —protesté—. No es más que una nota estúpida. Como una de esas llamadas obscenas que a veces se reciben por teléfono, ¿comprende?

Aldham se animó momentáneamente.

—¿Ha recibido alguna llamada telefónica?

—¿Obscena, quiere usted decir? No.

—¿Se le ocurre algo que pudiera estar relacionado con esta carta? Otras cartas tal

vez, o alguien a quien usted conoce, cualquier cosa.

—No, por supuesto que no. A no ser que se trate de una estúpida broma.

—¿Se le ocurre alguien capaz de gastar una broma de este tipo?

Me quedé perpleja.

—No entiendo mucho de bromas —contesté—. Clive sabe más de eso.

—¿Clive?

—Mi marido.

—¿Está en el trabajo?

—Sí.

La situación se volvió un poco más complicada a partir de ese momento. Aldham se quedó allí con pinta de sentirse un poco incómodo. Yo traté de seguir con mis asuntos, pero su lúgubre y triste rostro me desanimaba. Fue un alivio cuando sonó el timbre de la puerta algo más de un cuarto de hora después de la llegada de Aldham. Fui a abrir, pero el sargento me cortó el paso de una forma un poco absurda. En la puerta había un montón de gente. En primera línea, dos inspectores, de aspecto ligeramente más importante, acompañados por otros dos agentes uniformados y dos personas más, una de ellas una mujer, que subían los peldaños. En la calle vi dos vehículos de policía y otros dos coches más, todos aparcados en doble fila.

El de más edad tenía el cabello gris y lo llevaba muy corto.

—¿La señora Hintlesham? —preguntó con una tranquilizadora sonrisa en los labios—. Soy el inspector jefe Links. Stuart Links. —Nos estrechamos la mano—. Y éste es el inspector Stadler.

Stadler no parecía un policía en absoluto, sino un político, o un compañero de trabajo de Clive. Vestía un traje oscuro de corte impecable y una discreta corbata. En cierto modo su aspecto llamaba la atención. Tenía aire de español tal vez. Era alto, de buena figura y con un cabello muy oscuro, casi negro, peinado hacia atrás. Me estrechó la mano de una manera que me chocó, dejando la palma floja y presionando con los dedos el dorso de mi mano como si quisiera averiguar algo sobre ella. Me desconcertó un poco. «De un momento a otro —pensé—, acercará mis dedos a sus labios y me los besará».

—Veo que han venido unos cuantos —comenté.

—Le pido disculpas —dijo Links—. Le presento al doctor Marsh. Es de nuestro departamento científico. Y lo acompaña su ayudante Gill... mmm...

—Gill Carson —repuso resueltamente la mujer.

Era muy bonita a pesar de ir sin maquillaje. Y el doctor Marsh parecía un maestro de escuela desaliñado.

—Probablemente se estará usted preguntando por qué hemos venido tantos —dijo Links.

—Pues...

—Una carta como la que usted ha recibido es una especie de amenaza. Tenemos que establecer su autenticidad. Y entretanto, estamos obligados a garantizar su

seguridad.

Links me miraba a los ojos, pero poco a poco su mirada se fue desplazando hacia Aldham, que parecía cada vez más incómodo.

—A partir de ahora, nosotros asumimos la responsabilidad —dijo en tono pausado.

Aldham me dijo algo en voz baja, creo que «adiós»; pasó por delante de nosotros y se fue.

—¿Por qué ha venido él? —pregunté.

—Un malentendido —contestó Links. Miró a su alrededor—. ¿Se han trasladado recientemente a vivir aquí?

—En mayo.

—Procuraremos no causarle demasiadas molestias, señora Hintlesham. Quisiera ver la carta y después me gustaría hacerle un par de preguntas. Eso será todo, espero.

—Bajemos a la cocina —indiqué con un hilo de voz.

—Bonita casa —dijo.

—Lo será.

—Debe de haber costado bastante dinero.

—Bueno... —dije, para no enzarzarme en una conversación sobre los precios de los inmuebles.

Unos minutos después, me encontré sentada alrededor de la mesa con dos inspectores en el centro de una cocina a medio terminar. Por motivos que no comprendía ni por asomo, los dos agentes uniformados daban vueltas por la casa y el jardín. Para entonces todos habían leído la carta, tras lo cual ésta había sido sujetada con unas pinzas e introducida en una carpeta de plástico transparente. El sobre, mojado y arrugado, fue colocado en una bolsita de polietileno. Había un objeto para cada uno, y ambos se fueron con ellos en la mano.

Antes de hablar conmigo, los dos hombres conversaron en susurros entre sí, lo que me molestó un poco. Después se volvieron hacia mí.

—Miren —les dije—, ¿me permiten que les diga que no creo que haya nada en absoluto que yo pueda decirles al respecto? Es una carta tremendamente estúpida, y eso es todo lo que hay. Yo no sé nada.

Ambos hombres adoptaron una actitud pensativa.

—Sí —dijo Links—. Sólo le haremos un par de preguntas de rutina. Se han mudado recientemente a esta casa. ¿Vivían antes en esta zona?

—No, vivíamos a kilómetros de distancia, al sur del río, en Battersea.

—¿Conoce usted la Laurier School?

—¿Por qué?

Links se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Estamos intentando establecer relaciones con otras amenazas que se puedan haber producido. ¿Tiene usted hijos?

—Sí. Tres niños.

—La Laurier es una escuela primaria que se halla a un paso de Kingsland Road, en Hackney. ¿Cabe la posibilidad de que usted la hubiera considerado una opción para sus hijos?

No pude reprimir una sonrisa.

—¿Una escuela pública en Hackney? ¿Habla usted en serio?

Los hombres intercambiaron una mirada.

—O puede que conozca a alguna de sus profesoras. A una mujer llamada Zoë Haratounian, por ejemplo.

—No. ¿Qué puede tener la escuela que ver con esta carta?

—Hubo... mmm... ciertos acontecimientos relacionados con la escuela. Podría haber una relación.

—¿Qué clase de acontecimientos?

—Unas cartas como la que usted ha recibido. Pero ¿podemos seguir con las preguntas? ¿La carta la ha recibido usted como llovida del cielo? ¿No la relaciona con alguna cosa o con alguna persona ni siquiera remotamente?

—No.

—Quisiera saber cuántas personas tienen acceso a esta casa. Veo que están de obras.

—Es cierto. Esto parece la estación de Waterloo.

Esbozó una sonrisa.

—¿Qué agencia inmobiliaria utilizaron ustedes?

—La casa la vendía Frank Dickens. Una panda de tiburones.

—¿Han utilizado alguna vez los servicios de Clarke's?

Me encogí de hombros.

—Es posible —contesté—. Me he pasado siglos buscando. Debo de figurar en los registros de casi todas las agencias inmobiliarias de Londres.

Volvieron a mirarse el uno al otro.

—Lo comprobaré —dijo Stadler.

Uno de los agentes bajó a la cocina acompañado de una mujer alta, de cabello rubio recogido hacia arriba con tan poca habilidad como si lo hubiera hecho un ciego en una habitación a oscuras. Vestía un traje de chaqueta al que no le hubiera venido mal un planchado. Llevaba una maleta y un impermeable colgado del brazo. Parecía muy atareada y respiraba casi sin resuello. Ambos inspectores se volvieron y la saludaron con una inclinación de cabeza.

—Hola, Grace —dijo Links—. Le agradezco que haya venido tan rápido. —Se volvió hacia mí—. Puede que le resulte extraño. Alguien la ha elegido a usted. No sabemos por qué. Tampoco sabemos quién es esa persona ni sabemos nada acerca de ella. Pero la tenemos a usted. No podemos examinar la vida de esa persona, pero sí la suya.

Me sentí súbitamente alarmada e irritada. Aquello estaba empezando a resultarme un poco pesado.

—¿Qué quiere usted decir con eso de examinar mi vida?

—Ésta es la doctora Grace Schilling, una destacada psicóloga especializada en..., bueno, en personas que hacen este tipo de cosas. Le agradecería mucho que hablara con ella.

Miré a la doctora Schilling. Esperaba que se ruborizara o que sonriera ante los halagos de Links. No lo hizo. Me miraba con los ojos entornados. Me sentí como un objeto prendido a una tarjeta con un alfiler.

—Señora Hintlesham —me dijo—, ¿podríamos ir a algún lugar tranquilo?

Miré a mi alrededor.

—No estoy muy segura de que haya algún lugar tranquilo por aquí —respondí, esbozando una sonrisa forzada.

—Disculpe todo este desorden —dije mientras cruzábamos de puntillas la estancia entre cajas de embalar para dirigirnos al sofá—. Esto será un salón dentro de unos veinte años.

Se quitó la arrugada chaqueta de lino que llevaba y se sentó en un viejo e incómodo sillón de mimbre. Era delgada y tenía unos dedos largos y finos. No llevaba anillos.

—Gracias por dedicarme un poco de tiempo, señora Hintlesham.

Se puso unas gafas sin montura. Sacó del bolso un cuaderno de apuntes y un bolígrafo y anotó algo en la parte superior. Lo subrayó.

—La verdad es que no puedo dedicarle mucho tiempo —dije—. Estoy muy ocupada, como puede ver. Tengo que hacer un montón de cosas antes de que regresen los niños. —Me senté y me alisé la falda sobre las rodillas—. ¿Le apetece un té, café o alguna otra cosa?

—No, gracias. Intentaré ser breve. Quería simplemente que nos conociéramos.

Me estaba poniendo nerviosa. No entendía nada de lo que sucedía ni por qué razón aquella mujer adoptaba una expresión tan seria.

—Creo sinceramente que la policía está armando demasiado alboroto por este asunto, ¿no le parece? No es más que una estúpida carta. Ni siquiera pensaba llamarles, y ahora, de repente, esto parece Piccadilly Circus.

Adoptó un aire pensativo. Tan pensativo que no parecía que prestase la debida atención a lo que yo le decía.

—No —dijo—, hizo usted lo apropiado.

—Lo siento muchísimo, pero no recuerdo su nombre, mi mente es como un colador. Senilidad precoz, supongo.

—Grace. Grace Schilling. Todo esto debe de parecerle muy raro.

—En realidad no, porque, como le dije a la policía, yo creo que se trata de una broma.

La doctora Schilling era la del traje chaqueta y el cuaderno de apuntes. Y, sin embargo, se removía nerviosamente en su asiento como si no supiera muy bien lo que tenía que decir. Aunque también es cierto que aquel maldito sillón era más que suficiente para que cualquier persona se sintiera incómoda; de todos modos, yo seguía sin saber a qué estaba jugando.

—No es mi propósito largarle una conferencia sobre psicología. Sólo quiero hacer todo lo posible por ayudarla. —Hizo una pausa como si tratara de tomar una decisión—. Mire, como usted sabe, hay hombres que acosan a mujeres que han elegido al azar. Sin embargo, esta carta que ha recibido usted es algo distinto, evidentemente.

—Me doy perfecta cuenta —dije.

—Ese hombre la ha visto a usted. La ha elegido. Puede ser que incluso haya estado cerca de usted. Dice que usted huele bien. Que tiene una piel preciosa. ¿Eso cómo la hace sentir?

Me reí con cierta timidez. Pero ella no rió. Se inclinó hacia mí y me miró.

—Realmente tiene una piel preciosa —comentó.

No lo dijo como un cumplido, sino como si se tratara de una interesante observación científica.

—Bueno, mi trabajo me cuesta. Utilizo una crema especial.

—¿Cree que la gente la encuentra atractiva?

—Menuda pregunta. No entiendo qué relación puede tener eso con todo este asunto. Mire usted... algunos amigos de mi marido sí que coquetean un poco conmigo. Y supongo que hay hombres que me miran como miran los hombres, ya me entiende. —Grace Schilling no dijo nada, se limitó a observarme con la serena y un tanto inquieta expresión que caracterizaba su rostro—. Tengo casi cuarenta años, por el amor de Dios —dije para romper el silencio. La voz me salió más alta de lo que yo quería.

—¿Trabaja usted, Jenny?

—No en el sentido al que usted se refiere —contesté casi en tono beligerante—. No tengo un empleo como usted. Tengo hijos y esta casa. —«Chúpate ésa», pensé con cierta satisfacción—. No trabajo desde que me quedé embarazada de Josh hace quince años. Clive y yo acordamos que dejaría de trabajar. Antes era modelo. No de las que usted probablemente está pensando. Era modelo de manos.

Me miró, perpleja.

—¿De manos?

—Pues sí, para anuncios de lacas de uñas y cosas así que sólo mostraban una mano gigante. A principios y a mediados de los años ochenta muchas de aquellas manos eran mías.

Ambas contemplamos mis manos, apoyadas sobre mi regazo. Me las cuido mucho: me hago la manicura una vez por semana, elimino las cutículas y me las froto con una loción muy cara que he utilizado siempre, y nunca lavo nada sin ponerme guantes. Pero ya no son lo que eran. Para empezar, están más rechonchas. Ya no puedo quitarme los anillos, ni siquiera con mantequilla.

La doctora Schilling sonrió por vez primera.

—Pues parece que alguien se ha enamorado de usted —dijo a continuación—. De lejos. Como en un cuento. O quizá de cerca. Puede ser alguien a quien usted jamás ha visto o alguien a quien ve todos los días. Sería conveniente que pensara en los hombres que conoce y en si alguno de ellos se comporta con usted de manera extraña o impropia.

Solté un gruñido.

—Los niños, para empezar —dije.

—Convendría que me describiera usted su vida.

—Dios mío, ¿quiere decir un día de mi vida?

—Quiero hacerme una idea de las cosas que son importantes para usted.

—Pero eso es ridículo. No puede atrapar a alguien averiguando lo que yo pienso de mi vida.

Ella esperó en silencio, pero esta vez fui yo quien la vencí en su propio terreno, pues me limité a devolverle la mirada. De pronto oí un estruendo descomunal, como si a alguien se le hubiera caído algo de mucho peso. Debía de tratarse de uno de aquellos policías tan lerdos.

—¿Pasa usted mucho tiempo con sus hijos?

—Soy su madre, ¿no? Aunque a veces tengo la sensación de que soy más bien un chófer no retribuido.

—¿Y su marido?

—Clive está muy ocupado. Es... —Me callé de golpe. No veía por qué razón tenía que darle explicaciones a aquella mujer sobre algo que ni yo misma acababa de entender—. Últimamente, apenas le veo.

—¿Cuánto tiempo llevan casados? ¿Quince años?

—Sí. Este otoño cumpliremos dieciséis. —Dios mío, ¿tanto tiempo había pasado? Lancé un suspiro involuntario—. Era muy joven.

—¿Y lo describiría usted como un matrimonio feliz?

—No se lo describiría a usted de ninguna manera.

—Jenny. —Se inclinó hacia delante, y por un terrible instante temí que fuera a tomarme sensiblemente las manos, lo cual me habría atacado los nervios—. Ahí fuera hay un hombre que quiere matarla. Por ridículo que parezca, tenemos que tomárnoslo en serio.

Me encogí de hombros.

—Es un matrimonio —dije—. No sé qué quiere que le diga. Tenemos nuestros altibajos, nuestras estúpidas discusiones, como todo el mundo.

—¿Le ha hablado a su marido de la carta?

—El inspector me dijo que lo hiciera. Le dejé un mensaje en el trabajo; llamará más tarde.

Me observó como si pudiera traspasarme con la mirada, y yo me sentí molesta. Hubo una larga pausa.

—Jenny —dijo al final—. Sé que una de las cosas que siente o sentirá es que están violando su intimidad. Y lo peor es que algunos de nuestros intentos de ayudarla le parecerán también una violación. Pero hay cosas que necesitamos saber. —Contempló el caos que reinaba a nuestro alrededor y volvió a esbozar su habitual sonrisa de suficiencia—. Considéreme como alguien que está inspeccionando su casa en busca de lugares por los que podría penetrar el agua.

—Está bien, ¿qué quiere saber? —dije con fingida amargura.

Volvió a inclinarse hacia delante.

—¿Su marido le ha sido infiel, Jenny?

—¿Cómo?

Repitió la pregunta como si no hubiera en ello nada extraño.

La miré enfurecida y noté que me ruborizaba. Me estaba empezando a doler la cabeza.

—Creo que eso se lo tendría que preguntar a él —contesté con toda la frialdad que pude.

Hizo una anotación en su cuaderno.

—¿Y usted?

—¿Yo? —Solté un resoplido—. No sea estúpida. ¿De dónde iba a sacar yo tiempo para vivir una aventura, por más que lo quisiera? A no ser que fuera con el jardinero, o con algún operario que viniera a hacer alguna reparación... o con mi entrenador de tenis. Prácticamente no veo a nadie más. Mire, usted dice que se limita a realizar su trabajo y que está obligada a hacerme estas preguntas. Pues bien, ya lo ha hecho, y ahora quisiera seguir con mi jornada, con lo que queda de ella por lo menos.

—¿Cree que estas preguntas son una intromisión?

—Por supuesto que sí. Ya sé que es un punto de vista que no está muy de moda, pero a mí me gusta que los asuntos privados se mantengan en la intimidad.

Al final se levantó, pero no parecía que estuviera dispuesta a marcharse.

—Jenny —dijo. Me molestaba que me llamara por mi nombre de pila. Yo no la había autorizado a hacerlo. Era como uno de esos vendedores de seguros que ponen el pie en la puerta para que no puedas cerrarla—. Lo único que quiero, lo único que queremos todos, es acabar con esto y salir de su vida. Si se le ocurre algo que por algún motivo le parezca significativo, informe a la policía o comuníquemelo a mí. Déjenos decidir a nosotros lo que es importante y lo que no lo es. No le dé vergüenza decírnoslo, ¿de acuerdo?

Me pareció que me lo decía casi en tono de súplica, lo cual hizo que me sintiera mejor y más dueña de la situación.

—De acuerdo —dije—. Me pondré el gorro de pensar.

—Hágalo. —Dio media vuelta para marcharse—. Otra cosa, Jenny.

—Sí.

Titubeó un poco y lo pensó mejor.

—Nada. Tenga cuidado.

Más tarde se fueron todos... menos el inspector Stadler, el de los ojos lascivos. Me dijo que al día siguiente ellos se encargarían de abrir mi correspondencia, por si acaso.

—Así no se llevará usted ningún otro sobresalto desagradable —dijo, dirigiéndome una sonrisa peligrosamente parecida a una sonrisa impúdica. ¡Hay que ver! Lo miré con furia asesina—. Y dejaremos un par de agentes en el exterior de la

casa —añadió, como si acabara de recordarlo.

—Esto ya no parece una broma —dije.

—Es simple precaución —repuso en tono tranquilizador—. Y, durante el día, habrá una agente en todo momento. —Me miró sonriendo—. Es lo que se llama servicio ininterrumpido.

Abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurrió nada que no fuera una mala palabra, así que me limité a mirarlo con rabia.

—Ya está aquí. Perdona un momento. —Se encaminó hacia la puerta y gritó—: ¡Lynne! Lynne, ¿puede entrar un momento? Señora Hintlesham, le presento a la agente Burnett. Lynne, la señora Hintlesham.

La agente Burnett era casi tan bajita como yo, pero mucho más joven —podía ser mi hija—. Tenía el cabello castaño, pestañas rubias y un lunar en la mejilla izquierda; parecía que hubiese recibido un puñetazo justo antes de entrar. Me miró con gesto sonriente, pero yo no le devolví la sonrisa.

—Procuraré no molestarla demasiado —dijo.

—Se lo agradecería —repliqué, y les volví ostensiblemente la espalda. Ambos abandonaron la estancia y me encontré una vez más felizmente sola.

La cocina estaba llena de vasos sucios y había un par de colillas tiradas en el suelo, junto a la puerta de atrás. Lo menos que podían haber hecho era limpiar un poco antes de irse. Volví a llamar a Clive, pero aún no estaba libre.

Lena regresó con Christo y Josh. A Harry lo traería la madre de otro niño después del entrenamiento de fútbol. A Josh le conté, de manera vaga y tranquilizadora, lo de la estúpida nota que había recibido y por qué había agentes de policía fuera. Temí que se alarmara o impresionara en exceso, pero se limitó a permanecer apoyado contra la puerta de la cocina, mordiéndose el labio inferior y encogiéndose de hombros antes de largarse a su dormitorio con dos bocadillos de mantequilla de cacahuete y un vaso de leche. No sé dónde mete la comida.

Me aterra pensar en lo que hace en su habitación. Corre las cortinas y pone música estridente. Desde fuera se oyen los bips y los molestos ruidos de sus horribles juegos de ordenador, y sale un fuerte aroma a incienso, que probablemente quema para disimular el olor a tabaco. Yo dejo que sea Mary la que le arregle el dormitorio y le cambie las sábanas. Nunca entro en su habitación, me limito a gritarle a través de la puerta que haga los deberes y los ejercicios de saxofón, que baje un poco el volumen de la música o que saque la ropa sucia. Ha crecido de golpe. Le ha cambiado la voz y le han salido unos granitos en la frente y una suave pelusilla sobre el labio. Está altísimo. Ya es más alto que yo. Y despidе un intenso olor a hombre, a pesar de las lociones y geles que tanto él como sus amigos utilizan. Hoy no es como en nuestros tiempos.

Christo es demasiado joven para comprenderlo, naturalmente; a él no le dije nada,

me limité a abrazar su tierno cuerpecillo. Es mi chiquitín.

Después fui en coche a un almacén de objetos de segunda mano, pero acababa de cerrar y me quedé sin las perchas que necesitaba, lo cual fue la gota que colmó el vaso.

Clive llamó para decir que volvería a casa muy tarde; de modo que cuando Harry regresó, y tras haber acostado a Christo con un cuento, cené con él y con Josh. Una lasaña —que previamente había sacado del congelador—, acompañada de guisantes, y de postre, helado con crema de chocolate. No hablamos demasiado. Tragaban la comida como si fuera combustible. Yo apenas comí. Hacía demasiado calor.

Cuando los chicos subieron a sus habitaciones, me serví una copa de vino blanco, encendí el televisor y me senté a hojear unas revistas. Necesitábamos una mesa para el comedor. Sabía muy bien lo que estaba buscando, una sencilla mesa alargada tipo mesa de comedor. Había visto una que me gustaba mucho, con unas pequeñas incrustaciones de cerámica de distintos colores en la superficie, como si fueran posavasos. Jeremy me había aconsejado que primero eligiera las sillas, que eso era lo más difícil. Me dijo que un cliente suyo había tardado ocho años en dar con ellas. Le contesté que yo no tenía tanta paciencia.

Clive aún no había regresado a casa. Desde la habitación de Josh salía el fragor de unas notas graves de esa horrible música electrónica que pone. Corrí las cortinas y, al hacerlo, vi a los dos agentes sentados en el interior de su automóvil. En cuanto compráramos la mesa, organizaríamos una cena. Yo me pondría el vestido negro y la gargantilla de brillantes que Clive me había regalado para conmemorar nuestro decimoquinto aniversario de boda. Cogí un libro de cocina y empecé a hojearlo en la sección de recetas de verano. Champán para empezar. Después perifollo helado y sopa de pepino, atún perfumado con cilantro, sorbete de albaricoque, vino blanco frío y, en el centro de la mesa, aquellas rosas de color melocotón que Francis había plantado en el jardín cuando llegamos. Me acerqué la copa a la frente. Me ardía.

Oí girar la llave en la cerradura. Era Clive. Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Tenía el rostro ceniciento a causa del cansancio.

—Jesús, qué día —dijo.

—Hay lasaña, si quieres.

—No, ya he cenado, con unos clientes.

Lo miré: caro traje gris marengo, zapatos negros bien lustrados, la corbata morada y gris que yo le había regalado por Navidad, una ligera tripita bajo una bien planchada camisa blanca, algunas hebras de plata en su cabello oscuro, una casi imperceptible papada, las primeras señales de arrugas en su despejada frente. Un hombre distinguido. Siempre había pensado que, curiosamente, estaba más guapo cuando regresaba a casa por la noche muerto de cansancio. Por la mañana siempre andaba con prisas y estaba de mal humor, mientras iba de un lado a otro completando su disfraz de abogado para ir al trabajo. Se quitó la chaqueta y la colgó con cuidado en el respaldo de una silla. Después se sentó en el sofá y lanzó un suspiro. Tenía

círculos de sudor bajo las axilas. Fui a la cocina y regresé con dos copas de vino blanco muy frío, recién sacado del frigorífico. Me seguía doliendo la cabeza.

—He tenido un día terrible —dije.

—¿Ah, sí? —Se quitó los zapatos, se aflojó el nudo de la corbata y cambió de canal con el mando a distancia—. Cuéntame.

Creo que no supe expresarme adecuadamente, pues no conseguí transmitirle la extraña sensación que me invadía ni la seriedad con la que la policía se había tomado el asunto. Cuando terminé, tomé un sorbo de vino y aparté la mirada de la pantalla del televisor.

—Bueno, es bonito que a alguien le guste tu piel, Jens. —Y después añadió—: Estoy seguro de que es un pobre loco. No quiero ejércitos de policías corriendo por toda la casa.

—Tienes razón. Realmente es un disparate.

Nunca bajo sin maquillarme, ni siquiera los fines de semana. Sería como ir desnuda. Por la mañana, en cuanto oigo el clic de la puerta cuando se va Clive, me levanto de la cama y me ducho, me froto enérgicamente el cuerpo con una esponja vegetal para desprenderme de la piel muerta y me siento delante del tocador, del que Clive dice que parece el tocador de una cabaretera. Unas luces inmisericordes rodean el espejo. Me examino. Ayer me vi unos cuantos pelos grises en las cejas. Y tengo unas arrugas que el año pasado no estaban; unas arruguitas horribles sobre el labio superior, y otras que me salen de las comisuras de la boca y que me confieren un aire mustio y deprimido cuando estoy cansada. También me veo unas leves bolsas bajo los ojos. A veces me duelen, seguramente debido al polvo que hay en la casa. Aún no tengo intención de ponerme gafas.

Mi piel ha perdido el esplendor de la juventud, por mucho que diga ese imbécil en su carta. Antes tenía una piel preciosa. Cuando Clive y yo nos conocimos, me dijo que mi piel era como la del melocotón. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ya no me dice esas cosas. A veces, pienso que es más necesario decirlas cuando ya no son ciertas. Ahora, cuando me miro al espejo, me parece que mi piel tiene más bien la textura de un pomelo. El otro día, cuando me puse el vestido verde para ir a la fiesta de la escuela, Clive me dijo que me pusiera ropa de la que los niños no tuvieran que avergonzarse.

Procuro que no me quede ningún pelo indeseable entre las cejas, ni, Dios no lo quiera, en la barbilla, y empiezo con la base de maquillaje, que mezclo con crema hidratante para que se extienda mejor. Después me aplico un fabuloso corrector de arrugas alrededor de la nariz y bajo los ojos. Mi amiga Caro me habló de él el otro día. Es tremendamente caro. A veces intento calcular la cantidad de libras que llevo en el rostro. De día todo tiene que ser invisible. Una pizca de sombra de ojos *beige*, un leve trazo con el lápiz delineador, un poco de rímel que no pegue entre sí las pestañas y quizá un poco de brillo de labios. Entonces me siento mejor. Me gusta el rostro que veo en el espejo, pequeño, ovalado y luminoso, listo para enfrentarse con el mundo.

El desayuno fue horrible, como de costumbre. En medio del caos reinante llamaron a la puerta. Era la agente Lynne Burnett, aunque esta vez iba de paisano. Vestía una falda gris, una blusa azul y una chaqueta de lana. Estaba muy elegante, en cierta tristonera manera, pero no sé por qué me molestó pensar en la posibilidad de que se hubiera puesto aquella ropa para hacer compañía a la señora Hintlesham. Para combinar con el paisaje, sin duda.

—Llámeme Lynn —me dijo.

Lo de siempre. Todos quieren ser tus amigos. Preferiría que se ocuparan de sus

asuntos. Me dijo que su primera obligación sería examinar mi correspondencia en cuanto llegara.

—¿Probará también mi comida? —le pregunté en tono sarcástico.

Se ruborizó y su lunar adquirió un tono violáceo. Sonó el teléfono. Era Clive, desde el trabajo. Empecé a describirle cómo iba todo, pero me interrumpió de inmediato para decirme que Sebastian y su mujer vendrían a cenar el sábado.

—Pero si no tenemos mesa de comedor —protesté—. Y sólo disponemos de media cocina.

—Mira, Jens, la documentación que estamos preparando para la fusión del mes que viene tiene mil folios. Si yo puedo coordinar eso, creo que bien podrías tú organizar una cena para un cliente.

—Por supuesto que lo haré, sólo decía que...

Mary entró con una fregona y empezó a limpiar enérgicamente el suelo alrededor de mis pies. Cuando reanudé la frase, Clive ya había cortado. Colgué y miré a mi alrededor. Lynne seguía allí, por supuesto. Bueno, era lógico que así fuera, pero me decepcionó un poco. Una parte de mí esperaba que hubiera desaparecido, más o menos como un dolor de cabeza. Pero ahora, después de la llamada telefónica, me dolía la cabeza, y además estaba Lynne.

—Voy un momento a hablar con el jardinero —dije en tono glacial—. Supongo que le gustará acompañarme para conocerlo.

—Pues sí —respondió ella.

Con su larga trenza colgando a la espalda, puede que Francis parezca uno de esos que van a Stonehenge en caravana, pero es un genio. Su padre ocupó un cargo de cierta importancia en la Marina y él estudió en Marlborough. Uno podría imaginárselo perfectamente trabajando en la City, como Clive, si no fuera porque, además de su melena de sesenta centímetros de longitud, tiene una tez alarmanamente bronceada y unos brazos fuertes y vigorosos de cargar pesos. Ciertas personas dirían que es atractivo. No quiero saber nada de su vida personal, que sospecho debe de ser bastante movidita; sin embargo, es una de las pocas personas en quien confío plenamente.

Cuando se lo presenté a Lynne, ésta se ruborizó. Al parecer, se ruboriza a menudo.

—Lynne está aquí porque alguien me ha escrito una carta absurda —expliqué. Como es natural, Francis adoptó una expresión de perplejidad. Luego, mirando a la agente, añadí—: Francis trabajará con nosotros por lo menos durante un mes.

—¿Qué está haciendo usted ahora? —le preguntó Lynne.

Francis me miró. Yo asentí con la cabeza y él se encogió de hombros.

—Estamos arrojando hormigón y cascotes en un hoyo —dijo—. Luego le echaremos tierra. También estamos ajardinando el patio y construyendo senderos.

—¿Y todo esto lo hace usted solo? —preguntó Lynne.

Francis la miró sonriendo.

—Por supuesto que no —dije yo—. Francis cuenta con toda una brigada de muchachos que vienen a trabajar para él cuando los necesita. Hay todo un ejército de jardineros pululando por Londres. Son como las palomas y los zorros.

La miré con cierta inquietud. A lo mejor me había pasado un poco. A veces somos demasiado susceptibles. Lynne sacó su cuaderno de notas y se interesó por el horario de trabajo y empezó a formularle preguntas sobre la valla y los accesos a la casa. Anotó también los nombres de todos los trabajadores ocasionales cuyos servicios utilizaba Francis.

Después de todo, sería un alivio salir de casa, aunque lo hiciera muy tarde. O eso pensaba yo hasta que Lynne me dijo que pensaba acompañarme.

—¿No hablará usted en serio?

—Lo siento, Jenny. —Sí, me llama Jenny, a pesar de que yo no le he dado permiso para que lo haga—. No sé muy bien cuánto apoyo le estamos prestando, pero hoy al menos tengo que permanecer a su lado.

Estaba a punto de enfadarme cuando sonó el timbre de la puerta. Era Stadler, de modo que decidí presentarle mi protesta. Se limitó a dedicarme su habitual sonrisa oficial.

—Es por su seguridad, señora Hintlesham. Sólo he venido para estar en contacto y efectuar un par de comprobaciones de rutina. ¿Le importa que controlemos sus llamadas telefónicas?

—Y eso, ¿en qué consiste?

—En nada por lo que usted deba preocuparse. Ni se dará cuenta.

—De acuerdo —murmuré en tono malhumorado.

—Queremos elaborar un registro de las personas con quien usted se relaciona. Por consiguiente, me gustaría que mañana se sentara con Lynne y repasara con ella su agenda, su dietario, cosas de ese tipo. ¿Le parece bien?

—¿De veras hace falta?

—Cuanto más eficaces seamos ahora, antes podremos resolver este asunto.

Ya casi había dejado de estar enfadada. Sólo me sentía ligeramente asqueada.

La primera parada la hicimos en el almacén de objetos de segunda mano para comprar perchas. Estuve a punto de comprar un rosetón de colores que procedía de una vieja iglesia, pero en el último momento cambié de parecer. Menos mal que Lynne no entró.

Pero sí lo hizo en las tiendas de Hampstead, o por lo menos llegaba hasta la puerta y se quedaba allí contemplando con aire indiferente los escaparates llenos de ropa de mujer. Sabe Dios lo que debían de pensar de ella las dependientas. Yo hacía como si no la conociera. Necesitaba algo para el sábado. Me llevé una brazada de

ropa al probador, y cuando salí luciendo un top de color rosa bordado con pedrería para mirarme en un espejo de cuerpo entero, vi la expresión del rostro de Lynne, que me observaba a través del escaparate. Me fui sin comprar nada.

—¿Ha encontrado lo que quería? —me preguntó cuando salí. Como si fuéramos amigas que hubiéramos salido de compras.

—Sólo quería mirar —dije.

Fui a la carnicería para comprar las salchichas que tanto les gustan a los niños y después entré en el anticuario de al lado a echar un vistazo. Le había echado el ojo a un espejo con marco dorado. Costaba trescientas setenta y cinco libras, pero confiaba en poder conseguirlo por menos. Quedaría ideal en el vestíbulo, en cuanto lo pintáramos.

Había quedado con Laura para almorzar, por lo que, tras recoger las placas de identificación que Christo debía llevar prendidas en el uniforme de la escuela Lascelles, conduje colina abajo; por el espejo retrovisor veía el coche de Lynne. Laura ya había llegado. Debería haber sido divertido, pero no lo fue. Lynne se quedó fuera y se comió un bocadillo sentada en su automóvil. La vi mientras yo me comía una buena ensalada y un pimiento rojo asado. Leía un libro de bolsillo. Si un psicópata criminal hubiera entrado en el restaurante, probablemente ella ni habría levantado la vista. No podía concentrarme en nada de lo que Laura me decía. Abrevié el almuerzo alegando que tenía mucha prisa.

La siguiente parada la hicimos en Tony, en Primrose Hill. Me encanta ir a la peluquería. Me siento mimada en ese pequeño espacio lleno de espejos y de acero. Me gustan los carritos cargados de lociones de colores, los efluvios de vapor, los perfumes... y el delicioso y seco sonido de las tijeras cuando me cortan el cabello.

Pero hoy nada me daba resultado. Tenía calor, estaba enfadada y me sentía decaída. La cabeza me estallaba y la ropa se me pegaba a la piel. No me gustaba mi nuevo peinado. Producía un curioso efecto óptico que hacía que mi nariz se viera demasiado grande y mi cara demasiado huesuda. Mientras regresaba a casa en medio del tráfico, me entró una especie de furia callejera que me inducía a aumentar impacientemente las revoluciones del motor en los semáforos. Lynne se mantenía fielmente a mi espalda. A veces se acercaba tanto que hasta podía verle las pecas por el espejo retrovisor. Le saqué la lengua, sabiendo que no podía verme.

Se pasó el resto del día siguiéndome como un perro fiel... de ésos a los que te apetece pegar un puntapié. Me siguió incluso cuando acompañé a Christo a casa de un amigo suyo que vivía unas puertas más abajo, un escuálido chiquillo llamado Todd. ¿Qué clase de madre es capaz de ponerle a su hijo semejante nombre? Después fui a recoger a los chicos a la escuela, pues Lena tenía la tarde libre. Los miércoles son siempre una pesadilla. Josh hacía actividades extraescolares en el aula de informática, que tiene su sede en una caseta prefabricada que apesta a sudorosos pies

infantiles. Cuando voy a recogerlo suele formar pareja con otro chico que se llama Escorpión, o Spyder, o cualquier otro estúpido nombre que ellos mismos hayan elegido. Antes Josh se llamaba Ganímedes, pero la semana pasada decidió que era demasiado afeminado y se lo cambió por Eclipse. Es su contraseña de acceso. Su mejor amigo se llama Freak, escrito con Ph: Phreek. Se lo toman todo tremendamente en serio.

Cuando llegué, vi a Josh echado hacia atrás en una silla y, agachado a su lado, al simpático joven que les daba la clase semanal. Le hablaba con expresión muy seria. Recordé que cuando lo había conocido, unas semanas atrás, me había dicho que en el aula todo el mundo lo llamaba Hacker. Creo que debí de hacer una mueca, pues enseguida me explicó que ése no era su verdadero nombre y que lo podía llamar Hack.

—¿Es ése su nombre? —le pregunté, pero él se limitó a reír.

Los chicos llevaban todavía el uniforme. Hack, sin embargo, lucía unos viejos y deshilachados vaqueros y una camiseta con caracteres japoneses. Era bastante joven y tenía el cabello largo y rizado. Hubiera podido pasar por un alumno de sexto. Al principio, pensé que Josh habría sufrido un accidente, o que le estaba sangrando la nariz, pero cuando me acerqué ambos levantaron la vista y entonces me di cuenta de que Josh había estado llorando. Tenía los ojos rojos. Me asusté. No recordaba cuándo lo había visto llorar por última vez. Así se le veía mucho más pequeño y vulnerable. Qué flaco y pálido estaba, pensé, con su abombada frente y su nuez tan pronunciada.

—¡Josh! ¿Te encuentras mal? ¿Qué ocurre?

—Nada. —El tono de su voz sonaba más enojado que afligido. Se levantó bruscamente—. Te veré el próximo semestre, en septiembre, Hack.

Hack. Qué barbaridad. No me extrañó que Josh se encontrara en semejante estado.

—O te perderé. Por un amor de verano —dijo Hack.

—¿Cómo? —inquirí.

—Es una canción —explicó Hack.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿Lo dice por eso? —dijo Hack señalando a Josh—. No se preocupe, señora Hintlesham.

—Jenny —lo corregí, como hago cada semana—, llámame Jenny.

—Perdón. Jenny.

—Parece enfadado.

Hack no le dio importancia.

—Probablemente es la escuela, el verano, todo eso. Dejando aparte la paliza que le han dado en la pantalla.

—A lo mejor ha sufrido una bajada de azúcar.

—Sí, debe de ser eso. Dele un poco de azúcar, Jenny.

Miré a Hack y no supe si estaba burlándose de mí.

Harry se encontraba en el otro extremo de la escuela, en una espaciosa sala llena de corrientes de aire que hacía las veces de teatro una vez al año, cuando se representaba la obra de fin de curso. Cuando entramos Josh y yo, estaba de pie, a un lado, fuera del escenario, con un vestido amarillo por encima de los pantalones y una boa de plumas alrededor del cuello. Tenía el rostro pintado de rojo. Esta visión pareció animar considerablemente a Josh. En el escenario había un grupo de niños, dos de los cuales también lucían falda.

—Harry —lo llamó un hombre de bigote muy fino, cabeza apegada y pelo extremadamente corto. Probablemente gay—. Harry Hintlesham, te toca a ti. ¡Vamos! «En mala hora os encuentro, orgullosa Titania». Deberías ir ya andando cuando Roley pronuncia esta frase.

Harry irrumpió en escena con dificultad, pues a cada paso se pisaba el vestido.

—«¿Y qué, celoso Oberón? —murmuró por lo bajo. Parecía que tuviera el cabello empapado de sudor—. Duende, vete de aquí. Tiempo ha...».

—«Aléjate de aquí» —rugió el del bigote—. No «vete», sino «aléjate», chico; y habla un poco más alto, por el amor de Dios. De todos modos, el ensayo ha terminado. No quiero que los padres vean la obra hasta que esté lista. Y eso no sucederá hasta Navidad. Hablando de padres, acaba de llegar tu dulce y encantadora madre, Titania. Aléjate de aquí. Buenas tardes, señora Hintlesham. Vuestra presencia ilumina nuestra humilde sala.

—Llámeme Jenny. Buenas tardes.

—A ver si consigue que su hijo se aprenda los versos.

—Lo intentaré.

—Y procure que se ponga un poco de desodorante, si no le importa.

Ha muerto. Por supuesto. Como yo quería. Por supuesto. Y me siento estafado por ella. Por supuesto. Olvídalo. Habrá otra. Otra «ella».

Se pone demasiado maquillaje. Es como una máscara que cubre su cara. Todo en ella es resplandeciente y cuidado: sus jugosos labios, las oscuras pestañas, su piel aterciopelada, su arreglado y sedoso cabello. Es como una fotografía constantemente retocada y repulida. Ésa es la imagen que ofrece al mundo. Pero a mí no me engaña. Me la imagino con la cara recién lavada. Seguro que tiene arrugas alrededor de los ojos, de la nariz, de la boca; sus labios deben de ser pálidos, blandos, nerviosos.

Cuando camina por la calle, se mira constantemente en los escaparates de las tiendas para asegurarse de que todo sigue en su sitio. Y siempre todo sigue en su sitio. Su ropa está impecablemente planchada y el peinado le sienta de maravilla. Sus uñas se ven muy cuidadas; las lleva pintadas de color rosa; las uñas de los dedos de

los pies también están pintadas de rosa en el interior de sus caras sandalias. Las piernas son armoniosas. Camina erguida, con los hombros echados hacia atrás y la barbilla levantada. Ofrece un aspecto limpio, pulcro y brillante, y rebosa energía y determinación.

Pero la he observado. Veo más allá de su sonrisa, que no es auténtica; y de su risa, que, si la analizas con atención, es forzada y quebradiza. Como la cuerda de un violín tensada hasta el extremo de chirriar. No es feliz. Si lo fuera, o sintiera miedo, o deseo, sería una mujer realmente hermosa. Se liberaría de su cáscara y se convertiría en ella misma. No se da cuenta de que no es feliz. Sólo yo me doy cuenta. Sólo yo puedo ver en su interior y liberarla. Me está esperando, encerrada dentro de sí misma, no tocada todavía por el mundo.

El destino me sonrío. Ahora me doy cuenta. Al principio no comprendía que me había vuelto invisible. Nadie puede verme. Puedo seguir y seguir hasta el infinito.

Es muy tarde, casi medianoche, pero sigue haciendo un calor indecente. A pesar de que he abierto las ventanas del piso de arriba, el viento que sopla también es caliente, como si procediera del desierto. Clive aún no ha regresado. Su secretaria, Jan, ha llamado y le ha dicho a Lena que no volvería hasta muy tarde, y ya es muy tarde y, efectivamente, todavía no ha vuelto. Como de costumbre, le he dejado unos bocadillos en el frigorífico y yo también he comido uno; por lo tanto, todo va bien.

La casa está en silencio. Lena ha salido a hacer Dios sabe qué hasta Dios sabe cuándo. Los chicos están durmiendo. Justo pasadas las once, he dado una vuelta por sus habitaciones y he apagado las luces. Hasta Josh estaba durmiendo, agotado por el duro esfuerzo de una tarde dedicada a hablar por teléfono. Todo está a punto. He empezado a hacer el equipaje para Josh y Harry. Mañana toman el avión. La casa estará muy tranquila durante las próximas semanas por distintas y variadas razones.

En general no soy muy aficionada a las bebidas alcohólicas. Clive sí sabe mucho de vinos, pero si fuera por mí nunca tendríamos nada de beber en casa. Sin embargo, aquella noche el calor era sofocante y yo estaba nerviosa. Así que, de repente, se me ocurrió la idea de tomar un gintonic como los de los anuncios de las revistas. Imaginé a una bella y seductora mujer en un exótico paraje, intensamente bronceada, sosteniendo en la mano una bebida tan fría que el vaso emitía destellos a causa de las gotas que resbalaban por sus paredes. Perlas de sudor le caerían en plan muy *sexy* y, entre sorbo y sorbo, se acercaría el gélido vaso a la frente. Estaría sentada, sola, pero no cabía duda de que aguardaba la llegada de un hombre sensacional.

No tuve más remedio que prepararme un gintonic. Por increíble que parezca, no había ni un limón en casa, excepto una resea rodaja en el frigorífico que sería suficiente para lo que me proponía. Me serví la bebida y sentí hambre. Lo único que encontré fue un paquete de pastelillos de queso de los que le pongo a Chris para el almuerzo. Me senté a comérmelo, lo que hice en apenas un minuto, y me asusté al descubrir que ya me había bebido el gintonic. Le había puesto muy poca ginebra, así que decidí prepararme otro para llevármelo al cuarto de baño del piso de arriba.

Yo no sudaba de manera agradable y *sexy* como la chica de mi anuncio. La blusa se me pegaba a la espalda, tenía el sujetador mojado y había oscuras manchas de sudor en los bordes de las bragas. Me notaba la piel pegajosa. Aspiré el olor de mi cuerpo. Pensé que me estaba pudriendo.

El cuarto de baño estaba caliente, inundado de una neblina espumosa. Después de beberme la mitad del segundo gintonic ya nada me parecía tan importante como antes. Por ejemplo, a pesar de que el agua de la bañera estaba llena de espuma perfumada, me lavé y me enjuagué el pelo con ella. Ésa no era mi manera normal de comportarme. ¿He dicho que había recibido una segunda nota?

Poco después del almuerzo habían empezado a llegar toda suerte de cosas: la pintura, esta vez sí, que había pedido, los radiadores que tenían que haber enviado hacía un mes. Fue como si un equipo de jugadores de *rugby* hubiera estado entrando y saliendo sin cesar. Poco después de que hubiera cesado todo aquel barullo, Lena encontró en el felpudo un sobre dirigido a mí. Comprendí inmediatamente lo que era, pero lo abrí de todos modos.

Querida Jenny:

Eres una mujer muy guapa. Pero no lo eres cuando estás con alguien. Me gustas más cuando caminas sola por la calle. A veces te muerdes el labio superior cuando piensas. Canturreas para tus adentros.

Te miras y yo te miro. Tenemos eso en común. Pero un día te miraré cuando estés muerta.

Sentí un escalofrío, naturalmente, pero no me enfadé. No, no me enfadé; me puse furiosa. Llevaba días, dos para ser exactos, con una agente de policía dando vueltas a mi alrededor, procurando ser amable de una manera un tanto rígida, pero siempre a mi alrededor, entre irritante y complaciente, empeñada en ignorar mis reacciones airadas. Y por si fuera poco, con el coche de la policía aparcado fuera. Y todo el día con gente mirándome, vigilando mis movimientos. ¿Y de qué había servido? Cuando leí la carta, fui en busca de Lynne. Estaba hablando por teléfono. Me quedé delante de ella, esperando, hasta que se sintió incómoda y colgó.

—Tengo algo que a lo mejor le interesa —dije, entregándole la carta.

Fue como si se hubiera disparado un cohete debajo de su asiento. En apenas diez minutos, Stadler ya estaba sentado en mi cocina mirándome desde el otro lado de la mesa.

—¿En el felpudo ha dicho usted? —me preguntó en un susurro.

—Allí la encontró Lena —contesté en tono malhumorado—. Al parecer, ha conseguido que se dispense un trato personal a su correspondencia. La verdad, no sé de qué sirve todo este despliegue si ese hombre puede acercarse tranquilamente a mi casa y dejar una carta.

—Es decepcionante —dijo Stadler, pasándose las manos por el cabello. «Guaperas», lo llamaría mi abuela—. ¿Ha visto a alguien rondando por la casa?

—Todo el día ha habido gente rondando por la casa, entrando y saliendo sin cesar.

—¿Le han entregado hoy alguna otra cosa?

—Sí, montones de cosas.

—¿Puede usted describirme a las personas que las han entregado?

—No he visto a ninguna. Puede hablar con Lena al respecto.

Yo paseaba nerviosamente arriba y abajo mientras el pobre Stadler permanecía

sentado junto a la mesa de la cocina con el semblante abatido.

—Dígame qué están haciendo ustedes —dije.

—¿Haciendo? —repitió como si la pregunta no tuviera sentido.

—Sí, perdone que sea tan tonta, pero dígamelo de manera que yo lo entienda, si no le importa.

Apoyó su mano sobre la mía y la dejó apoyada allí, caliente y pesada.

—Señora Hintlesham..., Jenny, hacemos todo lo que podemos. Estamos analizando todas las cartas, estamos tratando de averiguar de dónde procede el papel, estamos buscando huellas dactilares en su casa, por si hubiera entrado. Como usted sabe —trató de esbozar una triste sonrisa, pero no lo consiguió—, estamos investigando a todos sus amigos y conocidos, estamos intentando establecer alguna relación entre usted y las... mmm... demás personas que han sido blanco del autor de estas cartas. Y, como es natural, hasta que lo atrapemos, nos encargamos de que usted esté a salvo y protegida.

Aparté la mano.

—¿Tiene sentido seguir con todo esto? —pregunté.

—¿Cómo?

—Todo este ridículo jaleo de abrir las cartas y montar guardia en mi casa.

Se produjo un prolongado silencio. Al parecer, a Stadler le resultaba difícil encontrar la respuesta. Al final me miró con sus oscuros ojos, casi demasiado oscuros.

—Esto es muy serio —dijo—. Usted ha leído las cartas. Este hombre ha amenazado con matarla.

—Sí, son bastante desagradables —reconocí—, pero son las cosas que uno debe soportar cuando vive en Londres, como las llamadas telefónicas obscenas, el tráfico y las cacas de perro en la calle.

—Puede ser —dijo Stadler—. Pero nosotros tenemos que tomarlo en serio. Voy a contactar con el inspector Links ahora mismo y voy a sugerirle —estoy seguro de que estará usted de acuerdo conmigo— la conveniencia de aumentar la seguridad de este lugar.

—¿Qué quiere decir?

—Tienen que interrumpirse todas las obras. Sólo de momento.

—¿Está usted loco? —Me quedé pasmada—. Los que están realizando las obras tienen una lista de espera de seis meses. Jeremy se va a Alemania la próxima semana y los yeseros están a punto de venir. ¿Quiere ver mi agenda? Esto no es algo que se pueda interrumpir y reanudar cuando a uno le apetece.

—Lo siento, señora Hintlesham, pero es esencial.

—¿Esencial para quién? Será para ustedes, que no están haciendo su trabajo como deberían.

Stadler se levantó.

—Perdone —dijo—. Le pido perdón por no haber atrapado a ese loco. Pero es

difícil. En general se sigue un procedimiento, se llama a puertas, se buscan testigos. Pero cuando un loco elige a alguien al azar, no existe ningún procedimiento normal. Solo cabe esperar que se produzca una oportunidad.

Estuve casi a punto de echarme a reír, pero permanecí fríamente en silencio. Aquel hombre ridículo pretendía ganarse mi comprensión. Quería que le dijera «bueno, no se preocupe», porque ser policía era muy duro. Me entraron ganas de echarlo a la calle, a él y a los demás.

—Lo que hay que tener en cuenta —añadió— es que ha lanzado una grave amenaza contra su vida. Queremos atraparlo, pero nuestra prioridad es su seguridad. Creo que no podemos correr más riesgos. La única alternativa sería que usted abandonara esta casa y se fuera a algún lugar más protegido.

Tuve la sensación de que un volcán estaba a punto de entrar en erupción en lo más profundo de mi estómago. La segunda alternativa me parecía todavía peor que la primera, por cuyo motivo acabé aceptando la mejor, dominada por una especie de fría furia. Pregunté cuándo quería que se marchara la gente y él respondió que enseguida, mientras él estuviera en la casa. Así pues, fui de un lado para otro como un gorila de discoteca y eché a todos sin contemplaciones. A continuación pasé una horrible hora telefoneando, dando medias explicaciones a personas perplejas e intentando cerrar vagos compromisos para el futuro.

Apuré mi gintonic, salí de la bañera y me envolví en una enorme y suave toalla. Hacía tanto calor en el cuarto de baño y había tanto vapor que mi piel seguía estando pegajosa por más que la frotara, así que fui a mi dormitorio. Los espejos de las puertas de los armarios empotrados los retirarían aproximadamente en una semana. Me puse delante de uno de ellos y me miré mientras me secaba el cabello y el cuerpo. Debido al calor de la tarde, me seguía sintiendo mojada, por lo que arrojé la toalla a la alfombra y me contemplé. Era algo que no solía hacer, y menos aún desnuda y sin maquillaje.

Traté de imaginar cómo sería la sensación de ver aquel cuerpo por primera vez y encontrarlo atractivo. Entorné los ojos y ladeé la cabeza, pero me costaba imaginarlo. Supongo que le ocurre a todo el mundo tras años de convivencia, hijos y duro trabajo: una se convierte en parte del mobiliario, en algo en lo que apenas se repara como no sea cuando empieza a fallar. Tal vez por eso otras cosas —me refiero a otras personas— pueden parecerle más tentadoras. Traté de recordar lo que sentí cuando Clive y yo estuvimos..., bueno, de esa manera; lo más curioso fue que me resultó totalmente imposible. Recordaba nuestra primera vez en su primer apartamento en Clapham. Recordaba todos los detalles, la obra de teatro que habíamos ido a ver antes y lo que comimos, recordaba incluso cómo iba vestida y qué fue lo que él me quitó primero, pero la sensación de vernos el uno al otro desnudos por primera vez... había desaparecido.

Hasta entonces yo sólo había tenido un novio en serio. Bueno, bastante en serio, por lo menos para mí. Era un fotógrafo llamado Jon Jones. Ahora es bastante famoso. Su nombre aparece en *Harper's* y *Vogue*.

Realizó un encargo de una laca de uñas utilizando mis manos, y una cosa llevó a la otra. Yo me ponía muy nerviosa con el sexo y ese tipo de cosas. No sabía muy bien qué hacer. Sobre todo era obediente y me dejaba llevar. No sé muy bien hasta qué extremo me excitaba aquello desde un punto de vista técnico, pero la idea de aquellas cosas —de él— me excitaba.

Estaba casi soñando cuando, de pronto, me di cuenta de que me encontraba desnuda en mi habitación y con la luz encendida. La ventana estaba abierta. Fui rápidamente a correr las cortinas, pero me detuve. A fin de cuentas, ¿qué más daba que la miraran a una? ¿Tan malo era? Permanecí un momento allí. El viento era muy cálido. Habría dado cualquier cosa a cambio de un soplo de brisa fresca. Hacía demasiado calor para cerrar la ventana, pero me volví y apagué la luz.

Me tumbé boca arriba en la cama sin cubrirme. Hasta una sábana hubiera sido un tormento. Me toqué la frente y los pechos. Estaba sudando otra vez. Me deslicé los dedos por el vientre y por la entrepierna. Me sentía ardiente y húmeda. Me toqué muy despacio, mirando al techo. ¿Cómo era cuando a una la miraban por primera vez? ¿Cómo era sentirse deseada? Ser objeto de anhelo. Ser contemplada. Ser deseada.

Se me da muy bien hacer las maletas. Siempre se las hago a Clive cuando se va de viaje. Los hombres son una calamidad para doblar las camisas como es debido. Sea como fuere, el caso es que les estaba haciendo las maletas a los chicos, que se iban a un campamento de verano en el quinto pino de Vermont. Habíamos oído hablar años atrás de aquel lugar a un amigo de un amigo del trabajo de Clive. Tres semanas de *rappel*, *windsurfing* y hogueras de campamento y, en el caso de Josh, probablemente de miradas furtivas a las niñas vestidas con cortísimos pantalones. Se lo dije mientras colocaba con cuidado las camisetas, los pantalones cortos, los bañadores y algún pantalón largo en su maleta. Me miró con expresión enfurruñada.

—Tú lo que quieres es perdernos de vista —murmuró.

Últimamente todo lo que dice me llega como murmullos que a duras penas puedo entender. ¿Será que me estoy volviendo sorda?

—Vamos, Josh, sabes muy bien que el año pasado te encantó. Y a Harry no se le hace nada largo.

—Pero yo no soy Harry.

—No me digas que vas a echarme de menos —dije en tono de broma.

Me miró fijamente. Tiene unos grandes ojos de color castaño oscuro que utiliza para mirar con conmovedora expresión de reproche, como una especie de asno peludo. Observé lo blanco y delgado que estaba: sus clavículas se proyectaban hacia fuera como si fueran tiradores de puertas; sus muñecas eran una masa de tendones. Cuando se quitó la camisa para ponerse la ropa limpia que llevaría en el viaje, sus costillas parecían un par de escaleras que ascendían por su escuálido cuerpo.

—El aire libre te sentará bien. Lo mismo que a esta habitación. ¿Es que no abres nunca la ventana?

No contestó, se limitó a mirar con expresión malhumorada a la calle. Di unas palmadas para que espabilara.

—Tengo prisa. Papá os llevará al aeropuerto dentro de una hora.

—Siempre tienes prisa.

—No pienso discutir contigo justo cuando estás a punto de irte de vacaciones.

Se volvió a mirarme.

—¿Por qué no te buscas un trabajo como es debido?

—¿Dónde está tu desodorante? Ya tengo un trabajo. Ser tu madre. Serías el primero en quejarte si no te acompañara en mi coche a tus fiestas y a tus clubes, y no te preparara la cena ni te lavara la ropa.

—¿Pues qué haces mientras Lena te hace el trabajo?

—Arreglo la casa, en la cual parece que te encuentras muy a gusto. Bueno, ¿qué piensas hacer en el poco tiempo que te queda antes de irte? ¿Por qué no vas a ver a

Christo? Te va a echar mucho de menos.

Josh se sentó delante de su ordenador.

—Enseguida voy. Quiero echar un vistazo a este nuevo juego. Acaba de salir.

—Por eso debes irte. De lo contrario, te pasarías tres semanas a oscuras delante de la pantalla. Bueno, aprovechando que estás aquí, podrías quitar las sábanas y sacarlas para que Mary las lave. —Silencio. Hice ademán de abandonar la habitación, pero lo pensé mejor—. ¿Josh? —Silencio—. ¿Me echarás de menos? Vamos, por el amor de Dios, Josh —dije, ahora casi a gritos.

Se volvió con la cara muy larga.

—¿Qué?

—No, nada.

Lo dejé atrapado en una especie de combate sin armas en el que los golpes sonaban como árboles derribados.

Abracé a Harry, aunque él crea que a los once años se es demasiado mayor para que a uno lo abracen, y se quedó inmóvil entre mis brazos. Es un chico muy despierto; no tiene la enfurruñada tristeza de Josh, a Dios gracias. Es como yo, poco dado a la meditación. Lo adivinas con sólo mirarlo, con su rizado cabello castaño, su nariz respingona y sus recias piernas. A su lado, Josh parecía excesivamente larguirucho, con el flaco cuello asomando a través de la nueva camisa, que le va demasiado grande. Lo besé en la mejilla.

—Que te diviertas mucho, Josh. Estoy segura de que así será.

—Mami...

—Tenéis que iros, hijos míos, vuestro padre está esperando. Sed buenos y no os metáis en ningún lío. Nos veremos dentro de tres semanas. Adiós, hijos. Adiós.

Los saludé con la mano hasta que desaparecieron de mi vista.

—Vamos, Chris, nos quedaremos tú y yo solos durante tres semanas.

—Y Lena.

—Bueno, sí, claro, Lena también. De hecho, Lena te llevará luego al zoo para que almuerces allí al aire libre. Mami tiene un día muy ocupado.

Un día muy ocupado, preparando aquella maldita cena que Clive me había endilgado. No recordaba la última vez que había estado sola en casa. Todo resultaba extrañamente tranquilo y se oían ruidos por todas partes. Ni Josh, ni Harry, ni Chris, ni Lena, ni Clive, ni Mary, ni Jeremy, ni Leo, ni Francis; nada de martillazos ni de silbidos de pintores mientras aplican pintura al yeso; nada de timbrazos en la puerta cuando vienen a traernos grava, papel de pared o cables eléctricos. Bueno, casi sola, porque Lynne siempre andaba por allí como un abejorro que entra y sale a su antojo.

Esta casa era una obra en construcción, lo que ya era grave de por sí, y ahora es

una obra en construcción abandonada: papel de pared a medio poner en la habitación de invitados; tablas del suelo a punto de ser colocadas en lo que algún día será el comedor; sábanas para proteger los muebles del salón, preparado para el inicio de las tareas de pintura que no se llevarán a cabo; el jardín lleno de malas hierbas y agujeros. No sé si la policía logrará encontrar a la persona que me está molestando, pero lo que sí ha hecho es obstaculizar mis planes. Y esa tal Schilling me está atacando los nervios.

Ha vuelto otra vez. De nuevo con su atenta y solícita expresión que tanto me desagrada y que apuesto a que practica delante del espejo. Cada vez se inmiscuye más en mi vida, averigua detalles sobre Clive y los hombres en general, siempre rasca que te rasca. Me dice que son procedimientos de rutina. Y a veces me da la impresión de que le importa un bledo el criminal. Lo que ella quiere en realidad es resolver mis otros problemas. Convertirme en otra cosa. ¿En qué? Probablemente en ella. Estoy deseando decirle que no soy una puerta que un día se abrirá al jardín encantado que hay en mi interior. Lo siento. Ésa soy yo: yo, Jenny Hintlesham, la mujer de Clive, la madre de Josh, Harry y Chris. Me toma o me deja. Pero prefiero que me deje... Déjeme en paz para que yo pueda seguir otra vez adelante con mi vida.

No me encanta cocinar, pero me gusta preparar cenas, siempre y cuando disponga de tiempo, claro. Ese día tenía tiempo de sobra. Lena no regresaría hasta la hora del té y Clive pensaba ir directamente desde el aeropuerto a la clase de golf. Eché un vistazo a mis libros de recetas de cocina, que continúan guardados en una caja de cartón debajo de la escalera. Como hacía calor, opté por una cena auténticamente veraniega, fresca, crujiente y con ríos interminables de excelente vino blanco. Los canapés con setas tendría que hacerlos en el último momento; el gazpacho lo había preparado la víspera mientras Clive veía la televisión. El plato principal —salmonetes con salsa de tomate y azafrán, que se debían servir fríos— podía prepararlo ya. Primero hice la salsa, una espesa mezcla italiana, con aceite de oliva, cebollas, hierbas aromáticas (al menos Francis había plantado el huerto de hierbas aromáticas antes de que todo quedara interrumpido), toneladas de ajo y tomates pelados. Luego añadí vino tinto, un chorrito de vinagre balsámico y unas hebras de azafrán. Me encanta el azafrán. Coloqué los seis salmonetes en una bandeja alargada y vertí la salsa por encima. Sólo tendría que meterlos media hora en el horno, a fuego no muy fuerte, y estarían listos.

De postre hice una enorme tarta de albaricoque. Siempre resulta espectacular, y los albaricoques están muy buenos en esta época del año. Extendí la base (la había comprado preparada, todo tiene un límite) sobre una bandeja. Después coloqué sobre ella una masa a base de almendras molidas, azúcar, huevo y mantequilla. Finalmente abrí los albaricoques por la mitad y los eché por encima. Listo: a horno fuerte durante veinticinco minutos. Ideal con montones de crema de leche. El vino y el champán ya

estaban en la nevera. Corté la mantequilla en trocitos. Los panecillos integrales los compraría por la tarde. La ensalada verde la prepararía justo antes de sentarnos a comer.

Tendríamos que cenar en la cocina, por muy importante que fuera el cliente de Clive. Así que dividí el espacio en dos mitades con el biombo chino y cubrí la mesa con el mantel blanco de encaje, el regalo de boda que nos había hecho mi prima. Con la cubertería de plata y un ramo de rosas de color rosa y anaranjado en un jarrón de cristal, conseguí una brillante improvisación.

Había invitado también a Emma y Jonathan Barton. A saber cómo serían el tal Sebastian y su mujer... Me imaginaba a un tipo gordo de la City, con barriga y venitas rotas en la nariz, y una esposa dura y ambiciosa, vestida con ropa cara, rubia de bote y de caderas anchas. No envidio a ese tipo de mujeres, aunque a veces son condescendientes con las personas como yo.

Esa noche quería estar guapa. Emma Barton tiene unas caderas curvilíneas, pechos grandes y labios carnosos que siempre lleva pintados de rojo brillante, incluso por la mañana, cuando lleva a los niños a la escuela. A mí me resulta un poco vulgar, pero a los hombres les encanta. Lo malo es que últimamente se está pasando un poco. Tiene mi edad, o quizá algo más; y las zalamerías y contoneos están muy bien cuando tienes veinte o treinta años, pero a los cuarenta resultan ligeramente ridículos; y a los cincuenta, decididamente patéticos. Conocemos a los Barton de toda la vida. Hace diez años él estaba loco por ella y se mostraba muy posesivo, pero ahora he visto cómo se le van los ojos detrás de las mujeres con el mismo aspecto que tenía antes Emma.

A las seis me di un buen baño y me lavé el pelo. Oí que abrían la puerta de abajo. Era Lena, que traía a Chris. Me puse una bata y me senté ante el espejo. Me aplicaría un buen maquillaje. No sólo base, sino también colorete en los pómulos, sombra de ojos verde grisáceo, delineador de ojos gris oscuro, mi amado borrador de arrugas, carmín de color ciruela, mi perfume preferido detrás de las orejas y en las muñecas... Luego me pondría un poco más. Habitualmente, entre plato y plato subo al dormitorio a retocarme el maquillaje y ponerme un poco más de perfume. Me infunde valor.

Me puse un vestido negro de tirantes muy finos y encima una delicada chaqueta de encaje de color granate con ribete de terciopelo en el cuello y en los puños que me había comprado en Italia el año anterior y que me había costado una fortuna. Zapatos de tacón. La gargantilla de diamantes, los pendientes de diamantes. Me estudié en el espejo de arriba abajo y giré muy despacio para poder verme desde todos los ángulos. Nadie diría que estoy a punto de cumplir cuarenta años. Cuesta mucho mantenerse joven.

Oí entrar a Clive. Tenía que darle las buenas noches a Chris y comprobar que estaba debidamente acostado antes de que llegaran los invitados. ¿Había puesto los bombones de chocolate en el aparador?

Chris había tomado demasiado sol y estaba muy nervioso. Lo dejé escuchando

una cinta de Roald Dahl con la luz de una lamparilla encendida y recé para que no armara alboroto durante la cena. Clive se estaba duchando. Bajé a la cocina, me puse un voluminoso delantal sobre mis ropas de gala y eché las setas por encima de los canapés, trocéé una lechuga: una simple ensalada verde para acompañar el pescado. La elegancia consiste en la sencillez. El cielo al otro lado de la ventana de la cocina había adquirido un color frambuesa. «Del cielo el nocturno rubor es la dicha del pastor», rezaba el viejo dicho. Josh y Harry ya estarían en el campamento a esas horas, horario americano.

—Hola —saludó Clive.

Estaba bronceado y resplandeciente en su traje; lo envolvía un halo triunfal.

—Estás muy elegante... No te había visto esa corbata... —comenté; deseaba que me dijera lo guapa que estaba.

Se manoseó el nudo.

—No, es nueva.

Sonó el timbre de la puerta.

Ni Sebastian ni Gloria, su mujer, se parecían para nada a lo que yo había imaginado. Sebastian era alto y lucía una sorprendente calva. Habría ofrecido un aspecto bastante distinguido, a la siniestra manera de Hollywood, si no hubiera estado tan visiblemente tenso. La actitud de Clive hacia él era de cierto desprecio, mezclado con una pizca de intimidación. De repente, tuve el presentimiento de que Clive estafaría a Sebastian en su desventurada *opa* y que la cena no era más que una cruel farsa de amistad. Gloria, la cazatalentos de la City, era mucho más joven que su marido; calculé que debía de rondar los treinta. Y su rubio cabello casi plateado resultó que no procedía de ningún bote. Tenía ojos azules, y los brazos, morenos y delgados; alrededor de uno de sus delicados tobillos brillaba una cadenita de plata. Vestía un sencillo camisero blanco de lino y llevaba muy poco maquillaje. Hizo que me sintiera excesivamente arreglada; y Emma, a su lado, parecía ordinaria.

Los tres hombres se mostraban muy atentos con ella. Yo veía cómo inclinaban levemente sus cuerpos mientras tomábamos champán en el patio a medio hacer. Por si fuera poco, ella era plenamente consciente de su atractivo y se pasaba el rato bajando sus largas pestañas y esbozando discretas sonrisas. Su risa era ligera como el delicado sonido de una campanilla de plata.

—Bonita corbata —le dijo a Clive.

Me entraron ganas de arrojarle la copa de champán sobre el vestido.

Estaba claro que se conocían de antes... Bueno, supongo que era lógico que así fuera, dado su trabajo. Ella, Sebastian, Clive y Jonathan empezaron a hablar del Footsie y del mercado de valores mientras Emma y yo permanecíamos al margen de todo como unas tontas.

—Yo siempre he pensado que eso del índice Footsie era un nombre muy ridículo

—dije yo levantando la voz, firmemente dispuesta a conseguir que me hicieran caso.

Gloria se volvió amablemente hacia mí.

—¿Usted también trabaja en la City? —me preguntó, a pesar de que me constaba que ella sabía la respuesta.

—¿Yo? No, Dios me libre. —Solté una sonora carcajada y bebí un sorbo de champán—. No estoy entrenada para eso. No, Clive y yo decidimos que, cuando tuviéramos hijos, yo dejaría de trabajar y me dedicaría a la casa. ¿Usted tiene hijos?

—No. Y antes, ¿a qué se dedicaba?

—Era modelo.

—Modelo de manos —aclaró Emma. Mi amiga Emma.

—Tiene usted unas manos muy bonitas —dijo Sebastian, un tanto cohibido.

Las agité delante de todos.

—Eran mi fortuna —repuse—. Entonces llevaba guantes constantemente, incluso para comer. A veces los llevaba incluso en la cama. Qué disparate, ¿verdad?

Jonathan escancié más champán en las copas mientras Gloria le decía algo en voz baja a Clive, que la miraba con una sonrisa en los labios. Arriba Chris se puso a llorar. Apuré mi copa de golpe.

—Discúlpenme. Continúen. El deber me llama. Les avisaré cuando la cena esté lista. Por favor, cojan más canapés.

Le cambié la cinta a Chris, volví a darle un beso y le dije que, si volvía a oírlo llorar, me enfadaría. Después entré en mi dormitorio, me apliqué un poco más de carmín, me cepillé el cabello y me rocié un poco de perfume en el escote. Me sentía ligeramente achispada. Me apetecía tumbarme en la cama entre unas limpias y planchadas sábanas. Sola, por favor.

Con la sopa bebí agua con gas, pero después me tomé un exquisito Chardonnay con el pescado, una copa de rosado con el brie y un delicioso vino dulce con la tarta de albaricoque. El café fue como una pequeña sacudida de claridad entre las brumas del alcohol.

—Qué mujer tan manipuladora —le dije después a Clive mientras me desmaquillaba con una toallita de algodón y él se cepillaba los dientes.

Se enjuagó concienzudamente la boca y me miró con un ojo abierto y otro cerrado.

—Estás borracha —dijo.

Experimenté un repentino y desconcertante impulso de soltarle un cachetazo, de clavarle mis tijeras de uñas en el estómago.

—No digas bobadas —repliqué riéndome—. Sólo un poco achispada, cariño. Todo ha ido muy bien, ¿no te parece?

Mi mayor vicio son los catálogos, las compras por correo; lo cual, en cierto modo, es una locura, porque no es mi estilo en absoluto. Si hay algo en lo que creo es en que los objetos de tu hogar tienen que ser los idóneos. La idea de tener durante años en tu casa un sucedáneo de lo que realmente querías —y que elegiste porque era un poco más barato, o mucho— ahí, en un rincón, acusándote con su presencia... ésa es la idea que yo tengo de la tortura. Tienes que tocar las cosas antes de comprarlas, dar vueltas a su alrededor, imaginar qué tal quedarán en el espacio que tú tienes pensado destinarle.

Por esa razón, los catálogos no tendrían que interesarme. Las toallas que parecían suaves en la fotografía pueden tener un tacto sintético en realidad y ser de un matiz lo suficientemente distinto para que no haga juego con el marco de madera del precioso espejo que compraste en aquel mercado el verano pasado. Las cucharas para servir la ensalada pueden parecer sólidas, y luego, cuando las coges, ser tremendamente ligeras. Y sé que, teóricamente, puedes devolverlo y recuperar el dinero, pero, no sé por qué, no se suele hacer. Es algo que no admite disculpa y que Clive me reprueba airadamente cuando se da cuenta. Pero él, con sus condenados catálogos de vinos que con tanto detenimiento lee hasta altas horas de la noche, tampoco es el más indicado para hacerme ningún reproche.

Por consiguiente, cuando llegan los catálogos, no puedo resistir la tentación de hojearlos, y siempre hay algo que me llama la atención: zapatillas deportivas o una chaqueta de béisbol para los chicos, o un plumier o un cucharón perforado o un despertador divertido o una papelera que quizá quedaría bien en el estudio. Pero al final todas las compras acaban en el desván o en el fondo de un armario, aunque hay que reconocer que a veces vienen muy bien. En cualquier caso, te hace tanta ilusión cuando te las entregan en mano que no tienes más remedio que aceptarlo y estampar tu firma. Es algo así como un cumpleaños especial. En cierto sentido, mejor todavía. Si quisiera ser sarcástica diría que, mientras los chicos —y ciertos hombres cuyo nombre quedará en el anonimato— pueden olvidarse de tu cumpleaños, Next jamás olvida entregarte la pantalla de lámpara que pediste, aunque luego te guste menos de lo que esperabas.

Con una pizca de perversidad, estas empresas de venta por correo facilitan tu nombre a otras, sobre todo cuando sus ordenadores han comprobado que eres patéticamente adicta a comprar cosas que en realidad no necesitas. Es como ser la chica más famosa de la escuela. Todo el mundo quiere ser tu amigo, pero tú no siempre quieres ser amiga de ellos. Quiero decir que, bueno, a veces recibes publicidad de cosas de lo más peregrinas. Precisamente la semana pasada recibí un folleto de una empresa que vende ponchos de lana de llama. Veintinueve libras con

noventa y nueve. Y por treinta y nueve libras con noventa y nueve te dan dos, como si alguien que no vive en los Andes pudiera tener interés en comprarse tan siquiera uno. No lo tomé en consideración ni por un segundo.

Todo esto es el preludio de lo que ocurrió el lunes, cuando bajé a media mañana y vi en el felpudo el habitual montón de papeles. No es correo auténtico, claro, simplemente la habitual serie de estúpidos folletos multicolores que te ofrecen *pizzas* a domicilio con una Coca Cola gratis, limpieza de cristales, tasación de inmuebles, sustitución de marcos de ventana originales por carpintería metálica y doble acristalamiento. Entre todo aquello había un sobre que decía: **Oferta Especial de Piezas de Decoración Estilo Victoriano**. Lo abrí.

Apuesto a que nadie es consciente de cómo abre las cartas. Es algo que hacemos todos los días, pero no reparamos en ello. Yo lo sé porque me he visto obligada a fijarme. Se coge la carta, se le da la vuelta, del lado del remite. Si está bien cerrada, se coge el borde de la solapa, por la parte de arriba, y se arranca un poco. Se trata de abrir un hueco para poder introducir el dedo índice y deslizarlo por el doblez para desgarrarlo poco a poco. Eso es lo que yo hice, y lo curioso es que no sentí ningún dolor. Abrí el sobre y vi un apagado brillo metálico y algunas zonas del sobre que parecían mojadas y manchadas de rojo.

Fue entonces cuando sentí no exactamente dolor sino una sorda sensación en la mano derecha. Tardé un rato extremadamente largo en darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Mis dedos estaban bañados en sangre, y algunas gotas cayeron sobre mis pantalones *beige*. Seguía sin comprender qué había ocurrido y por eso examiné estúpidamente el interior del sobre, pensando que había salido de él una cálida pintura roja. Entonces vi el opaco metal; unas piezas planas grapadas en el borde de un trozo de cartulina. Al principio no me di cuenta de qué era, hasta que de pronto me vino la imagen de mi padre, cuando yo era pequeña, sentado en el borde de la bañera con la cara cubierta de espuma como si fuera Papá Noel. Unas anticuadas cuchillas de afeitar.

Me miré los dedos. Una corriente ininterrumpida de sangre goteaba sobre el suelo. Levanté la mano y la examiné. Tenía un profundo corte en el dedo índice, que me latía mientras la sangre seguía brotando. Fue entonces cuando empezó a dolerme y experimenté una sensación de aturdimiento y de frío y calor a la vez. No grité ni lloré. No estaba mareada. Pero me fallaron las piernas y me deslicé hacia la sangre del suelo, y allí me quedé, medio tumbada. No sé cuánto rato permanecí de esa manera; probablemente sólo unos minutos antes de que Lena bajara y corriera a pedir ayuda y apareciera Lynne con la boca en forma de una perfecta O.

Viste pantalones color crema y una camisa granate. Tiene la mano vendada y de vez en cuando se la sujeta con cuidado con la mano sana como si fuera un pájaro herido. Lleva el cabello recogido detrás de las orejas, lo cual hace que su rostro parezca

todavía más enjuto y sus pómulos más angulosos. Ya parece mucho mayor. Le estoy poniendo años encima.

Hoy no se ha puesto pendientes. Ni perfume. Un carmín rojizo acentúa la palidez de su rostro. Se ha aplicado los polvos con demasiada prisa y le han quedado unas manchas en la frente y en las mejillas. Camina como si estuviera soñando, sin apenas rozar el suelo con los pies. Tiene los hombros encorvados. De vez en cuando frunce el entrecejo como si tratara de recordar algo. Se acerca la mano a la altura del corazón. Quiere percibir el latido de su vida en la palma de la mano. La otra también lo hacía.

Estaba muy entera, pero ahora ya se está desmoronando. Poco a poco, la cáscara se resquebraja. La veo. Veo aspectos de su persona que jamás ha querido mostrar a nadie. El miedo vuelve a las personas del revés.

A veces siento ganas de reír. Todo me ha salido muy bien. Esto podría llenar mi vida. Era lo que estaba esperando.

—¿Le duele?

El inspector jefe se inclinó hacia mí. Demasiado. Pero al mismo tiempo se le veía distante.

—Ya me han dado unas pastillas para el dolor.

—Muy bien. Tenemos que hacerle unas preguntas.

—¡Oh, no!

La policía puede ser muy útil para ciertas cosas. Pueden colarte en la sala de urgencias de un hospital, pueden acompañarte al hospital y devolverte a casa en su automóvil y pueden prepararte el té. Es lo demás lo que fastidia.

—Sé que es un momento muy difícil, pero necesitamos su ayuda.

—¿Por qué? Ya me han hecho suficientes preguntas. A mí todo esto me parece muy sencillo. Hay un hombre ahí fuera que viene constantemente a mi casa. ¿Por qué no lo detienen cuando introduce los sobres por debajo de la puerta?

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

Links respiró hondo.

—Cuando alguien está firmemente empeñado en hacer algo, entonces...

Se detuvo bruscamente.

—¿Entonces qué?

—Queremos que nos diga si le suenan ciertos nombres.

—Adelante, pues. ¿Le apetece una taza de té? Está hecho.

—No, gracias.

—¿Le importa que me tome una?

Me llené una taza y después, no sé cómo, deposité la tetera en una bandeja, que poco a poco se inclinó, cayó al suelo y se rompió. El té caliente salpicó por todas partes.

—Perdón, debe de ser mi mano. Qué torpe soy.

—Permítame que la ayude.

Links recogió los trozos de porcelana y Lynne fregó el suelo, haciendo por una vez algo de provecho. Después volvimos a sentarnos a la mesa de la cocina. Lynne le pasó a Links una carpeta y éste la abrió. Había un montón de fichas de gente, la mayoría con fotografía adjunta. Había profesores, un jardinero, un agente inmobiliario, un arquitecto, de todo; con traje, con camiseta, impecablemente afeitados o con barba de dos días. El dolor, o las pastillas, hacían que me sintiera lenta y como en las nubes. Me resultaba gracioso contemplar toda aquella lista de personas a las que jamás había visto.

—¿Qué son? ¿Delincuentes?

Links parecía un poco incómodo.

—No puedo contarle todo —contestó—, por motivos legales. Pero lo que sí puedo decirle es que estamos tratando de establecer cualquier posible relación entre usted y... mmm..., —buscó la palabra más apropiada— y ciertas zonas donde se han registrado problemas similares. Cualquier cosa que pueda decirnos podría sernos muy útil, por nimia que sea. Este agente inmobiliario, Guy Brand, por poner un ejemplo. No estoy insinuando nada, pero los agentes inmobiliarios tienen acceso a muchas viviendas. Y usted se ha mudado recientemente de casa, después de haber buscado en muchas zonas de Londres.

—Sí, he conocido a centenares de vendedores de fincas. Pero tengo una memoria fatal para las caras. ¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Ya lo hemos hecho —dijo Links—. No han encontrado el apellido de usted en sus registros. Pero no parece que sean muy organizados.

Volví a estudiar la fotografía.

—Puede que me suene. Aunque todos los agentes inmobiliarios tienen un no sé qué en común, ¿no cree?

—¿O sea, que cabe la posibilidad de que lo conozca?

—Eso no lo sé —dije—. Quiero decir simplemente que, si ustedes demostraran que lo he conocido, no lo consideraría imposible.

Links no pareció muy satisfecho con la respuesta.

—Puedo dejarle estas fotografías, si quiere.

—¿Y qué motivo podría tener para hacer todo esto? —pregunté—. ¿Tomarse semejantes molestias para hacer algo tan desagradable?

Links me miró a los ojos y, por primera vez, pareció no poder disimular su angustia.

—No lo sé.

—Bueno, supongo que deberé esforzarme por recordar —dije con aspereza. En aquellos momentos había por lo menos ocho policías recorriendo la casa cual hormigas, cogiendo objetos y colocándolos en cajitas y en bolsas de plástico, murmurando entre sí por los rincones y mirándome como si fuera un animal herido. No podía ir a ningún sitio sin toparme con ellos. A su manera eran amables, pero no había prácticamente ningún sitio adonde yo pudiera ir para estar a solas. Levanté la voz—. Lo que yo quisiera saber es qué hacen ustedes mientras yo me devano los sesos y me esfuerzo al máximo por ayudarles.

—Puedo asegurarle que nosotros también estamos trabajando muy duro —contestó.

La verdad era que se le veía un poco cansado.

Mientras me dirigía al piso de arriba, me crucé con un agente que bajaba con un montón de papeles. Entré en el cuarto de baño, cerré la puerta y me quedé apoyada en

ella un momento. Luego, me eché agua fría a la cara. La sangre empezaba a filtrarse a través de la venda enrollada en mi mano. Me senté delante del tocador y me apliqué un poco más de maquillaje con mi inepta mano izquierda. Entre una cosa y otra mi aspecto era un tanto macilento. Mi cabello hubiera agradecido un lavado; cuando hace tanto calor, una necesita lavárselo todos los días. Extendí crema sobre las tizaduras de debajo de los ojos y me puse un poco de brillo de labios. Tenía que reconocer que todo aquello me estaba deprimiendo. Deseaba que llamara Clive para poder hablar con alguien que no fuera un policía. Ya le había contado lo de la mano y él se había impresionado mucho. Había insistido en hablar con Stadler por teléfono y le había dicho un par de cosas, pero no había regresado corriendo a casa con un ramo de flores como me hubiera gustado.

Después, el inspector Stadler quiso saber los detalles de mi vida cotidiana. Tuvimos que retirarnos al salón porque Mary iba a fregar el suelo de la cocina.

—¿Qué tal su mano, señora Hintlesham? —me preguntó con aquella voz suya tan suave, profunda e insistente.

Hacía un día tremendamente caluroso. Se había quitado la chaqueta y llevaba la camisa remangada hasta justo debajo de los codos. Unas gotas de sudor le corrían por la frente. Cuando me preguntaba algo siempre me miraba directamente a los ojos, lo que me hacía pensar que pretendía pillarme desprevenida.

—Muy bien —contesté, lo cual no era del todo cierto.

Me escocía. Los cortes de cuchilla de afeitar siempre son tremendos, eso era lo que el médico me había dicho mientras me vendaba.

—Es evidente que esta persona sabe que ha sido usted modelo de manos —dijo.

—Tal vez.

Cogió dos libros y entonces me percaté de que eran mi agenda y mi dietario.

—¿Podemos repasar algunas de estas cosas?

Lancé un suspiro.

—Si no hay más remedio... Como ya le he dicho a su ayudante, estoy muy ocupada.

Me miró tan fijamente que me hizo enrojecer.

—Todo esto es por su bien, ¿sabe, señora Hintlesham?

Así pues, vi pasar mi vida ante mis ojos. Empezamos con mi dietario. Lo hojeé página por página y me disparó preguntas acerca de nombres, lugares y citas.

Ésta era mi peluquera, dije, y eso fue una revisión dental de Harry. Eso fue un almuerzo con Laura, Laura Offen. Le deletreé nombres, le describí tiendas, le expliqué mis relaciones con toda una serie de factótums, profesores de francés, entrenadores de tenis, almuerzos, reuniones matinales para tomar café, distintos recordatorios. Retrocedimos en el pasado a través de acontecimientos que yo ni siquiera recordaba cuando él me los iba mencionando: las negociaciones relativas a la casa, los agentes inmobiliarios, los inspectores, los arboricultores y los diseñadores de jardines. El año escolar. Mi vida social. Todos los detalles de mis actividades

diarias. Una y otra vez me preguntaba dónde estaba Clive cuando había ocurrido tal cosa o tal otra.

Al final llegamos al día de Año Nuevo. Stadler cerró el dietario y cogió la agenda. Repasamos todos los condenados nombres. Acompañé a Stadler a través del viejo, polvoriento y olvidado desván de mi vida social. Personas que se habían mudado de sitio o habían muerto. Parejas que se habían separado. Y amigos con quienes había perdido el contacto... o que habían perdido el contacto conmigo. Me di cuenta de lo intensa que había sido mi vida social en los últimos años. ¿Cómo era posible que alguno de aquellos nombres correspondiera a aquella persona?

Por si fuera poco, Stadler sacó las cuentas de gastos domésticos que le había dado Clive. Traté de explicarle que yo no tenía nada que ver con aquello y que no tenía cabeza para los números. Pero no me escuchaba: 2 300 libras de las cortinas del salón, que aún no habíamos colocado; 900 libras del arboricultor; 3 000 libras de la araña de cristal; 66 libras de la aldaba para la puerta principal de la que me había enamorado en el mercado de Portobello. Los números estaban adquiriendo un carácter borroso. No tenían ni pies ni cabeza. No recordaba que las baldosas del suelo nos hubieran costado tanto. Es terrible lo caro que es todo.

Cuando terminamos, me miró y pensé: «Este hombre sabe más de mí que ninguna otra persona del mundo, aparte de Clive».

—¿Y todo esto guarda relación con lo que está ocurriendo? —pregunté.

—Ahí está el problema, señora Hintlesham. No lo sabemos. De momento, necesitamos información. La mayor cantidad de información posible.

Después me dijo que tuviera cuidado, como ya había hecho Links.

—No queremos que ocurra nada más, ¿comprende?

Lo dijo en tono razonablemente jovial.

Fuera, las hojas de los árboles ya habían adquirido un oscuro y sucio color verde y colgaban desmayadamente de las ramas sin que apenas las moviera la perezosa y cálida brisa. El jardín parecía un desierto: la tierra estaba endurecida y surcada de grietas como un antiguo objeto de porcelana; parte de lo que Francis había plantado estaba empezando a marchitarse. El nuevo y pequeño magnolio no conseguiría sobrevivir. Todo se hallaba cuarteado.

Volví a llamar a Clive. Su secretaria me dijo que había salido, pero no parecía lamentarlo en absoluto.

La doctora Schilling era distinta. No entró en la estancia con un montón de nombres que repasar ni me hizo ninguna pregunta. Observó mi mano, retiró el vendaje y sostuvo mis dedos entre los suyos, finos y fríos. Dijo que lo lamentaba mucho, como si se disculpara personalmente por ello. Para mi horror, me acometió un súbito impulso de llorar, pero no tenía la menor intención de hacerlo en su presencia. Nada hubiera podido ser más de su agrado.

—Quiero hacerle unas cuantas preguntas, Jenny.

—¿Sobre qué?

—¿Podemos hablar de usted y de Clive?

—Creía que eso ya lo habíamos hecho.

—Quedan algunos detalles. ¿Le parece bien?

—Supongo que sí, pero, la verdad..., —me removí inquieta en mi asiento—, no me parece demasiado correcto. Quiero tener la certeza de que sus preguntas sólo pretenden atrapar a la persona que está haciendo todo esto. Usted probablemente piensa que estoy loca de remate y que llevo una vida espantosa, pero yo me siento feliz con ella. ¿Está claro? No necesito su ayuda. O, en caso de que la necesite, no la quiero.

La doctora Schilling esbozó una turbada sonrisa.

—No pienso nada de eso —respondió.

—Muy bien —dije yo—. Simplemente quería aclarar las cosas.

—Está bien —repuso la doctora Schilling.

Consultó el cuaderno de apuntes que sostenía abierto sobre su regazo.

—Quería preguntarme algo sobre mí y Clive.

—¿Le importa que pase tanto tiempo fuera?

—No.

Ella esperó, pero yo no dije nada más. Ya conocía sus trucos.

—¿Cree que le es fiel?

—Eso ya me lo preguntó.

—Pero usted no me contestó.

Lancé un malhumorado suspiro.

—Puesto que ahora el inspector no sé qué Stadler ya sabe hasta cuándo voy a tener la próxima regla, supongo que también puedo hablar de mi vida sexual. Si de veras quiere saberlo, poco después del nacimiento de Harry, él tuvo... una aventura.

—¿Una aventura? —Arqueó las cejas.

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No estoy muy segura. Un año tal vez. Dieciocho meses.

—O sea, que no fue una simple aventura, ¿verdad? Fue algo más serio.

—Él no pensaba abandonarme. Ella era simplemente un extra. Los hombres son así, ¿no? Yo estaba cansada y había engordado. —Me toqué la piel de los párpados—. Me estaba haciendo mayor.

—Jenny —me dijo ella en un suave susurro—, usted sólo tenía, vamos a ver..., veintitantos años cuando Harry nació.

—Eso da igual.

—¿Cómo se sintió?

—Disculpe. No quiero hablar de eso.

—De acuerdo. ¿Ha habido otras?

Me encogí de hombros.

—Tal vez.

—¿No lo sabe?

—No lo quiero saber y basta. Si tiene alguna estúpida aventura, prefiero que se la guarde para él solito.

—¿Cree que tiene aventuras?

—Le he dicho que puede que sí o puede que no.

Me vino espontáneamente a la mente la imagen de Clive mirando a Gloria. La aparté a un lado.

—¿Y usted no?

—Como ya le dije la última vez que me lo preguntó, no.

—¿Jamás?

—No.

—¿Ni siquiera un poco?

—Ya basta, por el amor de Dios.

—¿Tienen usted y su marido una vida sexual satisfactoria?

Meneé la cabeza.

—Perdone —dije—. No puedo.

—De acuerdo. —Una vez más, se mostró inesperadamente amable—. ¿Cree que su marido la ama?

La miré parpadeando.

—¿Que si me ama?

—Sí.

—Es una palabra muy importante. —Ella no dijo nada. Respiré hondo—. No.

—¿Usted le gusta?

Me levanté.

—Ya basta —dije—. Usted olvidará esta conversación y la resumirá en unas concisas notas, pero yo tendré que vivir con ella y no quiero. Clive no me envía cuchillas de afeitar, ¿verdad?, pues entonces, ¿por qué quiere usted saber todo esto? —Me detuve junto a la puerta—. ¿Ha pensado en algún momento que lo que está haciendo conmigo es muy cruel? Ahora estoy muy ocupada, así que si me disculpa...

La doctora Schilling se retiró y yo me quedé sola en el salón. Tenía la sensación de que me habían vuelto del revés y todo mi contenido se había vaciado en el suelo.

Oía el susurro del viento entre los árboles del exterior. Quería abrir las ventanas, dejar que la brisa nocturna penetrara en las habitaciones, pero no podía. No debía. Todo tenía que estar cerrado, sellado. Yo tenía que estar protegida. La casa olía a rancio, a ropa de segunda mano. Aire pesado, caliente, muerto. Estaba encerrada en casa y el mundo quedaba excluido. Yo sentía que todo regresaba al caos y a la fealdad: el papel desprendido de las paredes, las obras bruscamente interrumpidas, las tablas del suelo arrancadas que dejaban ver oscuros y mugrientos agujeros debajo. El polvo y la porquería acumulados a lo largo de los años, que se abrían de nuevo paso hacia la superficie. Todos los trabajos inacabados, todos mis sueños de espacios perfectos: blanco glacial, amarillo limón, gris pizarra, verde guisante, las granuladas paredes del vestíbulo, el fuego de la chimenea, que arrojaría sombras sobre la suave alfombra de color crema, el piano de cola, con un ramo de gladiolos encima, las mesas redondas, donde beberíamos en vasos de cristal tallado... y unas preciosas vistas de verdes céspedes y delicados arbustos a través de las ventanas.

Estaba sudando. Di la vuelta a la almohada buscando una zona un poco más fresca. Fuera los árboles susurraban. No estaba totalmente oscuro; las farolas de la calle arrojaban un sucio resplandor anaranjado al interior de la estancia. Podía distinguir las formas de los objetos que me rodeaban, el tocador, el sillón, el alto bloque del armario, los cuadrados más claros de las dos ventanas. Y podía ver también que Clive aún no había regresado. ¿Qué hora era? Me incorporé en la cama y eché un vistazo a las cifras luminosas del despertador. Vi que el siete se convertía en un ocho y después se transformaba en un nueve.

Las dos y media, y aún no había vuelto. Lena estaba con su novio y no regresaría hasta la noche siguiente. Así pues, Chris y yo estábamos solos en casa con todas aquellas habitaciones en fase de desintegración y el coche de policía en la calle. No podría seguir durmiendo. Me latía el dedo, me dolía la garganta, me escocían los ojos.

Me levanté y me vi vagamente reflejada en el espejo como un fantasma envuelto en un camisón blanco de algodón. Fui a la habitación de Chris. Estaba durmiendo con un pie bajo la rodilla de la otra pierna y con el brazo levantado como un bailarín de danza clásica. El edredón se le había caído al suelo. Tenía unos mechones de pelo pegados a la frente y estaba con la boca entreabierta. Quizá no fuera mala idea llevarlo a casa de mis padres, pensé. Quizá yo también debería irme para alejarme de todo este horror. Podía irme sin más, subir al automóvil y largarme. ¿Por qué no? ¿Qué me lo impedía... y por qué no se me había ocurrido antes?

Me acerqué a la escalera y miré hacia abajo. Había luz en el vestíbulo, pero todas las habitaciones estaban a oscuras. Tragué saliva. De repente, tuve que hacer un

esfuerzo para respirar. Qué estupidez. Todo aquello era estúpido, estúpido y mil veces estúpido. Estaba segura, absolutamente segura. Había dos hombres fuera, todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Las ventanas de la planta baja se hallaban protegidas con unas horribles rejas de hierro. Y teníamos alarma antirrobo. Una luz que se encendía en el jardín cuando entraba alguien.

Entré en la habitación destinada a convertirse en dormitorio de invitados y encendí la luz. Sólo media pared estaba empapelada, el resto simplemente enlucido. Los rollos de papel se amontonaban en un rincón, esperando al lado de la escalera de mano y de la mesa de tijera. La cama de metal estaba desmontada en el suelo. Olía a moho. Dentro de mi pecho se estaba formando una cálida burbuja de rabia. Si abría la boca brotaría en forma de grito. Un grito interminable que desgarraría el silencio nocturno, despertando a todos los habitantes de la ciudad, advirtiéndoles de que tuvieran cuidado. Apreté los labios. Tenía que poner orden en mi vida. Nadie lo haría por mí, eso estaba claro. Clive no se encontraba en casa. Leo, Francis, Jeremy y todos los demás se habían ido, como si jamás hubieran estado aquí. Mary caminaba de puntillas a mi alrededor como si yo tuviera algo contagioso, y en aquellos momentos podía considerarme afortunada si vaciaba las papeleras. Mañana le diría que ya no la necesitaba. Los policías eran todos unos estúpidos e incompetentes. Si trabajaran para mí, a estas horas ya los habría despedido a todos. Pero tenía que fiarme de ellos. Estaba sola. Percibí un tic bajo el ojo derecho, y cuando puse la yema del dedo en la zona, sentí que ésta brincaba como un insecto bajo la piel. Cogí el bote de engrudo para papel de pared y leí las instrucciones. Todo parecía en extremo sencillo; no sé por qué la gente hacía tantos aspavientos para empapelar. Empezaría por aquella habitación y después repasaría mi vida y lo ordenaría todo, dejándolo tal como estaba antes.

Clive llegó a casa aproximadamente media hora después. Cuando oí la llave en la puerta, me quedé paralizada un instante hasta que oí que se quitaba los zapatos, entraba en la cocina y abría el grifo. No interrumpí lo que estaba haciendo. No tenía tiempo. Quería terminarlo antes de que amaneciera.

—Jenny —me llamó al entrar en nuestro dormitorio—. Jens, ¿dónde estás?

No contesté. Apliqué engrudo a la pared.

—Jens —gritó, esta vez desde nuestro cuarto de baño, el que algún día tendría azulejos italianos.

El dobladillo de mi camión estaba chorreando engrudo, pero me importaba un bledo. La venda de mi mano también estaba mojada y el dedo me pulsaba más que nunca. Lo más difícil era colocar el papel recto y sin que se formaran burbujas. A veces ponía demasiado engrudo y éste traspasaba el papel. Pero ya se secaría.

—¿Qué coño estás haciendo?

Estaba en la puerta con una camiseta blanca, sus bóxer rojos y los calcetines que

el maldito Papá Noel le había regalado el año pasado.

—¿Qué tal queda?

—Jens, es muy tarde.

—¿Y qué?

No dijo nada, se limitó a mirar a su alrededor como si no supiera bien dónde estaba.

—¿Qué más da que sea tarde? ¿Qué más da la hora que sea? Si nadie va a hacerlo, lo haré yo misma. Y puedes estar seguro de que nadie va a hacerlo. Una cosa he aprendido: si quieres que algo se haga, lo tienes que hacer tú misma. Mira por dónde pisas, por el amor de Dios. Lo vas a estropear todo, y luego tendré que arreglarlo. Y no tengo tiempo para eso. Has tenido un buen día, ¿verdad? Un buen día en el despacho hasta las tres de la madrugada, ¿no es así, cariño?

—Jens...

Subí a la escalera de mano, sosteniendo el pegajoso papel que se enrollaba sobre sí mismo.

—La culpa es mía —dije—. He permitido que todo se vaya al carajo, eso es lo que ha pasado. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero ahora lo veo. Por unas estúpidas cartas de nada, hemos dejado que la casa se venga abajo y que todo se llene de mierda. He sido una estúpida.

—Jens, déjalo ya. Además, lo estás poniendo torcido. Y llevas engrudo en el cabello. Baja de la escalera.

—La voz del amo —dije con voz sibilante.

—Te estás comportando como una desequilibrada.

—¡Vaya, hombre! ¿Y cómo tendría que comportarme si se puede saber? Quítame la mano del tobillo.

Se apartó.

—Jenny, voy a llamar al doctor Thomas.

Lo miré desde arriba.

—Todo el mundo utiliza ese tono de voz conmigo, como si me ocurriera algo. Lo único que tienen que hacer es atrapar a ese tipo; entonces recuperaremos la normalidad. Y tú —le apunté con el cepillo del engrudo y le cayó una gota sobre su ceñudo rostro, que tenía levantado hacia arriba—, tú eres mi marido, por si lo habías olvidado, cariño. Para bien y para mal, y ahora es para mal.

Intenté alisar el papel, inclinándome hacia abajo en un doloroso ángulo mientras el camisón se me pegaba a las espinillas y el polvo y la suciedad me escocían en los pies. Pero se arrugó todavía más.

—Es inútil —dije, mirando a mi alrededor—. Todo es totalmente inútil.

—Vamos a la cama.

—No estoy cansada, gracias. —Y de hecho, no lo estaba. Rebosaba rabia y energía—. Pero, si quieres hacer algo, puedes llamar a la doctora Schilling y decirle que nuestra relación es de lo más aburrida, gracias. Y además, estás ridículo con esos

calcetines —añadí en tono despectivo.

—Muy bien. Como gustes. —El tono de su voz era una mezcla de indiferencia y desprecio—. Yo me voy a la cama. Tú haz lo que quieras. Por cierto, esta tira está colocada del revés.

A las seis, Clive se fue al trabajo. Se despidió al salir, pero no me molesté en contestarle. Aquel día Chris se levantó solo. Le dije a gritos que se preparara el desayuno. Se pasó unos cuantos minutos mirándome como si estuviera a punto de echarse a llorar. El simple hecho de verlo allí, con su pijama azul de ositos, con la carita tan triste y el pulgar en la boca, me llenó de rabia e impaciencia. Cuando intentó abrazarme me lo quité de encima diciéndole que estaba toda pegajosa. Después, cuando llegó Lena, corrió hacia ella como si yo fuera su perversa madrastra.

Una nueva compañera y falsa mejor amiga, una mujercita con cara de zorro que se presentó como la agente Page, empezó a recorrer la casa, comprobando el estado de las ventanas. Entró en la habitación de invitados y me dio cautelosamente los buenos días aparentando no dar la menor importancia al hecho de que yo estuviera llevando a cabo tareas de decoración vestida con ropa de dormir. Yo tampoco le hice caso. Idiota. Ninguno de ellos me servía para nada, no me fiaba ni un pelo.

Cuando terminé con las paredes, me di un baño. Me lavé tres veces el cabello, me depilé las piernas con cera, me rasuré las axilas, me depilé el espacio entre las cejas. Me puse laca de uñas y más maquillaje que de costumbre, grandes cantidades de base de maquillaje para mi piel hinchada, un poco de colorete y delineador de ojos. Mi rostro era como una máscara. Pero no conseguía evitar que me temblara la mano. El carmín se me escurría fuera de los labios, confiriéndome el aspecto de una vieja borracha. Al final logré aplicármelo bien; un discreto color ciruela que apenas se notaba. En el espejo volvía a ser yo. Jennifer Hintlesham: impecable.

Elegí una fina falda negra, con sandalias también negras y una camisa blanca. Quería ofrecer un aspecto profesional, chic, serenamente elegante. Pero la falda me estaba ancha. Debo de haber adelgazado, todo tiene sus ventajas.

Le pedí a Lena que llevara a Chris al Acuario de Londres y que almorzaran algo por ahí. Chris dijo que quería quedarse conmigo, pero yo le envié un beso y le dije que no fuera tonto, que se lo pasaría muy bien. Le entregué a Mary el salario de la semana y le anuncié que no se molestara en volver. Pasé un dedo por la parte superior del microondas y le mostré el polvo que había. Ella puso los brazos en jarras y dijo que, de todos modos, no pensaba volver, que aquel trabajo le ponía los pelos de punta.

Elaboré una lista. Dos listas. La primera se refería a las cosas que debían hacerse en la casa, y no me llevó mucho tiempo. La segunda era para Links y Stadler, algo

más complicada. Mientras tanto me tomé cuatro tazas de café cargado. Me habían dicho que cualquier cosa que recordara podía ser importante, ¿verdad?

La doctora Schilling y Stadler llegaron juntos, con semblante serio y misterioso. Les pedí que pasaran al estudio de Clive.

—De acuerdo —les dije—. No pongan esta cara de preocupación. He decidido contárselo todo. ¿Les apetece un café? ¿No? ¿Les importa que yo me tome otra taza? ¡Huy!

Derramé una buena cantidad de café sobre la mesa y limpié el charco con un documento que había al lado del ordenador y que decía «Sin Prejuicios» en la parte superior.

—Jenny...

—Espere. He elaborado una lista de todas las cosas que, en mi opinión, ustedes tienen que saber. Intenté llamar a esa tal Haratounian.

La doctora Schilling miró a Stadler. Lo hizo fijamente, como si le estuviera ordenando que me dijera algo. Stadler frunció el entrecejo.

—He conocido a muchos hombres raros, si les interesa saberlo —dije—. De hecho, y por lo que a mí respecta, todos ustedes son raros. A ninguno se le nota porque todos ustedes son raros. —Solté una carcajada y bebí otro sorbo de café—. Mi primer novio, en realidad el único novio sin contar a Clive, se llamaba Jon Jones. Era fotógrafo y lo sigue siendo. Puede que hayan oído hablar de él; fotografía a modelos medio desnudas. Lo conocí cuando trabajaba de modelo, sólo de manos, claro, lo cual no me obligaba a desnudarme de cintura para arriba, al menos en público. En privado me hizo montones de fotografías. Cuando rompimos, aunque entonces no tuve la sensación de que hubiéramos roto sino que él iba perdiendo poco a poco el interés hasta que un día ya no supe muy bien si seguíamos saliendo; bueno, pues cuando eso ocurrió, que fue más o menos cuando conocí a Clive, le pedí que me devolviera las fotografías. Él se echó a reír y me dijo que los derechos eran suyos; o sea que las debe de tener todavía por ahí.

—Jenny —me interrumpió la doctora Schilling—, ¿le apetece comer algo?

—No tengo apetito —dije, tomando un buen sorbo de café—. De todos modos, antes de que ocurriera todo eso, estaba empezando a acumular grasa en las caderas. La verdad es que no creo que sea una mujer muy sexy. —Me incliné hacia delante y murmuré—: La tierra ya no gira para mí.

La doctora Schilling me quitó la taza de la mano. Observé que había dejado un cerco en el escritorio de Clive. Daba igual. Más tarde le pondría un poco de aquel maravilloso abrillantador de muebles, y el cerco desaparecería como por arte de magia. También limpiaría todas las ventanas para que diera la impresión de que no existía ninguna barrera en absoluto entre mi persona y el mundo exterior.

—Bueno, no era esto lo que quería decir, lo que ocurre es que ella insiste en hacerme preguntas sobre mi vida sexual. He elaborado una lista de todos los hombres que, en mi opinión, se comportan conmigo de una manera rara. —Los abarqué a los

dos con un amplio gesto de la mano—. Es bastante larga, lo siento. Pero he señalado con asteriscos los más raros para facilitarles a ustedes la tarea.

Eché un vistazo a la lista. Mi escritura era un tanto desigual aquella mañana, o a lo mejor es que estaba demasiado cansada para ver recto, aunque la verdad era que no me sentía cansada.

Stadler me arrebató la lista de la mano.

—¿Me invita a un cigarrillo? —le pregunté—. Sé que usted fuma, aunque no lo haga delante de mí, porque le he visto a través de la ventana, inspector Stadler. Yo lo vigilo a usted y usted me vigila a mí.

Sacó una cajetilla del bolsillo, extrajo dos cigarrillos, los encendió y me ofreció uno. Se me antojó un gesto extrañamente íntimo, por lo que me eché hacia atrás y solté una risita tonta.

—Los amigos de Clive son muy raros —dije, tosiendo de una manera exagerada. Me pareció que el suelo se movía cuando di una calada al cigarrillo; las lágrimas asomaron a mis ojos—. Parecen respetables, pero apuesto a que todos tienen sus líos, o los quieren tener. Los hombres son como los animales del zoo. Hay que encerrarlos en jaulas para que no se vayan por ahí. Las mujeres son las vigilantes del zoo. Y eso es el matrimonio, ¿no les parece? Nosotras intentamos domarlos. Pensándolo bien, puede que sea como un circo y no como un zoo. En fin, no sé. He tratado de recordar a todos los que han estado en esta casa, incluso los que no figuran ni en mi agenda ni en mi dietario. No sé por dónde empezar. Están, como es lógico, todos los hombres que trabajan en el jardín y en la casa. Todo el mundo sabe cómo se comporta esta clase de hombres. Aunque, si he de serles sincera, en todas partes ocurre lo mismo. Lo que se dice en todas partes. Cuando veo los padres de los alumnos de la escuela de Harry, o cuando voy al aula de informática de Josh. Si supieran ustedes la de tipos raros que hay por ahí. Y... —Quería decir algo más.

La doctora Schilling me apoyó una mano en el hombro.

—Jenny, venga conmigo, le prepararé el desayuno —dijo.

—¿Aún estamos en la hora del desayuno? Qué barbaridad. Bueno, por lo menos tendré tiempo de sobra para arreglar las habitaciones de los chicos. Pero no he terminado de repasar toda la lista como es debido.

—Vamos.

—He despedido a Mary, ¿saben?

—¿De veras?

—O sea, que ahora sólo estoy yo. Bueno, yo, Chris y Clive. Pero ellos no cuentan.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ellos no me ayudarán, ¿verdad? En general los hombres no suelen hacerlo. Ésa es por lo menos la experiencia que yo tengo.

—¿Una tostada?

—Cualquier cosa. Me da igual. Dios mío, la cocina está hecha un desastre,

¿verdad? Todo está hecho un desastre. Y ahora, ¿cómo demonios me las arreglaré para hacerlo todo yo sola sin nadie que me eche una mano?

Después todo se volvió un poco borroso. Dije que quería salir a comprar y hasta creo que empecé a buscar la chaqueta. Pero no la encontré y la gente que me rodeaba me repetía que no lo hiciera. Sus voces me llegaban procedentes de todas direcciones y me arañaban por dentro como si en el interior de mi cráneo hubiera avispas que reptaran por mi cerebro para picarme. Empecé a gritarles a todos que se largaran y me dejaran en paz. Cesaron las voces, pero entonces sentí que me agarraban el brazo. Me encontraba en mi dormitorio y la doctora Schilling estaba tan cerca de mí que podía percibir su aliento en mi rostro. Decían algo que no lograba entender. Sentí un dolor en el brazo y después todo se desvaneció muy despacio en la oscuridad y el silencio, como si estuviera en el fondo de un oscuro y profundo abismo. De vez en cuando emergía a la superficie y veía rostros de personas que decían cosas que no podía entender. Me dolía el brazo, pero después volvía a hundirme en la consoladora oscuridad. Al despertar todo era completamente distinto; gris, frío y más bien horrendo. Una agente de policía permanecía sentada a mi lado. Me miró, se levantó y abandonó la estancia. Yo deseaba regresar al sueño para permanecer inconsciente, pero no pude. Recordé lo que había hecho y después procuré no pensar en ello. No sé qué me ocurrió, pero mejor no saberlo.

Al cabo de un rato me visitaron la doctora Schilling y Stadler. Parecían un poco nerviosos, como si acabaran de entrar en el despacho de la directora de la escuela. Me hizo gracia, hasta que imaginé que probablemente estarían pensando que yo seguiría comportándome como una estúpida. Debía de encontrarme mejor, porque me molestó que aquellas personas estuvieran en mi dormitorio. Bajé los ojos y vi que llevaba puesto mi camión de color verde. ¿Quién me había quitado la ropa y me había puesto el camión? ¿Quién había estado presente cuando lo habían hecho? Otra cosa en la que era mejor no pensar.

Stadler se quedó en la puerta y la doctora Schilling se acercó con una de mis tazas de barro francesas, que en realidad son para los niños. La gente no entendía estas cosas. La cocina Hintlesham era muy complicada y nadie más que yo sabía cómo manejarla. Cualquiera sabía lo que estarían haciendo allí abajo.

—Le traigo un poco de café —dijo ella—. Solo. Como a usted le gusta. —Me incorporé para coger la taza caliente en el hueco de mis manos. El vendaje me dificultaba un poco los movimientos, pero me protegía del calor—. ¿Quiere ponerse la bata?

—Sí, por favor. La de seda.

Dejé la taza de café sobre la mesilla de noche y me puse la bata con muchos contoneos. Me acordé de cuando a los trece años me ponía el traje de baño en la playa fuertemente envuelta en una toalla. Era tan tonta ahora como entonces, pues

nadie tenía el menor interés en mirarme. La doctora Schilling acercó una silla y Stadler avanzó hasta el pie de la cama. Estaba firmemente decidida a no hablar. No tenía que disculparme por nada, sólo quería que se fueran. Pero jamás he soportado los silencios y, por lo tanto, al final hablé.

—Parece la hora de visita en el hospital —comenté con una considerable dosis de sarcasmo.

Ninguno de los dos dijo nada. Me miraban con una horrible expresión de lástima. Si hay algo que no puedo soportar es que me compadezcan.

—¿Dónde está Clive?

—Ha dormido aquí, pero ya se ha ido al trabajo. Hoy es martes. Dentro de un minuto lo llamaré para decirle cómo está usted.

—Debe de estar hasta la coronilla de mí —le dije a la doctora Schilling.

—Qué curioso —repuso ella— porque yo estaba pensando lo mismo, pero al revés. Creo que debe de estar hasta la coronilla de mí. Hemos estado hablando de usted —añadió.

—Eso no me sorprende —dije yo.

—Una de las cosas sobre las que hemos estado discutiendo... o, mejor dicho, hablando... —La doctora miró a Stadler mientras lo decía, pero éste jugueteaba con el nudo de la corbata y no parecía prestarle la menor atención—. Creo, creemos, que no hemos sido suficientemente sinceros con usted y quiero hacer algo para corregirlo. Jenny... —hizo una pausa—. Jenny, en primer lugar quiero disculparme si usted cree que he sido demasiado indiscreta. Usted sabe que en mi actividad cotidiana soy una psiquiatra que atiende a sus pacientes. Pero aquí mi actividad consiste en hacer todo lo que pueda para ayudar a la policía a atrapar a esa persona tan peligrosa. —Me hablaba con dulzura, como una doctora que se dirige a una niña que está en la cama con fiebre—. Se ha convertido usted en objeto de la obsesión de alguien. Una de las maneras de atrapar a ese individuo consiste en averiguar qué ha atraído su atención, lo que a veces me obliga a ser indiscreta. Pero quiero decirle que ya sé que tiene usted un médico estupendo y en modo alguno lo quiero suplantar. Tampoco deseo indicarle cómo gobernar su vida.

La miré con el entrecejo sarcásticamente fruncido, si tal cosa es posible. De repente me vino a la mente la imagen de ellos dos acercándose a mí y tratándome con delicadeza y «comprensión». Esta curiosa Jenny Hintlesham a la que hay que tratar con tanto cuidado.

—Supongo que ya habrán descubierto que estoy completamente loca —dije. Pretendía que fuera un argumento decisivo que los dejara sin respuesta, pero no me salió como yo quería.

La doctora Schilling no sonrió.

—¿Se refiere usted a lo de ayer? —preguntó.

No dije nada. No quería hablar de nada de lo que había ocurrido con ella.

—Está sometida a una fuerte presión. Todos lo estamos. Nosotros nos desvivimos

por hacer algo útil. Pero la presión la sufre usted. Su situación es la más dura. Quiero que sepa que somos conscientes de ello.

Levanté la mano y la examiné. A lo mejor eran figuraciones mías, pero tenía la sensación de que el dolor se intensificaba cuando la miraba.

—Sienten mi dolor, ¿verdad? —dije con cierta amargura—. No quiero que sean comprensivos conmigo —añadí serenamente—. Lo que quiero es que se encarguen de que todo esto termine.

Esperaba que la doctora Schilling se enfadara o se molestara, pero no reaccionó.

—Lo sé —dijo—. El inspector Stadler le hablará ahora de eso.

La mujer desplazó su silla hacia un lado sin apartarse mucho de mí. Stadler se adelantó. Parecía un amable policía local que hubiera acudido a una escuela de primaria para dar a los chiquillos unos cuantos consejos sobre seguridad viaria. Su expresión contrastaba con su rostro de libertino. Acercó una silla.

—¿Todo bien, Jenny? —preguntó.

Me sorprendió un poco que me llamara por mi nombre de pila así por las buenas, pero asentí con la cabeza. Estaba muy cerca. Vi por primera vez que tenía uno de aquellos hoyuelos en la barbilla que te tientan a meter el dedo en ellos.

—Le extraña que no podamos atrapar a ese hombre y lo comprendo. Es nuestro trabajo, ¿no es así? No voy a soltarle el discurso habitual, pero lo cierto es que la mayoría de los delitos son fáciles de resolver, porque la mayoría de la gente no pone demasiado empeño en lo que hace. Golpean a alguien o roban algo, pero alguien los ve, y ya está. Nosotros nos limitamos a atraparlos. Sin embargo, la clase de persona que está haciendo esto es distinta. No es ningún genio, pero es su pasión y pone todo su interés en ello. Podría ser uno de esos tipos que llevan anorak y se dedican a pintarraजार trenes... Sólo que, en vez de hacer pintadas, le ha dado por usted.

—¿Me está diciendo que no pueden atraparlo?

—Es difícil atraparlo como se hace normalmente.

—Ha venido a casa. Delante de sus narices.

—Denos una oportunidad —dijo Stadler, esbozando una azorada sonrisa.

—Es crucial —dijo la doctora Schilling, interrumpiéndolo—. Podría dedicarse a atacar mujeres si quisiera. Pero él lo que quiere es demostrar su poder y su dominio.

—A mí no me interesa la psicología de ese tipo —repliqué en tono irritado.

—Pues a mí sí —dijo la doctora Schilling—. Conocer su psicología es importante para nosotros. Puede sernos muy útil. Es necesario que nosotros la veamos como él la ve. Y me temo que eso a usted no le resulta muy agradable.

—Confiamos en usted —terció Stadler—. Sé que será un motivo más de presión, pero nos gustaría que pensara un poco en su vida y nos dijera si ha observado algo fuera de lo normal.

—No se trata de un vulgar mirón —añadió la doctora Schilling—. Podría ser alguien con quien usted se tropieza en la calle más a menudo de lo que cree. Podría ser un amigo que, de repente, se muestra un poco más atento, o un poco menos.

Quiere demostrar su poder; así que es necesario que esté atenta a lo que sucede a su alrededor, a cualquier novedad, a cualquier cosa que no encaje. Ese hombre quiere demostrar que puede acercarse a usted con facilidad y hacer que le lleguen cosas.

Solté un bufido.

—No es sólo las cosas nuevas que llegan —dije—, sino las viejas que desaparecen.

Stadler levantó bruscamente los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Nada que pueda serles útil. ¿No se ha mudado nunca de casa? Tuvimos que alquilar dos camiones de mudanza, y estoy segura de que debe de haber una furgoneta circulando por ahí con parte de los objetos que no han aparecido. Zapatos, batidoras, mi blusa preferida, un montón de cosas.

—¿Y eso ocurrió durante la mudanza? —preguntó Stadler.

—No diga disparates —contesté—. Ese hombre no hubiera podido robar todo eso a menos que dispusiera de una furgoneta y cuatro ayudantes. Hasta usted se habría dado cuenta.

—De todas formas... —comenzó a decir Stadler con cara de estar pensando. Después se inclinó hacia la doctora Schilling y le susurró algo al oído, como si cualquier cosa que dijeran fuera merecedora de ser mantenida en secreto. A continuación levantó la vista—. Jenny, ¿podría hacernos un favor?

Parecía un puesto de venta de artículos de segunda mano organizado por un ciego demente. Tras efectuar una llamada, me acompañaron a la comisaría de policía. Una vez allí, me condujeron a una habitación donde Stadler me había dicho que habría una serie de objetos expuestos. Durante el trayecto, la doctora Schilling apoyó su mano en la mía en un gesto que me causó cierto escalofrío y me dijo que me limitara a observar los objetos y a decir cualquier cosa que me viniera a la mente. Lo único que acudía a mi mente era que todo aquello me parecía una descomunal estupidez.

Los objetos propiamente dichos estuvieron casi a punto de hacerme reír. Un peine, unas feas bragas de color rosa, un osito de peluche, una piedra, un silbato, una baraja de cartas decididamente pornográficas.

—La verdad es que no entiendo qué esperan ustedes que...

Justo en ese momento sentí como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago y una descarga eléctrica al mismo tiempo. Allí estaba aquel guardapelo tan gracioso. Recordé simultáneamente varias cosas. Un día y una noche en Brighton, en nuestro primer aniversario de boda. En los últimos años hemos estado en sitios increíbles, pero aquél lo recuerdo como el mejor de todos: Dimos un paseo por las estrechas calles comerciales que hay al lado de la playa y nos reímos de las horribles tiendas de *souvenirs*. Pero, cuando vimos aquel objeto en una joyería, Clive entró sin más y lo compró. Y otra estúpida idea me vino a la mente. Aquella noche, en el hotel, Clive

me quitó toda la ropa y sólo me dejó el guardapelo colgando entre mis pechos. Él lo besó y después me besó los pechos. Hay que ver cómo quedan ciertas cosas grabadas en la mente. Me ruboricé y casi tuve que hacer un esfuerzo para no llorar. Lo cogí y sentí su tacto familiar en la palma de mi mano.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Stadler.

—Es mío —dije.

Su rostro dibujó una expresión de lo más imbécil. Resultaba casi cómica.

—¿Cómo? —preguntó casi entre jadeos.

—Clive me lo regaló —dije como en sueños—. Lo había perdido.

—Pero... —dijo Stadler—. ¿Está segura?

—Pues claro —contesté—. En la parte de atrás hay un complicado cierre, y dentro, un mechón de mi cabello. Mire, aquí está.

Stadler lo comprobó.

—Es cierto —dijo.

La doctora Schilling también se había quedado pasmada. Ambos se miraron boquiabiertos de asombro.

—Espere —dijo Stadler—. Espere.

Y abandonó corriendo la habitación.

No lo entendía. No lo entendía en absoluto. No entendía nada. Tenía la sensación de estar contemplando uno de aquellos malditos juegos de ordenador de Josh que envían por correo y que hacen que su malhumorada carita se ilumine de emoción, pero del cual yo ni siquiera conozco el lenguaje, el alfabeto que utilizan. Para mí todo son puntos y guiones, signos y códigos indescifrables. Miré a la doctora Schilling como si ella pudiera explicarme lo que estaba ocurriendo, pero se limitó a esbozar su tranquilizadora sonrisa sin ningún significado, aquella sonrisa que me causaba escalofríos. Después volví a contemplar el guardapelo colocado de nuevo entre aquel curioso escaparate de objetos. Alargué la mano y lo rocé ligeramente con un dedo, como si temiera que me fuera a estallar en la cara.

—Quiero irme a casa —dije, sin desearlo en realidad.

Necesitaba simplemente decir algo para quebrar el silencio de aquella triste habitación.

—Enseguida la llevaremos —prometió la doctora Schilling.

—Quiero comer algo. Tengo hambre.

Asintió con la cabeza, pero con aire distraído. Mantenía el entrecejo levemente fruncido.

—¿Cuándo he comido por última vez? Debe de hacer siglos. —Traté de recordar los últimos días, pero era como contemplar la más negra oscuridad—. ¿Alguien va a explicarme cómo ha venido a parar aquí mi guardapelo?

—Estoy segura de que ya...

Pero en aquel momento la interrumpió Stadler, que entró en la estancia en compañía de Links. Ambos parecían profundamente alterados cuando se sentaron delante de mí.

—¿Está usted totalmente segura de que eso le pertenece, señora Hintlesham?

—Pues claro que estoy segura. Clive tiene incluso una fotografía de él en alguna parte, para el seguro.

—¿Cuándo lo perdió?

Tuve que pensarlo.

—Es difícil decirlo. Recuerdo que me lo puse para ir a un concierto. Fue el nueve de junio, la víspera del cumpleaños de mi madre. Un par de semanas después quise lucirlo en la fiesta anual del trabajo de Clive, pero no lo encontré.

—Y eso, ¿en qué fecha fue?

—Ya tienen ustedes mi dietario, por el amor de Dios. Pero fue en junio, a finales.

Stadler consultó un cuaderno de notas que sostenía sobre las rodillas y asintió con la cabeza, con expresión satisfecha.

—¿Qué importancia tiene? ¿Dónde lo han encontrado ustedes?

Stadler me miró a los ojos y yo hice un esfuerzo por no apartar la mirada. Por un instante pensé que iba a decirme algo, pero pasó el momento y Stadler volvió a bajar la mirada sobre su cuaderno de apuntes con una misteriosa expresión de satisfacción en el rostro.

Se produjo un breve y extraño silencio tras el cual levanté la voz para preguntar:

—¿Nadie va a decirme nada acerca de lo que está ocurriendo? —Pero lo dije sin demasiada convicción. Mi cólera parecía haberse disipado por completo—. No entiendo nada.

—Señora Hintlesham —dijo Links—, ¿podríamos establecer...?

—Ahora no —dijo de repente la doctora Schilling, levantándose—. Acompañaré a Jenny a casa. Ha estado sometida a una fuerte tensión; no está en condiciones de...

—Establecer, ¿qué?

—Vamos, Jenny.

—No me gustan los secretos. No me gusta que la gente sepa cosas sobre mí que yo no sé. ¿Lo han atrapado? ¿Es eso?

La doctora Schilling puso una mano bajo mi codo y yo me levanté. ¿Por qué me había puesto aquellos pantalones de algodón? Llevaba años sin ponérmelos y me sentaban fatal.

Todo el mundo se comportaba de una manera muy extraña. La casa estaba llena de una nueva clase de energía, como si hubieran descorrido las cortinas y abierto las ventanas, pero nadie me decía nada, naturalmente. La doctora Schilling y una agente de policía con aire aburrido me habían acompañado a casa. Links y Stadler se presentaron poco después. Todos se hacían señas con la cabeza, hablaban en susurros y me observaban, y cuando mi mirada se cruzaba con la suya, la apartaban. La doctora Schilling no parecía tan contenta como los demás.

—¿Cree que podría usted llamar a su marido, señora Hintlesham? —me preguntó Stadler, siguiéndome a la cocina.

—¿Y por qué no puede llamarlo usted?

—Queremos hablar con él. Nos ha parecido más civilizado que lo haga usted.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Pero ¿por qué demonios?

—Tenemos que aclarar un par de cuestiones.

—Esta noche hemos invitado a unos amigos a tomar unas copas. Es una reunión importante.

—Cuanto antes podamos hablar con él, antes se librerá de nosotros.

Cogí el teléfono.

—Se enfadará —dije.

Se enfadó. Muchísimo.

Sonó el teléfono. Eran Josh y Harry, que llamaban desde Estados Unidos. Allí transcurrían las primeras horas de la mañana para ellos. Sus voces sonaban como si estuvieran a la vuelta de la esquina y fueran a irrumpir de un momento a otro en la casa. Harry me dijo que había pescado un *zander* en el lago —cualquiera sabía lo que era aquello— y que hacían *windsurfing*. Josh me preguntó cómo iba todo en casa; su voz pasó de infantil a viril, como le ocurre siempre que está emocionado.

—Muy bien, cariño.

—¿Aún está allí la policía?

—Parece que están haciendo progresos. —Una pequeña ráfaga de esperanza me traspasó el cuerpo.

—¿Tendremos que quedarnos aquí otras dos semanas?

—No seas tonto, cariño, te lo estás pasando muy bien. ¿Tienes suficiente dinero?

—Sí, pero...

—¿Te puse bastante ropa en la maleta? Ah, recuerda decirle a Harry que en tu mochila hay pilas nuevas para su *walkman*.

—Sí.

Colgué el teléfono, satisfecha de cómo se había desarrollado la conversación. Christo pasó arrastrando una sábana. Me traspasó una aguda punzada de remordimiento cuando vi su congestionado y enfurruñado rostro.

—Hola, Christo —le dije—. ¿No vas a darle un abrazo a mamá?

Se volvió hacia mí.

—No soy Christo —dijo—. Me llamo Alexander. Y tú no eres mi mamá. —Lena lo llamó desde su habitación con su cadencioso acento sueco—. Ya voy, mamá —gritó, lanzándome una mirada triunfal mientras se iba.

Me quité los pantalones que llevaba y me puse un vestido de playa amarillo de cintura baja y unos pendientes. Me miré al espejo. No llevaba maquillaje. El rostro se me veía pálido y demacrado. Mi cabello estaba hecho un desastre. Un extraño fulgor brillaba en mis ojos. La piel de los párpados se veía frágil como el papel. Tenía un largo arañazo rojo en la mejilla. Casi no me reconocía.

La doctora Schilling me ordenó comer la tortilla que ella misma me había preparado utilizando las hierbas que yo guardaba para la cena. No importaba. Me la comí de unos cuantos bocados sin apenas masticarla, introduciéndome en la boca un trozo de pan integral ligeramente rancio después de cada bocado. No había reparado en lo hambrienta que estaba. Mientras comía, la doctora Schilling me miraba, con una mano en la barbilla y expresión de perplejidad en el rostro. Pensé que pronto todo volvería a la normalidad. Limpiaría la casa, conseguiría que los operarios, el jardinero

y la señora de la limpieza regresaran. Respiraría hondo y encontraría la energía necesaria para volver a ser Jenny Hintlesham. Mañana. Mañana volvería a empezar. Pero, sólo por esta vez, el hecho de que me cuidaran resultaba agradablemente balsámico. Aquello ya no parecía mi casa, sino sólo un lugar en el que me hallaba sentada a la espera de que sucediera algo. Todo el mundo allí esperaba que ocurriera algo.

Mis ojos se abrieron. Una llave en la cerradura, una puerta que se cerraba de golpe, unas fuertes pisadas en el vestíbulo.

—Jenny, Jens, ¿dónde estás?

La doctora Schilling se levantó al mismo tiempo que yo. Stadler y Links llegaron allí antes que nosotros. Todos convergimos en lo alto de la escalera.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Clive en tono irritado.

Hablaba en voz muy alta y en un tono brusco. Inmediatamente empezó a dolerme la cabeza. Justo en ese momento vio una caja de sus valiosos documentos en el suelo del vestíbulo. Vi cómo latía una enfurecida vena en su frente.

—Señor Hintlesham —dijo Stadler—, le agradezco que haya venido.

Era mucho más alto que Clive, que parecía rechoncho a su lado.

—¿Sí?

Hablaba con Stadler como si éste fuera un funcionario de ínfima categoría.

—Si fuera tan amable de acompañarnos —dijo Links.

Clive lo miró con atención.

—¿Qué quiere decir? —preguntó—. ¿Por qué no podemos hablar aquí?

—Queremos tomarle declaración. Sería mejor.

Clive consultó su reloj.

—Dios bendito —exclamó—. Más vale que sea importante.

—Por favor —repuso Stadler, sosteniéndole la puerta para que pasara.

Clive se volvió hacia mí antes de abandonar la estancia.

—Llama a Jan y dile algo —me ordenó en tono cortante—. Cualquier cosa que no nos haga quedar como unos imbéciles. Y a Becky. Ve a la fiesta y muéstrate alegre y jovial como si todo fuera absolutamente normal, ¿me oyes?

Apoyé una mano en su brazo, pero él la apartó con una violenta sacudida.

—Estoy harto de todo esto —dijo—. Muy harto.

Grace Schilling también se fue con ellos, abrochándose con gesto decidido la chaqueta antes de cruzar la puerta.

Llamé al despacho de Clive y le dije a Jan que a mi marido le dolía la espalda.

—¿Otra vez? —replicó ella en un tono sarcástico que me sorprendió.

Dos horas más tarde, en la fiesta, le dije lo mismo a Becky Richards, y ésta soltó una comprensiva carcajada.

—Qué hipocondríacos son los hombres, ¿verdad? —dijo, riéndose con disimulo.

Miré a mi alrededor, a todas aquellas mujeres vestidas de negro y a aquellos hombres con trajes oscuros. Los conocía a casi todos, al menos de vista, pero de repente sentí que no tenía ánimos para hablar con ellos. No se me ocurría absolutamente nada que decirles. Me sentía vacía.

Clive aún no había llegado y yo me comportaba de un modo cada vez más extraño, jugueteando con el vaso en la mano, mirando los cuadros, yendo de una habitación a otra como si buscara a alguien. Me di cuenta, casi con horror, de que el hecho de encontrarme sola en una fiesta era una experiencia totalmente desconocida para mí. Y desagradable. A veces le decía en broma a Clive que yo ya sabía que, cuando íbamos a una fiesta, la gente quería verlo a él, que yo sólo era «la mujer de Clive».

Así que sentí alivio cuando Becky me anunció que había alguien en la puerta preguntando por mí.

—Un policía —añadió con turbada e interrogante delicadeza.

Porque todos sabemos lo que significa para la gente corriente como nosotros un policía en la puerta: ha ocurrido un accidente, una muerte, una desaparición. Pero yo ya no era una persona corriente. Me dirigí a la puerta sin la menor inquietud. Stadler se encontraba en el umbral con un agente uniformado a quien yo nunca había visto. Becky se quedó allí un instante, entre servicial y entrometida. El agente permaneció en silencio mientras yo me volvía para mirar a Becky con expresión inquisitiva.

—Si me necesitas, estoy dentro —señaló Becky, retirándose a regañadientes.

Miré de nuevo al agente.

—Lamento molestarla —dijo éste—. Me han enviado para decirle que su esposo no tardará. Aún le están tomando declaración.

—¿Y? ¿Ocurre algo?

—Estamos tratando de aclarar algunos detalles.

Durante unos momentos nos miramos unos a otros.

—La verdad es que no me apetece volver a la fiesta —dije al fin.

—Podemos acompañarla a casa, si usted quiere..., Jenny —dijo, y me ruboricé intensamente.

—Voy por la chaqueta.

Nadie se dirigió a mí durante el breve recorrido de regreso. Stadler y el oficial hablaron en susurros un par de veces. Cuando llegamos, el primero me acompañó hasta la puerta. Mientras introducía la llave en la cerradura tuve por un instante la absurda sensación de que regresábamos de una velada juntos y nos despedíamos en la puerta.

—¿Volverá Clive esta noche? —pregunté con firmeza, como si quisiera demostrarme a mí misma lo absurdo que era todo aquello.

—No estoy seguro —contestó Stadler.

—¿Qué creen ustedes que puede decirles él?

—Necesitamos que nos confirme ciertos detalles de la investigación. —Stadler

miró a su alrededor como fingiendo indiferencia—. Ah, otra cosa, mañana por la mañana quisiéramos efectuar un registro más detallado de su casa. ¿Tiene algún inconveniente?

—Supongo que no. Aunque me parece increíble que todavía quede algo por registrar. ¿Dónde quieren inspeccionar?

Stadler volvió a adoptar una pose como de indiferencia.

—En distintos lugares. En el piso de arriba. Quizá el estudio de su marido.

El estudio de Clive. Fue el primer lugar de la casa que hicimos habitable, lo cual no deja de tener su gracia, pues nadie lo ocupaba excepto Clive. En todas las casas en que habíamos vivido, Clive siempre había insistido en lo mismo: disponer de una habitación para él, una guarida privada para sus asuntos. Cuando estábamos planificando la distribución de las habitaciones, recuerdo que protesté entre risas porque yo no disponía de un refugio para mí sola, y él me dijo que no importaba porque mi refugio era toda la casa.

No es que la habitación estuviera cerrada a cal y canto, pero tampoco hacía falta. Los niños tenían terminantemente prohibido entrar en ella bajo pena de tortura e incluso de muerte. Yo, por supuesto, no quedaba excluida del todo. A veces entraba cuando Clive estaba trabajando con la contabilidad o escribiendo cartas, y no se enfadaba conmigo y me decía que me fuera, sino que se volvía hacia mí, cogía el café o escuchaba lo que tenía que decirle, y esperaba a que terminara y me retirara. Decía que no podía trabajar conmigo en el estudio.

De ahí que experimentara la sensación de estar haciendo algo prohibido cuando —tras haber efectuado un recorrido por la casa, haberme quitado la ropa y puesto el camisón y la bata— entré en el estudio. Encendí la luz e inmediatamente me sentí culpable cuando crucé la estancia y corrí las cortinas, sabiéndome totalmente sola allí, casi a las doce de la noche.

La habitación era un reflejo de Clive. Pulcra, impecable, ordenada, casi desnuda. Había pocos cuadros. Una pequeña y borrosa acuarela de un velero heredada de su madre. Un viejo aguafuerte de la escuela privada a la que había ido de pequeño. Una fotografía en la que aparecía con un grupo de compañeros de trabajo en una cena para festejar algo, llena de puros, rostros resplandecientes, copas vacías y brazos alrededor de los hombros. A él se le veía un poco cohibido. Nunca le había gustado que lo tocaran, y menos aún otros hombres.

El estudio de mi marido. ¿Qué podía haber allí de interesante? No tenía la menor intención de revolver sus cosas, naturalmente. La idea de hacerlo estando él en la comisaría se me antojaba una terrible muestra de deslealtad. Sólo quería echar un vistazo. Podía ser importante en caso de que tuviera que hablar en su nombre. Eso es lo que yo me decía.

En el estudio había dos archivadores, uno alto y de color marrón y otro más bajo

y ancho, de metal gris. Los abrí y eché un vistazo a las carpetas y a los papeles, pero todo me parecía increíblemente aburrido. Documentos de hipotecas, folletos de instrucciones, infinitos recibos, cuentas y garantías, facturas y cartas de asesores fiscales. Al ver todo aquello sentí un pequeño destello de afecto hacia Clive. Eso era lo que él hacía para que no tuviera que hacerlo yo. Me dejaba a mí la parte interesante y creativa y él se encargaba de todo lo demás. Y todo se hacía y se arreglaba. No había nada pendiente, ninguna factura sin pagar, ninguna carta sin contestar. ¿Qué hubiera hecho yo sin él? No examiné los papeles sueltos. Sólo quería ver si había alguna carpeta que no contuviera cosas aburridas.

Cerré el segundo archivador. Aquello era una estupidez. Allí no había nada que pudiera revestir interés para la policía, a menos que quisieran investigar nuestro contrato de hipoteca. Un nuevo esfuerzo mal dirigido. Yo misma se lo habría dicho si se hubieran tomado la molestia de preguntarme.

Levanté la tapa del escritorio e hice un ruido espantoso. Miré nerviosamente a mi alrededor. Procuraba no hacer nada que no pudiera reordenarse en unos segundos en caso de que llamaran a la puerta. Huelga decir que allí tampoco había nada interesante. Clive decía que una de sus normas más estrictas era tener siempre ordenado su escritorio. Allí no había nada más que plumas, lápices, gomas de borrar, un sacapuntas eléctrico bastante caro, cintas elásticas, sujetapapeles, todo en su correspondiente bandeja o soporte especial. Había casilleros con sobres, papel de carta, tarjetas, etiquetas. Como mínimo, los de la policía quedarían impresionados.

Sólo quedaban los cajones. Me senté en el sillón de Clive. Justo encima de mis rodillas había un cajón muy poco profundo. Tarjetas postales. Las examiné. Todas en blanco. Después los cajones de los lados. Talonarios de cheques, nuevos y sin nada escrito. Folletos de vacaciones invernales. Montones de papeles de Matheson Jeffries, donde trabaja Clive. Todo espantosamente aburrido.

El último cajón de la izquierda contenía unos abultados sobres de color marrón. Examiné el primero. Estaba lleno de cartas manuscritas, todas con la misma letra. Eché un vistazo al final de una de ellas. Era una larga carta de tres páginas, firmada por Gloria. Sabía que una de las peores cosas que se pueden hacer es leer las cartas de alguien sin su permiso. «Nadie oye nada bueno acerca de sí mismo cuando escucha a escondidas», rezaba un viejo dicho que en aquel momento me vino a la mente. Pero pensé que, a la mañana siguiente, la policía quizá leería aquellas cartas por motivos que sólo ellos sabían. ¿Convendría tal vez que yo estuviera al tanto de su contenido?

Opté por una solución de compromiso, que consistió en echar un rápido vistazo a las cartas leyendo una frase aquí y una palabra allá. Puede que parezca difícil entender el sentido de las cartas de esta manera; sin embargo, las palabras parecían que saltaran de las páginas directamente hacia mí: *cariño...*, *te echo desesperadamente de menos...*, *recuerdo lo de anoche...*, *cuento las horas*. Pero lo más curioso fue que mi reacción inicial no fue de cólera contra Clive, ni siquiera contra Gloria. Lo único que sentí fue desprecio ante la vulgaridad de las cartas. ¿Acaso la gente que tiene

aventuras en secreto debe expresarse forzosamente con las frases trilladas de rigor? ¿No se le podría haber ocurrido a Clive algo mejor? Entonces recordé la última vez que la había visto, en la cena, inclinándose para decirle algo al oído a Clive, mirándolo desde el otro lado de la mesa. Sentí que me ardían las mejillas. Volví a guardar cuidadosamente las cartas en el sobre. La última de ellas era la más reciente. No debería leerlas, sólo servirían para causar más daño, más dolor y más humillación.

Sólo un poquito más. Un párrafo en lugar de una simple frase. Le concedería a Gloria todo un párrafo para que pudiera mostrar lo mejor de sí misma. El último párrafo de la carta más reciente. Necesitaba saber en qué situación me encontraba:

Y ahora tengo que terminar, cariño. Te estoy escribiendo desde el trabajo y es hora de ir a casa. No soporto no poder verte, pero, bueno, en septiembre nos veremos en Ginebra.

Ginebra. Un viaje de negocios. Clive aún no me lo había comentado.

Me duele terriblemente reconocerlo, pero a veces la odio casi tanto como tú.

Dejé la carta y tragué saliva, pero el nudo de la garganta se negaba a desaparecer. Me odiaba. O sea, que Clive me odiaba. No me amaba. Ni siquiera le gustaba. No le era indiferente. Me odiaba. Volví a coger la carta:

Conseguiremos arreglarlo para estar juntos de alguna manera. Encontraremos el medio. Confío en ti. Con todo mi amor,

Gloria.

Doblé la carta y la deslicé con cuidado en el interior del sobre, hasta el fondo, donde tenía que estar. Contemplé los restantes sobres que llenaban el cajón; pensar en su contenido me llenó de desolación. Cogí el primero, y al levantarlo quedó a la vista una fotografía. Era una mujer, pero no Gloria. Parecía que estuviera en una fiesta. En la mano sostenía una copa, que levantaba jovialmente hacia el fotógrafo con una sonrisa en los labios. Era distinta a cualquier otra mujer que yo hubiera conocido. Menuda, delgada y muy joven. Cabello rubio oscuro, minifalda, extraña blusa estampada. Pero todo muy informal. Por un insensato momento me pareció una mujer simpática, incluso pensé que hubiera podido ser mi amiga, pero inmediatamente me enfurecí conmigo misma y sentí asco, y ya no lo pude resistir. Dejé la fotografía en su lugar y cerré el cajón. Abandoné el estudio, sin olvidarme de apagar la luz.

Me encontraba a oscuras. Mi vida era un lugar oscuro. Todo lo que siempre había dado por seguro ahora se tambaleaba. Hasta ahora había pensado que ahí fuera había alguien que quería hacerme daño, lo cual ya me parecía bastante horrible, pero ahora comprendía que no estaba a salvo en ningún sitio. Ni allí ni aquí, ni con la persona con quien llevaba quince años casada, ni en mi propia casa, ni en mi propia habitación, ni en mi propia cama. En ningún sitio.

Josh y Harry estaban en Estados Unidos, en una tienda de campaña en las montañas, lejos de casa. Christo decía que yo no era su madre. Y Clive me odiaba; eso le había dicho a Gloria. Tumbada en la cama, analicé la palabra detenidamente. Me odiaba. Odiaba. Odiaba. La palabra se quedó grabada en mi cerebro. ¿Desde cuándo me odiaba?, me pregunté. ¿Desde lo de Gloria o desde hacía años? ¿O desde siempre?

Fuera, el viento suspiraba quedamente entre los marchitos árboles. Imaginé unos ojos que vigilaban mi ventana.

Quizá mi marido deseaba mi muerte.

Me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. Todo aquello era ridículo. Una locura; el simple hecho de pensarlo era una locura. Sólo que, ¿por qué razón la policía lo retenía tanto tiempo?

Al amanecer, después de una noche de confusos sueños, entré en el dormitorio de Christo y me senté a su lado mientras dormía. La luz se filtraba a través de las cortinas estampadas con pececitos. Sería otro día de sofocante calor. Christo estaba destapado y se le veía la chaqueta del pijama desabrochada. Apretaba en su mano el delfín de peluche que Lena le había comprado en el zoo. Tenía la boca entreabierta y de vez en cuando murmuraba algo incomprensible. Hoy, pensé, lo enviaré con Lena a casa de mis padres. Ése no era un sitio adecuado para un niño.

La policía se presentó muy temprano. Tres agentes entraron en el estudio de Clive como si se tratara de una brigada de trabajadores.

Les preparé a Lena y a Christo un buen desayuno, aunque Lena, que no comía nada, sólo picó con el tenedor un poco de tomate asado y toqueteó el resto para que pareciera que había comido algo. Y Christo, tras haber pinchado la yema del huevo frito y haberla repartido por todo el plato, dijo que aquello le daba asco y que por qué no podía tomar sus copos de chocolate. ¿Cuál era la palabra mágica?, le pregunté mecánicamente. Por favor. Por favor, ¿podía no comer aquella repugnante basura?

La policía se fue, llevándose unas cajas. Hacía unos meses que unos ceñudos e irritados operarios del servicio de mudanzas las habían traído y amontonado sin orden

ni concierto. Cristo no preguntó dónde estaba su padre, porque habitualmente Clive ya se había ido cuando él se despertaba. Se iba antes y regresaba cuando ya estaba en la cama. Me odiaba. Mi marido me odiaba.

La cocina estaba hecha un desastre. Toda la casa estaba hecha un desastre ahora que había despedido a Mary. Ya limpiaría mañana. Hoy no. Me miré las piernas desnudas. Tenía que volvérmelas a depilar con cera, pensé, y la laca de las uñas estaba empezando a desprenderse.

—¿Le ocurre algo, señora Hintlesham? —me preguntó Lena con su cantarina voz.

Qué chica tan guapa, tan rubia y tan delgada, con su minúsculo vestido veraniego y sus brazos bronceados por el sol estival. A lo mejor Clive también lo había pensado. La observé hasta que su cara empezó a bailar ante mis ojos.

—¿Señora Hintlesham?

—No, no pasa nada. —Me acerqué los dedos al rostro y me noté la piel blanda y vieja—. No he dormido muy bien... —Dejé la frase sin terminar.

—Quiero ver los dibujos animados.

—Ahora no, Cristo.

—¡Quiero ver los dibujos animados!

—No.

—Eres una cabrona.

—¡Cristo! —Lo agarré por la parte superior del brazo y le propiné un fuerte pellizco—. ¿Qué has dicho?

—Nada.

Le solté el brazo y miré a Lena, que estaba algo apagada.

—Hoy es un día un poco complicado —dije vagamente—. Estaría bien que tú y Cristo cogierais algo de comer y fuerais al parque. Podríais ir al castillo hinchable.

—No quiero comer fuera.

—Por favor, Cristo.

—Quiero quedarme contigo.

—Hoy no, cariño.

—Ven, Chrissy, vamos a vestirte.

Lena se levantó. No era de extrañar que Cristo la quisiera. Jamás se enfadaba, se limitaba a cantarle las cosas con aquella voz suya tan graciosa.

Me llevé las manos a la cabeza. Había polvo y suciedad por todas partes. Había que planchar la ropa. No tenía a nadie que me echara una mano. Clive estaba en la comisaría de policía respondiendo a unas preguntas. ¿Qué preguntas? ¿Odia a su esposa, señor Hintlesham? ¿Cuánto la odia? ¿Lo bastante para enviarle cuchillas de afeitar?

Se fueron juntos de la mano. Cristo llevaba unos pantalones cortos de color rojo y una camisa a rayas. Miré el desayuno que se estaba enfriando en sus platos. Y

también miré la ventana que había que limpiar, y la telaraña en la lámpara que colgaba por encima de mi cabeza. ¿Dónde estaría la araña?, me pregunté.

Sonó el timbre de la puerta y me sobresalté. Era Stadler, abatido y sudoroso, con barba de dos días. Daba la impresión de que no había dormido.

—¿Puedo hacerle un par de preguntas, Jenny?

Ahora siempre me llamaba Jenny, como si fuéramos amigos o amantes.

—¿Más preguntas?

—Una —dijo, esbozando una cansada sonrisa.

Bajamos a la cocina, donde él declinó mi ofrecimiento de café y desayuno.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Lynne?

—Sentada en su automóvil —contesté—. Tiene usted que haber pasado por delante de ella.

—Es cierto —dijo en tono apagado. Parecía medio dormido.

—¿Quería hacerme una pregunta?

—Sí, es verdad —contestó—. Es sólo un detalle. ¿Puede usted recordar dónde estuvo el domingo dieciocho de julio?

Hice un débil intento por recordarlo y me di por vencida.

—Usted tiene mi dietario, ¿no?

—Sí. Lo único que anotó aquel día fue «Comprar pescado».

—Ah, sí. Ya me acuerdo.

—¿Qué hizo?

—Estar en casa. Cocinando, haciendo cosas.

—¿Con su marido?

—No —contesté.

Stadler hizo una ostensible mueca y reprimió una sonrisa triunfal.

—No veo por qué le extraña. Como usted sabe, casi nunca está en casa.

—¿Sabe dónde se encontraba?

—Me dijo que tenía que salir. Asuntos urgentes.

—¿Está segura?

—Sí. Yo estuve preparando la comida. Por la mañana me dijo que tenía que salir.

Recordaba claramente aquel día. Lena tenía el día libre. Harry y Josh se quedaron en casa y estuvieron todo el rato peleándose hasta que se fueron cada uno con sus amigos. Christo se pasó el día viendo la tele y jugando con su Lego. Ese día se fue temprano a la cama, agotado por el calor y los berrinches, mientras que yo me quedé en la cocina con un día estropeado a mis espaldas y mi preciosa comida dispuesta sobre la mesa, con las copas altas de vino y unas flores del jardín. Clive no había regresado.

—Entonces, ¿estuvo fuera todo el día?

—Sí —contesté.

—¿Puede concretar las horas?

Mientras hablaba, escuché mi propia voz, monótona y triste.

—Salió muy temprano, antes de que abriera el supermercado. Y regresó hacia la medianoche. Puede que un poco más tarde. Yo ya me había acostado.

—¿Está usted dispuesta a hacer una declaración en estos términos?

Me encogí de hombros.

—Si usted quiere. Supongo que no me dirá por qué es importante.

Stadler me sorprendió al tomar mi mano y sostenerla en la suya.

—Jenny —dijo con una suave voz que parecía una caricia—, lo único que puedo decirle es que todo esto está a punto de terminar, si le sirve de consuelo.

Noté que me ruborizaba.

—Ah —fue lo único que pude decir, como una auténtica idiota.

—Volveré muy pronto —dijo.

No deseaba que se fuera, pero, como es natural, no podía decírselo. Retiré la mano.

—Muy bien —dije.

Permanecí tumbada en la cama en medio de un charco de sol. No podía moverme. Me pesaban las extremidades y tenía el cerebro embotado, como si estuviera bajo el agua.

Tomé un baño frío, cerré los ojos y procuré no pensar. Recorrí la casa de habitación en habitación. ¿Por qué me había gustado aquella casa? Era fea, poco cálida y deprimente. Me iría de allí; volvería a empezar.

Estaba deseando que Josh me llamara; quería decirle que no tenía por qué quedarse allí si no quería. No merecía la pena pasarlo mal, ahora lo comprendía.

Entré en los dormitorios de los chicos y acaricié sus ropas dentro de los armarios y los trofeos deportivos que había expuestos en los estantes. Qué lejos estaban mis hijos. Me vi en el alargado espejo del vestíbulo... una delgada mujer de mediana edad con el cabello grasiento y unas rodillas huesudas paseando como alma en pena por una casa demasiado grande para ella.

Fuera el cielo estaba brumoso a causa del calor y los humos de los tubos de escape.

Quizá podríamos trasladarnos al campo, a una casita con rosas alrededor de la puerta. Podríamos tener una piscina y un haya a la que los chicos pudieran trepar.

Abrí el frigorífico y miré dentro.

Sonó el timbre de la puerta.

No podía hablar. Me resultaba imposible. No era cierto. Moví la cabeza como para disipar mi confusión. Links se inclinó hacia mí como si fuera corta de vista y estuviera no sólo sorda sino también loca.

—¿Ha oído lo que le he dicho, señora Hintlesham?

—¿Cómo?

—Su marido, Clive Hintlesham —dijo como si lo deletreara—. Hace una hora ha sido acusado del asesinato de Zoë Haratounian la mañana del dieciocho de julio de mil novecientos noventa y nueve.

—No lo entiendo —repetí—. Eso es una locura.

—Señora Hintlesham, Jenny...

—Una locura —repetí—. Una locura.

—Su abogado ya ha sido informado. Mañana por la mañana comparecerá ante un tribunal. Solicitarán una fianza, pero les será denegada.

—Pero ¿quién es esa mujer si puede saberse? ¿Qué tiene que ver con Clive, conmigo y con las cartas?

Links parecía sentirse un poco incómodo. Respiró hondo y habló pacientemente en voz baja, a pesar de que no había nadie que pudiera escucharle.

—No puedo facilitarle detalles —dijo—, pero, dadas las circunstancias, he pensado que sería mejor prepararla. Al parecer, su marido mantenía una relación con ella. Creemos que le regaló su guardapelo. Su fotografía figuraba entre las pertenencias de su marido.

Recordé la fotografía que había visto la víspera: un jovial y sonriente rostro, brindando con una copa en la mano por un futuro que ya no tendría. Tragué saliva y me invadió una oleada de náuseas.

—Eso no significa que la haya matado.

—La señorita Haratounian también recibía cartas como las suyas. Escritas por la misma persona. Creemos que su marido la amenazó y después la asesinó.

Lo miré fijamente. El rompecabezas estaba a punto de completarse, pero la escena resultante no tenía sentido, era sólo un revoltijo de imágenes violentas. Una pesadilla.

—¿Está diciéndome que Clive era la persona que me escribía las cartas? La letra no se parecía en absoluto a la suya.

—Lo único que le estoy diciendo es que su marido está acusado del asesinato de la señorita Haratounian.

—Dígame lo que piensa usted.

—Señora Hintlesham...

—Debe decírmelo.

Links guardó silencio un momento, evidenciando que trataba de tomar una decisión.

—Es muy doloroso —dijo—. Quisiera poder ahorrarle este trago. Mire, señora Hintlesham, tal vez su marido quisiera librarse de esa mujer, por la razón que fuera. Y después, tras haberlo hecho, debió de pensar que nadie sabía que conocía a la chica. Así que, si usted recibía correspondencia de la persona que había cometido el asesinato, él quedaba fuera de sospecha. —Otro largo silencio—. Es una manera de

verlo —añadió, visiblemente incómodo—. Lo siento.

—¿Tanto me aborrecía?

Links no contestó.

—¿Lo ha reconocido?

—Sigue negando que conociera a la señorita Haratounian —contestó secamente Links—. Lo cual es un poco ridículo.

—Quiero verlo.

—Está usted en su derecho. ¿Está segura?

—Quiero verlo.

—Tú no crees que yo haya hecho eso, ¿verdad, Jenny? Jens. Tú no te crees esta ridícula acusación, ¿verdad?

Percibí en su voz una mezcla de cólera y temor. Tenía el rostro congestionado y sucio, y sus ropas estaban manchadas. Lo miré. Mi marido. Mofletudas mejillas un tanto colgantes, cuello poderoso, ojos ligeramente inyectados en sangre.

—Jens —dijo.

—¿Por qué no iba a creerlo? —repliqué.

—Jens, soy yo, Clive, tu marido. Sé que nuestra relación era un poco insatisfactoria últimamente, pero soy yo.

—Un poco insatisfactoria —repetí—. Insatisfactoria.

—Llevamos quince años casados, Jens. Tú me conoces. Diles que eso es ridículo. Estuve contigo aquel día. Tú sabes que sí. Jens.

Una mosca se posó en su mejilla y él la apartó con violencia.

—Háblame de Gloria —dije—. ¿Es cierto?

Se ruborizó y estuvo a punto de decir algo, pero no pudo.

Le miré, le vi los pelos de la nariz, una sombra de suciedad en el cuello, la escamosa piel en los bordes de las orejas, la caspa en el cabello. Sólo ofrecía buen aspecto cuando estaba aseado. No era uno de esos hombres como, por ejemplo, Stadler, que están más guapos tras haberse pasado toda una noche sin dormir, que pueden permanecer toda la noche en vela y siguen siendo atractivos.

—No creo que haya nada más de qué hablar, ¿no te parece?

—Sí —contestó—. Yo sí lo creo.

—Adiós.

—Ya lo verás —me gritó—. Ya lo verás y entonces te arrepentirás. Estás cometiendo el mayor error de toda tu estúpida y mezquina vida. —Descargó los puños sobre la mesa que se interponía entre nosotros, y el policía de rostro redondo que permanecía sentado junto a la puerta se levantó—. Te haré sufrir por esto, ya lo verás.

Ahora sólo había un agente de policía montando guardia en el exterior de mi casa, y estaba medio dormido en su automóvil, parapetado detrás de un periódico. El despacho de Clive parecía que hubiera sido saqueado por un ladrón. La casa era una obra a medio terminar. El jardín era un páramo; ya crecían ortigas en los parterres que Francis había preparado para los perfumados y floridos arbustos; la hierba estaba amarillenta.

Descorché una botella de champán y me bebí una copa, pero me provocó un mareo espantoso. Tenía que comer algo, aunque no creía que fuera capaz. Estaba deseando que entrara Grace Schilling y me preparara otra tortilla de hierbas, jugosa y sabrosa. Quería que Josh me llamara y me dijera que regresaba a casa.

Estaba sola en la cocina. Me sentía humillada y era libre.

Un día de frenética actividad me serenó. Eso era lo que necesitaba. Así no le daba vueltas a las cosas y se amortiguaba ese ruido en mi cabeza que no lograba quitarme por más pastillas que tomara. La mañana era soleada, pero aún no hacía demasiado calor. Estaba sentada a la mesa de la cocina con Lynne y me sentía casi tranquila. La agente iba otra vez de uniforme. Tenía la sensación de que algo estaba a punto de terminar y de que habría despedidas. Nos habíamos bebido casi una cafetera e íbamos mordisqueando unas tostadas que yo había hecho. Lynne preguntó si podía fumar y yo no sólo le dije que sí, sino que le pedí un cigarrillo y fui a por un platito de postre para usarlo como cenicero.

Mi primera calada me pareció pecaminosa, como cuando tenía catorce años, pero después me tranquilizó. Podía ser que en la nueva vida que me esperaba volviera a fumar.

—Yo fumé en una época para adelgazar —dije—. Al menos era un remedio agradable. Lo dejé cuando me quedé embarazada de Josh. Mi trasero y mis muslos jamás han vuelto a ser los mismos.

Lynne sonrió y movió la cabeza.

—Ojalá tuviera yo su figura —dijo.

La miré con ojo crítico.

—No le gustaría —repliqué—. Usted no la ha visto como yo.

Dimos unas caladas a los cigarrillos. Después de tantos años, las mías parecían de aficionada. Necesitaría mucha práctica.

—¿O sea que ha estado usted ocupada? —preguntó Lynne.

—He tenido que arreglar un montón de cosas.

—¿Cuándo se va?

—Esta tarde cojo el avión a Boston.

—¿Los chicos ya lo saben?

Estuve casi a punto de echarme a reír.

—La idea de informar a Josh por teléfono de que su padre..., bueno, no me pareció una buena idea. No, estoy segura de que la doctora Schilling me recomendaría que lo hiciera cara a cara.

—Seguramente es mejor.

—Ayer por la tarde hablé por teléfono con el decorador, con los distintos equipos de albañilería y con Francis, mi genial jardinero. Regresaremos a principios de la semana que viene y entonces podremos seguir adelante con la casa.

Lynne encendió otro cigarrillo, y al ver la expresión de mi rostro encendió otro para mí.

—¿No le resultará extraño? ¿Empezar de nuevo desde el principio?

—Esta vez será distinto —contesté—. Por eso me he pasado tanto rato hablando por teléfono. Vendrán y arreglarán un poco todo esto, pintarán las paredes de blanco, plantarán unos cuantos arbustos en el jardín... y después pondré la casa en venta.

Lynne abrió los ojos con expresión de asombro.

—¿Está segura? —preguntó.

—Lo que de verdad me gustaría hacer es prender fuego a la casa con todo lo que hay dentro y echar a correr. Pero tendré que conformarme con venderla.

—Acaba de mudarse.

—No soporto esta casa. Aquí he sido muy desgraciada. Supongo que la casa no tiene la culpa, pero...

—¿Ha hablado con la doctora Schilling?

—¿Y por qué tendría que hablar con ella? —repliqué en tono levemente beligerante—. La misión de Grace Schilling era utilizar sus conocimientos profesionales para atrapar al hombre que me estaba acosando. Bueno, pues ya lo han atrapado. —Hice una pausa—. Perdón. No quería gritar.

—No se preocupe.

—Supongo que éste no ha sido el trabajo más agradable que usted ha tenido que hacer.

—¿Por qué?

—Tener que cuidar de una despreciable y malhumorada mujer...

Lynne se puso muy seria.

—No diga eso. Ha sido terrible. Todos estábamos muy apenados por usted. Y todavía lo estamos.

—¿Todavía?

—Mire, nos alegra haber atrapado a la persona que hizo todo esto. Pero lamentamos que esa persona sea su marido.

Tardé un poco en contestar. Estaba contemplando el jardín por encima del hombro de Lynne. Costaba creer que Francis fuera capaz de hacerla vendible en tan sólo un par de semanas. Ya veríamos.

—No hago más que intentar recordar detalles de nuestro matrimonio y me pregunto cómo pudo ocurrir. Sé que teníamos dificultades, pero no entiendo por qué me odiaba tanto. ¿Qué le he hecho yo? ¿Qué le había hecho aquella pobre chica, Zoë, excepto acostarse con él?

Lynne me miró a los ojos. Diré en su honor que mantuvo la mirada. Pero no contestó.

—Y aunque me odiara tanto, ¿por qué quería matarme y hacerme sufrir? ¿Por qué? Diga algo.

Lynne parecía un poco turbada.

—Tengo que ser muy prudente —dijo—. Aún debe celebrarse la vista y todo eso... Mire, la gente hace esas cosas. El señor Hintlesham había conocido a otra persona, y sabía que usted no le concedería el divorcio. —Se encogió de hombros—.

El último caso de asesinato en el que trabajé fue el de un chico de catorce años que mató a su abuela porque no quiso darle dinero para comprarse un billete de lotería. Es lo que solía decir un sargento que había antes, para ser asesino no hace falta ningún título.

—O sea que es posible que Clive lo haya hecho. ¿Cree que lo declararán culpable?

Lynne hizo una pausa antes de contestar.

—La ley dice que tenemos que estar un setenta y cinco por ciento seguros de la culpabilidad de alguien antes de acusarlo. Y que yo sepa, no hubo la menor duda a la hora de acusar a su marido. Hay evidencias que prueban la relación entre la chica asesinada, Zoë, y los intentos de su marido de mentir al respecto. No tiene escapatoria. Sus amenazas contra usted, su aventura y el móvil. El caso es muy claro.

—¿Y si el asesinato se juzgara por separado? —pregunté cautelosamente.

—No hay ninguna posibilidad de que eso ocurra —contestó Lynne—. Las notas idénticas dirigidas a ustedes dos hacen que los casos sean inseparables.

—Unas veces creo que es inocente y que lo declararán culpable. Y otras que es culpable y que quedará libre. Es inteligente. Es abogado. No sé qué pensar.

—No se escapará —dijo Lynne con firmeza.

Nos bebimos el café y terminamos los cigarrillos.

—¿Ya ha hecho las maletas? —me preguntó.

—Lo tengo en la lista —contesté—. Sólo me llevo una pequeña bolsa de viaje. Consultó su reloj.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo.

—Se me hará extraño que nadie me vigile —comenté.

—No quedará enteramente sin vigilancia. Mantendremos el dispositivo.

Hice una mueca un tanto sarcástica.

—¿Eso quiere decir que no están totalmente seguros?

—Sólo para cerciorarnos de que está usted bien.

Y se fue.

No almorcé. No tenía tiempo. Hacer las maletas resultó un poco más complicado de lo que le había dado a entender a Lynne. En general soy la campeona mundial en colocar en el equipaje justo lo necesario, pero me notaba un poco rara y tenía la sensación de que lo hacía todo muy despacio, como si estuviera bajo el agua o paseando por la luna. Y no sólo hacía las cosas con mayor lentitud, sino que también tenía que pensarlo todo con más detenimiento.

Por si fuera poco, el teléfono no paraba de sonar. Mantuve una conversación bastante larga con el abogado de Clive, que consistió en una especie de tira y afloja. No estuvo nada claro que ambos estuviéramos del mismo lado, y al final me pregunté si no convendría que yo contratara a mi propio abogado. Llamaron varias personas

preguntando por Josh: su profesor de violín; el tal Hack, el del aula de informática, que me dijo que Josh le había pedido que le llevara a casa un juego; y Marcus, uno de sus amigos; y un par de amigos míos, o amigos de Clive, que se habían enterado de que algo raro estaba ocurriendo. En todos los casos me los quité de encima con una serie de pretextos a los que no les faltaba mucho para ser descaradas mentiras.

Teniendo en cuenta el estado en que me encontraba consideré conveniente salir con tiempo de sobra para llegar al aeropuerto, así que pedí un taxi y recorrí toda la casa, cerrando las ventanas y corriendo las cortinas. Había llamado a Mary, para que viniera a casa por la tarde y encendiera las luces. Aunque ¿qué podían robar? Que se llevaran lo que quisieran. Total, por una cosa más... Necesitaba unos zapatos cómodos... Tenía unas bonitas zapatillas azules... ¿Dónde estaban? A lo mejor ni las había desempaquetado desde que habíamos hecho la mudanza. Lo recordé. En el armario del dormitorio. En la parte superior. Me dirigí corriendo al piso de arriba. En el dormitorio —nuestro dormitorio, hubiera dicho antes—, miré a mi alrededor. No vi nada que hubiera olvidado.

Llamaron a la puerta. No me refiero a la puerta de entrada. Una llamada con los nudillos en la puerta del dormitorio.

—¿Señora Hintlesham?

—¿Cómo...? —dije, sobresaltada.

Un rostro asomó por la puerta. Por un instante me quedé perpleja, como suele ocurrir cuando ves una cara totalmente fuera de su ambiente habitual. Un chico bien parecido, con vaqueros, camiseta y una chaqueta de trabajo negra. Largo cabello oscuro. ¿Quién era?

—Hack. Pero ¿qué...?

—Ése no es mi verdadero nombre. Lo uso sólo para impresionar a los chicos.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Morris —contestó—. Morris Burnside.

—Pues muy bien, Morris Burnside, ahora tengo un poco de prisa. Tengo que ir al aeropuerto.

—El juego —dijo, mostrándome un paquete de llamativos colores—. He llamado antes, ¿recuerda? Perdona que haya entrado, pero la puerta estaba abierta. He llamado desde abajo.

—Ah, bueno. Tienes suerte de haberme encontrado. El taxi llegará de un momento a otro.

Jadeaba como si hubiera venido corriendo.

—Pues me alegro mucho porque... no es sólo el juego. He visto el periódico de la tarde. Habla de una acusación contra su marido.

—¿Cómo?

Oh, Dios mío. Lo que me temía.

—Lo siento muchísimo, señora Hintlesham. Sé lo difícil que será para Josh.

—Sí, lo sé. Espera un momento. Quiero alcanzar estos zapatos. Ya está.

—Por eso he querido venir a verla enseguida. Verá, es que he estado pensando en ello y creo que el señor Hintlesham no puede haberlo hecho.

—Es muy amable de tu parte... mmm... Morris, pero...

Me puse los zapatos. Ya era casi la hora de irme.

—No, no es simplemente eso. Yo sé cómo puede demostrar que su marido es inocente.

—¿Qué quieres decir?

—Es absolutamente infalible. Cuando encuentren su cuerpo, el de usted, quiero decir, comprenderán que él no lo hizo.

—¿Cómo? —pregunté con voz apagada mientras me invadía el pánico.

Estaba muy cerca de mí, y de pronto se produjo un movimiento totalmente inesperado. Algo centelleó por encima de mi cabeza y me rodeó con fuerza el cuello. Ahora él estaba prácticamente pegado contra mí; percibía su aliento en mi rostro mientras me miraba desde arriba.

—No puede hablar —me dijo casi en un susurro. Su rostro estaba tan cerca del mío que hubiera podido besarme—. Apenas puede respirar. Un simple tirón y ya está. —Su rostro estaba congestionado, hinchado de sangre; sus ojos me miraban fijamente, pero su voz sonó casi amable cuando me habló—. Ahora ya no importa. No puede hacer nada.

Perdí el control. Experimenté una sensación de calor y humedad entre las piernas. Me estaba orinando. Oí cómo el líquido goteaba y salpicaba sobre las tablas del suelo. Pensé que estaba rompiendo aguas. Eso era bueno. Cristo no estaba. Cristo estaba con mis padres. Josh y Harry estaban muy lejos. Eso era bueno.

Su rostro se contrajo en una mueca de desagrado.

—Mire lo que ha hecho —dijo—. Y encima con la ropa puesta.

Sería lo último que yo viera, su rostro. Quería preguntar por qué, pero no pude.

—Lástima lo del taxi —dijo—. Pensé que podría disfrutar de más tiempo. Quería disponer de tiempo para manifestarle mi amor, pero dispongo de muy poco.

Volvió a tirar del cable y lo sujetó con una mano. Se inclinó hacia un lado y apareció la otra. Vi una hoja metálica.

—Te quiero, Jenny —dijo.

Lo único que yo quería era oscuridad, hundirme en el aturdimiento. Pero no lo hice. No pude.

Tercera parte

Nadia

TENÍA prisa. Bueno, no tenía prisa en absoluto. Pero pensaba que metiéndome prisa quizá consiguiera engañarme a mí misma y hacer algo. Cuando me percatara del engaño ya sería demasiado tarde. Ya habría recuperado el control de mi vida.

Encontré una vieja falda de algodón debajo de la cama y me la puse junto con una camiseta negra sin mangas que me sirvió para ocultar la mancha de chocolate del top. Algún chiquillo juguetón debía de haberse acercado a mí con una tableta de Mars o algo parecido en la mano. Me miré en el espejo. Mi cabello parecía un enjambre de abejas de dibujos animados y aún tenía un pegote de pintura facial en la mejilla.

Café. Empezaría por ahí. Busqué una taza y la enjuagué en el cuarto de baño, donde también llené la cafetera. El fregadero de la cocina era inaccesible, pues estaba ocupado por una torre de platos y cacerolas cubiertos de restos de comida reseca. Cuando terminara de hacer la declaración de la renta, los lavaría. Otra buena idea. El repugnante y antihigiénico montón de platos sucios sería mi manera de chantajearme a mí misma para ordenar las cosas.

Me llevé el café al escritorio junto con media tableta de chocolate. También empezaría a desayunar, *muesli* y fruta natural troceada. Cuatro porciones de verdura y seis porciones de fruta. Eso era lo que tenía que tomar todos los días. El chocolate procedía de una semilla, ¿verdad?

A ver si terminaba de una vez con aquello. El requerimiento definitivo de Hacienda estaba encima del teclado del ordenador. Me lo habían enviado hacía varias semanas, pero yo lo había guardado en el cajón junto con las restantes cartas sin abrir. Max decía que mi incapacidad para abrir cartas era de psiquiatra. A veces dejo pasar semanas. No sé por qué. Sé que eso luego me crea muchos problemas. Y el caso es que no se trata sólo de cosas que no me interesan, como por ejemplo facturas o multas de la biblioteca. También dejo sin abrir cheques, cartas de amigos, ofertas de trabajo que me vendrían muy bien en este momento. Después, me digo; lo haré después; cuando el cajón esté lleno.

Y ahora el después había llegado. Retiré un paquete de galletas y un sombrero de paja del sillón y me senté, encendí el ordenador y surgió el verde resplandor de la pantalla. Hice clic con el ratón en «Cuentas» y después en «Gastos». Estaba bien. Estaba muy bien. Me pasé una hora trabajando. Rebusqué en mi escritorio, detrás del escritorio, en los bolsillos de las chaquetas. Abrí sobres. Saqué viejos recibos y facturas. Mi vida estaba tomando de nuevo forma. Decidí imprimirlo para más seguridad, pero apareció una ventanita: «Error desconocido tipo 18». ¿Qué significaba? Volví a hacer clic, pero el cursor no se movió. Todo se había quedado paralizado. Pulsé con furia las teclas, como si pudiera obligarlas por medio de la fuerza física. No ocurrió nada. Y ahora, ¿qué? ¿Qué hacía yo? Mi vida, mi nueva y ordenada vida estaba allí, detrás de la pantalla, y yo no podía establecer contacto con ella. Me llevé las manos a la cabeza, solté una maldición y empecé a gimotear.

Golpeé la parte superior del monitor. Luego lo acaricié con gesto suplicante.

—Por favor —le dije—. Seré buena a partir de ahora.

Hubiera tenido que consultar el manual, pero no tenía. El ordenador me lo había regalado un amigo de Max. De pronto recordé la tarjeta que me habían dejado en el limpiaparabrisas la semana pasada: «Se arreglan ordenadores». En aquel momento me reí y no le presté atención. Pero ¿dónde la había dejado? Abrí el cajón superior de mi escritorio: tampones, chicles, bolígrafos que perdían tinta, cinta adhesiva, papel de envolver, un Scrabble, fotografías que ni recordaba... Vacíé el bolso: montones de monedas, una arrugada bola de pañuelos de papel, una vieja llave, una baraja, un par de canicas, un pendiente, varias cintas elásticas, una barra de labios, una bola de juegos de magia y unos cuantos capuchones de bolígrafo. Examiné el contenido del monedero: tarjetas de crédito, recibos, billetes de moneda extranjera y una foto de Max sacada en un fotomatón. La tarjeta no aparecía por ninguna parte.

Tampoco estaba debajo de los cojines del sofá ni en la tetera desportillada que utilizo para guardar cosas, ni en el joyero, ni entre el montón de papeles de la mesa de la cocina. Seguramente la había utilizado como marcador de página. Fui al dormitorio y revisé los libros que había leído o a los que había echado un vistazo últimamente. Encontré un trébol seco de cuatro hojas entre las páginas de *Jane Eyre* y un folleto de pizzas para llevar en una guía de Amsterdam.

¿O acaso la había metido sin darme cuenta en el bolsillo? ¿Qué llevaba aquel día? Examiné las chaquetas, los pantalones largos y cortos y todas las prendas que había desperdigadas por el dormitorio y el cuarto de baño a la espera del día de la colada. Al fin la encontré en el interior de una bota de ante debajo de un sillón. No sé cómo pudo ir a parar allí. La alisé y leí lo que decía: «¿Problemas con su ordenador?», preguntaba en letras de imprenta. «Grandes o pequeños, llámeme y lo resolveré». En letra más pequeña figuraba el número de teléfono, que yo marqué de inmediato.

—¿Diga?

—¿Es ahí donde arreglan ordenadores?

—Sí.

Parecía joven, amable y muy inteligente.

—Gracias a Dios. Se me ha colgado el ordenador. Y lo tengo todo dentro. Toda mi vida.

—¿Dónde vive?

Lancé un suspiro de alivio. Estupendo. Ya me había imaginado trasladándolo a la otra punta de Londres.

—En Camden, muy cerca de la boca del metro.

—¿Qué le parece esta tarde?

—¿No podría ser ahora? Por favor... Puede creermelo, no se lo pediría si no fuera de la máxima urgencia.

Se rió. Una risa simpática, de muchacho. Tranquilizadora. Como la de un médico.

—Veré qué puedo hacer. ¿Tiene intención de salir de casa en algún momento?

—No, no, de aquí no me muevo. Le esperaré. —Le facilité inmediatamente mi dirección y mi número de teléfono antes de que pudiera darme una excusa. Después añadí—: Por cierto, mi piso está hecho una leonera. —Miré a mi alrededor—. Una auténtica leonera. Y yo me llamo Nadia. Nadia Blake.

—Nos vemos luego.

Menos de media hora después llamó a la puerta. Increíble. Era uno de esos tipos habilidosos que sirven para todo, de los que siempre habla mi padre y que existían en tiempos de los faroleros y los deshollinadores, de esos que se presentan en tu casa y te arreglan lo que sea.

Pero lo mejor de todo era que no pertenecía a otros tiempos. No era uno de esos hombres de mediana edad que vienen a tu casa —perfectamente uniformados y con una tablilla con sujetapapeles bajo el brazo—, en una furgoneta con el nombre de la empresa escrito en la puerta, de esos que te llaman «señora» y que, cuando te entregan la factura, piensas que habría sido mejor cambiar el inodoro que desatascarlo.

Era como cualquiera de nosotros, sólo que un poco más joven. Un poco más joven que yo al menos. Era alto y vestía de manera informal. Llevaba zapatillas deportivas, pantalones grises, una camiseta y una maltrecha chaqueta que debía de darle mucho calor en aquel tiempo tropical que estaba haciendo. Tenía la piel muy blanca y un largo cabello oscuro que le llegaba hasta los hombros. Aspecto correcto y nada taciturno, como dicen que suelen ser los fanáticos de los ordenadores.

—Hola —dijo, tendiéndome la mano—. Soy Morris Burnside, el técnico.

—Estupendo —respondí—. Yo soy Nadia.

Lo hice pasar.

—¿Ladrones? —preguntó, mirando a su alrededor.

—No, ya le he dicho por teléfono que esto era una leonera. Hacer limpieza figura en el primer lugar de mi lista de prioridades.

—Era sólo una broma. Es precioso, con esas enormes puertas que dan al jardín...

—Sí, queda muy bucólico. El jardín también figura en la lista. Está un poco abandonado.

—¿Dónde está el paciente?

—Por aquí. —La maldita máquina estaba en mi dormitorio. Para trabajar con ella tenía que sentarme en la cama—. ¿Le apetece una taza de té?

—Café. Con leche y sin azúcar.

Pero me quedé allí, a la espera de su respuesta a mi problema. En cierta manera, era como ir al médico por un ligero dolor. Si resulta que se trata de un trastorno razonablemente serio, te sientes orgullosa por haberle ofrecido al médico algo digno de su atención. Pero si por el contrario la cosa carece de importancia, te mueres de vergüenza. Yo quería que mi ordenador estuviera sano, pero al mismo tiempo deseaba que tuviera algo que supusiera un reto para Morris el Fanático e hiciera que su desplazamiento hubiera merecido la pena. Pero no iba a ser así.

Morris se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la cama. Me llevé una sorpresa, pues

esperaba que tuviera unos brazos huesudos y delgados, pero los tenía musculosos y fibrosos. Su tórax era muy ancho. Un hombre que trabajaba duro. Con mi metro cincuenta y tantos de estatura y mi delgadez general, me sentía canija a su lado.

—*Space Buddy*, compañero espacial —dije.

—¿Cómo? —preguntó, y después bajó la mirada sonriendo—. ¿La camiseta? No sé quién se inventa estos nombres. Supongo que es un ordenador japonés en el que alguien conectó los cables que no debía.

—Bueno —dije—. Como puede ver, está bloqueado. Normalmente aporreo el teclado y al final ocurre algo, pero esta vez lo he hecho varias veces y no hay manera. —Se sentó en la cama y examinó la pantalla—. No sé, aquí dice que hay un error tipo dieciocho, como si eso significara algo para alguien. No sé si hubiera sido mejor desenchufarlo y reiniciar el equipo. Pero puede que eso lo hubiera dañado.

Morris se inclinó lentamente hacia delante. Con la mano izquierda pulsó simultáneamente varias de las teclas mayores de la parte izquierda del teclado y al mismo tiempo apretó con la mano derecha la tecla *intro*. La pantalla se quedó en blanco y el ordenador volvió a ponerse en marcha.

—¿Ya está?

Se levantó y cogió la chaqueta.

—Si vuelve a ocurrir, pulse estas tres teclas a la vez y la tecla *intro*. Si eso no diera resultado... Tiene que haber un agujerito en la parte posterior... —Levantó el ordenador y sopló para eliminar el polvo—. Aquí está. Introduzca una cerilla; casi siempre resulta. Si sigue fallando, desenchúfelo.

—Lo siento muchísimo —dije, emocionada—. Soy una ignorante en estas lides; hasta vergüenza me da. Algún día aprenderé. Tendré que hacer un cursillo.

—No se preocupe —replicó—. Las mujeres no están hechas para manejar los ordenadores. Para eso se inventaron los hombres.

Yo tenía un poco de prisa porque quería arreglar todas mis cosas, pero no me parecía correcto acompañarlo sin más a la puerta.

—Le prepararé el café —dije—. Si lo encuentro.

—¿Me permite utilizar su cuarto de baño?

—Sí, está por aquí. Le pido disculpas por el desorden.

—¿Cuánto le debo? —pregunté.

—No se preocupe —contestó Morris—. No puedo cobrarle por lo que he hecho.

—Pero eso es absurdo; al menos cóbreme el desplazamiento...

—El café será suficiente —dijo sonriendo.

—¿Y cómo puede ganarse la vida si va por ahí haciendo cosas a cambio de nada? ¿Acaso es usted una especie de Mahatma?

—No, no. Hago muchas cosas relacionadas con los ordenadores; programación de *software*, clases... Esto no es más que un *hobby*. —Hizo una pausa—. Y usted, ¿a

qué se dedica?

Siempre me invadía una sensación de desaliento cuando tenía que ofrecer esta explicación en particular.

—No es exactamente un trabajo, y tampoco lo calificaría de profesión, pero de momento trabajo de animadora. De fiestas infantiles.

—¿Cómo?

—Yo y mi compañero Zach, quiero decir, mi compañero de trabajo, vamos a fiestas de niños y hacemos cosas como dejarles acariciar un jerbo... creamos formas con globos, montamos espectáculos de marionetas...

—Qué curioso —dijo Morris.

—No es exactamente ciencia espacial, pero es una manera como otra de ganarse la vida. Por eso necesito el ordenador, para llevar las cuentas y todo eso. Le repito que lo siento muchísimo, Morris, no me gusta hacer perder el tiempo a los demás. No creo que le haga mucha gracia mi representación de mujer desvalida.

—¿Y no se lo podía haber arreglado su novio?

—¿Qué le hace pensar que tengo novio? —repliqué con una expresión ligeramente insinuante.

Morris se puso rojo.

—No quería ser indiscreto —dijo—. Pero en el cuarto de baño he visto espuma de afeitar, dos cepillos de dientes...

—Ah, bueno. Max, es decir, la persona con quien yo salía, se dejó algunas cosas cuando se fue hace un par de semanas. Cuando me dedique a hacer limpieza, todo eso irá a parar directamente a la bolsa de la basura.

—Perdón —dijo.

No me apetecía hablar de aquello.

—O sea, que ahora mi ordenador funciona a la perfección —dije jovialmente mientras apuraba mi taza de café.

—¿Cuánto tiene? ¿Tres años? —preguntó.

—No lo sé. Pertenecía al amigo de un amigo.

—No sé cómo puede trabajar con una cosa así. Es como atravesar una zona pantanosa vestida de gala —dijo Morris. Lo estudió con los ojos entornados—. Necesita un poco más de memoria. Unos «hámsteres» más rápidos. Nada más.

—Disculpe. ¿Ha dicho hámsteres más rápidos? ¿Y eso qué es?

Me miró sonriendo.

—Perdone. Es una manera de hablar.

—Yo tenía un hámster cuando era pequeña. Y no era nada rápido.

—Lo único que quiero decir es que su aparato es un artilugio de la Edad de Piedra.

—Eso no suena nada bien.

—Por mil libras podría tener una máquina mil veces más potente. Podría conectarse a Internet y tener su propia página web. Y una hoja de cálculo para llevar

sus cuentas. Yo puedo instalárselo, si usted quiere. Entonces me vería en mi papel de experto asesor informático.

La cabeza empezó a darme vueltas.

—Es muy amable, Morris, pero creo que me está confundiendo con una mujer capaz de enfrentarse con el mundo.

—No, Nadia, se equivoca. Tener un equipo como es debido le facilitaría las cosas. Le permitiría controlarlo todo mejor.

—No —dije con firmeza—. No quiero un ordenador que pueda hacer más, sino uno que pueda hacer menos. No quiero ninguna página web. Tengo seis meses de plancha por delante.

Morris pareció decepcionarse y depositó la taza de café sobre la mesa.

—Si cambia de idea —dijo—, aquí tiene mi tarjeta.

—Por supuesto.

—Y a lo mejor podríamos..., bueno, quedar alguna vez para tomar una copa.

Llamaron al timbre. Zach. Gracias a Dios. Es un dato estadístico comprobado que el setenta y nueve por ciento de los hombres que conozco me piden que salgamos juntos. ¿Por qué no intimido más a los hombres? Lo miré. No oí ninguna música celestial. No.

—Es mi compañero —expliqué—. Tenemos que irnos pitando. Y..., —hice una significativa pausa— no me siento con ánimos en estos momentos. No estoy preparada aún para eso. Lo siento.

—Naturalmente —dijo Morris—. Lo comprendo.

Fue muy amable de su parte. Me siguió hasta la puerta y se lo presenté a Zach mientras se cruzaban en el umbral.

—Te presento a Morris. Repara ordenadores a domicilio, y gratis —dije.

—¿De veras? —preguntó Zach con interés—. Pues el mío hace cosas muy raras. Tal vez podría echarle usted un vistazo...

—Lo siento —contestó Morris—. Ha sido una oferta única, que no volverá a repetirse.

—Siempre me ocurre lo mismo —dijo Zach con semblante abatido.

Morris me saludó con un simpático movimiento de cabeza y se fue.

La he encontrado. La tercera ideal. Es bajita como las otras, pero fuerte y rebosante de energía. Emite una especie de resplandor. Piel de color miel, sedoso cabello castaño, aunque totalmente enmarañado, ojos de color avellana, pecas cobrizas diseminadas por la nariz y las mejillas. Colores otoñales para el final del verano. Barbilla firme. Dientes blancos. Sonríe con facilidad; echa un poco la cabeza hacia atrás cuando ríe; gesticula al hablar. Ésta no es tímida; se comporta con soltura. Como un gato alrededor del fuego. Su piel parece cálida. Tenía la mano caliente y seca cuando se la estreché. Comprendí nada más verla que era la adecuada. Mi

desafío. Mi novia. Nadia.

—Tendríamos que preparar otro número. —Zach frunció el entrecejo por encima de su espumoso batido de leche de color rosa—. O añadir algo nuevo, al menos.

—¿Por qué?

—Por si nos vuelven a llamar para actuar en alguna casa.

Realizo dos trucos de magia (tres, si contamos el de la varita mágica que se pliega cuando acciono una palanquita que hay en la base, truco que asombra a cualquiera que tenga menos de cuatro años). El primero consiste en introducir un pañuelo blanco de seda en una bolsa vacía —los niños saben que está vacía porque varios de ellos han introducido sus mugrientas manitas en ella antes de empezar— y después, como por ensalmo, cuando lo saco, es de color rosa y morado. En el segundo hago aparecer y desaparecer unas bolas. Son trucos sencillos, extremadamente sencillos. Rudimentarios. Pero los he ido perfeccionando a lo largo de los años. Se trata de engañar al público, y después, cuando se quedan boquiabiertos de asombro, resistir la tentación de repetirlo. Y jamás hay que desvelar el truco, ni siquiera a los curiosos progenitores. Una vez se lo dije a Max. Hice el número de las bolas, y se quedó asombrado. Le picó la curiosidad: «¿Cómo lo haces? ¿Cómo lo haces?». Al final se lo enseñé, y en su rostro se dibujó una expresión de decepción. «¿Eso era todo?», «¿Qué esperabas? —le grité—. Se trata de un simple truco».

También hago juegos malabares. Sólo con tres bolas, como todo el mundo. Ningún objeto duro. Pero no uso simplemente saquitos de habas multicolores, sino plátanos, zapatos, tazas, ositos de peluche y paraguas. A los chiquillos les encanta que rompa huevos cuando hago malabarismos. Creen que lo hago adrede, que estoy haciendo el payaso.

A Zach los espectáculos de marionetas se le dan mucho mejor que a mí. Yo sólo puedo hacer dos voces distintas y ambas suenan exactamente igual. A veces jugamos con los niños a preparar comidas. Te presentas con todos los ingredientes y les enseñas a hacer tartas de bizcocho, pegajosos glaseados y hamburguesas, y les enseñas a cortar bocadillos redondos de jamón con utensilios para cortar la pasta. Después los niños se lo comen todo mientras tú limpias y vuelves a dejar los utensilios en su sitio. Con un poco de suerte, la madre te ofrece una taza de té.

Yo soy la payasa, la bromista ruidosa, jovial y caótica que siempre triunfa tras superar las dificultades. Zach es el serio, el acompañante. Acabábamos de actuar en la fiesta de una niña de cinco años llamada Tamsin —en una habitación llena de pequeñas tiranas vestidas como si fueran merengues— y estaba sudorosa y agotada tras haberme pasado el rato desgañitándome. Estaba deseando regresar a casa, echarme un rato y leer el periódico en la bañera.

—Insectos —dijo de repente Zach—. Hay uno que lleva bichos y reptiles a las

fiestas infantiles y los niños se limitan a tocarlos. Es más que suficiente.

—Yo no pienso tener insectos y reptiles en mi apartamento.

Zach sorbió ruidosamente y con aire pensativo su batido de leche.

—Podríamos buscar insectos que picaran a los niños. No, eso no daría resultado. Nos denunciarían. Lo mejor sería uno que les transmitiera una grave enfermedad, pero que se les manifestara tiempo después.

—Sería estupendo.

—¿No odias el «Cumpleaños feliz»? —preguntó.

—Con toda mi alma.

Nos miramos sonriendo.

—Hoy los malabarismos te han salido fatal.

—Lo sé. Estoy desentrenada. No creo que vuelvan a llamarnos. Pero no me importa, porque el padre de Tamsin me ha rodeado con su brazo. —Me levanté para irme—. ¿Quieres compartir el taxi?

—No, gracias.

Nos dimos un beso y nos despedimos.

Desde que Max se fue, hace unas semanas, regresar al apartamento me resulta extraño. Me había acostumbrado a tenerlo en casa: la tapa del inodoro siempre levantada; el armario lleno de trajes y camisas suyas; el zumo de naranja recién exprimido y beicon en el frigorífico; otro cuerpo en la cama, que me decía por la noche que era guapa y por la mañana que hiciera el puñetero favor de levantarme porque volvía a llegar tarde; alguien a quien prepararle la comida; alguien que me la preparaba a mí y que me frotaba la espalda y me ordenaba que desayunara. Alguien con quien hacer planes y por quien modificar mi vida. Aunque a veces lamentaba esa restricción de mi libertad. Max me reprendía y me instaba a ser más ordenada y organizada. Me consideraba una holgazana, una soñadora, y lo que antes le gustaba de mí ahora lo sacaba de quicio. Pero aun así yo echaba de menos el compartir mi vida con alguien. Tenía que aprender a vivir sola otra vez. Las delicias del egoísmo: podría volver a comer chocolate en la cama, prepararme gachas de avena para cenar, ver *Sonrisas y lágrimas* en vídeo, pegar notas adhesivas en la pared y estar de mal humor sin tener que preocuparme por ello. Podría conocer a alguien y empezar de nuevo el vertiginoso, delicioso y embriagador círculo.

A mi alrededor, todos mis amigos estaban sentando la cabeza. Trabajaban en oficios para los que se habían preparado, tenían planes de pensión y proyectos de futuro, hipotecas, lavadoras y horarios de oficina. Muchos estaban casados, y algunos incluso tenían hijos. Puede que fuera por eso por lo que Max y yo nos habíamos separado. Estaba claro que no abriríamos una cuenta bancaria conjunta ni tendríamos hijos con su cabello y mis ojos.

Estaba empezando a realizar complicados y temibles cálculos acerca de la

cantidad de vida que había vivido y del tiempo que me quedaba por delante; de lo que había hecho y de lo que haría. Tengo veintiocho años. Apenas fumo y como mucha fruta y verdura. Subo por las escaleras en lugar de utilizar el ascensor y antes me gustaba correr. Calculo que me quedan por lo menos cincuenta años por delante, tal vez sesenta, tiempo suficiente para aprender a revelar mis películas, practicar *rafting* en los rápidos y ver la aurora boreal.

Y para conocer al hombre de mis sueños, o más bien a los hombres de mis sueños. La semana pasada leí en un periódico un reportaje en el que decían que muy pronto las mujeres podrían tener hijos a los sesenta y tantos años, y me sentí animada.

Seguramente Max estará en la fiesta de esta noche, pensé. Mientras regresaba a casa entre atasco y atasco prometí ponerme guapa. Me lavaría el cabello, me pondría el vestido rojo y me reiría y coquetearía y bailarí, y él vería lo que se ha perdido y se daría cuenta de que a mí me importa un carajo. No estoy sola sin él.

Me lavé el pelo. Me planché el vestido. Me di un baño con muchos potingues y velas encendidas alrededor, a pesar de que aún era de día. Después me comí dos tostadas con pasta de extracto de levadura y una fresca y reluciente nectarina.

Al final resultó que Max no estaba en la fiesta, y después de un rato dejé de mirar cada vez que alguien entraba por la puerta. Conocí a un tipo llamado Robert, un abogado de espesas cejas, y a otro llamado Terence, que era un pelma. Bailé más bien como una loca con mi antiguo novio Gordon, que era quien me había presentado a Max meses atrás. Hablé un rato con Lucy, cuyo trigésimo aniversario estábamos celebrando, y con su nueva pareja, que medía más de dos metros y llevaba el cabello teñido de rubio. El pobre hombre tenía que inclinarse para conversar conmigo, lo cual hacía que me sintiera como una enana o como una niña pequeña. A las once y media me largué y me fui a cenar a un restaurante chino con mis viejos amigos Cathy y Mel, y acabé un poco achispada pero de buen humor. Chuletas de cerdo, fideos y vino peleón. De pronto empecé a sentir frío y cansancio. Lo único que me apetecía era ir a casa y tumbarme en mi cama de matrimonio.

Cuando regresé al apartamento, era más de la una. Camden Town empieza a animarse después de medianoche. Las calles estaban llenas de gente rara, unos muy animados y otros alicaídos. Un tipo con una coleta verde trató de agarrarme, pero yo me solté y lo mandé a la mierda. Cerca de mi casa, una chica muy guapa y ligera de ropa giraba en la acera como una peonza. Nadie le prestaba la menor atención.

Entré dando trompicones y encendí la luz del vestíbulo. Sobre el felpudo había un sobre. Lo recogí y examiné la letra. No la reconocía. Un pulcro texto negro en letra inclinada: *Señorita Nadia Blake*. Deslicé el dedo por debajo de la solapa engomada y extraje la carta.

—¿Saqué también el apartamento?

—¿Qué quiere decir?

Links señaló el desbarajuste, los cojines por el suelo, los papeles amontonados sobre la alfombra.

—No —dije—. Eso es culpa mía. He estado muy ocupada últimamente. Sí, tengo que ordenar todo esto.

El inspector se quedó momentáneamente desconcertado, como si acabara de despertar y no supiera muy bien dónde estaba.

—Mmm... señorita... mmm...

—Blake.

—Sí, señorita Blake, ¿le importa que fume?

—No, en absoluto.

Busqué un cenicero y encontré uno que, por casualidad, tenía la forma de la isla de Ibiza. Enseguida empecé a preocuparme por las posibles asociaciones con la droga, pero el inspector jefe Links tenía al parecer cosas más importantes en que pensar. No ofrecía un aspecto muy saludable. Un tío mío ha sufrido tres infartos y sigue fumando a pesar de que no tiene fuerzas ni para succionar el cigarrillo lo suficiente para mantenerlo encendido. Y un amigo de Max aún está recuperándose de una grave crisis nerviosa por la que tuvieron que ingresarlo. Eso ocurrió hace un año, pero aún sigue hablando con la trémula voz de quien reprime las lágrimas. Links me recordaba a los dos. Verle encender el cigarrillo era como una escena de suspense; le temblaban tanto los dedos que apenas podía acercar la cerilla al extremo, y cuando lo conseguía era sólo por espacio de un insuficiente microsegundo. Parecía que estuviera encendiéndolo en la cofa de un pesquero de arrastre del mar del Norte en vez de en mi salón, relativamente exento de corrientes de aire.

—¿Se encuentra mal? —le pregunté—. ¿Quiere tomar algo? ¿Le apetece una taza de té?

Links iba a decir algo, pero le dio un acceso de tos bronquítica extremadamente intenso y lo único que pudo hacer fue menear la cabeza.

—¿Un poco de miel con limón?

Seguía estremeciéndose. Extrajo de un bolsillo un pañuelo de aspecto algo sucio y se secó los ojos. Cuando habló, lo hizo en un susurro que me obligó a inclinarme hacia delante para entender lo que estaba diciendo.

—Es cuestión de... —hizo una pausa. Perdía constantemente el hilo—. De establecer el acceso. Es decir, quién tiene acceso a su casa.

—Sí —dije en tono cansado—, eso ya lo ha dicho. Me parece una molestia excesiva por una simple carta de un loco. Llevará mucho trabajo. Hay mucha gente

que ha pasado por aquí. Antes mi novio estaba constantemente. Aquí entran y salen muchas personas. Hace no mucho estuve fuera un par de meses y una amiga mía se quedó en el apartamento. Al parecer, durante ese tiempo, ésta fue una casa abierta prácticamente a todo el mundo.

—¿Y dónde está ahora esa amiga? —preguntó Links, emitiendo algo así como un débil jadeo.

—Creo que en Praga. Tenía que hacer no sé qué trabajo allí.

Links se volvió y miró a su compañero. El otro policía, el inspector Cameron Stadler, parecía encontrarse en mejores condiciones que él para suscribir un seguro de vida. Un poco demacrado tal vez, pero había algo atractivo en él. Su actitud era de impasibilidad absoluta. Llevaba el cabello bien peinado hacia atrás, tenía pómulos pronunciados y unos ojos oscuros que clavaba a cada segundo en mí como si yo fuera algo interesante de observar; pero me miraba de una manera un poco rara: hacía que me sintiera como un accidente de tráfico, más que como una mujer. Se dirigió a mí por primera vez:

—¿Tiene usted idea de dónde puede proceder esa nota? ¿Ha recibido algo parecido? ¿Alguna llamada amenazadora? ¿Encuentros extraños con personas?

—Bueno, encuentros extraños he tenido muchos. —Links pareció animarse y perdió momentáneamente su aspecto de muerto viviente—. Mi trabajo me obliga a visitar casas distintas. Tengo que explicarles que no soy una ladrona. —No sonrieron en absoluto. Ni por asomo—. Mi compañero y yo somos animadores de fiestas infantiles; entretenemos a los niños en sus fiestas. No pueden imaginar la cantidad de gente con que una se tropieza. Les aseguro que el hecho de ser magreada por el padre del niño de cinco años para quien acabas de actuar mientras la madre está en la cocina encendiendo las velitas del pastel..., bueno, devalúa la opinión que una pueda tener de la naturaleza humana.

Links apagó el cigarrillo a medio fumar y encendió otro.

—Señorita, ejem... —Consultó su cuaderno de notas—. Señorita, ejem... —Al parecer, tenía dificultades para leer sus notas—. Ejem..., Blake. Tenemos motivos, ejem, para pensar que en estos momentos o en los últimos meses puede que, ejem, haya habido otras mujeres que esta persona pueda haber, ejem, convertido en objeto de su interés. —Miraba constantemente a Stadler como si buscara apoyo moral—. Por consiguiente, uno de los objetivos de nuestras investigaciones será establecer o, mejor dicho, tratar de establecer, las posibles conexiones entre ellas.

—¿Quiénes son?

Links volvió a carraspear. Stadler no hizo el menor intento de echarle una mano. Se limitaba a permanecer sentado, mirándome fijamente.

—Bueno —dijo al final—, puede que en esta fase de las pesquisas no resulte, ejem, apropiado facilitar detalles concretos. Podría obstaculizar ciertos aspectos de la investigación.

—¿Teme que pueda ponerme en contacto con ellas?

Links sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Yo miré a Stadler. Por primera vez, éste no me devolvió la mirada. Al parecer había descubierto algo extremadamente interesante en su cuaderno de apuntes.

—Procuraremos mantenerla informada sobre el curso de nuestras investigaciones —dijo Links.

—¿Investigaciones? —pregunté—. Pero si sólo se trata de una carta.

—Estas cosas hay que tomarlas en serio. Además, contamos con una psicóloga, la doctora Grace Schilling, que es experta en, ejem... Ya tendría que estar aquí... —Consultó su reloj—. Llegará de un momento a otro...

Se produjo un momento de silencio.

—Mire —dije yo al fin—, no me tomen el pelo. Hace aproximadamente un año entraron en mi casa, aunque no se llevaron nada. Al parecer la policía no le concedió mucha importancia al asunto, porque tardaron un día en venir y se lo tomaron con muy poco interés. Y ahora, por esta desagradable cartita de nada, montan todo este lío. ¿Qué es lo que pasa? ¿No tienen auténticos crímenes gordos que resolver?

Stadler cerró su cuaderno de notas y se lo guardó en el bolsillo.

—Se nos ha acusado de no ser suficientemente sensibles a los delitos contra las mujeres —dijo—. Y nosotros nos tomamos muy en serio las amenazas de este tipo.

—Ah, ya —repliqué—. Eso es bueno, supongo.

La doctora Schilling era la clase de mujer que yo envidiaba. Tenía aspecto de haber sido una alumna aventajada en la escuela, de esas que siempre sacan buenas notas, y seguía siendo inteligente. Además, vestía con bastante elegancia; hasta en eso se notaba su inteligencia. Tenía un precioso cabello rubio, que llevaba recogido hacia arriba de cualquier manera, como dando a entender que no le daba importancia. No era, por supuesto, la clase de persona a la que puedes sorprender haciendo la vertical delante de un vociferante grupo de chiquillos. Si hubiera sabido que venía, habría arreglado un poco el apartamento. Lo único que me molestaba era lo extremadamente seria que estaba y el semblante casi triste de preocupación que mostraba al dirigirse a mí. Parecía que estuviera presentando un programa religioso en la tele.

—Al parecer, hasta hace poco mantenía usted una relación con un hombre —dijo.

—Puedo asegurarle que la carta no la ha escrito Max. Por mil razones, entre ellas porque tendría dificultades hasta para escribirle una carta al lechero. Además fue él quien se marchó.

—Aun así, cabe suponer que se encontraba usted en un estado de vulnerabilidad.

—Bueno, más bien en un estado de cabreo.

—¿Cuánto mide usted, Nadia?

—No me lo recuerde. Procuro no pensar en ello. Algo más de metro cincuenta. Una enana emocionalmente vulnerable. ¿Es eso lo que pretende demostrar? Si es por

eso, usted debe de estar divinamente bien.

Ni siquiera sonrió.

—¿Tengo que preocuparme?

Ahora la pausa fue muy larga.

Cuando la doctora Schilling habló, lo hizo con gran precisión.

—No creo que alarmarse sea..., bueno, muy provechoso. Pero considero que debería usted comportarse como si estuviera preocupada, simplemente para ir un poco más sobre seguro. La han amenazado. Usted tiene que comportarse como si la amenaza significara justo lo que dice.

—¿Creen ustedes de veras que alguien pretende matarme sin motivo?

La doctora adoptó un aire pensativo.

—¿Sin motivo? —dijo—. Hay muchos hombres que creen tener buenos motivos para acosar o asesinar a mujeres. Puede que estos motivos no nos convenzan ni a usted ni a mí. Pero eso no sirve de consuelo, ¿verdad?

—A mí no me sirve de consuelo, por supuesto —contesté.

—No —dijo la doctora Schilling con voz casi inaudible, como si estuviera hablando con otra persona, con alguien a quien yo no podía ver.

Permanecieron mucho tiempo en el apartamento. Al cabo de unas dos horas Links recibió un mensaje y se fue, pero Stadler y la doctora Schilling se quedaron. Mientras ésta hablaba conmigo, Stadler salió y regresó con bocadillos, bebidas, leche y fruta. Después, mientras él me acompañaba en un recorrido por el apartamento para examinar las condiciones de seguridad (que deberían ser incrementadas considerablemente), la doctora Schilling se dirigió a la cocina y preparó un poco de té. Hasta oí el tintineo y el chapoteo de cacharros que eran lavados en el fregadero. Regresó con unas tazas. Stadler se quitó la chaqueta y se remangó.

—Hay atún con pepino, salmón con pepino, ensalada de pollo, jamón con mostaza —anunció.

Yo cogí el de jamón y la doctora Schilling el de atún, lo cual me indujo a pensar que el atún debía de ser mucho más sano y que mi elección no había sido la correcta.

—¿Es usted algo así como una agente de policía especializada en medicina? —le pregunté.

Tenía la boca llena, por lo que sólo pudo menear la cabeza mientras trataba de tragar un bocado. Experimenté una sensación de triunfo. La había sorprendido en una situación indecorosa.

—No, no —contestó, como si la hubiera insultado—. Yo sólo actúo como asesora.

—¿A qué se dedica usted, entonces?

—Trabajo en la Clínica Welbeck —contestó.

—Y eso ¿qué es?

—Grace es demasiado modesta —terció Stadler—. Es una eminencia en su especialidad. Tiene usted suerte de tenerla de su parte.

La doctora Schilling lo miró severamente y se puso roja, según mi parecer más de cólera que de turbación. Todas aquellas miradas y apartes para hablar en susurros hacían que me sintiera como una intrusa entre un grupo de viejos amigos que tienen sus propios códigos de lenguaje, su jerga y una larga historia en común.

—Sí, claro... —balbucí—. Yo soy animadora de fiestas infantiles. Normalmente no voy muy agobiada de tiempo en los días laborables, cuando todo el mundo está en su despacho. Pero usted, doctora Schilling...

—Por favor, Nadia, llámeme Grace —musitó ella.

—De acuerdo, Grace. Sé que los médicos son personas increíblemente ocupadas, cosa que he podido comprobar siempre que he necesitado ver a alguno de ellos. Confieso con toda sinceridad que me resulta muy agradable permanecer sentada aquí charlando y estoy sumamente dispuesta a hablar de mi vida con todo el detalle que usted quiera. Pero me pregunto por qué razón una psiquiatra tan importante como

usted está sentada en el suelo de un miserable apartamento de Camden Town, comiéndose un bocadillo de atún. No mira el reloj, no recibe llamadas en su móvil. Todo eso me parece muy raro.

—No es extraño —dijo Stadler, limpiándose la boca. Había elegido el de salmón. Apuesto a que el bocadillo de jamón era no sólo el menos sano sino también el más barato—. Pretendemos elaborar un plan de acción. Queremos ofrecerle una protección informal y el propósito de esta reunión es decidir de qué tipo. En cuanto a la doctora Schilling, es una autoridad en materia de acosos de esta clase, y cumple dos objetivos. El más importante, como es natural, es ayudarnos a encontrar a la persona que la ha amenazado. Y para poder hacerlo debe examinarla a usted y conocer su vida, con objeto de intentar averiguar qué es lo que ha impulsado a ese loco a comportarse así.

—O sea, que la culpa es mía, ¿no? —dije—. Yo lo he provocado.

—La culpa no es suya en absoluto —se apresuró a corregir Grace—. Pero él la ha elegido a usted.

—Creo que están exagerando —repliqué—. Este tío se divierte enviando cartas groseras a las mujeres porque en realidad les tiene miedo. ¿Y qué importancia puede tener eso?

—Se equivoca —dijo Grace—. Una carta así es un acto violento. Un hombre que envía una carta como ésta tiene... bueno, puede que haya... traspasado un límite. Hay que considerarlo peligroso.

La miré, perpleja.

—¿Cree que no estoy suficientemente asustada?

Apuró su taza de té. Parecía que tratara de ganar tiempo.

—Yo puedo aconsejarle lo que conviene que haga —dijo—. Sin embargo, no creo que deba decirle lo que tiene que sentir. Deme la taza. Voy por un poco más de té.

Asunto concluido. Stadler carraspeó.

—Lo que a mí me gustaría —dijo—, si a usted le parece bien, es que me hablara un poco de su vida, de sus amigos, con qué clase de personas trata, sus costumbres, ese tipo de cosas.

—Usted no tiene pinta de policía —le dije.

Experimentó un pequeño sobresalto, pero después esbozó una sonrisa.

—¿Y qué pinta tienen los policías? —preguntó.

No era un hombre fácil de poner en aprietos; al menos a mí me costaba. Jamás había conocido a nadie que me mirara a los ojos de aquella manera, casi como si intentara verme por dentro. ¿Qué pretendía ver?

—No sé —respondí—. No tiene aspecto de policía. Parece más bien..., —y aquí me callé, porque estaba a punto de decir que era demasiado guapo para ser un policía, lo cual no sólo era un comentario profundamente estúpido, sino que, además, se encontraba a años luz de ser adecuado a la situación, y Grace acababa de entrar en la habitación con una nueva remesa de té... normal —dije, terminando la frase con

cierto retraso.

—¿Eso es todo? —preguntó él—. Pensé que iba a decirme algo más bonito.

Hice una mueca.

—Pues yo creo que es bonito no tener pinta de policía.

—Depende de la pinta que usted piense que tienen los policías.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Grace con una pizca de ironía.

Entonces sonó el teléfono. Era Janet. Quería confirmar nuestra cita. Tapé el micrófono con la mano.

—Es una de mis mejores amigas —expliqué en un susurro como de apuntador de teatro—. Había quedado con ella para salir a tomar algo después de cenar. Por cierto, seguro que ella tampoco ha escrito la carta.

—Será mejor que no salga —dijo Stadler.

—¿Habla usted en serio?

—Denos este gusto.

Hice otra mueca y le puse una excusa a Janet. Fue muy comprensiva, naturalmente. Le apetecía charlar un rato conmigo, pero yo abrevié la conversación. Grace y Stadler parecían demasiado interesados en lo que yo decía.

—¿Es una broma? —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy empezando a sentirme perseguida —contesté—, pero no por el pobre desgraciado que ha escrito la carta. Me siento como un insecto traspasado por un alfiler sobre una cartulina. Todavía estoy moviéndome y alguien me está examinando a través de un microscopio.

—¿Eso es lo que usted siente? —preguntó Grace en tono muy serio.

—Vamos, no empecemos —dije con vehemencia—. Por el amor de Dios, no me diga que eso es significativo.

En cualquier caso, era sólo la mitad de lo que sentía. Nos pasamos toda la tarde sentados allí. Preparé té y café, y les ofrecí unas galletas que encontré en una caja de metal. Saqué el montón de papeles a los que yo llamo diario, e incluso repasé mi agenda y hablé de mi vida. De vez en cuando me hacían una pregunta. Por primera vez en muchos días empezó a llover, y de repente ya no me sentí un bicho raro al que examinaran antes de practicar una disección, sino alguien que estaba pasando el rato con dos nuevos amigos, en cierto modo extraños. Sentada en el suelo mientras la lluvia resbalaba por los cristales de las ventanas, experimenté la sensación más tranquilizadora que había sentido en mi vida.

—¿De veras sabe usted hacer malabarismos? —me preguntó Stadler en determinado momento.

—¿Qué si sé? —repliqué en tono agresivo—. Espere a ver. —Miré a mi alrededor—. Había unas piezas de fruta en el cuenco.

Cogí dos arrugadas manzanas y una mandarina, y una nube de minúsculos mosquitos se elevó en el aire. Algo se estaba estropeando allí dentro.

—Esto servirá —dije—. Observen.

Empecé a hacer malabarismos con la fruta y después comencé a ir de un lado a otro de la habitación. Tropecé con un cojín y la fruta cayó al suelo.

—Esto puede darles a ustedes una idea aproximada.

—¿Sabe hacer algo más? —preguntó Stadler.

Solté una especie de bufido burlón.

—Hacer malabarismos con cuatro bolas es muy aburrido —dije—. Sostienes dos en cada mano y las lanzas arriba y abajo sin intercambiarlas.

—¿Y qué me dice si son cinco?

Volví a emitir otro bufido.

—Cinco ya es una cuestión de locos. Te tienes que pasar tres meses sentada sola en una habitación sin hacer nada más. Me guardo lo de las cinco bolas para cuando me encierren en la cárcel o me haga monja o me pierda en una isla desierta. Yo actúo para niños pequeños, y además se trata sólo de una fase por la que estoy pasando mientras decido qué hacer con el resto de mi vida.

—Eso no es ninguna excusa —dijo Stadler—. Queremos ver las cinco bolas, ¿verdad?

—Como mínimo —dijo Grace.

—Cállense —dije—, si no quieren que les enseñe mis trucos de magia.

No puedo explicar qué ocurrió a continuación. O al menos no puedo explicarlo de manera coherente.

Grace Schilling se fue. Apoyó una mano en mi hombro al despedirse y me miró como si estuviera a punto de darme un beso o de echarse a llorar. O de decir algo tremendamente serio. Después Stadler me dijo que habían dispuesto que una mujer policía, la agente Burnett, se encargara de mi seguridad.

—Pero no se quedará aquí, ¿verdad?

—No, ahora pensaba explicárselo. Lynne Burnett es la agente encargada de protegerla. Por la noche, ella o algún otro agente montará guardia en el exterior de la casa, casi siempre en el interior de un coche normal, no de la policía. Durante el día podría entrar algún rato a la casa, pero eso ya dependerá de usted.

—¿Ha dicho por la noche? —pregunté.

—Así tendrá que ser de momento.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Estará por aquí?

Me miró un par de segundos más de lo debido. Yo estaba a punto de decir cualquier cosa cuando sonó el timbre de la puerta. Me sobresalté, parpadeé y lo miré mientras esbozaba una adormilada sonrisa.

—Debe de ser Lynne —dijo él.

—¿No va a abrir?

—Es su apartamento.

—Pero debe de ser para usted.

Giró sobre sus talones y fue a abrir la puerta. Era Lynne, efectivamente, una mujer más joven que yo, aunque no mucho, y bastante agraciada. Tenía un lunar morado de gran tamaño en la mejilla. No vestía de uniforme; llevaba unos vaqueros y una camiseta y sostenía en la mano una chaqueta de color azul claro.

—Soy Nadia Blake —dije, tendiéndole la mano—. Perdona todo este desorden, pero no esperaba visitas precisamente.

Me sonrió y se ruborizó.

—Procuraré molestarla lo menos posible, a no ser que usted me necesite para algo —dijo—. Y se me da bastante bien ordenar las cosas, pero sólo si usted quiere ordenarlas —se apresuró a añadir.

—Últimamente las cosas se me han ido un poco de las manos —reconocí.

Miré a Stadler sonriendo, pero éste no me devolvió la sonrisa sino que se limitó a observarme con aire pensativo. Fui a mi dormitorio y me senté en la cama a la espera de que él se fuera. Me sentía cansada y extraña. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué haría toda la noche con Lynne dando vueltas a mi alrededor? Ni siquiera podría relajarme yendo temprano a la cama con una tostada untada con queso.

Hubiera podido ser peor. Cenamos huevos fritos y judías con salsa de tomate. Lynne me habló de sus siete hermanos y me dijo que su madre era peluquera. Arregló un poco el apartamento, como si necesitara tener las manos ocupadas en algo. Luego salió, pero no se marchó, claro, sino que se sentó en su automóvil. Me dijo que a la noche siguiente la relevarían otros agentes; ella también tenía que dormir alguna vez. Tomé un prolongado baño caliente hasta que se me arrugaron las yemas de los dedos. Al salir de la bañera miré a la calle a través de un resquicio de las cortinas y vi la silueta de Lynne en el interior del vehículo. ¿Estaba leyendo o escuchando la radio? No sabía. Probablemente no le estaba permitida ninguna distracción. Me pregunté si hubiera tenido que salir y ofrecerle un plato de sopa o un café. Me fui a la cama.

Al día siguiente Lynne me acompañó a hacer la compra y más tarde permaneció sentada mientras yo escribía cartas. Hubo un momento embarazoso cuando llamó Zach y quedamos en que pasaría por casa para repasar nuestra agenda de actividades. Colgué el teléfono y la miré.

—Mmm... —dije.

—Esperaré fuera —reaccionó ella de inmediato.

—Es que...

—No se preocupe.

A primera hora de la noche sonó el timbre de la puerta y Lynne abrió. Era Stadler. Vestía de oscuro y llevaba una carpeta de aspecto muy serio.

—Hola, señor inspector —le dije dulcemente.

—Vengo a relevar un rato a Lynne. —Su expresión era impasible. Nada de sonrisas—. ¿Todo bien?

—Pues sí, muy bien, gracias.

—Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

Se sentó en el sofá y yo me acomodé en el sillón, enfrente de él.

—¿Qué preguntas son ésas, señor inspector?

Tenía unas manos muy bonitas. De largas y cuidadas uñas.

Abrió la carpeta y rebuscó entre los papeles.

—Quería hacerle unas preguntas acerca de sus antiguos novios —dijo.

—Pero si ya me las ha hecho.

—Lo sé, pero...

—¿Qué es lo que sabe usted? Creo que preferiría hablar de mis pasadas relaciones con Grace Schilling.

Respiró hondo. Parecía incómodo. Pero a mí me daba igual.

—Podría serle útil... —empezó a decir, pero yo lo interrumpí.

—No quiero facilitarles más detalles sobre mi vida.

Stadler me miró y ya no bajó la vista hacia sus notas. Me levanté y me alejé de él.

—Tomaré una copa de vino. ¿Le apetece? Y no me diga que no puede porque está

de servicio.

—Quizá una pequeña.

Llené dos copas de vino blanco. Ninguna de las dos era pequeña. Salimos al jardín. Mi patio linda con un recinto industrial donde almacenan contenedores, pero era mejor que permanecer encerrados dentro. La lluvia, que había estado cayendo desde la víspera, había cesado y el aire era fresco. Las hojas del peral brillaban.

—Cualquier día de éstos me pondré a arreglar el jardín —dije, mientras ambos permanecíamos de pie entre las plantas, que ya habían empezado a germinar—. Esto empieza a parecer una selva. Las malas hierbas lo están invadiendo todo.

—Es un lugar muy íntimo. Nadie puede ver nada desde fuera.

—Eso es verdad.

Tomé un sorbo de vino. Stadler sabía muchas cosas sobre mí. Sabía en qué trabajaba, conocía detalles de mi familia, mis amigos y mis novios; los resultados de mis exámenes y mis asuntos personales. Las cosas que me gustaban; por ejemplo, los coches descapotables, tener mejor voz para cantar y más dignidad; y las cosas que me daban miedo, como los ascensores y las alturas, las serpientes y el cáncer. Había conversado con él y con Grace como se habla con un amante en la cama después de hacer el amor mientras fuera está oscuro y reina el silencio; les había revelado mis secretos y mis intimidades. Y, sin embargo, yo no sabía nada de él, nada en absoluto. Y eso me producía una sensación de vértigo.

Nos acercamos el uno al otro. Ya estamos en las mismas, pensé: a punto de cometer otro grave error. Mientras lo pensaba, se me enganchó el pie en una gruesa zarza y tropecé. Solté la copa y caí de rodillas sobre la alta hierba mojada. Stadler se arrodilló a mi lado y me cogió por los codos.

—Vamos, levántese —dijo con voz áspera—. Vamos, Nadia.

Le rodeé el cuello con mis brazos y él no apartó la mirada. No sabría decir por qué, pero lo besé con fuerza en la boca. Sus labios estaban fríos y su piel era cálida. No me rechazó, aunque tampoco correspondió a mi beso, sino que permaneció arrodillado, dejando que yo lo abrazara. Vi unas líneas dibujadas en su rostro, unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y los surcos que le circundaban la boca.

—Ayúdeme a levantarme —le dije.

Así lo hizo y permanecimos juntos en el descuidado jardín. Stadler era mucho más grande que yo. Su cuerpo me tapaba el sol de poniente.

Deslicé el dedo pulgar por su labio inferior y luego cogí su poderosa cabeza entre mis manos. Volví a besarlo con más fuerza y durante más tiempo. Me sentía totalmente embriagada, como si me hubiera bebido no media copa de vino sino seis. Puse las manos en su espalda por debajo de la camisa y me apreté contra él. Era sólido y vigoroso. Los brazos le colgaban a ambos lados. Le cogí la mano, la apoyé contra mi ardiente mejilla y después crucé con él la puerta de cristal que daba al salón.

Se sentó en el sillón y me observó. Yo me desabroché la blusa y me senté a

horcajadas sobre sus rodillas.

—Stadler... —dije—. Cameron...

—No debería hacerlo —dijo él. Hundió la cabeza entre mis pechos y yo deslicé los dedos por su cabello—. Sé que no debería.

Cerró los ojos, y me tumbó en el suelo. Sentí que un zapato se me clavaba en la espalda y que un cepillo me arañaba el pie izquierdo, y que había polvo por todas partes, mientras él me levantaba la falda y me penetraba, allí, sobre el sucio y viejo suelo. Ninguno de los dos pronunciamos ni una palabra.

Después se dio media vuelta para apartarse de mí y permaneció echado boca arriba, a mi lado, con los brazos cruzados bajo la nuca. Pasamos unos diez minutos tumbados el uno junto al otro, mirando al techo sin decir nada.

Cuando Lynne regresó, Cameron estaba hablando por teléfono en tono muy profesional y yo leía una revista. Nos despedimos muy serios, pero antes de irse le dijo a Lynne en voz baja que había olvidado realizar una comprobación. Entonces me siguió hasta el dormitorio con la carpeta bajo el brazo, cerró la puerta, me empujó sobre la cama y volvió a besarme; escondió la cabeza en mi cuello para ahogar sus gemidos y me dijo que regresaría en cuanto pudiera.

Pasé el resto de la velada tumbada en la cama, estremecida de emoción, fingiendo leer, pero sin pasar ni una sola página ni leer una sola palabra.

—¿Qué planes tenemos? —le pregunté a Lynne a la hora del desayuno.

Me considero una mujer de recursos, pero aquello era más de lo que mi cerebro podía asimilar. La víspera me había acostado con un hombre al que apenas conocía y ahora estaba desayunando no con un hombre sino con una mujer a la que apenas conocía.

Esa mañana me había despertado a causa de un turbulento sueño que inmediatamente olvidé. Después me puse a recordar lo que había ocurrido la víspera y la antevíspera. Me resultaba increíble, era como un violento dibujo animado de hechos reales, como una pesadilla..., pero miré a través de la ventana y vi a Lynne sentada en su coche, mirando hacia delante con cara de aburrimiento. Menudo trabajo el suyo. En comparación, el mío parecía de una altísima actividad intelectual. Me lavé y me vestí. Luego me cepillé el cabello, me lavé los dientes en un par de minutos y salí a la calle. Di unos golpecitos en el cristal de la ventanilla de su coche y se asustó. Menuda protección.

Le dije que iba a comprar algo para el desayuno y ella insistió en acompañarme. Compramos unos cruasanes en la panadería, y ella pagó la mitad, aunque yo esperaba que lo pagara todo, puesto que yo no suelo desayunar más que en ocasiones especiales.

Regresamos a casa. Preparé el café y encontré un frasco con aproximadamente un milímetro de mermelada de fresa. Nos sentamos a desayunar y le pregunté qué planes teníamos para ese día.

—Estamos asumiendo la responsabilidad de su protección —dijo ella como si lo repitiera de memoria.

Mordí un buen bocado del cruasán y lo regué con un generoso trago de café. Ya que había quebrantado la norma de no desayunar, había decidido hacerlo a lo grande. Hicimos una larga pausa, no para la reflexión sino para la ingestión. Yo parecía una serpiente pitón devorando a una gacela. Al final, conseguí que me pasara.

—¿No le parece que todo esto es un poco ridículo y exagerado?

—Es por su bien —respondió.

—Sólo porque alguien me ha enviado una carta, ¿piensan protegerme ustedes durante el resto de mi vida?

—Queremos atrapar a la persona que envía esas cartas —repuso.

—¿Y si no la atrapan? No podemos seguir eternamente así.

—Ya se verá... —dijo— cuando llegue el momento.

Después de semejante comentario, no quedaba mucho que decir al respecto.

—Mire, esta situación me resulta incómoda —confesé—. Bastante ridícula es mi vida ya de por sí. Usted es estupenda, Lynne, y no tengo nada contra usted, pero la

idea de vivir bajo la vigilancia de una agente de policía no me hace mucha gracia.

—Ya hablaremos de eso —dijo Lynne con la cara muy seria, como si acabara de plantearle una cuestión muy importante sobre la política a seguir.

El timbre de la puerta nos interrumpió. Fui a abrir. Lynne permaneció en un segundo plano. Era Cameron. Miró por encima de mi hombro y saludó con la cabeza a Lynne.

—Buenos días, señorita Blake —me dijo.

—Oh, por favor, llámeme Nadia, señor inspector —indiqué—. No me gustan los formalismos.

—Nadia —dijo él en una especie de débil murmullo—. Vengo a relevar a Lynne durante un par de horas.

—Muy bien —respondí con indiferente jovialidad.

—De paso, aprovecharemos para repasar sus planes para el día de hoy —añadió—. No sé si tiene algún compromiso.

—Sí —dije—. A las cuatro y media Zach y yo actuamos en una fiesta infantil en Muswell Hill. Y tenemos otras dos este fin de semana. Y puede que haya más.

—No hay problema —contestó Cameron—. Lynne la acompañará.

—Puede que resulte un poco indiscreto —observé.

—Yo los llevaré en mi coche —dijo Lynne— y los esperaré fuera.

—Mucho mejor.

A Lynne aún le quedaba media taza de café y medio cruasán.

—No hay prisa —dijo Cameron sin ninguna necesidad.

Efectivamente, no había ninguna prisa. Lynne se tomó muy despacio el café y se limitó a jugar con el cruasán. Quería comprar un apartamento y me preguntó cómo había hecho yo para adquirir el mío. ¿Había vendido antes un apartamento propio para poder comprar aquél? Era una historia muy larga, y cuanto más intentaba abreviarla, más se alargaba. Entretanto, Cameron iba de un lado a otro examinándolo todo con indiferente actitud de experto, cogiendo objetos y abriendo cajones. No pude por menos que pensar que lo que en realidad estaba haciendo era examinarme a mí, descubrir aspectos que yo quería guardarme para mí. Al final agotamos el tema. Lynne se volvió hacia él.

—Nadia está preocupada por nuestros planes —dijo.

—Más que nada es que no sé en qué consisten —aclaré.

—Ahora hablaremos de ese tema —dijo Cameron, dando por terminado el asunto al tiempo que volvía la espalda para no prolongar la conversación.

Lynne seguía con la taza de café en la mano. ¿Es que aquella mujer aún no se había hartado de mí? ¿Acaso no tenía un trabajo que cumplir?

—Entonces, ¿vuelve usted a la una? —le dijo Cameron.

—¿Van a salir? —inquirió ella.

—Hagamos lo que hagamos, estaremos aquí a la una.

Ella asintió con la cabeza.

—Hasta luego, Nadia.

—Hasta luego, Lynne.

Cruzó la puerta. Vi sus piernas que subían los peldaños de la escalera exterior y alcanzaban la acera. Las piernas se fueron. A salvo. Me volví hacia Cameron.

—En cuanto a lo de ayer...

Se me echó encima, mirándome como si yo fuera algo de valor incalculable. Sus manos me acariciaron el rostro y el cabello. Me aparté de él y lo miré a los ojos.

—Yo... —balbucí—. No voy a...

—No puedo... —musitó, volviendo a besarme.

Sentí sus manos en mi espalda, por debajo de la camiseta, buscando el sujetador y descubriendo que no lo había.

—¿Quieres que pare?

—No sé. No.

Me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. Fue distinto que la víspera: más relajado, más deliberado, más lento. Me senté en la cama. Él se acercó a la ventana y bajó la persiana; después cerró la puerta del dormitorio. Se desprendió de la chaqueta, se aflojó la corbata y se la quitó. Se me ocurrió pensar que hacer el amor con un hombre que tenía que quitarse el traje y la corbata era una experiencia singular.

—No puedo dejar de pensar en ti —dijo como si fuera un síntoma de algo—. Te veo cuando cierro los ojos. ¿Qué vamos a hacer?

—Quítate la ropa —le dije.

—¿Cómo?

Se miró como si le extrañara verse todavía vestido.

Se desnudó como en un sueño, arrojando los pantalones a una silla sin dejar de mirarme. Alargué los brazos hacia él.

—Espera —dijo—. Espera. Déjame a mí. Nadia.

Me sentí rodeada por una bruma de placer, hasta que al final me penetró. Cuando todo terminó, permanecemos entrelazados. Él se quedó contemplándome, acariciándome el cabello y pronunciando mi nombre como si fuera una especie de conjuro mágico. Al cabo de un rato nos separamos y yo me incorporé en la cama utilizando la almohada de respaldo.

—Ha sido bonito —comenté.

—Nadia —dijo él—. Nadia.

—Y me siento confusa —añadí.

Se había roto el hechizo. Él se echó levemente hacia atrás y una sombra cruzó su rostro mientras se mordía el labio.

—Quiero ser sincero contigo —dijo.

De repente, me eché a temblar.

—¿Sí?...

—Este trabajo es toda mi vida —dijo—. Y esto...

—¿Quieres decir... esto? —pregunté, señalando la cama.

Cameron asintió con la cabeza.

—No nos está permitido —dijo—. No nos está permitido, maldita sea.

—No se lo diré a nadie —le tranquilicé—. ¿Es eso?

—No es eso —repuso tristemente.

—¿Qué es, entonces?

No contestó.

—¿Qué coño es?

—Estoy casado —confesó—. Lo siento. Lo siento con toda mi alma.

Y se echó a llorar. Yo me quedé allí, tumbada, con un inspector desnudo llorando en mi cama. Llevábamos unas dieciocho horas de relación y ya habíamos pasado de los primeros gozos al llanto y a los reproches. Me sentía amargada por dentro. No dije nada. No le di unas palmadas ni lo acaricié diciendo que no se preocupara, ea, ea. Al final lanzó un profundo suspiro, señal de que ya se estaba recuperando.

—¿Nadia?

—¿Sí?

—Dime algo.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Estás enfadada conmigo?

—Oh, Cameron —dije—. Simplemente jodida. Y supongo que tu mujer no te entiende.

—No, no, no lo sé. Lo único que sé es que te quiero. No me estoy burlando de ti, Nadia, te lo aseguro. Te quiero demasiado. Esto significa tanto para mí que no sé qué hacer. ¿Te parece suficiente? ¿Tú qué piensas? Nadia, dime qué piensas.

Me volví y contemplé el reloj en forma de rana de la mesilla de noche. Después me incliné hacia delante y besé el pecho de Cameron.

—¿Qué pienso? Tengo por norma no acostarme con hombres casados. Me hace sentir mal. No puedo dejar de pensar en la mujer. Pero lo que sí creo es que el problema es tuyo, no mío. Y que Lynne regresará dentro de siete minutos.

La rapidez con que nos vestimos resultó casi divertida. Me dio sensación de camaradería.

—No sé si ponerme otros pantalones —dije—. Sólo para poner a prueba las dotes de observación de Lynne.

—No, no —se alarmó Cameron.

—Está bien —lo tranquilicé.

Y nos besamos, mirándonos el uno al otro con una sonrisa. Casado. ¿Por qué tenía que estar casado?

Eso fue el miércoles. El jueves sólo pudo hablar conmigo por teléfono estando Lynne presente; fue una extraña conversación con apasionadas protestas de amor por su parte y lacónicas afirmaciones por la mía: «Sí. Sí. Claro. Sí. Yo también lo creo.

De acuerdo». El viernes por la mañana un equipo de operarios invadió mi apartamento e instaló nuevas cerraduras en las puertas y rejas de hierro en las ventanas. Cameron llegó después del almuerzo. Lynne tenía que irse para presentar un informe. Nos daba tiempo de tomar un baño.

—Me gustaría ver tu espectáculo —dijo él—. Quiero verte actuar.

—Ven mañana —respondí—. Actuamos para un grupo de niños de cinco años en Primrose Hill.

—No puedo —dijo, apartando la mirada.

—Ah, ya. Asuntos familiares —repuse en tono relamido y sintiendo desprecio por mí misma.

—No puedo faltar —dijo.

—No tiene importancia.

Por eso no quería acostarme con hombres casados... por la vergüenza, el dolor y el remordimiento.

—¿Estás enfadada?

—En absoluto.

—¿Seguro?

—¿Quieres que lo esté?

Tomó mi mano y se la acercó a la mejilla.

—Estoy enamorado de ti, Nadia. Me he enamorado.

—No lo digas. Me da miedo. Me hace sentir demasiado feliz.

Creen que son invisibles. Pero yo los veo. Besándose. Mi chica y el policía se besan. Se tumban en el suelo. Cuando él se acerca a la ventana para bajar las persianas, veo su estúpido rostro, la alelada y densa mirada de un hombre enamorado.

Yo la quiero más. Nadie puede amarla como yo la amo.

Todo el mundo mira en la dirección que no debe. Buscan odio. Amor: ésta es la clave.

Las niñas de cinco y seis años son las mejores espectadoras. Son dulces y respetuosas; se sientan en perfectas filas con sus vestiditos de seda en tonos pastel, el cabello trenzado y los pies calzados con zapatitos de charol. Cuando invito a una de ellas a acercarse para que me ayude, se pone un dedo en la boca y habla en susurros. Los niños de ocho y nueve años son tremendos, y a partir de esa edad, insoportables. Se burlan de nosotros, gritan que ya saben que el objeto que ha desaparecido está en mi bolsillo, se empujan entre ellos y se acercan a inspeccionar mi caja de magia. Se ríen con disimulo cuando se me cae una bola. Dicen que las marionetas son un espectáculo para maricas. Cantan el «Cumpleaños feliz» en tono burlón. Pinchan los globos. Por eso Zach y yo tenemos una norma inquebrantable: nada de dos cifras.

Esa fiesta era para niños de cinco años, aunque había alguna que otra niña. Era una inmensa y preciosa casa de Primrose Hill, con unos peldaños que conducían a la entrada principal, un vestíbulo en el que se pueden dar varias volteretas antes de llegar al otro extremo, una cocina del tamaño de mi apartamento y un salón lleno de niños que ocupaban por completo una mullida alfombra y los alrededores de ésta. El jardín era alargado y estaba muy bien cuidado, y contaba con un patio, un estanque de peces de colores, una serie de arcos con espalderas, setos recortados y rosas blancas.

—Caray —le dije en un susurro a Zach.

—Procura no romper nada —me aconsejó él también en susurros.

El niño del cumpleaños se llamaba Oliver y era bajito y regordete; tenía las mejillas arreboladas de la emoción y sus amigos lo rodeaban como átomos extraviados mientras él desgarraba los papeles que envolvían los regalos. Su madre era la señora Wyndham, una mujer alta y delgada con aspecto de señora sumamente rica y que parecía estar ya harta de la fiesta que estaba a punto de empezar. Nos miró a Zach y a mí con expresión dubitativa.

—Son veinticuatro —nos dijo—. Bastante alborotadores. Ya saben ustedes cómo son los niños.

—Pues sí —dijo tristemente Zach.

—No se preocupe —repuse yo—. Si los niños salen unos minutos al jardín, nos podremos organizar. —Entré en el salón y di unas palmadas—. Niños, ahora todos al jardín. Os llamaremos cuando el espectáculo esté a punto de empezar.

Se produjo una estampida a través de las puertas vidrieras. La señora Wyndham corrió tras ellos gritando no sé qué de sus camelias.

Zach y yo, mano a mano, habíamos construido el teatro de títeres con maderas y clavos. Luego habíamos pintado en un lienzo unas montañas azules, un bosque verde

y el interior de una casita de campo; incluso habíamos creado una marioneta, un león de cartón piedra. Fue muy complicado y tardamos una eternidad. El resultado fue un animal que parece un trozo de plastilina seca con una desdibujada cara pintada sobre su irregular y asimétrica superficie. Lo demás lo compramos en una tienda especializada. También tenemos un par de piezas cortas que ha escrito Zach, que para eso es escritor. Eso es al menos lo que dice cuando alguien le pregunta. «Soy escritor», afirma convencido, aunque a veces añade, como si acabara de recordarlo, que compagina la escritura con otras cosas, por ejemplo, con la animación infantil.

Sus espectáculos de marionetas son breves y complicados, pues requieren muchas voces distintas. En el de ese día había un niño, una niña, un mago, un pájaro, una mariposa, un payaso y un zorro. Al final, siempre acabo sudando.

Zach ya sabía, naturalmente, lo de la carta, la policía y todas las medidas que estaban adoptando. A Lynne acababa de conocerla, pues había venido con nosotros a Primrose Hill. Él se había sentado junto a Lynne y se había pasado todo el trayecto hablando de temas tales como la teoría del caos y los problemas demográficos de la India, que, decía, estaba a punto de superar los mil millones de habitantes. Mientras tanto, Lynne iba sorteando el tráfico con expresión aturdida.

Cuando estábamos montando el teatrillo, me preguntó si estaba asustada por aquel asunto.

—No. —Dudé un poco mientras colgaba el telón delante del diminuto escenario. Pero tenía que contárselo a alguien—. Más bien emocionada, si quieres que te diga la verdad.

—Eso suena un poco perverso.

—El caso es que... Zach, ¿puedes guardar un secreto? —No esperé la respuesta. Sabía que no. Zach tiene fama de flojo en lo que a guardar secretos se refiere—. Me he enrollado con uno de los policías.

—¿Cómo?

—Lo sé. Es un poco raro, pero...

—Nadia. —Me asió por los hombros de tal forma que tuve que dejar lo que estaba haciendo—. ¿Te has vuelto loca? No puedes hacer eso.

—¿Que no puedo?

Gesticuló desesperadamente, como si las palabras no bastaran para describir lo mal que me estaba comportando.

—Eso no se hace. Está mal. Es como tener un lío con tu médico. Se aprovecha de ti, de tu vulnerabilidad. ¿Es que no te das cuenta? A ti eso te parece una cosa bonita, pura e importante en tu vida, pero... piénsalo... Acabas de separarte de Max y vas y te acuestas con la persona que debería protegerte.

—Calla, Zach.

—La figura del padre. Tienes que dejarlo, Nadia.

—Está casado —añadí tristemente; el solo hecho de decirlo me provocó una punzada de dolor en el pecho.

Zach emitió un sarcástico resoplido.

—Por supuesto.

—Es muy guapo. Quiero decir que nunca hubiera imaginado que...

Me estremecí al recordar que esa misma mañana, hacía sólo unas horas, aprovechando que había relevado a Lynne, habíamos hecho el amor en el cuarto de baño contra la pared alicatada, después de quitarnos mutuamente la ropa con desesperada torpeza.

—Nadia —dijo Zach en tono apremiante—. Oh, mierda, ya están aquí.

Los niños habían regresado del jardín.

Una vez finalizado el espectáculo le pedí a Oliver que me ayudara a hacer un truquito en el cual la varita mágica se rompe cada vez que un niño la toca. Todos gritaron «¡Abracadabra!» con toda la fuerza de sus pulmones, al tiempo que la señora Wyndham hacía una mueca desde la puerta. Les pedí que me trajeran cualquier objeto que se les ocurriera para hacer malabarismos con ellos. Un perverso chiquillo me vino con un rallador de queso que había encontrado en la cocina, pero pensé que a la señora w no le haría gracia que le mancharan la alfombra de sangre. De entre todos los que me ofrecieron, elegí un melón, un servilletero y un palillo de tambor, y no se me cayeron ni una vez. Zach infló unos alargados globos y los retorció dándoles forma de animales. Después los niños entraron en la cocina y se atracaron de salchichas pinchadas en palillos y de galletas rellenas de mermelada. Para finalizar sacaron un pastel de cumpleaños en forma de tren. Y todo terminó. Zach estaba deseando fumarse un cigarrillo, de modo que lo empujé hacia fuera.

—¿Te importa? —me dijo—. Recoger las cosas, quiero decir.

—No, anda, ya te puedes largar.

—Recuerda lo que te he dicho, Nadia.

—No te preocupes. Y ahora fuera de aquí.

—No piensas dejarlo, ¿verdad?

Cerré los ojos un instante y me imaginé su boca sobre mi cuello.

—No sé. No puedo decírtelo.

Empezaron a llegar los padres y las niñeras... Puedo distinguir la diferencia entre ambas categorías a tres kilómetros de distancia. Desmonté el teatrillo y comencé a colocar las marionetas en sus estuches. Una joven muy bonita se acercó a mí con una taza de té.

—La señora Wyndham me ha pedido que te lo traiga.

Tenía el cabello rubio plateado y un extraño y melodioso acento.

La acepté con gratitud.

—¿Eres la niñera de Oliver?

—No. He venido a recoger a Chris. Vive al final de esta calle. —Cogió una marioneta, la examinó y se la colocó en la mano—. Tu trabajo debe de ser muy duro.

—No tanto como el tuyo. ¿Sólo cuidas a uno?

—Hay otros dos mayores que él, Josh y Harry, pero esos están en la escuela. ¿Esto también hay que meterlo en la bolsa?

—Gracias. —Apuré la taza de té y empecé a guardar las cosas. Era un arte que dominaba a la perfección. La joven me observó—. ¿De dónde eres? Hablas un inglés estupendo.

—De Suecia. Ya tenía que haber vuelto a casa, pero se me ha hecho tarde.

—Ah —dije con indiferencia. ¿Dónde había puesto la varita mágica? Aposté a que Oliver se la había llevado y había conseguido plegarla—. Bueno, pues gracias... mmm...

—Lena.

—Lena.

Regresó a la cocina, donde las otras niñeras estaban reunidas en torno a sus pupilos observando cómo éstos se introducían en la boca grandes trozos del tren de chocolate mientras ellas hablaban de sus novios y de sus salidas nocturnas. Los niños empezaron a marcharse. «Di gracias», oí que decía alguien, y «¿Dónde está mi bolsa de la fiesta?» y «La de Harry es de color azul, yo también quiero una azul».

Recogí mis cosas. Gracias a Dios, Lynne estaba fuera con su automóvil. El hecho de que a una la siguiera a todas horas una tímida pero obstinada agente de policía tenía sus ventajas. Un chiquillo rubio tropezó conmigo en el vestíbulo. Tenía tiznes de color violeta bajo los ojos y una mancha de chocolate alrededor de la boca.

—Hola —le dije, dispuesta a largarme cuanto antes de allí.

—Mi mamá está muerta —dijo, clavando en mí su clara mirada.

—Vaya —repuse, mirando a mi alrededor. La madre estaría probablemente en algún lugar de la cocina.

—Sí. Mami ha muerto. Papi dice que se ha ido al cielo.

—¿De veras?

—No —contestó, dando lametones a una piruleta—. No creo que se haya ido tan lejos.

—Bueno... —dije.

—Un hombre la mató.

—No puede ser.

—En la vida real —insistió.

Lena regresó con la chaqueta del niño.

—Vamos a casa, Chris —le dijo.

El pequeño la cogió de la mano.

—Primero quiero mi bolsa de fiesta.

—Dice que han matado a su madre —comenté.

—Pues sí —se limitó a decir ella.

—¿Cómo? ¿Es cierto?

Dejé la caja en el suelo y me incliné de nuevo hacia Chris.

—Lo siento mucho —dije con torpeza. No sabía qué decir.

—Y ahora, ¿me das mi bolsa de fiesta? —preguntó el niño, tirando de la mano de la niñera.

—¿Cuándo ocurrió? —le pregunté a Lena.

—Hace un par de semanas —contestó ella—. Ha sido algo terrible.

—Dios mío. —La miré fascinada. Jamás había estado cerca de alguien que hubiera estado cerca de alguien que hubiera sido asesinado—. ¿Qué pasó?

—Nadie lo sabe. —Movié la cabeza de un lado a otro, agitando su plateada melena—. Ocurrió dentro de casa.

La miré boquiabierto de asombro.

—Qué horrible. Qué horrible para todos.

La señora Wyndham se acercó con una bolsa para Chris. Era tres veces más grande que las de los demás.

—Aquí tienes, cariño —dijo, estampándole un beso en la coronilla—. Si hay algo que yo pueda hacer... —Lanzó un suspiro como si le doliera el solo hecho de mirarlo—. Angelito. —Me miró—. Voy por su dinero, señorita Blake. No tardo nada, lo tengo preparado.

—Yo tengo dos bolsas de caramelos y Thomas sólo una —dijo Chris con aire triunfal—. Y tengo una bola de barro.

—Aquí tiene su dinero, señorita Blake.

Por el tono terminante de su voz, deduje que no volverían a llamarnos.

—Gracias. —Me volví a echar mis pertrechos al hombro y di media vuelta para marcharme—. Buena suerte —le dije a la joven niñera.

—Gracias.

Nos detuvimos un momento en el vestíbulo. No podía irme así. Zach tendría que volver por su cuenta y quería despedirme de él.

—¿Entraron a robar?

—No —contestó ella.

—Un hombre le escribía cartas —dijo alegremente Chris.

—¿Qué?

Lena asintió con la cabeza lanzando un suspiro.

—Sí —confirmó—. Fue horrible. Recibía cartas en las que le decían que iban a matarla. Eran como cartas de amor.

—Como cartas de amor —repetí con voz apagada.

—Sí. —Cogió al chiquillo en brazos y éste le rodeó la cintura con sus piernecitas—. Vamos, Chris.

—Espera. Espera un momento. ¿Llamó a la policía?

—Sí, claro. Había muchos policías.

—¿Y a pesar de todo la mataron? —pregunté, dominada por un frío glacial.

—Sí.

—¿Cómo se llamaban?

—¿Quiénes?

—Los policías. ¿Cómo se llamaban?

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Recuerdas cómo se llamaban?

—¿Que si lo recuerdo? Los veo cada día. Links y Stadler. Y una psicóloga, la doctora Schilling. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No tiene importancia. —La miré, sonriendo, mientras me ardían las entrañas—. Pensaba que a lo mejor los conocía...

—¿Se encuentra bien, Nadia?

—¿Cómo?

Me volví sobresaltada, no sabía dónde me encontraba. Estaba sentada en el coche con Lynne, que estaba inclinada hacia mí con una expresión de preocupación propia de una amiga.

—La veo muy pálida —observó.

—Es que tengo un dolor de cabeza espantoso —dije—. ¿Le importa que no hablemos por ahora?

—¿Quiere tomar algo?

Negué con la cabeza y me recliné contra el respaldo del asiento con los ojos cerrados. No quería mirarla. No me atrevía a hablar. Lynne puso el coche en marcha e inició el camino de vuelta. Era como si mi cabeza estuviera llena de un líquido hirviente; tenía que sostenérmela con fuerza entre las manos para evitar que estallara. De repente recordé que había olvidado despedirme de Zach. Lo había dejado allí, entre las ruinas de la fiesta. Bueno, que se fuera todo al carajo.

Me habían arrojado a un mundo nuevo, a un mundo horrible y oscuro, y tenía que averiguar dónde me encontraba. Pero antes debía esperar a que cesara el hirviente zumbido de mi cabeza. En el transcurso del breve trayecto en automóvil hasta mi casa tendría que concentrarme en no vomitarlo todo sobre el nuevo y bonito vehículo especial de la Policía Metropolitana que conducía Lynne.

Pensé en lo que ocurre cuando te cae agua hirviendo en la mano. Al principio no sientes dolor, pero sabes que en cuestión de un segundo tendrás que enfrentarte a una corriente de desgarrador tormento que te traspasará la mano y el brazo. Sabía que debía serenarme y asimilar con calma lo que acababa de escuchar. De momento sólo sentía una lejana voz en lo más profundo de mi mente que me repetía que otra mujer había recibido cartas similares a las mías y que había muerto asesinada. Una mujer había pasado por lo que yo estaba pasando y al final la habían matado. Y de eso hacía apenas un par de semanas. La última vez que me había peleado con Max, ella aún vivía, preocupada por las amenazas y preguntándose cuándo terminaría todo aquello, y ahora había unos niños que se habían quedado sin madre.

El vehículo se detuvo. Respiré hondo.

—Ya estamos en casa —anunció una voz cerca de mi oído—. ¿Necesita algo?

—Creo que me tumbaré un rato en la cama.

—¿Prefiere que me quede aquí?

De repente tuve la sensación de que mi rostro había entrado en contacto con una superficie de agua helada. Ahora tenía la mente despejada. A partir de ese momento fingiría estar indispueta.

—No, no, de veras que no. Venga conmigo, dentro me será más útil.

—¿Seguro?

—Sí, pero no estaré muy sociable. Tengo un dolor de cabeza espantoso.

—¿Quiere que le prepare algo?

—Sólo necesito tumbarme en mi habitación, a oscuras.

Entramos. Yo me retiré a mi dormitorio y la dejé sola. Cerré la puerta. Comprobé que la ventana estuviera firmemente cerrada y bajé la persiana. Como Cameron. Como el maldito inspector Cameron Stadler. Me tumbé boca abajo en la cama. Me sentía como una niña de cinco años. Quería meterme en la cama y taparme la cabeza con las sábanas para sentirme segura y que nadie pudiera verme. Sólo que no estaría segura. Él podría encontrarme. Por primera vez en mi vida no me sentía segura en la cama con la cabeza tapada. Necesitaba ver. Apoyé la almohada contra la cabecera y me recosté en ella. Podía ver todos los rincones de la habitación. Pero ¿de qué servía eso? Quizá fuera mejor no ver cómo me mataban.

Traté de recordar la charla que había mantenido con Lena. Me costaba reconstruirla. Durante unos febriles minutos intenté reproducir en mi mente una versión más optimista de la misma, pero, a pesar de mi estado febril, no lograba convencerme. Lena había mencionado a Links, Grace Schilling y Cameron. La mujer asesinada vivía muy cerca de allí, ¿no? Era una idea.

Todos los viernes meten por debajo de mi puerta un periódico de distribución gratuita. Jamás lo leo. No me interesan los nuevos sistemas de audio ni las encuestas del Departamento de Servicios Sociales del Ayuntamiento; de modo que lo guardo inmediatamente en el armario de debajo del fregadero para utilizarlo para cosas tales como introducirlos en zapatos mojados. Mis zapatos llevaban bastante tiempo sin mojarse, por lo que los ejemplares de los últimos dos meses aún debían de formar parte del montón. Salí del dormitorio y le dije a Lynne que me encontraba un poco mejor y que iba a preparar un poco de té para las dos. Puse el agua a calentar. Eso me concedería el par de minutos que necesitaba. Seleccioné los cinco últimos números. En el primero no había nada y tampoco en el siguiente. Sólo una redada de vendedores de droga en el mercado, un incendio en un almacén y varios artículos bajo el epígrafe de «Publirreportajes». Pero en el tercer número, correspondiente a dos semanas atrás, lo encontré. Era una nota breve en una página interior. Empezaron a temblarme las manos de tal manera que temí que el sonido del papel llamara la atención de Lynne.

El titular decía: **ASESINATO EN PRIMROSE HILL**. Arranqué rápidamente la página. El agua ya había hervido y la vertí sobre las bolsitas.

—¿Galletas, Lynne?

—No, gracias.

Todavía tenía un par de minutos. Alisé el artículo sobre la encimera de la cocina:

La semana pasada una madre de tres hijos fue asesinada en su residencia de

Primrose Hill, valorada en 800 000 libras. La policía anunció que Jennifer Hintlesham, de 38 años, fue hallada muerta el 3 de agosto. La policía sospecha que fue sorprendida por un intruso a última hora de la tarde. «Es una tragedia», dijo el inspector jefe Stuart Links mientras anunciaba el inicio de una investigación por asesinato. «Si alguien tiene alguna información, le conmino a que se ponga en contacto con nosotros en la comisaría de policía de Stretton Green».

Eso era. Lo leí y lo releí como si pudiera extraer más datos con la fuerza que me daba mi estado de desesperación. No hablaba de ninguna carta. Una vez más, traté de reproducir en mi mente una versión en la que se hubiera producido un malentendido que demostrara que la niñera y yo habíamos estado hablando de cosas distintas. Pero la verdad se abrió paso hacia mí con una crudeza que casi podía saborear: seca, metálica. Lena me había facilitado espontáneamente la información. Yo no le había dicho nada. Los policías eran los mismos.

Cogí las dos tazas de té, pero la mano izquierda me temblaba violentamente. El té caliente me salpicó en la mano y tuve que ponerlas otra vez en la encimera y volver a llenar las tazas. Le llevé una a Lynne y después regresé con otra para mí y una galleta. Me senté cerca de ella y la miré. ¿Le habían encomendado mi vigilancia porque no había conocido a la otra mujer o porque sí la había conocido? ¿Había estado sentada de aquella misma manera con Jennifer Hintlesham, tomando el té con ella, simulando ser su amiga y diciéndole que todo iría bien y que se hallaba a salvo? Tomé un sorbo de té. Estaba demasiado caliente, me quemé la lengua y empecé a toser. Cuando me recuperé, mojé la galleta en el té y la saboreé. Hablé intentando aparentar normalidad.

—No acabo de entenderlo —dije—. Recibo una simple carta y me ponen a una agente de policía para que me vigile. ¿Lo hacen ustedes cada vez que alguien recibe una carta con amenazas?

Lynne pareció sentirse incómoda. O puede que ahora su expresión imperturbable me pareciera un camuflaje.

—Simplemente seguimos el procedimiento habitual.

—Y si alguien entrara en la casa para atacarme, ¿usted me protegería?

—Eso no ocurrirá —dijo Lynne.

Por un instante la odié como jamás he odiado a nadie en mi vida. Quería abalanzarme sobre ella como una loca y arañarle la cara hasta dejársela llena de sanguinolentos surcos. Pero el odio acabó transformándose en un sordo dolor. Me tragué el té caliente con toda la rapidez que pude. Necesitaba tiempo para repasar mentalmente las cosas. Sonó el teléfono; era Zach. Le dije que tenía jaqueca.

—¿Jaqueca? —preguntó—. ¿Y cómo lo sabes?

—Porque es lo que parece. Tengo que dejarte, Zach. Voy a echarme.

Me acosté otra vez. Traté de recordar todo lo que pude de los últimos días, todos

los sucesos que tan a la ligera me había tomado. Los recuerdos acudían a mi mente como objetos de una casa por la cual yo vagaba sin rumbo. Cogía un objeto, lo examinaba y de pronto me parecía distinto. Pensaba sobre todo en Cameron. Cameron, sentado en un rincón, mirándome con ansiedad. Cameron, quitándome la ropa como si yo fuera un valioso objeto que se pudiera romper. Cameron, acariciándome con infinita ternura y precisión. Cameron, con la cabeza hundida entre mis pechos. ¿Qué había dicho? «Quiero ser sincero contigo», eso había dicho. Sincero.

Por la noche salí a dar una vuelta con Lynne y compramos pescado con patatas fritas. Yo piqué un poco, me bebí un botellín de cerveza y apenas dije nada. Lynne no hacía más que dirigirme miradas furtivas. ¿Sospechaba que yo sospechaba? Cuando regresamos, me fui directamente a la cama, a pesar de que era temprano; aún no había empezado a oscurecer. Permanecí tumbada prestando atención a los ruidos del sábado por la noche en Camden Town. Pensé y pensé, y cuanto más pensaba, tanto más se intensificaba mi temor, como la humedad que se va extendiendo por una casa hasta debilitarla y socavarla. Al final me quedé dormida y tuve sueños tempestuosos.

Al despertar, no me acordaba de ninguno, como siempre. Pero esta vez me alegraba de haberlos olvidado, como si una parte de mí supiera en qué consistían y deseara que desaparecieran. El teléfono comenzó a sonar. Me levanté lentamente de la cama y contesté. Era Cameron. Hablaba en voz baja.

—Sólo tengo un momento —dijo—. Te echo mucho de menos.

—Me parece muy bien —respondí.

—Deseo verte desesperadamente —murmuró—. No puedo estar sin ti. He arreglado las cosas para poder escaparme esta tarde. ¿Puedo ir a verte sobre las cuatro?

—De acuerdo —contesté.

Me pasé el día como envuelta en una bruma de malhumor. Lynne y yo salimos durante un par de horas y dimos una vuelta por Camden Lock, sobre todo porque nos permitía no hablar, o al menos no hablar de cosas importantes y no escuchar más mentiras. Cameron llegó a las cuatro en punto. Vestía pantalones vaqueros y una holgada camisa azul. No se había afeitado. Se le veía más arrugado que de costumbre. Observé que estaba más guapo que nunca, menos envarado. Le dije a Lynne que la relevaría un par de horas. Tenía que repasar conmigo ciertos detalles de la semana siguiente. Lynne se entretuvo, como siempre. ¿Se habría dado cuenta de lo que estaba ocurriendo? ¿Cómo podría no haberse dado cuenta? Esta vez su lentitud se me hizo insoportable. Sentía que no podía contenerme, que me hacía daño. Al final, sus pies subieron los peldaños hasta la acera y desaparecieron. Cameron cerró suavemente la puerta tras ella y se volvió hacia mí.

—Oh, Nadia —dijo.

Me acerqué a él. Había estado preparándome todo el día para ese momento, desde que había hablado con él por teléfono. Alargó las manos hacia mí. Apreté el puño todo lo que pude. Cuando se encontraba a unos treinta centímetros de distancia, lo miré a los ojos y, a continuación, le descargué un puñetazo en la cara con toda la fuerza de que era capaz.

Se llevó las manos al rostro. ¿Era un gesto defensivo o bien para devolverme el golpe? Permanecí de pie con la barbilla levantada, como desafiándolo a que me pegara. Pero él bajó las manos y se echó hacia atrás.

—¿Qué coño te pasa?

Su voz no era fuerte, pero sonaba muy fría. Sus ojos eran gélidos. Su bello rostro parecía duro, estúpido y cruel. Observé con satisfacción que le salía un hilillo de sangre de la nariz, en el punto donde mi sortija le había impactado.

—Lo sé todo, inspector Stadler.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¿Te resultó emocionante?

—¿Qué? —repitió—. ¿Qué?

Se limpió la sangre de la nariz con los dedos y se los examinó.

—Te resulta emocionante follar con una mujer que va a morir, ¿verdad?

—Estás histérica —dijo con desprecio.

Le empujé el pecho con el índice.

—Jennifer Hintlesham. ¿Te dice algo ese nombre?

Su expresión cambió y en sus rasgos se vislumbró el primer destello de comprensión.

—Nadia —dijo. Se adelantó hacia mí y extendió una mano como si yo fuera un animal salvaje al que hubiera que apaciguar—. Nadia, por favor.

—Quédate donde estás, eres... eres... —No conseguí encontrar una palabra lo suficientemente desagradable—. ¿Qué creías? ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Ya me considerabas muerta?

Bajó la mirada.

—Te dije que nos estábamos tomando las amenazas muy en serio —dijo en tono inexpresivo.

—Cochino hipócrita —protesté, propinándole una bofetada. Quería hacerle daño, mutilarlo, pulverizarlo—. No puedo creerlo —añadí—. No sé cómo he podido estar con un tipo como tú. —Lo miré con gesto de asco—. Un hombre casado que se excita follando con la mujer a quien debería proteger.

—Te estamos protegiendo.

Entonces me sorprendí a mí misma estallando en sollozos.

—Nadia —su voz era suave y contenía un matiz triunfal—. Mi querida Nadia, lo siento. Lamento no habértelo dicho.

Apoyó la mano en mí y sentí un estremecimiento.

—Vete a la mierda —grité entre lágrimas—. No creas que lloro por ti. Tengo miedo, ¿comprendes?, tanto miedo que hasta me parece que tengo un enorme agujero

en el pecho.

—Nadia...

—Cállate. —Saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me soné la nariz. Después consulté mi reloj—. Lynne regresará dentro de una hora. Necesito que me contestes a ciertas preguntas. Voy a lavarme la cara.

—Espera —dijo él—. No te tocaré, te lo prometo, sólo quiero decirte que lo que ha ocurrido entre nosotros no ha sido, quiero decir, no es..., no quisiera que nadie... —Se detuvo y me miró con una expresión servil y resentida al mismo tiempo. Ahora me tenía miedo.

En el cuarto de baño me lavé las manos y la cara y me cepillé los dientes. Notaba un desagradable sabor en la boca. Me miré en el espejo. Mi aspecto no era distinto que el de costumbre. ¿Cómo era posible que pareciera la misma? Sonreí y mi imagen me devolvió alegremente la sonrisa.

Mi odio había perdido fuerza. Me sentía fría, calmada y fatal. Cameron también parecía apagado. Nos sentamos a la mesa frente a frente, como dos extraños. Me parecía imposible que sólo dos días atrás él hubiera sostenido mi cabeza entre sus manos como si yo fuera el objeto más adorado del mundo, buscando mi cuerpo bajo la ropa. Me estremecí al recordarlo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—El norte de Londres es un lugar muy pequeño —respondí—. Sobre todo el norte rico de Londres. Conocí a la niñera, a Lena. —No dijo nada, pero vi una leve inclinación de cabeza a modo de asentimiento—. Me habló de las cartas. Y de ti. ¿Estás seguro de que han sido escritas por la misma persona?

No me miró a los ojos.

—Sí —contestó.

—A ella le escribía cartas como la que me ha escrito a mí, y después la mató.

—Sí.

—Pero ¿no la estabais vigilando?

—Sí, pero hubo algunas circunstancias que complicaron las cosas.

—Pero él entró en la casa y la asesinó.

—En aquel momento no la estábamos vigilando exactamente.

—¿Por qué no? ¿No os lo tomasteis en serio?

—Al contrario —contestó, ofendido—. Nos lo tomamos muy en serio. Después de todo...

Se detuvo bruscamente.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Nadia, tienes que comprender que estamos tomando toda clase de precauciones para protegerte.

—¿Qué? ¿Después de todo, qué? Dímelo.

—Sabíamos que las cartas a la señora Hintlesham iban muy en serio —dijo en voz tan baja que tuve que hacer un esfuerzo para oírlo.

—¿Por qué? —Sus ojos se cruzaron con los míos y entonces lo comprendí. La recién adquirida información me inundó de tal forma que apenas podía respirar. Lo miré fijamente. Mi voz sonó como un áspero susurro—. No era la primera, ¿verdad?

Cameron negó con la cabeza.

—¿Quién más?

—Una chica llamada Zoë Haratounian. Vivía en Holloway Road.

—¿Cuándo?

—Hace cinco semanas.

—¿Cómo?

Cameron volvió a menear la cabeza.

—Por favor, Nadia. No. Te estamos protegiendo. Confía en nosotros.

No pude reprimir una desagradable carcajada.

—Sé lo que sientes, Nadia.

Me cubrí el rostro con las manos.

—No, no lo sabes —dije—. Ni yo misma sé lo que siento. ¿Cómo puedes saberlo tú?

—¿Qué vas a hacer?

Levanté la cabeza y lo miré enfurecida. En realidad me estaba preguntando si pensaba denunciarlo a él. Era como un niño, un niño cruel y vanidoso.

—Viviré —contesté.

—Por supuesto que vas a vivir.

Su voz era tranquilizadora y empalagosa. Parecía un médico hablando con un paciente moribundo.

—Crees que voy a morir, ¿verdad?

—En absoluto —contestó—. De ninguna manera.

—Un loco —dije. El miedo me subió a la garganta, amargo como la bilis. La sangre rugía en mis oídos—. Un asesino.

Sonó el timbre de la puerta. Era la ruborosa, sonriente y embustera Lynne. Cameron dijo en voz baja:

—Por favor, no le cuentes a nadie lo nuestro.

—Lárgate. Estoy pensando.

De cierta retorcida forma disfruté de mi encuentro con Lynne. Ésta le planteó a Cameron ciertas preguntas de carácter técnico sobre el plan de acción previsto para la semana siguiente, pero él no podía hablar, ni siquiera mirarla a los ojos..., ni mirarme a mí. Se limitó a acariciarse suavemente la mejilla como si tratara de detectar con las yemas de los dedos la existencia de alguna señal reveladora en el lugar donde yo le había atizado el puñetazo. Después murmuró entre dientes que debía irse.

—Ya hablaremos mañana —dije yo.

—¿Cómo? —preguntó en tono abatido.

—Sobre el plan de acción —contesté.

Me miró fijamente y después se encogió de hombros y se fue. Casi sin darme cuenta, me vi a solas con Lynne. Ni siquiera había pensado en lo que le diría tras haber hablado con Cameron.

—¿Le apetece un trago? —pregunté.

No soy la clase de persona que suele necesitar un trago, pero, qué demonios, en aquel momento lo necesitaba.

—Un té me vendría muy bien.

Puse la tetera. Me pasaba el día preparándole el té, como si fuera su abuela. Al fondo de un armario de la cocina encontré una botella de *whisky* que alguien me había comprado en un *dutyfree*. Eché un poco en un vaso y acabé de llenarlo con agua fría del grifo. Salimos al jardín. A pesar de que ya estaba anocheciendo, seguía haciendo un calor tremendo.

—Salud —dije, entrechocando mi vaso con su taza de té. Acto seguido bebí un sorbo. Sentí que el *whisky* me escocía en la garganta y me bajaba por el pecho hasta el estómago. El jardín seguía hecho un desastre, pero precisamente por estar lleno de malas hierbas se me antojaba un refugio contra todas las cosas horribles del exterior: el tráfico, la música procedente de un apartamento calle abajo. Fuimos hasta un rincón donde había un arbusto que intentaba convertirse en árbol. Estaba cubierto de racimos de flores moradas en forma de piña. A su alrededor revoloteaban unas mariposas blancas y marrones que semejaban trocitos de papel empujados por el viento.

—Me encanta salir aquí al atardecer —dije. Lynne asintió con la cabeza—. En verano, claro. Cuando no llueve. Me gusta contemplar las flores e intentar recordar sus nombres. ¿Sabe algo de jardinería? —Lynne negó con la cabeza—. Lástima. —Tomé otro sorbo. Me tenía que lanzar—. Le debo una disculpa —dije justo en el momento en que se acercaba la taza a los labios, tanteando la temperatura del líquido con un delicado primer sorbo.

Me miró, perpleja.

—¿Por qué?

—Ayer le pregunté si todo esto, quiero decir, la protección que me están prestando, no era un poco excesivo. Le dije que no entendía a qué venía tanto jaleo, pero la verdad es que estoy al corriente de todo. —Lynne se quedó como petrificada con la taza pegada a los labios—. Verá, ayer me ocurrió algo muy curioso en la fiesta de los niños. Entablé conversación con la niñera de uno de los pequeños, una que trabaja para una mujer llamada Jennifer Hintlesham. Bueno, en realidad ya no trabaja para ella. —Debo reconocerle el mérito a Lynne. No hubo por su parte la menor reacción. Simplemente evitó mirarme a los ojos, eso fue todo—. ¿Me ha oído? —le pregunté.

Lynne tardó un poco en responder. Se quedó mirando la taza de té.

—Sí —contestó al final, en un susurro apenas audible.

Un pensamiento —en realidad, más que un pensamiento fue un sentimiento— me vino a la mente. Recordé la extraña sensación que experimenté una vez que fui a un sitio con Max y éste dijo algo que me hizo comprender que él ya había estado allí con otra novia anterior. A pesar de que sabía que aquello era una bobada, las cosas empezaron a torcerse.

—¿También hacía esto con ella? ¿Con Jennifer? ¿También salía con ella al jardín a tomar el té?

Lynne se sintió atrapada. Pero no podía echar a correr. Tenía que quedarse a cuidar de mí.

—Lo siento —dijo—. No estaba bien no decirle nada al respecto, pero habíamos recibido instrucciones muy estrictas. Temían que fuera traumático para usted.

—¿Sabía Jennifer lo que le había ocurrido a la otra?

Noté que la boca se me abría de la impresión. No sabía qué decir.

—O sea que también la engañó a ella —conseguí decir finalmente.

—No, no diga eso —replicó Lynne, sin atreverse todavía a mirarme a los ojos—. Desde un principio se tomó la decisión de no decirle nada. Pensaron que no sería bueno asustarla.

—Ni asustarla a ella. A Jennifer, quiero decir.

—Exactamente.

—Bueno, vamos a ver si me aclaro. Ella ignoraba que la persona que le enviaba las cartas ya había matado a alguien.

Lynne no contestó.

—Y, por consiguiente, no pudo adoptar medidas para protegerse.

—No es eso —dijo Lynne.

—¿Cómo que no es eso?

—Evidentemente la decisión no fue mía —dijo Lynne—, pero me consta que actuaron con la mejor intención. Hicieron lo que creyeron más indicado.

—Su estrategia para proteger a Jennifer, y a la primera, Zoë, no dio muy buen resultado que digamos. —Ingerí un buen trago de *whisky*, que me hizo toser. No

estaba acostumbrada a las bebidas de alta graduación. Me sentía desolada, asustada y mareada—. Lo siento, Lynne, estoy segura de que todo eso es tremendo para usted, pero es peor para mí. Es mi vida. Y soy yo la que morirá.

Lynne se acercó a mí.

—Usted no va a morir.

Me eché hacia atrás. No quería que aquella mujer me tocara. No me interesaba su consuelo.

—No lo entiendo, Lynne. Lleva usted días sentada aquí conmigo, en esta casa, bebiendo mi té, comiendo mi comida. Le he contado mi vida. Me ha visto descalza, tumbada en el sofá, yendo medio desnuda de un lado a otro. Ha visto que la he creído, que he confiado en usted... No puedo entenderlo.

Lynne guardó silencio. Yo tampoco sabía qué más decir. Alargué la mano hacia el *whisky* y tomé un sorbo.

—¿Cree que soy tonta? —dije—. Lo que ocurre es que todo el mundo sabe cosas de mí y yo no sé nada de nadie. ¿Qué pensaría usted si estuviera en mi lugar?

—No lo sé —contestó.

Bebí otro sorbo. Empezaba a hacerme efecto. Tengo un grado de resistencia sorprendentemente bajo a cualquier clase de droga. Me gustaría pensar que se debe a que tengo un cuerpo perfectamente afinado, pero creo que es más bien por una debilidad del cerebro. Me resultaba cada vez más difícil conservar mi sentimiento de rabia, aunque el temor seguía latiendo en algún lugar de mi interior. Pero sentía el alcohol por todo mi cuerpo, y también a mi alrededor, haciendo que el mundo me pareciera más suave y difuminado bajo la dorada luz de aquel anochecer estival en pleno centro del norte de Londres.

—¿Protegió usted a la primera?

—¿A Zoë? No. Sólo la vi una vez. Poco antes de..., bueno...

—¿Y a Jennifer?

—Sí. Pasé algún tiempo con ella.

—¿Cómo eran ellas? ¿Eran como yo?

Lynne apuró su taza de té.

—Lo siento —dijo—. Siento no haberla mantenido informada. Pero nos está absolutamente prohibido divulgar detalles sobre el caso. Lo siento.

—¿Es que no lo entiende? —Levanté la voz con cierta amargura—. Yo jamás he conocido a estas dos mujeres. Ni siquiera sé cómo son. Sin embargo, tengo algo en común con ambas. Me gustaría saber algo sobre ellas. Podría serme útil.

El semblante de Lynne se había vuelto absolutamente impenetrable. De pronto se había convertido en una burócrata sentada detrás de un escritorio.

—Si lo desea, puede dirigirse al inspector Links. Yo no estoy autorizada a proporcionar ninguna información. —En su rostro se encendió un destello de humana inquietud—. Mire, Nadia, yo no soy la indicada para decirle nada. No he visto el expediente del caso. Estoy al margen, como usted.

—Yo no estoy al margen —dije—. Ojalá. Estoy en pleno centro del remolino. Y ustedes me piden confianza, que tenga fe y piense que están haciendo lo mejor.

Que se vaya a la mierda, pensé. Que se vayan todos a la mierda. Entramos en la casa sin mirarnos. Lynne preparó unos bocadillos con un poco de jamón que quedaba en el frigorífico y nos sentamos a ver la televisión sin decirnos nada. Yo no prestaba atención a lo que ponían. Me puse a recordar algunas escenas de los últimos días, las conversaciones con Lynne, Links y Cameron. Y me puse furiosa. Me recordé a mí misma tumbada en la cama con Cameron, y su forma de mirarme. Traté de imaginar la carga erótica que para él debía de tener un cuerpo como el mío, el cuerpo de una mujer que estaba a punto de morir y que no lo sabía. ¿Qué debe de sentirse siendo el rival de un asesino en asuntos de amor? ¿Hacía que el sexo resultara más excitante? Cuanto más lo pensaba, más asco me daba pensar que aquel hombre había besuqueado mi cuerpo; era como si me hubieran mordisqueado las ratas.

Hasta entonces no había sentido miedo. No me considero una persona asustadiza. Me enamoro fácilmente, me enfado enseguida y también me alegro, me irrito y me emociono con facilidad. Grito, lloro y río. Estas cosas las tengo a flor de piel y estallan. Pero el miedo es muy profundo, está escondido. Ahora tenía miedo, pero no borraba las demás emociones, como hace la cólera, por ejemplo, o un deseo vehemente. Era más bien como dejar de caminar bajo la luz del sol y penetrar en la sombra, fría como una piedra, misteriosa. Un mundo distinto.

No sabía a quién recurrir. Pensé en mis padres, pero rechacé inmediatamente la idea. Eran mayores y se ponían muy nerviosos. Siempre se habían preocupado por mí, mucho antes de que hubiera una auténtica necesidad de preocuparse. También estaba el bueno de Zach, el melancólico Zach. O Janet, tal vez. ¿Quién se mostraría sereno y fuerte como una roca? ¿Quién me escucharía? ¿Quién me salvaría?

De repente, y sin querer, pensé en las dos mujeres que habían sido asesinadas. No sabía nada de ellas, excepto sus nombres y que Jennifer Hintlesham tenía tres hijos. Recordé el beligerante rostro de querubín de su pequeño. Dos mujeres, Zoë y Jenny. ¿Qué aspecto tenían, cómo se habían sentido ellas? Seguramente habrían permanecido despiertas en la cama, en medio de la oscuridad —como yo ahora—, sintiendo el mismo temor glacial recorriendo sus cuerpos. Y la misma soledad. Ahora no eran dos, sino tres las mujeres unidas por el mismo asesino. Zoë, Jenny y Nadia. Nadia; ésa era yo. ¿Y por qué yo?, pensé mientras permanecía acostada escuchando los sonidos de la noche. ¿Por qué ellas y por qué yo? Simplemente, ¿por qué?

Mientras permanecía acurrucada bajo las sábanas, con picor de ojos y el corazón latiéndome con fuerza, comprendí que tenía que salir de aquel ciego e impotente estado de terror. No podía quedarme allí, a la espera de que ocurriera algo o de que otras personas me rescataran de aquella pesadilla. Llorar bajo las sábanas no me salvaría. Y sentí como si una minúscula parte de mí en lo más profundo de mi ser se preparara para actuar.

No me dormí hasta altas horas de la noche, y a la mañana siguiente, cuando

desperté, aturdida por el cansancio y los extraños sueños, no me sentía ni más valiente ni más segura, pero sí más fuerte. A las diez de la mañana le pedí a Lynne que abandonara el salón porque tenía que hacer una llamada privada. Dijo que esperaría fuera, en el coche, y en cuanto se retiró cerrando firmemente la puerta a su espalda, llamé a Cameron al trabajo.

—Estoy desesperado —dijo en cuanto se puso al aparato.

—Yo también.

—Lamento en el alma que te sientas traicionada. Me siento fatal.

—Me parece muy bien —respondí—. ¿Puedes hacer algo por mí?

—Lo que sea.

—Quiero ver el expediente de este caso. No sólo lo que se refiere a mí, sino también lo concerniente a las otras dos mujeres.

—No es posible. Es información reservada.

—Ya lo sé. Pero aun así quiero verlo.

—Eso no puede ser.

—Quiero que me escuches con mucha atención, Cameron. En mi opinión, no te has portado de manera muy ortodoxa en el aspecto sexual. Supongo que follar con una futura víctima debe de dar mucho morbo. Pero yo también lo pasé bien, y soy una persona adulta y todas esas cosas. No me interesa castigarte. Eso quiero que quede muy claro. Pero si no me traes el expediente, iré a ver a Links y le contaré nuestra relación sexual, y seguramente soltaré algunas lagrimitas y le diré que me encontraba muy vulnerable.

—No puedes hacer eso.

—Y me pondré en contacto con tu mujer y se lo contaré.

—No puedes hacer eso. Eso sería... —carraspeó como si se hubiera atragantado—. Sarah ha sufrido una depresión y no podría resistirlo.

—Me da igual —repliqué—. No me importa. Tú tráeme el expediente.

—No serías capaz de hacerlo... —dijo con voz entrecortada.

—Presta atención a lo que voy a decirte. Hay un hombre que ha asesinado a dos mujeres y ahora quiere matarme a mí. En este momento me importan un carajo tu carrera y los sentimientos de tu mujer. Si quieres intentar jugar conmigo, inténtalo. Quiero el expediente mañana por la mañana y tiempo suficiente para leerlo. Después te lo podrás llevar.

—No puedo hacerlo.

—No tienes otra alternativa.

—Lo intentaré.

—Y lo quiero todo.

—Haré lo que pueda.

—Hazlo —dije—. Piensa en tu carrera. Y en tu mujer.

Cuando colgué el teléfono pensé que me echaría a llorar o me avergonzaría de mi conducta, pero me sorprendí al ver mi imagen reflejada en el espejo que colgaba por

encima de la chimenea. Finalmente, un rostro simpático.

Despejé la mesa del salón, pero el espacio seguía siendo insuficiente. Después de librarse de Lynne, Cameron metió en la casa los expedientes que había traído en su coche. Tuvo que hacer tres viajes. Eran dos abultadas carteras y dos cajas de cartón. Sacó tres carpetas, una roja, otra azul y otra *beige*, y las depositó sobre la mesa. Como ya no quedaba sitio, continuó dejando cosas sobre la alfombra. Cuando terminó estaba pálido y sudaba profusamente. Su piel ofrecía un aspecto blando, grisáceo y sin vida.

—¿Eso es todo? —pregunté en tono burlón cuando depositó el último montón de documentos a mis pies.

—No —contestó.

—Dije que lo quería todo.

—Haría falta una furgoneta para traerlo todo —replicó—. Éstas son las carpetas que hay en el despacho, las únicas a las que tengo acceso directo. Además, no sé de qué crees que te va a servir esto. Casi todo te va a resultar incomprensible. —Se sentó en el incómodo sillón de mimbre del rincón—. Dispones de dos horas para examinarlo. Y recuerda que si le comentas a alguien que has visto esto, pierdo el empleo.

—Cállate de una vez —dije, cogiendo unas carpetas al azar—. ¿Cómo están ordenadas?

—Las carpetas grises contienen declaraciones; las azules, informes policiales y documentación, y las rojas, informes periciales y descripciones de los escenarios de los crímenes. No son muy coherentes. De todas formas, todas las carpetas tienen su rótulo indicando el contenido.

—¿Hay fotografías?

—Esos álbumes que hay en el suelo a tus pies contienen imágenes de los escenarios de los crímenes.

Bajé la mirada. Me resultaba raro que la policía colocara fotografías de asesinatos en el tipo de álbum que la gente utiliza para las fotos de sus vacaciones. De repente sentí frío. ¿Sería una buena idea?

—Los miraré luego. Sólo quería saber cuáles eran.

Cameron se acercó y empezó a rebuscar sobre la mesa, murmurando para sus adentros.

—Aquí —dijo—. Y aquí.

Cuando extendí la mano, él me la cogió con la suya.

—Lo siento —dijo.

Me aparté de él. Tenía prisa.

—Vete —le ordené—. Sal al jardín. Te llamaré cuando haya terminado.

—¿De lo contrario... —dijo en tono cansado— llamarás a mi mujer?

—No puedo leer contigo aquí.

Cameron hizo una pausa.

—No es una lectura agradable, Nadia.

—Déjame.

Muy despacio y a regañadientes, abandonó el lugar.

Cuando abrí la primera carpeta, me invadió la duda, como si una corriente eléctrica la protegiera. Estaba a punto de abrir una puerta y acceder a un espacio nuevo, y en cierto modo, las cosas serían distintas a partir de aquel momento. Yo sería distinta.

Abrí la carpeta y allí estaba ella. Una instantánea prendida a un papel. Zoë Haratounian. Nacida el 11 de febrero de 1976. Examiné detenidamente la fotografía. Debía de estar de vacaciones. Se hallaba medio sentada en un muro bajo con un cielo intensamente azul a su espalda. La cegadora luz del sol la obligaba a entornar ligeramente los ojos (tenía en la mano unas gafas oscuras) y reía mientras le decía algo a quien la estaba fotografiando. Vestía una camiseta verde y unos pantalones cortos de color negro. Su rubio cabello le llegaba hasta los hombros. ¿Era agraciada? Parecía que sí, pero no resultaba fácil decirlo. Desde luego tenía aire simpático. Era una fotografía alegre, de esas que se colocan en el tablero de corcho de la cocina junto a la lista de la compra y los teléfonos de los taxis.

La carpeta contenía también algunas notas mecanografiadas. Era lo que yo estaba buscando. Novio, amigos, empresa de trabajo, referencias a otros archivos, números de contacto, direcciones. Anoté algunos nombres y números en el cuaderno de apuntes que tenía preparado, mirando de vez en cuando a mi alrededor para asegurarme de que Cameron no me veía. Pasé las hojas de la carpeta. Había otra fotografía en blanco y negro. Parecía una foto de carnet. Sí, era agraciada. En la primera fotografía se la veía esbelta y con el rostro algo redondo. Su expresión en ésta era fundamentalmente seria, pero en sus ojos brillaba un cierto destello, como si en el momento en que le habían tomado la fotografía estuviera a punto de esbozar una pícaro sonrisa. Me pregunté cómo sería el timbre de su voz. Su apellido era extranjero, pero había nacido en los alrededores de Sheffield.

Cerré la carpeta y la aparté cuidadosamente. Ahora la segunda. Jennifer Charlotte Hintlesham, nacida en 1961, parecía muy distinta de Zoë. Había que reconocer que la fotografía era un poco más formal, estaba hecha en un estudio de fotografía. Me la imaginé sobre la mesita de un tocador con marco de plata. Era más llamativa que Zoë. No era exactamente guapa, pero era una mujer de las que llaman la atención. Tenía unos grandes ojos oscuros y unos pronunciados pómulos, acentuados por la delgadez de su rostro. Su aspecto resultaba algo anticuado: llevaba un jersey de cuello redondo con un collar de perlas pequeñas. Su cabello, de color castaño, brillaba de tan cepillado que lo llevaba. Me recordaba a aquellas actrices secundarias británicas de los años cincuenta que habían caído un poco en el olvido a principios de

los sesenta.

Zoë parecía mucho más joven que yo; en cambio, Jennifer Hintlesham daba la impresión de pertenecer a una generación mayor que la mía. No porque tuviera el rostro estropeado. Los únicos rostros más macilentos que el mío, sobre todo a primera hora de la mañana, son los de las momias de más de dos mil años de antigüedad. Parecía simplemente adulta. Pensé que me habría gustado conocer a Zoë; pero no estaba muy segura de que hubiera congeniado con Jennifer. Volví a examinar la carpeta. Marido y tres hijos, nombres y edad. Mierda. Anoté los datos.

Se me ocurrió una idea. Eché un vistazo al montón de carpetas del que procedían aquellas dos. Como suponía, había una carpeta con mi nombre. La abrí y vi una fotografía mía. Nadia Elizabeth Blake, nacida en 1971. Me estremecí. Puede que en cuestión de unas semanas aquella carpeta fuera más gruesa y abrieran otra.

Consulté mi reloj. Y ahora, ¿qué demonios haría? ¿Y de qué me serviría todo aquello, además de para satisfacer mi curiosidad? Cuando tenía once años había cerca de mi casa una piscina que tenía un trampolín de cinco metros de altura. Jamás me había atrevido a saltar de él hasta que un día subí los peldaños como quien sube la escalera de su casa. Me acerqué al borde sin más y me lancé. Ahora hice lo mismo.

Me incliné para coger el primer álbum de fotografías, encuadernado en un llamativo plástico de color rojo. Parecía que tuviera que contener fotografías de niñas soplando velitas y de gente jugando a la pelota en la playa. Lo abrí y pasé mecánicamente las páginas, una detrás de otra. No había gran cosa que ver, la verdad. Volví al principio para cerciorarme. Sí, aquello era el escenario del asesinato de Zoë Haratounian. Su apartamento. Y también había una foto de ella; tumbada boca abajo sobre una alfombra. No estaba desnuda ni nada de eso. Llevaba zapatillas deportivas y camiseta. No daba la impresión de estar muerta, sino más bien dormida. Alrededor del cuello tenía una cinta, o un cordón, o algo parecido. Había otras fotografías que la mostraban desde distintos ángulos. Yo no hacía más que mirar las zapatillas y la camiseta sin poder dejar de pensar que aquella muchacha se había puesto aquellas prendas por la mañana sin saber que jamás volvería a quitárselas. Es la clase de estúpido pensamiento que no puedes apartar de la cabeza.

Lo dejé y cogí el segundo álbum. El escenario del crimen en la casa de Jennifer Hintlesham. Empecé a pasar respetuosamente las páginas, como había hecho con el primero, y de pronto me detuve. Aquél era completamente distinto. Había una sola fotografía, un solo escenario, pero yo lo vi en fragmentos: unos ojos abiertos, un alambre alrededor del cuello, unas prendas de vestir desgarradas o arrancadas, unas piernas estiradas de cualquier manera y algo que parecía una barra metálica introducida en su cuerpo, no podía ver en qué parte de él. Arrojé el álbum al suelo y corrí al fregadero. Llegué justo a tiempo, cuando el vómito ya se me escapaba de la boca. El estómago se me contraía una y otra vez, vaciando su contenido. Miré y me resultó casi divertido. El fregadero estaba lleno de platos sucios. Ahora estarían más sucios.

Me lavé la cara primero con agua caliente y luego con fría, y después me entregué al lavado de platos más repugnante de mi vida, y que conste que he compartido casa con una chica y dos chicos en la universidad. La actividad me ayudó a recuperar el equilibrio. Pude regresar a la mesa y cerrar el álbum sin mirarlo.

No disponía de mucho tiempo. Tendría que hacer una selección. Repasé rápidamente las carpetas y verifiqué su contenido. Vi planos del apartamento de Zoë y de la casa de Jennifer. Me salté las declaraciones de gente que las conocía. Eran tan largas, confusas y vagas que resultaba imposible entender el sentido. Fred, el novio de Zoë, hablaba del creciente temor que ella sentía y de sus intentos de tranquilizarla. Su amiga Louise estaba destrozada. Ella había permanecido sentada en su automóvil mientras estrangulaban a Zoë. Las declaraciones del caso de Jennifer llenaban diez abultadas carpetas. Apenas me dio tiempo a leer los nombres de los interrogados, principalmente personas que trabajaban para ella. Al parecer, los Hintlesham tenían mucha gente a su servicio.

Presté más atención a los informes del forense sobre ambas muertes. El de Zoë era mucho más sencillo: estrangulamiento mediante ligadura con el cinturón de su bata. Se le habían descubierto también algunas contusiones menores, pero debidas únicamente a la fuerza que el asesino tuvo que emplear para inmovilizarla y estrangularla. Los análisis vaginales y anales no mostraban señales de agresión sexual.

El informe sobre Jennifer era mucho más extenso. Sólo me centré en los detalles: estrangulamiento mediante ligadura con profundo surco en cuello compatible con utilización de alambre; heridas incisivas y punzantes; manchas de sangre, charcos en el suelo, rastros; desgarró del perineo; restos de orina. Se había orinado encima.

Había una abultada carpeta que contenía los análisis de las cartas. Incluía fotocopias de las enviadas a Zoë y Jennifer, que yo leí con el macabro remordimiento de estar leyendo unas cartas de amor robadas. Porque eran cartas de amor, con promesas y juramentos. Había también un dibujo de una Zoë mutilada. Curiosamente, de entre todos los horrores que había visto aquel día, ese tosco y horrible dibujo fue el que me hizo llorar, el que hizo que me detuviera a pensar en el insensato ingenio que había derrochado una persona para destruir a otra. Me salté los análisis de los documentos. Habían intentado asociar las cartas con personas a las que Zoë conocía: su novio Fred; un antiguo novio; un agente inmobiliario; un posible comprador del apartamento. Sin embargo, las señales incisivas del dibujo (punto este confirmado, añadía una nota, por el análisis de las lesiones infligidas a Jennifer Hintlesham) demostraban de manera fehaciente que el asesino era zurdo. Los sospechosos arriba indicados eran todos diestros.

Había carpetas de informes sobre el polvo, los tejidos, cabellos y muchas otras cosas halladas en los escenarios de los delitos. Estaban tan llenos de tecnicismos que no supe si habían descubierto algo significativo, pero me pareció que no. En una carpeta encontré un informe resumido en una sola página del cual se habían

entregado copias a Links, Cameron y a otros inspectores que llevaban el caso. Lo que allí se decía con toda claridad era que no se había establecido ningún nexo significativo entre ambos crímenes. Las muestras de cabello y fibras encontradas en las prendas que vestía la difunta Zoë correspondían a los últimos ocupantes del apartamento, a saber, la propia Zoë y su novio Fred. El análisis de las muestras de cabello y fibras encontradas en el escenario del crimen de Jennifer Hintlesham era más complejo. Había numerosas muestras no identificadas debido a la gran cantidad de personas que habían estado en la casa. Sin embargo, no se había establecido ningún nexo pericial entre ambos escenarios, aparte del guardapelo de Jennifer encontrado en el apartamento de Zoë y de la fotografía de Zoë hallada en la casa de Jennifer. Más noticias horribles.

También leí una serie de expedientes internos sobre las distintas fases del caso, incluyendo el resultado de una investigación interna no oficial, calificada de «Máximo Secreto». Fue allí donde averigüé que a Jennifer le habían retirado la vigilancia dado que su marido, Clive, estaba detenido como sospechoso de asesinato de Zoë Haratounian. Se habían lucido.

Antes de llamar a Cameron, hojeé una última carpeta que sólo contenía listas, informes sobre reuniones y asignaciones de días libres. Pero al final me llamó la atención la fotocopia de un informe. Era de Links a un tal doctor Michael Griffen, con copias para Stadler, Grace Schilling, Lynne y una docena de nombres que yo no conocía. Empezaba con una respuesta a lo que parecía una queja del doctor Griffen en el sentido de que los escenarios de los crímenes, especialmente en el caso de Zoë Haratounian, habían resultado alterados por la incorrecta actuación de los agentes que habían acudido al lugar de los hechos.

Tomaré todas las medidas posibles para garantizar que el escenario de cualquier futuro delito sea rápida y debidamente sellado. Sé que con toda probabilidad, y en buena parte debido a las dificultades prácticas que plantea la protección de las personas, la solución de este caso estará en manos de los peritos científicos, para lo cual nosotros prestaremos toda la colaboración que nos sea posible.

Llamé a Cameron y éste apareció a los pocos segundos. ¿Habría estado observándome a través de la ventana? ¿Qué importaba?

—Mira —le dije, entregándole la nota—. «Cualquier futuro delito». No es exactamente un voto de confianza en vuestras aptitudes.

La miró y volvió a guardarla en la carpeta.

—Está claro que tenemos que hacer planes para cualquier eventualidad —dijo.

—Puede que las cosas se vean de otra manera desde el lugar que yo ocupó —repuse—. El futuro delito soy yo. Yo.

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

—Es horrible —contesté—. Pero ha merecido la pena.

Cameron comenzó a recoger las carpetas y a guardarlas en las cajas.

—No nos parecemos mucho —dije.

Cameron hizo una pausa.

—¿Cómo?

—Pensé que las tres perteneceríamos al mismo tipo de mujer. Sé que es difícil decirlo a través de unas fotografías y unos pocos detalles, pero creo que somos muy distintas. Zoë era más joven, y apuesto a que mucho más dulce. En cuanto a Jennifer, parece un miembro de la familia real. No creo que hubiera podido dedicarme mucho tiempo.

—Puede que no —dijo Cameron con expresión pensativa.

En ese momento sentí una punzada de celos. Él la había visto, había hablado con ella, conocía el timbre de su voz. Había visto sus pequeños y graciosos gestos, los que no figuran en ningún informe escrito.

—Las tres sois de baja estatura —observó Cameron.

—¿Cómo?

—Sois bajas y delgadas —añadió—. Y vivís en el norte de Londres.

—O sea, que ésa es la conclusión a la que habéis llegado —dije—. Después de casi seis semanas y de dos mujeres asesinadas, lo único que sabéis es que este asesino no elige a culturistas de metro ochenta de estatura ni selecciona al azar a mujeres repartidas por todo el mundo.

Cameron terminó de recoger las carpetas.

—Tengo que irme —dijo—. Lynne está al llegar.

—¿Cameron?

—¿Sí?

—No se lo diré a tu mujer, ni a Links ni a nadie.

—Muy bien.

—Pero lo habría hecho.

—Supongo que sí.

Ahora ambos estábamos un poco molestos el uno con el otro. Mi incomodidad se debía al hecho de estar con alguien a quien has visto desnudo y ahora no te atrae en absoluto. A ello cabía añadir que mi único deseo era retirarme a mi dormitorio a llorar y pasarme unas cuantas horas pensando en la muerte.

—¿Nadia?

—¿Sí?

—Siento lo ocurrido. Todo ha sido tan... tan... —Dejó la frase sin terminar, se frotó el rostro y miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que Lynne no había entrado en la habitación sin que nos hubiéramos dado cuenta—. Tengo otra cosa para ti.

—¿Cómo?

Adiviné por el tono de su voz que no era una buena noticia.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel. En realidad eran dos hojas de papel. Las desdobló y las alisó sobre la mesa.

—Las hemos interceptado en los últimos días.

—¿Cómo?

—Una ha sido enviada por correo. La otra parece que la han deslizado por debajo de la puerta.

Las miré.

—Ésta es la primera —dijo, señalando la de la derecha.

Decía lo siguiente:

Querida Nadia:

Quiero follarte hasta que mueras. Y quiero que pienses en ello.

—Ah —dije.

—Y ésta llegó hace un par de días —añadió Cameron.

Querida Nadia:

No sé qué te está contando la policía. Pero no podrán impedírmelo. Y lo saben. Dentro de unos días, o una semana, o dos semanas, estarás muerta.

—Quería ser sincero contigo —dijo.

—Mira, para mí era un pequeño consuelo que sólo hubiera habido una carta. Pensé que, a lo mejor, había decidido matar a otra.

—Lo siento —dijo Cameron, mirando a su alrededor—. Tengo que llevar todo esto al coche. Pero lo siento con toda mi alma.

—Voy a morir, ¿verdad? —pregunté—. Eso es lo que tú piensas, ¿no es cierto? Ya tenía una caja bajo el brazo.

—No, no —dijo, encaminándose hacia la puerta—. No te pasará nada.

—Voy a Camden Market —dijo—. Ahora mismo.

Lynne me miró, perpleja. Era sábado y acababan de dar las nueve. Creo que se había acostumbrado a que yo me levantara tarde, cosa que hacía para poder estar sola. Me había pasado dos días viviendo una pesadilla, viendo una y otra vez aquellas fotografías en mi mente. Zoë, que parecía dormida, y Jenny, obscenamente mutilada. Y, sin embargo, allí estaba, duchada y vestida, amable y dispuesta a salir.

—Habrá mucha gente —dijo ella en tono dubitativo.

—Justo lo que necesito. Muchedumbre, música, ropa barata y bisutería. Quiero comprar montones de cosas inútiles. No hace falta que me acompañe.

—Pero la acompañaré, por supuesto.

—Tiene que hacerlo, ¿verdad? Pobre Lynne, siguiéndome constantemente, procurando ser amable en todo momento, obligada a mentir. Debe de echar de menos su vida normal.

—No me quejo —dijo.

—No lleva alianza de matrimonio. ¿Tiene novio?

—Sí.

El rubor se extendió por su pálido rostro e intensificó el color de su lunar.

—Debe de estar deseando que todo esto termine. De la manera que sea. Vamos. Está a sólo cinco minutos a pie.

Lynne tenía razón. Era un día muy caluroso, el cielo presentaba un desvaído y sucio color azul y Camden Market estaba abarrotado de gente. Lynne llevaba unos pantalones de lana y unos zapatos muy pesados. El cabello le caía sobre el rostro en unos pequeños y sudados mechones. Debe de estar muriéndose de calor, pensé con satisfacción. Yo me había puesto un vestido sin mangas de color amarillo limón y unas sandalias, y llevaba recogido el cabello hacia atrás. Me sentía fresca y liviana. Nos abrimos paso entre la gente mientras el calor parecía brotar del suelo. Miré a mi alrededor y me vino una oleada de euforia al sentirme en medio de aquel inmenso mar de gente. Rastas, punks, moteros, chicas con vestidos de vivos colores y faldas desteñidas, hombres con la cara picada y de mirada ardiente, adolescentes que caminaban arrastrando los pies con ese aire de tímida indiferencia que, a Dios gracias, se pierde a medida que uno se va haciendo mayor. Eché la cabeza hacia atrás y aspiré los efluvios de aceite de pachuli, marihuana, incienso, velas perfumadas y sudor.

Me acerqué a un tenderete donde vendían zumos de fruta recién exprimidos y pedí sendos zumos de mango y naranja y una galleta salada. Después adquirí veinte

finos brazaletes de plata por cinco libras y me los coloqué en la muñeca, donde tintinearón alegremente. Compré también un vaporoso pañuelo de seda, un par de pendientes y unos llamativos pasadores. Eran cosas que podía ponerme de inmediato. No quería llevar nada en la mano. Después, mientras Lynne examinaba unas tallas de madera, me largué. Así de fácil.

Bajé rápidamente la escalera que conducía al canal y eché a correr hasta llegar a la calle principal. Aún había mucha gente y yo sólo era un cuerpo más entre el gentío. Si Lynne me buscaba por allí, no podría verme. Nadie podría verme. Ni siquiera él, con sus ojos de rayos x. Al fin estaba sola.

Me sentía libre, totalmente distinta, como si me hubiera desprendido de la porquería que llevaba encima desde hacía semanas. El temor, la ansiedad y la irritación habían desaparecido. Me sentía mejor de lo que me había sentido en muchos días. Sabía adónde iba. Había planeado el camino la víspera. Tenía que actuar con rapidez antes de que alguien me encontrara.

Tuve que llamar varias veces al timbre. Pensé que a lo mejor había salido, aunque las cortinas de las ventanas del piso de arriba estaban descorridas. Entonces oí unas pisadas y una maldición en voz baja.

El hombre que abrió la puerta era alto y más joven de lo que yo esperaba, y también más guapo. Su cabello rubio le caía sobre la frente y tenía unos ojos pálidos que destacaban en su bronceado rostro. Llevaba unos vaqueros y nada más. Parecía medio dormido.

—¿Sí?

El tono de su voz no era precisamente amistoso.

—¿Eres Fred? —pregunté, tratando de esbozar una sonrisa.

—Sí. ¿Te conozco?

Hablaba con una lánguida seguridad en sí mismo.

Me imaginé a Zoë a su lado, con su bonito y ávido rostro levantado hacia el suyo.

—Siento haberte despertado, pero es muy urgente. ¿Puedo entrar?

Me miró, enarcando las cejas.

—¿Quién eres?

—Me llamo Nadia Blake. He venido porque he recibido amenazas del mismo hombre que mató a Zoë.

Pensé que se sorprendería, pero al parecer mis palabras le cayeron encima como un mazazo. Estuvo a punto de desplomarse.

—¿Cómo? —dijo.

—¿Puedo entrar?

Se apartó para dejarme pasar. Estaba absolutamente perplejo. Antes de que pudiera decir nada, traspasé el umbral de la puerta. Me condujo hasta un pequeño salón abarrotado de cosas en el piso de arriba.

—Por cierto, lamento mucho lo de Zoë —le dije.

Me miraba atentamente.

—¿Cómo has sabido de mí?

—Tu nombre está en una relación de personas próximas a Zoë —contesté.

Se pasó la mano por su alborotado cabello y después se frotó los ojos.

—¿Te apetece un café?

—Gracias.

Fue a la cocina y yo aproveché para curiosear. Pensé que habría alguna fotografía de Zoë, algo que la recordara, pero no vi nada. Hojeé unas revistas que había en el suelo: manuales de jardinería, una guía de la vida nocturna de Londres y otra de programas de televisión. En uno de los estantes había un montón de piedras redondas. Me puse en la palma de la mano una jaspeada que parecía un huevo de pato y la dejé con cuidado en su sitio. Luego cogí un sombrero marrón de fieltro que había colgado en el respaldo de una silla y lo hice girar alrededor de mi dedo índice. Quería sentirme cerca de Zoë, pero allí no había nada que pudiera evocármela. Vi un pato de madera que había en un estante y lo cogí, pero en ese momento regresó Fred de la cocina y lo dejé en su sitio.

—¿Qué haces? —me preguntó con recelo.

—Curioseando un poco por ahí. Perdona.

—Aquí tienes el café.

—Gracias.

Había olvidado decirle que no me gustaba con leche.

Fred se sentó en un sofá que parecía salido de un vertedero y me indicó con la mano un sillón. Luego cogió su taza y contempló su contenido sin decir nada.

—Siento lo de Zoë —repetí a falta de otra cosa mejor.

—Ya —dijo, encogiéndose de hombros al tiempo que apartaba la mirada.

¿Qué esperaba yo de él? Yo había pensado que el hecho de que él hubiera conocido a Zoë creaba un vínculo entre nosotros, lo cual, de una manera absurda, hacía que en mi imaginación lo sintiera más cercano a mí que cualquiera de mis amigos.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era? —Levantó la vista con expresión malhumorada—. Era simpática, atractiva, alegre y todas esas cosas. Pero ¿qué quieres de mí?

—Es una estupidez, lo sé, pero quiero saber cosas de ella: su color preferido, su manera de vestir, sus sueños, qué sentía cuando recibía las cartas, todo... —Se me cortó la respiración.

Me miró como si se sintiera incómodo, casi asqueado.

—No puedo ayudarte —dijo.

—¿Tú la querías? —pregunté de repente.

Me miró como si hubiera dicho una palabrota.

—Lo pasábamos bien.

Lo pasaban bien. Se me cayó el alma a los pies. Ni siquiera la conocía y no quería que yo la conociera a través de él. Lo pasaban bien: menudo epitafio.

—Aun así, ¿no te has preguntado lo que debió de sentir ella durante todo ese tiempo? Cuando la amenazaban, quiero decir, y después, cuando murió.

Alargó la mano hacia una cajetilla de cigarrillos y una caja de cerillas que había en una mesita auxiliar al lado del sofá.

—No —contestó, encendiendo un cigarrillo.

—La fotografía que he visto de ella parece bastante antigua. ¿Tienes alguna más reciente?

—No.

—¿Ninguna?

—Yo no hago fotos.

—O alguna otra cosa suya que yo pueda ver. Tiene que haber algo.

—¿Para qué? —replicó, mirándome con expresión dura e inflexible.

—Perdón, debo de parecerle un poco morbosa. Pero es que me siento vinculada a esas dos mujeres.

—¿Qué quieres decir con eso de dos mujeres?

—Zoë y Jennifer Hintlesham, la segunda mujer asesinada.

—¿Cómo? —dijo, dando un brinco hacia delante. Depositó la taza sobre la mesa y derramó parte del café—. ¿Qué coño estás diciendo?

—Perdón, veo que no lo sabías. La policía lo ha mantenido en el más estricto secreto. Yo lo he descubierto por pura casualidad. La otra mujer había estado recibiendo el mismo tipo de cartas. La mataron unas pocas semanas después que a Zoë.

—Pero... pero... —Fred pareció perderse en sus pensamientos. Después me miró con una intensidad completamente distinta—. Esa otra mujer...

—Jennifer.

—¿La mató el mismo hombre?

—Exactamente.

Soltó un silbido por lo bajo.

—Mierda —dijo.

—Pues sí.

Sonó el teléfono y ambos nos sobresaltamos. Parecía una alarma. Fred lo cogió dándome la espalda.

—Sí, sí, ya me he levantado. —Una pausa y después—: Pásate por aquí y luego recogemos a Duncan y a Graham.

Colgó el teléfono.

—Va a venir un amigo —me dijo en tono de despedida—. Buena suerte, Nadia. Siento no haber podido ayudarte.

¿Y eso era todo? No era posible. Lo miré con impotencia.

—Adiós, Nadia —repitió, casi empujándome hacia la puerta—. Cuídate.

Eché a andar con la cabeza gacha hacia la boca del metro. Pobre Zoë, pensé. Fred me había parecido un hombre sin imaginación, guapo y desconsiderado. No me lo imaginaba mostrándose comprensivo y afectuoso con Zoë mientras ella recibía las amenazas, por más que después él hubiera dicho lo contrario a la policía. Repasé lo que me había contado, que no era mucho, por cierto. Nada por lo que mereciera la pena haber escapado de la protección policial. Un súbito estremecimiento de temor me recorrió el cuerpo. Estaba sola y nadie cuidaba de mí. Imaginé que unos ojos entre la muchedumbre me acechaban.

De repente alguien me cerró el paso. Un hombre se había interpuesto en mi camino y me miraba desde arriba. Cabello oscuro, piel blanca, dientes relucientes detrás de su sonrisa. ¿Quién era?

—Hola, ¿qué tal? Tiene cara de encontrarse a miles de kilómetros de distancia.

Lo miré fijamente.

—Es Nadia, ¿verdad? La mujer del ordenador prehistórico.

Ah, ahora me acordaba. Una sensación de alivio me inundó el cuerpo. Esbocé una sonrisa.

—Sí, perdón. Mmm...

—Morris. Morris Burnside.

—Ah, sí. Hola.

—¿Cómo está, Nadia? ¿Qué tal va todo?

—¿Cómo? Ah, muy bien —contesté con aire ausente—. Perdone, pero es que tengo un poco de prisa.

—Sí, claro, no quiero entretenerla. ¿Seguro que está bien? La veo un poco nerviosa.

—Simplemente cansada, eso es todo. Ya sabe usted lo que es eso. Bueno, adiós.

—Adiós, Nadia. Cuídese mucho. Hasta pronto.

La casa era muy bonita. Ya la había visto en las fotografías, naturalmente, pero en la vida real era todavía más impresionante: separada de la calle por su propio jardín, una escalinata que conducía al porche de la entrada principal, una glicina que trepaba por las altas y blancas paredes... Todo en ella era sólido y transmitía sensación de riqueza y buen gusto. Yo ya sabía lo que era la riqueza, claro, pero ahora podía aspirar su perfume. Levanté los ojos hacia las ventanas del piso de arriba. Jennifer había sido asesinada en una de aquellas habitaciones. Me atusé el cabello hacia atrás y jugueteé nerviosamente con los tirantes de mi barato vestido de algodón. Después subí los peldaños y golpeé la puerta con la aldaba.

Casi esperaba que saliera a abrir la puerta la propia Jennifer y ver su alargado rostro y su sedoso cabello castaño enmarcados en la entrada. Se habría mostrado

cortés conmigo, con la amable y levemente sorprendida actitud que, para las personas como yo, suele significar «largo de aquí, qué se habrá creído la muy descarada».

—¿Sí? —No era Jennifer, sino una mujer alta y elegante, con el cabello rubio peinado hacia atrás y pendientes en las orejas. Llevaba unos pantalones negros de corte impecable y una blusa de seda de color melocotón. Había leído en la carpeta que Clive tenía relaciones con otra mujer y yo me había compuesto mi propia imagen de ella—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quisiera hablar con Clive Hintlesham, por favor. Me llamo Nadia Blake.

—¿Es urgente? —preguntó con gélida amabilidad—. Como puede comprobar, tenemos visitas.

Efectivamente, se oían voces procedentes del interior de la casa. Era un sábado a mediodía y el desconsolado viudo ofrecía una pequeña fiesta en compañía de su amante. Se oía también el tintineo de las copas.

—Sí, es urgente.

—Pase, entonces.

El vestíbulo era frío y enorme. Desde allí el sonido de las voces era más fuerte. Ella había vivido allí, pensé mirando a mi alrededor. Ésta es la casa que ella quería convertir en su hogar soñado, pero ahora el hogar de sus sueños lo habitaba la otra, pues era evidente que los operarios habían regresado. La habitación que había delante de mí estaba llena de escaleras de mano y botes de pintura y los muebles del fondo del vestíbulo estaban cubiertos con telas.

—¿Es tan amable de esperar aquí? —me dijo.

Pero yo la seguí, a pesar de todo. Entramos en un espacioso salón recién pintado de color gris pizarra con unas grandes puertas vidrieras que daban a un jardín acabado de reformar. En la repisa de la chimenea había una fotografía de tres niños con marco de plata ovalado. A Jennifer no se la veía por ninguna parte. ¿Eso me ocurriría también a mí si muriera? ¿Las aguas se cerrarían sobre mí sin más?

En la estancia había unas diez o doce personas, formando pequeños grupos de personas, todas con una copa en la mano. A lo mejor habían sido amigos de Jennifer y ahora estaban reunidos allí para dar la bienvenida a la nueva señora de la casa. Ésta se acercó a un hombre de sólido aspecto, cabello entrecano y rostro mofletudo. Apoyó la mano en su hombro y le murmuró algo al oído. Él me miró con expresión adusta y se acercó.

—¿Sí? —preguntó.

—Siento molestarle —dije.

—Gloria me ha dicho que tenía algo que decirme.

—Me llamo Nadia Blake. Estoy siendo amenazada por el mismo hombre que mató a su mujer.

Su rostro apenas se alteró. Miró rápidamente a su alrededor como para ver si alguien nos estaba observando.

—Ah —dijo—. Y bien, ¿qué desea?

—Su mujer ha sido asesinada, y ahora ese hombre quiere matarme a mí.

—Lo lamento muchísimo —dijo en tono pausado—. Pero no entiendo qué quiere de mí.

—Pensé que podría decirme algo sobre Jennifer.

Tomó un sorbo de vino y me condujo hasta un rincón del salón.

—Ya le he dicho a la policía todo lo que tenía que decir —dijo—. No entiendo qué está haciendo usted aquí. Ha sido una tragedia, pero yo intento seguir adelante con mi nueva vida de la mejor manera posible.

—Veo que se las arregla bastante bien —comenté, mirando a mi alrededor.

Su rostro adquirió un intenso color morado.

—¿Qué ha dicho? —dijo, enfurecido—. Haga el favor de salir de mi casa, señorita Blake.

Me sentí invadida por la cólera y la humillación e hice un balbuciente intento de justificarme. Mientras hablaba, vi a un adolescente sentado en la repisa de la ventana. Era delgado y de piel muy blanca. Su cabello rubio se veía grasiento y tenía unas oscuras sombras bajo los ojos y granos en la frente. Era la viva imagen de la torpe, desmañada e incurable desesperanza de la adolescencia. Su rostro reflejaba la aterrorizada confusión del hijo que ha perdido a su madre. Josh, el hijo mayor. Nuestras miradas se encontraron. Tenía unos ojos grandes y oscuros, como los de un cocker spaniel. Unos ojos preciosos en un rostro vulgar.

—Ya me voy —dije en voz baja—. Siento haberlo molestado. Lo que ocurre es que tengo miedo. Y busco ayuda.

Asintió con la cabeza. Puede que su rostro no fuera demasiado cruel, sino sólo un poco estúpido y autosuficiente. A lo mejor era como todo el mundo. Un poco débil, tal vez, y un poco más egoísta.

—Lo siento —dijo con un impotente encogimiento de hombros.

—Gracias.

Di media vuelta, intentando no llorar ni preocuparme por el hecho de que todo el mundo me estuviera mirando como si fuera una pordiosera que hubiera entrado sin permiso.

Una vez en el vestíbulo, un chiquillo montado en un triciclo se acercó pedaleando a toda prisa y me cortó el paso.

—Yo te conozco. Eres la payasa. Lena —gritó—, la payasa ha venido a visitarnos. Ven a ver a la payasa.

—Quiero de todo —dije sin vacilar—. Huevos con jamón, pan tostado, patatas fritas, tomate, salchichas y setas. Y eso, ¿qué es?

La empleada echó un vistazo al contenido de una bandeja metálica.

—Morcilla.

—De acuerdo, eso también. Y té. ¿Y usted?

Lynne palideció ligeramente, quizá de ver todo lo que estaba poniendo en mi bandeja.

—Ah, una tostada y un poco de té —contestó.

Salimos con nuestras bandejas a la soleada terraza de la cafetería, situada en los confines del parque. Habíamos llegado justo cuando abrían y por lo tanto éramos las primeras clientas. Elegí una discreta mesa en un rincón y descargamos en ella nuestros platos, tazas y teteras de metal. Empecé con los huevos fritos. Primero pinché las yemas, que se esparcieron por el plato. Lynne me miraba con lo que a mí me pareció una remilgada expresión de reproche.

—Esto no es lo suyo, ¿verdad? —pregunté, limpiándome los labios con una servilleta de papel.

—Es un poco temprano para mí.

Tomó delicadamente un pequeño sorbo de té y mordió un trocito de tostada del tamaño de una oruga.

Era una mañana preciosa. Los domesticados gorriones correteaban alrededor de las patas de las mesas en busca de migas y las ardillas se perseguían entre sí en las ramas de los grandes árboles del parque situados al otro lado de la valla. Durante unos deliciosos segundos fue como si Lynne no estuviera conmigo. Di buena cuenta de mi desayuno de infarto y lo regué con unos generosos tragos de té color caoba.

—¿Quiere que me retire cuando llegue su amiga? —preguntó Lynne.

—No se preocupe —contesté—. Ya la conoce.

—¿Cómo? —preguntó sobresaltada.

Eso fue lo que más me gustó. Debía de ser la parte de maga que hay en mí.

—Es Grace Schilling.

Me metí en la boca un buen trozo de tomate a la parrilla junto con un pedazo de tocino.

—Pero... —tartamudeó Lynne.

—¿Mmm? —Fue todo lo que pude decir con la boca llena.

Comprendí que intentaba decidir qué pregunta de entre catorce iba a hacerme.

—¿De quién ha sido la idea?

—Mía.

—Pero... ¿lo sabe el inspector Links?

Me encogí de hombros.

—Puede que la doctora Schilling se lo haya dicho. No es asunto mío.

—Pero...

—Aquí está.

La doctora Schilling acababa de entrar en la cafetería —ahora ya había varias mesas ocupadas: matrimonios con niños y parejas leyendo los periódicos dominicales—, pero todavía no nos había visto. Iba elegantemente vestida, como de costumbre, aunque puede que un poco más informal: pantalones azul oscuro, que le llegaban por la mitad de la pantorrilla, y jersey negro de cuello en pico. Llevaba gafas de sol. Nos vio y se acercó. Se quitó las gafas, las dejó encima de la mesa junto con un llavero y, cosa que a mí me llamó poderosamente la atención, una cajetilla de cigarrillos. Nos miró con recelo. Su fría expresión habitual no había sufrido la menor alteración y yo me sentí como si me hubieran sorprendido en una pocilga con la cabeza metida en el comedero.

—¿Le apetece desayunar algo? —le pregunté.

—No acostumbro a desayunar.

—¿Café solo y un cigarrillo? —dije.

—Normalmente es lo único que tolero.

Miré a la horrorizada Lynne.

—¿Podría pedir un café para la doctora Schilling? —le pregunté.

Lynne se retiró precipitadamente.

—Es como tener una asistente personal —dije sonriendo—. Me encanta. ¿Ha hablado con Links?

Encendió un cigarrillo.

—Le dije que usted había solicitado verme.

—¿Y?

—Se sorprendió.

Rebañé los últimos restos de yema de huevo con el pan tostado.

—¿Puede ser discreta? —le pregunté.

—No la entiendo.

—He visto los archivos de la policía —dije—. Bueno, algunos, y no ha sido precisamente a través de los canales normales; por consiguiente, preferiría que no me hiciera preguntas sobre este tema.

Se sobresaltó. No era para menos. Dio una fuerte calada al cigarrillo y se removió en el asiento. Se sentía incómoda. ¿Pensaba tal vez que había perdido el control sobre mí? Por mi parte, esperaba que así fuera.

—Entonces, ¿por qué me lo cuenta?

—Necesito hacerle unas cuantas preguntas. Sé que ha estado mintiéndome descaradamente. —Levantó la mirada con brusquedad, abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo—. No importa. Eso ya me da igual. Quiero que sepa que estoy enterada de lo de Zoë y Jennifer. He visto los informes forenses y no ha sido muy

alentador para mí. Doctora Schilling, quiero que sea sincera conmigo.

Lynne regresó con el café.

—¿Les importa que me sienta? —preguntó.

—Perdone, Lynne, pero prefiero que esta conversación sea privada —dije.

Ella se ruborizó y se fue a otra mesa. Me volví de nuevo hacia Grace Schilling.

—No tengo ninguna opinión formada, ni en un sentido ni en otro, sobre la eficacia policial, en general. Pero supongo que comprenderá que yo no confío en su capacidad para protegerme a mí y evitar que me maten. Usted, ellos, quien sea, han tenido a dos mujeres bajo su protección y ambas están muertas.

—Nadia —dijo Grace—, comprendo lo que siente, pero ha habido motivos especiales para eso. En el primer caso, el de la señorita Haratounian...

—Zoë.

—Sí. En aquel caso, no se apreció gravedad en las amenazas hasta que fue demasiado tarde. En el caso de la señora Hintlesham tuvimos un problema.

—¿Se refiere a la detención de su marido?

—Sí. Por lo tanto, debería usted comprender que su situación es completamente distinta.

Volví a llenar la taza de té.

—Grace, creo que no me ha entendido. No estoy aquí para apuntarme tantos contra usted o para recabar información con vistas a una denuncia o para tranquilizarme un poco. Así que, por favor, no me insulte diciéndome que no debería preocuparme. He visto el expediente de la policía que usted también ha visto, en el cual se especifica cómo se debería actuar en el escenario de mi asesinato.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Grace con semblante impasible mientras encendía otro cigarrillo.

—En las carpetas que vi no había ningún informe elaborado por usted. Puede que eso se deba a que dichos informes decían cosas sobre mí que no me habrían gustado. Necesito saber lo que usted sabe.

—No estoy muy segura de saber algo que pueda serle útil.

—¿Por qué me ha elegido a mí? Yo esperaba que en los documentos se hablara de algo que fuera común a las tres. No encontré nada, exceptuando el hecho de que las tres somos de baja estatura.

Grace adoptó una expresión pensativa y dio otra fuerte calada al cigarrillo.

—Sí —dijo—. Y las tres son atractivas, aunque de manera distinta...

—Eso es muy halagador...

—Las tres son vulnerables. Los sádicos sexuales eligen a las mujeres como los animales depredadores seleccionan sus piezas. Eligen a los que se quedan rezagados, a los inseguros. Zoë Haratounian no hacía mucho que vivía en Londres y no se sentía muy segura de sí misma. Jenny Hintlesham estaba atrapada en un matrimonio desdichado. Usted acaba de separarse de su novio.

—¿Usted cree que es eso?

—Podría ser.

—¿Puede decirme algo sobre él?

Hizo otra prolongada pausa.

—Encontraremos huellas —dijo—. Siempre hay huellas. Sólo es cuestión de identificarlas como tales. Un famoso criminólogo francés dijo en cierta ocasión que «todo criminal deja algo de sí mismo en el escenario del delito; cualquier cosa, por pequeña que sea; y siempre se lleva algo de él». Hasta que descubramos cuáles son exactamente estas huellas —y lo descubriremos, no le quepa ninguna duda—, lo único que puedo decirle es que probablemente es de raza blanca. De entre veintitantos y treinta y tantos años. Estructura superior a la media. Físicamente fuerte. Con estudios, posiblemente de nivel universitario. Pero estoy segura de que usted ha llegado por su cuenta a conclusiones parecidas.

—¿Lo conozco?

Grace apagó el cigarrillo; iba a decir algo, pero lo pensó mejor, y por primera vez tuvo la impresión de que estaba auténticamente afligida. Era evidente que tenía dificultades para serenarse.

—Nadia —dijo al final—, ojalá pudiera decirle algo que le sirviera de ayuda. Me gustaría poder decirle que no es alguien a quien usted conoce, porque en tal caso la policía ya habría establecido algún nexo con las otras mujeres. Pero podría ser un íntimo amigo, o alguien a quien usted ha conocido y del cual se ha olvidado, o alguien que sólo la haya visto una vez.

Miré a mi alrededor. Me alegré de haberme citado con ella en una soleada mañana, con niños que correteaban y alborotaban alrededor.

—No es cuestión de dormirse —dije—. No me atrevo a cerrar los ojos porque, cuando lo hago, veo la fotografía de Jenny Hintlesham, muerta con... Bueno, seguramente usted ya la ha visto. No puedo aceptar que alguien con quien probablemente yo he estado alguna vez ande suelto por ahí, llevando una vida normal, después de haber hecho eso.

Grace deslizaba su largo y fino dedo índice por el borde de su taza de café.

—Es una persona muy organizada y meticulosa. No hay más que ver las notas y la precisión con que actúa.

—Pero sigo sin poder entender cómo la policía no fue capaz de proteger a aquellas mujeres. Estaban avisados.

Grace asintió enérgicamente con la cabeza.

—En las últimas semanas he llevado a cabo algunas investigaciones. Ha habido varios casos de este tipo. Uno ocurrió hace unos años en Washington, en el distrito de Columbia. Un hombre amenazó explícitamente de muerte a varias mujeres por medio de cartas. El marido de la primera contrató guardaespaldas y, aun así, la mujer fue asesinada en su propia casa. La segunda disponía de vigilancia policial las veinticuatro horas del día y fue torturada y asesinada en su propio dormitorio, estando su marido en casa. Siento contarle estas cosas, pero usted me ha pedido que fuera

sincera. Algunos de estos hombres se consideran a sí mismos genios. Pero no lo son. Son individuos obsesivos cuyo único objetivo es hacer sufrir a las mujeres y luego matarlas. Y dedican todas sus energías, su ingenio y su inteligencia a llevar a cabo sus propósitos. La policía hace todo lo que puede, pero es difícil luchar contra tal resolución.

—¿Qué ocurrió con aquel asesino de Washington?

—Al final, lo atraparon en el escenario del delito.

—¿Salvaron a la mujer?

Grace apartó la mirada.

—No lo recuerdo —contestó—. Lo único que puedo decir es que éste no es un sudoroso psicópata que vive en una caja de cartón debajo de un puente. En estos momentos es probable que esté realizando su actividad normal. Tras haber cometido dos asesinatos por separado, Ted Bundy regresó y, según contó su novia, ni siquiera parecía cansado.

—¿Quién era Ted Bundy?

—Otro hombre que asesinaba mujeres.

—Pero ¿por qué se toman tantas molestias? —pregunté—. ¿Por qué no se limitan a atacar a las mujeres en oscuras callejuelas?

—Los inconvenientes forman parte del placer. Nadia, tiene usted que abandonar todas sus sensatas opiniones sobre el carácter y las motivaciones de ese sujeto. No va detrás de su dinero. Ni siquiera la odia. Al menos, él cree que no. Él puede considerarlo amor. Piense en las cartas que escribe; en cierto modo, son cartas de amor. Se obsesiona con las mujeres a las que elige.

—Quiere decir que ese hombre es aficionado a los trenes y yo soy el tren.

—Más o menos.

—Pero ¿por qué? No entiendo por qué se toma todas esas molestias: enviar cartas, hacer dibujos y correr todo tipo de riesgos, para después matar de una manera tan espantosa a mujeres corrientes. ¿Por qué?

Miré a Grace a los ojos. Su rostro era una máscara inexpresiva.

—Usted cree que, por el hecho de que estén ocurriendo cosas terribles, tiene que haber grandes motivos. Algún día este individuo será detenido y alguien —podría ser yo— hablará con él de su vida. Puede que de niño fuera salvajemente maltratado o que sufriera abusos sexuales por parte de un tío suyo, o que recibiera un golpe en la cabeza que más tarde dio lugar a una lesión cerebral. Y éste será el motivo. Como es natural, hay muchas personas que han sido maltratadas o han sufrido abusos sexuales o lesiones, y sin embargo de mayores no se han convertido en psicópatas sexuales. Lo hacen simplemente porque les gusta. ¿Por qué nos gusta hacer lo que hacemos?

—¿Qué cree usted que va a suceder ahora?

Encendió otro cigarrillo.

—Estamos en una fase ascendente —contestó—. El primer asesinato fue casi oportunista. Probablemente ni vio la cara de su víctima, como si quisiera eliminar su

individualidad. El segundo fue mucho más violento y agresivo. Es un comportamiento típico. Los delitos son cada vez más violentos e incontrolados, y entonces el autor es atrapado.

De repente tuve la sensación de que una nube había cubierto el sol. Levanté los ojos. No había nubes. El cielo era de un precioso color azul.

—Eso debería ser bueno para la siguiente persona que elija.

Nos levantamos para marcharnos. Miré a Lynne, pero ella evitó mi mirada. Me volví hacia Grace.

—¿Qué le han parecido estos dos últimos meses? —le pregunté—. ¿Está satisfecha de la manera como ha sido llevada la investigación?

Cogió las gafas de sol, las llaves y la cajetilla de cigarrillos.

—Dejé de fumar, ¿cuándo fue?, hace cinco años, creo... —Hizo una pausa—. Nadia, le he dado muchas vueltas al asunto, y sigo preguntándome qué es lo que no he hecho bien. Cuando lo atrapen, puede que lo averigüe. —Esbozó una triste sonrisa—. No se preocupe. No le pido su comprensión. —Sacó algo de su bolsillo y me lo ofreció. Era una tarjeta—. Puede llamarme siempre que quiera.

La cogí del brazo y la miré con la inútil cortesía que se suele emplear en estos casos.

—No creo que pueda llegar a tiempo —le dije.

Cuando estudiaba en la universidad, se supone que aprendiendo a ser una persona adulta y preparada para el mundo real, tenía una amiga que murió de leucemia. Se llamaba Laura. Tenía los pies muy pequeños, unas mejillas que parecían unas sonrosadas manzanas y una risa contagiosa. Se puso enferma en primero y murió antes de los exámenes finales. Nos acostumbramos a su muerte y a su ausencia de una manera terriblemente rápida. Sólo la recordábamos de vez en cuando entre arrebatos de vergüenza y sentimentalismo. Ahora, sin embargo, pienso mucho en Laura. De alguna manera tremendamente desagradable, me sentía mucho más cercana a ella —y a Jenny y a Zoë, unas mujeres a las que jamás había conocido— que a mis amigos vivos.

Incluso Zach y Janet se me antojaban lejanos. Se mostraban consternados y turbados ante mi situación. Me llamaban a menudo, pero no venían a verme con la suficiente frecuencia, y cuando nos reuníamos no podíamos hablar debidamente de nada porque yo estaba en la sombra y ellos a la luz del sol. Cuando nos encontrábamos, nos sentíamos incómodos. Era como si yo me hubiera ido a un lugar al que ellos no podían acceder y del cual yo no podía salir. Recordé con un estremecimiento de angustia que Laura había dicho lo mismo hacia el final, cuando todos comprendimos que no se recuperaría. Dijo, o más bien gritó, que tenía la sensación de encontrarse en una sala de espera y que pronto se abriría enfrente de ella una puerta que debería cruzar. Recuerdo el estremecimiento que sentí cuando lo dijo. Imaginé la puerta que se abría a una oscuridad absoluta mientras ella abandonaba la habitación iluminada y amueblada y saltaba a un abismo sin fin.

Laura había pasado por todas las fases por las que pasa una persona que se enfrenta a la idea de la muerte: la incredulidad y la cólera, el dolor y el terror y, finalmente, una especie de aturrida y embotada aceptación, tal vez porque estaba agotada a causa de los medicamentos y de oscilar entre la esperanza y la desesperación. A su muerte, varios de nosotros mantuvimos una acalorada disputa, alimentada por el exceso de bebida, sobre si ella hubiera podido salvarse de haber luchado con más denuedo en lugar de darse por vencida. En el pasado, la imagen del abandono era para mí la de una mano que soltaba dulcemente la de un ser querido; ahora, después de haber visto las fotografías y los expedientes de ambos casos, era más bien la de dos manos que se aferraban a un alféizar hasta que unas pesadas botas las pisaban con fuerza. Alguien dijo que habría tenido que luchar más, como si Laura fuera la culpable de su muerte y no una brutal mala suerte.

Quería luchar. No sabía si serviría de algo, pero me daba igual. No pensaba

acobardarme y morir de terror en una maldita sala de espera contemplando la puerta de enfrente, presa del cegador y deshumanizador pavor que había sentido en los últimos días y que aceleraba los latidos de mi corazón, me secaba la boca y me revolvió el estómago. Había visto las fotografías y leído la documentación. Había hablado con Grace. No confiaba demasiado en Links ni en Cameron, en parte porque ellos tampoco confiaban mucho en sí mismos y, sin reconocerlo, estaban esperando que yo muriera. Por consiguiente, todo dependía de mí. Sólo de mí. Y jamás me ha gustado esperar.

Una cosa era segura. Ya no podía permanecer más tiempo sentada en mi apartamento, ocultándome de Lynne y de mi propio miedo. Y lo más curioso es que Lynne y yo seguíamos sin hablar de mi posible muerte. Era un tema tabú. Sólo charlábamos de planes, de detalles técnicos, como adónde quería ir y dónde tenía ella que esperarme. Ya no comíamos juntas, ni siquiera patatas fritas o tostadas durante el desayuno. Había dejado de tratarla como a una medio invitada, una casi amiga.

Al día siguiente de mi reunión con Grace Schilling fui a patinar sobre hielo con Claire, una actriz en paro, que por regla general estaba más en el paro que en el escenario. Ella podía patinar hacia atrás y daba unas volteretas vertiginosas que a mí me dejan pasmada. Lynne y otra agente permanecieron malhumoradamente sentadas junto a la pista mientras yo chocaba con los chiquillos y los derribaba como si fueran bolos o bien caía agitando los brazos y las piernas en el aire. Más tarde, me autoinvité a casa de Zach y le pedí que llamara a algunos amigos, cosa que se apresuró a hacer. Lynne esperó fuera mientras nosotros comíamos algo y yo bebía más vino de la cuenta y contaba estúpidos chistes. A las dos de la madrugada, regresé dando tumbos hasta el vehículo que me esperaba. Pero había estado todo el tiempo pensando en cuál sería el siguiente paso que daría, incluso mientras me atiborraba de vino o coqueteaba con un tal Terence, que era visiblemente gay y se sentía molesto por mi comportamiento. Grace decía que los tipos como aquél siempre iban varios pasos por delante: más centrados, más decididos, más insistentes. Yo quería ir por delante de él.

A la mañana siguiente me desperté con un dolor de cabeza espantoso y la boca seca. Estaba mareada. Cuando descorrí las cortinas la luz fue como una lanza que me traspasó dolorosamente las cuencas de los ojos. Me dirigí a trompicones a la cocina y me bebí dos vasos de agua sin prestar atención a la comprensiva mirada, levemente teñida de reproche, de Lynne. Después preparé una tetera de gran tamaño y regresé a mi dormitorio con ella. Me senté en la cama con las piernas cruzadas. Llevaba una sucia camiseta gris y unos pantalones de gimnasia. Contemplé mi imagen reflejada en el largo espejo del armario. Últimamente me miraba mucho al espejo, supongo que debido a que ya no consideraba mi existencia un hecho inexorable. ¿Debería ofrecer otro aspecto, más delgada o más trágica? Que yo supiera, nada en mí había cambiado por fuera. Allí estaba yo, una menuda mujer con pecas sobre el caballete de la nariz,

el pelo sin cepillar y una resaca descomunal.

Sonó el timbre de la puerta y oí que Lynne salía a abrir. Agucé el oído, pero sólo pude distinguir unas palabras en voz baja. Después llamaron a la puerta del dormitorio.

—¿Sí?

—Hay alguien que quiere verla.

—¿Quién?

Hubo una décima de segundo de vacilación al otro lado de la puerta.

—Josh Hintlesham. —Lynne bajó la voz al nivel de un apuntador de teatro—. El hijo.

—Oh, Dios mío. Un momento. —Salté de la cama—. Dígale que pase.

—¿Está segura? No sé si Links querría...

—Salgo ahora mismo.

Corrí al cuarto de baño, me tragué tres paracetamoles para combatir el dolor de cabeza, me arrojé agua fría a la cara y me cepille enérgicamente los dientes. Josh. El muchacho de la repisa de la ventana con acné de adolescente y los mismos ojos oscuros de Jenny.

Fui al salón y le tendí la mano.

—Hola, Josh.

Noté su mano fría y floja en la mía. El muchacho musitó algo sin levantar la vista del suelo.

—¿Puede esperar en el coche, Lynne? —dije.

Lynne se retiró volviendo la cabeza con expresión preocupada antes de cerrar la puerta a su espalda. Josh desplazó nerviosamente el peso del cuerpo de un pie a otro. Llevaba un chándal que le quedaba demasiado pequeño y su grasiento cabello le caía sobre los ojos. Alguien habría tenido que ir de compras con él, decirle que se bañara y lavara el cabello y que se pusiera desodorante. No me imaginaba a Gloria desempeñando semejante cometido.

—¿Café o té? —le pregunté.

—No, gracias.

Su voz era un murmullo.

—¿Zumo de fruta?

Aunque, pensándolo bien, no tenía zumo en el frigorífico.

—No, gracias.

—Siéntate —dije, indicándole el sofá.

Se sentó incómodamente en el borde, mientras yo molía café y esperaba a que hirviera el agua. Observé lo grandes que eran sus manos y sus pies y lo huesudas que eran sus muñecas. Estaba muy pálido, pero tenía los ojos rojos. Aquel muchacho me parecía un desastre, pero, claro, yo llevaba diez años sin tratar con adolescentes. Todos los chicos por encima de los nueve años constituían un misterio para mí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Busqué en las Páginas Amarillas, en «Animadores». Christo me dijo que era usted payasa.

—Me dejas pasmada. —Me senté delante de él con la taza de café—. Oye, Josh, siento mucho lo de tu madre.

Asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—Ya —dijo.

El Señor Frío.

—Debes de echarla mucho de menos.

Dios bendito, pero ¿por qué no podía callarme?

Hizo una mueca y empezó a morderse una uña.

—La verdad es que no disponía de mucho tiempo para mí —dijo—. Siempre tenía prisa o estaba enfadada por algo.

Me sentí obligada a defenderla.

—Supongo que, con tres hijos, la casa y todo lo demás... —dije, fingiendo tomar un sorbo de café. Nadia, la psicóloga aficionada—. ¿Tienes a alguien con quien hablar de todo eso? —pregunté—. ¿Algún amigo, un médico, o algo así?

—No, pero estoy bien —contestó.

Permanecimos un rato en silencio y, por hacer algo, volví a llenar mi taza de café y me la bebí de un solo trago.

—¿Y usted? —me preguntó él de repente.

—¿Yo?

—¿Tiene miedo?

—Procuro tomármelo con calma.

—Sueño con ella —dijo—. Todas las noches. No sueño con que la matan y todo eso. Son sueños bonitos, sueños en los que mamá me acaricia el cabello y me abraza y cosas así, aunque ella sólo solía acariciar el cabello de Christo. Me decía que yo ya era demasiado mayor. —Se ruborizó—. Pero eso sólo sirve para empeorar la situación. —Después añadió—: Nadie me dice exactamente cómo murió.

—Josh...

—Puedo resistir la verdad.

Recordé la fotografía del cadáver de Jenny y contemplé al valiente y desmañado muchacho que tenía delante.

—Muy rápido —dije—. Murió muy rápido. Ni se dio cuenta de lo que ocurría.

—Usted también me está engañando. Pensé que usted me diría la verdad.

Respiré hondo.

—Josh, la verdad es que no lo sé. Tu madre ha muerto. Ahora ya no sufre.

Me avergoncé de mí misma, pero no sabía hacerlo mejor. Josh se levantó bruscamente y empezó a pasear por la sala.

—¿De verdad es usted payasa?

—Animadora.

Cogió mis bolsitas de juegos malabares.

—¿Puede hacer malabarismos?

Le cogí las bolsitas de sus manos y las lancé al aire. No pareció impresionarse.

—Quiero decir juegos malabares de verdad. Conozco a muchas personas que saben hacer malabarismos con tres bolas.

—Inténtalo tú.

—Yo no soy malabarista.

—No —dije secamente.

—Le he traído algo —dijo.

Cruzó la sala hasta el lugar donde había dejado la mochila y sacó un sobre grande.

Contenía docenas de fotografías, casi todas tomadas durante las vacaciones a lo largo de los años. Las examiné, horriblemente consciente de la presencia de Josh a mi espalda y de su afanosa respiración por encima de mi hombro: Jenny muy delgada y morena con un bikini amarillo en una playa de fina arena bajo un retazo de cielo azul. Jenny con unos vaqueros muy bien planchados y un polo verde entre el rígido círculo de los brazos de Clive, sonriendo alegremente ante la cámara. Era mucho más guapa que él. Jenny con Josh, mucho más joven, cogidos de la mano y sosteniendo en brazos a un bebé que debía de ser Chris. Jenny sentada sobre la hierba, rodeada de sus tres hijos. Jenny con el cabello largo, con el cabello corto, con mechas. Jenny esquiando, elegantemente inclinada hacia delante con los bastones hacia atrás. En grupo. Sola.

La que más me conmovió fue una fotografía tomada sin que ella se diera cuenta, y, por tanto, sin estar en pose. Se hallaba de perfil y se veía algo borrosa. Un mechón de sedoso cabello le caía sobre el rostro. La piel de sus mejillas parecía muy suave, sus labios estaban ligeramente entreabiertos y tenía la mano un poco levantada. Estaba pensativa, casi triste. Sin la máscara puesta, parecía una persona con la que yo hubiera podido entenderme. Había algo en ella que me traspasó como la hoja de un cuchillo: tenía algo que la hacía atractiva. Desde luego era una mujer por la que alguien podía sentirse atraído. La imaginé como una mujer capaz de fascinar a los demás. Oh, Dios mío.

Dejé en silencio las fotografías y me volví hacia Josh.

—Pobre muchacho —dije.

Él rompió a llorar, pero trató de contenerse, tragando saliva, sorbiéndose los mocos, reprimiendo su dolor mientras murmuraba «Dios mío» y ocultando la cabeza en el hueco del brazo. Apoyé mi mano sobre su hombro y esperé así, hasta que al final se incorporó, sacó del bolsillo un arrugado pañuelo de papel y se sonó ruidosamente la nariz.

—Perdón —dijo.

—No te preocupes. Está bien que haya alguien que la llore.

—Ahora debo irme —dijo, recogiendo las fotografías y guardándolas en el sobre.

—¿Estás bien?

—Sí.

Se limpió la nariz en la manga.

—Te daré mi tarjeta. Así, si quieres llamarme, no tendrás que volver a buscarme en las Páginas Amarillas. Un momento.

Me dirigí al escritorio de mi habitación y él esperó en la puerta. Estaba muy delgado. Parecía que fuera a desplomarse de un momento a otro. Era un saco de huesos.

—No es usted muy ordenada que digamos —observó.

Qué descarado.

—Es cierto. No sabía que vendrías, por eso no he recogido un poco las cosas.

Esbozó una turbada sonrisa.

—Y su ordenador es una antigualla.

—Eso me han dicho.

Revolví los cajones en busca de mis tarjetas de visita.

—¿Tiene Internet?

—¿Internet? Qué va.

Se sentó y empezó a teclear. Miraba la pantalla como si ésta fuera una ventana a través de la cual estuviera viendo algo muy divertido.

—¿Qué capacidad tiene su disco duro?

—Cualquiera sabe.

—De eso se trata. Necesita más memoria. Esto es como un mosquito que intentara arrastrar un camión. Necesita un equipo como es debido.

—Ya —dije, esperando que callara de una vez.

—Unos hámsteres más rápidos.

Encontré una tarjeta, la saqué y se la tendí.

—Aquí tienes. Nadia Blake, animadora infantil, titiritera, malabarista, maga y...

—De pronto me quedé helada—. ¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—No se enfade. Es que un ordenador es prácticamente inservible si no tiene...

—No, lo otro.

—He dicho que necesitaba más potencia.

—Sí, pero repite las palabras exactas que has utilizado.

Josh lo pensó y después, por primera vez, le vi sonreír.

—Perdone, es una expresión un poco estúpida. Hámsteres más rápidos. Significa simplemente más potencia.

—Y eso, ¿de dónde lo has sacado?

—Es sólo una metáfora. Supongo que viene de los hámsteres que corren sobre unas ruedas que giran. Nunca lo había pensado.

—No, no, no. ¿A quién se lo has oído decir?

—¿A quién? —Josh hizo una mueca—. Pues a un tipo del aula de informática de nuestra escuela.

—¿Quién es? ¿Un alumno?

—No, es Hack, uno de los tipos que llevan el aula. Ha sido muy bueno conmigo, sobre todo desde que murió mamá.

Me puse a temblar.

—¿Hack? Pero ¿qué clase de nombre es ése?

—Es su apodo. Es su *nom de guerre*.

Traté de dominarme y junté las manos.

—Josh —dije—, ¿sabes cuál es su verdadero nombre?

Fruunció el entrecejo. Por favor, por favor, por favor...

—Creo que se llama Morris. Sabe mucho de ordenadores, pero él le dirá lo mismo que le he dicho yo.

Me temblaban tanto las manos que casi no podía marcar los números en el teléfono. Conseguí que me pasaran a Links. Había descubierto que, si insistía lo bastante, al final siempre estaba en el despacho. Se mostró muy cauteloso y distante conmigo. Creo que no sabía muy bien cómo manejarme desde mi fuga. Habría deseado poder acusarme de algo, sin duda, pero no parecía que yo hubiera quebrantado ninguna ley. Así pues, lo único que podía hacer, debido a su posición de debilidad, era mostrarse malhumorado.

—¿Sí? —dijo.

—Acabo de hablar con Josh Hintlesham.

—¿Cómo?

—El hijo de Jennifer Hintlesham.

—Sé quién es. ¿Y cómo ha podido hablar con él?

—Ha venido a verme.

—¿Cómo? ¿Cómo sabe él quién es usted?

Si lo hubiera tenido delante de mí, creo que me habría inclinado hacia él y le habría golpeado en el cráneo con los nudillos, pero no estaba allí.

—No se preocupe. No tiene importancia. Pero el caso es que he encontrado a alguien a quien ambos conocemos.

—¿Qué quiere decir?

—El otro día se me estropeó el ordenador y llamé a un número de una tarjeta que me habían dejado en el limpiaparabrisas del coche. Acudió un tipo llamado Morris y me lo arregló. En realidad se trataba de algo muy sencillo, pero es que yo no sé nada de ordenadores. Y el otro día, cuando me escapé, me encontré con él en la calle. Estuvo muy amable. No me inspiró la menor sospecha. Pero ahora acabo de saber por Josh que es uno de los que lleva el aula de informática de su escuela. Resulta que una de las personas que dirigen el club es un tal Morris.

Ahora hubo una prolongada pausa a través del teléfono. Eso le había obligado a pensar.

—¿Es la misma persona?

—Eso parece. —No pude resistir la tentación de añadir—: A lo mejor, no significa nada. ¿Quiere que efectúe algunas comprobaciones?

—No, no —se apresuró a contestar—. De ninguna manera. Ya nos encargaremos nosotros de eso. ¿Qué sabe de él?

—Se llama Morris Burnside. Debe de tener veintitantos años. No puedo decir gran cosa. Parecía simpático, inteligente. Pero es que a mí me causa buena impresión cualquiera que sea capaz de encender un ordenador. A Josh le gusta mucho. Es un tipo normal. Es guapo. No se mostró tímido ni tuvo un comportamiento extraño ni

nada de eso.

—¿Hasta qué punto lo conoce?

—No lo conozco. Ya le he dicho que sólo lo he visto un par de veces.

—¿Ha intentado ponerse en contacto con usted?

Repasé mentalmente nuestros encuentros. No había mucho que recordar.

—Creo que se sintió atraído por mí. Le dije que acababa de romper con mi pareja y se me insinuó; yo, naturalmente, lo rechacé. Pero no hubo nada desagradable en su comportamiento. Se ofreció para ayudarme a comprar un ordenador más potente. Le dije que no, pero no creo que eso sea motivo suficiente para matarme.

—¿Sabe dónde vive?

—Tengo su número de teléfono. ¿Lo quiere?

Le leí el número que figuraba en la tarjeta, la que tanto me había alegrado encontrar apenas dos semanas atrás.

—Muy bien, déjelo de nuestra cuenta. No intente ponerse en contacto con él.

—¿Hablarán ustedes con él?

—Haremos algunas averiguaciones.

—Puede que no sea nada —dije.

—Ya veremos.

—Puede que no sea la misma persona.

—Lo comprobaremos.

Cuando colgué el teléfono sentí el deseo de dejarme caer, de llorar, de desmayarme, de que me llevaran a la cama y me cuidaran. Pero allí sólo estaba Lynne, que revoloteaba a mi alrededor como una molesta mosca que deseaba aplastar. Había escuchado mi conversación con creciente interés. Ahora me miraba, expectante. Quería que le facilitara información. Se me cayó el alma al suelo. A veces pensaba que era como tener a una niñera viviendo en casa sin un niño a quien cuidar. Necesitaba largarme de allí, rápidamente, sin darme tiempo a mí misma para decir nada. Cogí el teléfono y marqué un número.

—Tú lo has visto.

Zach se detuvo, como si no pudiera pensar y caminar al mismo tiempo.

—¿Cuándo?

—El otro día. Cuando viniste a mi apartamento. Acababa de repararme el ordenador. Lo viste en el momento en que salía.

—¿El que no quiso cobrar?

—Exacto.

—Cabello tirando a pelirrojo.

—No. Cabello oscuro bastante largo.

—¿Tú has visto mi cabello?

Zach se adelantó unos pasos y contempló su imagen reflejada en un escaparate.

Estábamos en Camden High Street, entrando y saliendo de las tiendas y probándonos de vez en cuando alguna cosa, pero sin comprar nada. Lynne caminaba unos veinte metros por detrás de nosotros, con las manos metidas en los bolsillos.

—Lo estoy perdiendo —dijo—. Lo que tendría que hacer es rapármelo del todo, si tuviera un poco de dignidad. ¿A ti qué te parece?

—Déjalo tal como está —contesté—. No creo que un cráneo rapado te sentara muy bien.

—¿Qué tiene de malo mi cráneo?

—Como te estaba diciendo, resulta que ese tío, el tal Morris, también conoce al hijo de una de las mujeres que han sido asesinadas.

—¿Quieres decir que es posible que sea él quien las ha matado?

—Bueno, es el único nexo que he encontrado.

—No puede ser. Lo vi sólo durante unos pocos segundos, pero me pareció una persona normal.

—¿Y qué? Estuve hablando con la psicóloga de la policía, y me dijo que probablemente se trata de una persona de aspecto normal. Rezo para que sea él. Si lo encierran lejos, mi vida podría volver a empezar. —Le tendí la mano a Zach—. ¿Sabes una cosa?, estaba absolutamente convencida de que iba a morir. Habían intentado proteger a las otras dos mujeres y no habían conseguido salvarlas. Habían sido asesinadas. Y yo no hacía más que pensar en la muerte. En que ya estaba muerta. He pasado mucho miedo.

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. No era precisamente el momento ni el lugar más adecuado, con las aceras llenas de gente que se abría camino a codazos. Zach me rodeó con sus brazos y me besó la coronilla. A veces podía ser muy simpático. Sacó del bolsillo unos pañuelos de papel aceptablemente limpios y me los ofreció. Me sequé el rostro y me soné la nariz.

—Tendrías que haber pedido ayuda —dijo.

—¿Tú qué habrías hecho en mi lugar?

—Algo —contestó—. Por ejemplo, morirme. Piensa en cuando no habías nacido. Llevabas miles y miles de millones de años muerta. ¿No te da miedo pensar en eso?

—Pues sí.

De repente percibí una presencia junto a mi codo. Era Lynne.

—Hay un mensaje del inspector Links. Quiere verla inmediatamente.

—¿Qué ha ocurrido?

Lynne se encogió de hombros.

—Sólo ha dicho que quiere verla.

En la comisaría de policía estuvieron muy amables. Me hicieron pasar inmediatamente y me acompañaron a un despacho elegante y espacioso, alejado de la sala de atención al público. Me invitaron a sentarme en un sillón que había delante

del escritorio, me sirvieron té y dos galletas en un plato y me informaron de que Links estaría enseguida conmigo. Sólo había conseguido dar un sorbo y mojar una galleta en el té cuando Links y Cameron entraron. Ambos estaban muy serios y ceremoniosos. Cameron tomó asiento en el sofá que había a un lado y Links hizo lo propio en la butaca de detrás del escritorio. O sea, que el despacho era suyo.

—¿Le han servido el té? —me preguntó Links.

Levanté la taza. No había mucho más que decir sobre ese tema.

—Quería que lo supiera cuanto antes —dijo—. Hemos interrogado a Morris Burnside y lo hemos eliminado de la investigación.

Me pareció que la habitación empezaba a dar vueltas a mi alrededor, provocándome mareo y aturdimiento.

—¿Cómo?

—Le aseguro que se trata de un paso positivo.

—Pero ¿cómo han podido descartarlo con tanta facilidad?

Links cogió un rollo de papel del escritorio, lo extendió y comenzó a alisarlo para devolverle su forma original. Yo también lo había intentado alguna vez, pero nunca queda bien. De todas formas, era una actividad que le liberaba de mirarme a la cara.

—La doctora Schilling me ha contado que usted está al corriente de la existencia de los otros dos asesinatos, quiero decir, que hay dos asesinatos en la investigación. Los análisis periciales han demostrado de manera irrefutable que la persona que ha asesinado a Zoë Haratounian y a Jennifer Hintlesham es la misma que la ha amenazado a usted. No se trata sólo de análisis periciales. —Ahora Links hablaba como si le doliera algo—. Sabemos que el asesino colocó un objeto que pertenecía a la señora Hintlesham en el apartamento de la señorita Haratounian para... confundirnos. —Volvió a desenrollar el papel—. La mañana en que Zoë Haratounian fue asesinada, Morris Burnside se encontraba en Birmingham, participando en una reunión sobre información y tecnología que duró todo el fin de semana. Él fue el encargado de hacer las presentaciones. Hay numerosos testigos que pueden confirmar su presencia allí durante todo el domingo, de la mañana a la noche.

—¿No pudo haberse ausentado en algún momento?

—No, no pudo.

—¿Cómo reaccionó cuando lo interrogaron?

—Se sorprendió un poco, naturalmente. Pero estuvo muy amable y dispuesto a colaborar. Es un joven muy simpático.

—¿Se enfadó?

—En absoluto. Por supuesto, no le dijimos que usted nos había facilitado su nombre.

Me incliné hacia delante y deposité la taza de té sobre el escritorio.

—¿La puedo dejar aquí?

—Sí, naturalmente.

Ya no me quedaba nada. Me sentía vacía. Creía estar a salvo, y ahora tenía que

volver a empezar con lo mismo. No podía más. Estaba cansada.

—Pensé que todo había terminado —confesé en tono abatido.

—No le ocurrirá nada —dijo Links, todavía sin atreverse a mirarme—. El dispositivo de protección seguirá como hasta ahora.

Me levanté y miré aturdida a mi alrededor en busca de la puerta.

—Tiene que considerarlo un paso positivo. Hemos descartado a un posible sospechoso. Y eso es un progreso.

Miré a mi alrededor.

—¿Cómo? —dije.

—Una persona menos por la que preocuparnos.

—Sólo quedan seis mil millones —repliqué—. Ah, supongo que también podemos descartar a las mujeres y a los niños. Probablemente suman dos mil millones. Menos una persona.

Links se levantó.

—Stadler la acompañará —dijo.

Tuvo que acompañarme y casi llevarme a rastras. Por el camino se detuvo en un tranquilo tramo del pasillo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Emití una especie de quejumbroso murmullo.

—Tengo que verte —dijo.

—¿Cómo?

—He pensado constantemente en ti. Quiero ayudarte, Nadia. Te necesito y creo que tú me necesitas a mí. Me necesitas —añadió, rozándome el brazo.

—¿Eh? —Tardé un poco en darme cuenta de lo que estaba haciendo. Volví a decir algo en tono quejumbroso y me sacudí su mano de encima—. No me toques —dije—. No te atrevas a volver a tocarme.

Tenía mucho miedo. Me sentía como borracha; notaba mis entrañas como derretidas. Me arrastré a la cama y permanecí tumbada mirando al techo, procurando no pensar, y al mismo tiempo tratando desesperadamente de pensar. Unas horas de júbilo y esperanza, y ahora, ¿qué? Había regresado al punto donde había empezado apenas unos días atrás, una semana... Sólo que no me parecían días sino meses, años, una triste y espantosa eternidad de temor. Dormía, me despertaba y volvía a dormirme, un sueño intranquilo, justo por debajo del primer nivel, donde acechan los sueños y te atrapan como la espesa maleza que se agita bajo la superficie del agua. Todo se quedó a oscuras, después vino la penumbra, y finalmente otra vez la luz, un cielo de acero al otro lado de la ventana. Permanecí acostada, escuchando el gorjeo de un pájaro en el jardín. Miré el reloj. Las seis y media. Me cubrí la cabeza con las sábanas. ¿Qué haría aquel día?

Lo primero que hice fue llamar a Zach. Cuando se puso al teléfono, su voz estaba espesa a causa del sueño.

—Zach, soy yo, Nadia. Perdóname, pero necesitaba contártelo. Al final ha resultado que no era él. No era Morris. No pudo haberlo hecho él.

—Mierda —dijo Zach.

—Pues sí. ¿Y qué hago ahora?

Me eché a llorar. Las lágrimas me resbalaban hasta la boca, me causaban picor en la nariz y me bajaban por el cuello.

—¿Están seguros?

—Sí, no es él.

—Mierda —repitió Zach.

Comprendí que trataba de decir algo que no resultara desolador.

—Vuelvo a ser la candidata número uno, Zach. Me pillaré. No puedo más. No puedo seguir de esta manera. Todo es inútil.

—Sí puedes, Nadia. Vaya si puedes.

—No. —Me pasé la manga del camisón por el rostro, húmedo y lleno de mocos. Me dolían las amígdalas y me notaba la garganta irritada—. No, no puedo.

—Escúchame bien. Tú eres valiente. Yo confío mucho en ti.

Lo repitió varias veces, «Confío mucho en ti; eres valiente». Y yo seguía llorando y resollando y diciendo «Estoy sola», «No, no puedo». Pero, no sé por qué razón, las repeticiones me hicieron sentir un poco mejor y mis lamentaciones se fueron apagando. Hasta oí mi risa cuando Zach juró que yo viviría hasta los cien años. Me hizo prometerle que desayunaría. Luego me dijo que me llamaría aproximadamente al cabo de una hora y que después vendría a verme.

Obedecí, tosté un poco de pan algo rancio y me lo comí acompañado de una

generosa taza de café. Me quedé sentada en la cocina, mirando a través de la ventana. Pasaba la gente y yo pensaba: «Podría ser éste, el de la gorra de béisbol, los pantalones holgados y los labios fruncidos en un silbido que no puedo escuchar. O el de los auriculares, que lleva a remolque el perro que ladra. O el de la barba enmarañada y el cabello rapado, que va encorvado en el interior de su anorak acolchado en este sofocante día de finales de agosto». Cualquiera. Podía ser cualquiera.

Procuré no pensar en Jenny. Cuando recordaba aquella fotografía, el terror me cerraba la garganta. Antes de ver las carpetas, el asesino era una amenaza indefinida, algo abstracto y casi irreal; sin embargo, no había nada de abstracto en el dulce rostro de Zoë ni en el grotesco cadáver de Jenny. Y ahora una inquieta e indecisa parte de mí empezaba a sentir un odio personal contra él: un íntimo y decidido sentimiento. Me senté a la mesa de la cocina y me aferré a aquel sentimiento para que adquiriera una forma más precisa en mi mente. Ese hombre no era una nube, ni una sombra, ni nada terrible que hubiera en el aire que respiraba.

Era un hombre que había asesinado a dos mujeres y que ahora quería matarme a mí. Él contra mí.

Cogí una carta sin abrir en cuyo sobre se me anunciaba en grandes letras que había ganado un premio. Le di la vuelta para escribir alguna anotación. ¿Qué era lo que sabía? Había matado a Zoë a mediados de julio y a Jenny a principios de agosto. Como decía Grace, estábamos en fase ascendente. Un guardapelo de Jenny perdido hacía semanas había sido encontrado en el apartamento de Zoë, y una fotografía de Zoë había sido hallada entre los efectos personales de Clive; pero éstos eran los únicos nexos entre ambas mujeres. Y el único punto en común entre Jenny y yo era Morris, vínculo muy endeble y, como había quedado demostrado, carente del menor significado. Pensé en las demás personas que habían sido interrogadas: Fred, naturalmente, aunque jamás como sospechoso, pues había sido descartado antes incluso de que se cometiera el asesinato de Zoë; Clive; el agente inmobiliario Guy; un hombre de negocios llamado Nick Shale; un exnovio de Zoë con el que esta había recorrido el mundo; el grupo de arquitectos, maestros de obras, jardineros y personal del servicio de limpieza de Jenny. Y ahora Morris. A mi juicio, lo único que había hecho la policía era descartar a los sospechosos más obvios.

Tomé un sorbo de café, ya medio frío. ¿Dónde estaba? Sentada junto a la mesa de la cocina, tratando de convertirme en mi propia inspectora, observando a los hombres a través de la ventana, pensando: éste, o aquél, o cualquiera. Me estaba golpeando la cabeza contra la misma pared contra la cual la policía llevaba varias semanas dándose con la suya.

Fui a mi dormitorio y busqué el trozo de papel en el que había anotado los nombres y direcciones sacados de los expedientes que me había traído Cameron. Los contemplé hasta que se me nubló la vista. Después, a falta de otra idea mejor, respiré hondo y cogí el teléfono.

—Clarke's, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo una voz femenina con fingido entusiasmo.

—Me han dicho que venden ustedes un apartamento en Holloway Road. Quisiera echarle un vistazo.

—Un momento, por favor —dijo la mujer, y durante un par de minutos escuché música de Bach que parecía interpretada en un órgano eléctrico de juguete.

Una voz masculina anunció su presencia con un discreto carraspeo.

—Aquí Guy. ¿En qué puedo ayudarle?

Repetí mi petición.

—Estupendo —dijo el hombre—. Espléndidamente bien situado. A dos pasos de la boca del metro de Holloway Road.

—¿Podría verlo hoy mismo?

—Por supuesto que sí. ¿Qué le parece esta tarde?

—¿Estará presente el propietario?

—Yo mismo se lo enseñaré.

Menuda suerte la mía.

A continuación llamé a otro número que también figuraba en mi trozo de papel. En realidad no sé por qué. Quizá porque entre todas las personas que se mencionaban en los expedientes era la única que parecía triste.

—¿Diga?

¿Cómo empezar? Decidí ir directamente al grano.

—Soy Nadia Blake. Usted no me conoce. Quería hablar con usted acerca de Zoë. —Hubo una pausa en el otro extremo de la línea. Ni siquiera oía su respiración—. Perdone. Siento haberla importunado.

—¿Quién es usted? ¿Es periodista?

—No. Soy como ella. Quiero decir que he estado recibiendo cartas del mismo hombre que la mató a ella.

—Oh, Dios mío. Lo siento. ¿Nadia, dice usted?

—Exactamente.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Me gustaría que nos viéramos.

—Sí, claro. Aún estoy de vacaciones. Soy maestra.

—Pues entonces, ¿qué le parece en el apartamento de Zoë sobre las dos?

—¿En el apartamento de Zoë?

—Me lo van a enseñar.

—¿Por qué?

—Quiero verlo.

—¿Está segura?

Pareció dudar. A lo mejor, pensaba que estaba loca.

—Quería saber algo más de Zoë.

—Allí estaré. Todo esto es muy extraño. No tiene usted idea.

Faltaban cuatro horas para la cita. Hoy me habían asignado a una agente distinta: Bernice. Le dije que quería ir a ver un apartamento en Holloway Road poco antes de las dos, y ella ni parpadeó; se limitó a asentir con la cabeza con expresión impasible y escribió algo en un cuaderno de notas. A lo mejor ignoraba la dirección de Zoë, o quizá todo el mundo estaba empezando a cansarse de esperar que ocurriera algo. Después tomé un buen baño, me lavé el pelo y permanecí en remojo en el agua jabonosa hasta que los dedos de las manos y de los pies se me ablandaron y arrugaron. Me pinté las uñas de los pies y me puse un vestido que apenas me había puesto. Lo guardaba para alguna ocasión especial, alguna fiesta sensacional en la que pudiera conocer a mi siguiente Señor Apropiado. Pero ahora se me antojaba una estupidez esperar a semejante acontecimiento. Me lo pondría para el apartamento de Zoë, para Louise y para Guy. Era de un precioso color azul turquesa pálido, muy ajustado, de manga corta y escote redondo. Me puse un collar, unos pequeños pendientes y sandalias. Ofrecía un aspecto fresco y elegante, como si estuviera a punto de asistir a una fiesta para beber champán en un verde jardín. Ojalá. Me apliqué un poco de carmín para completar la imagen.

Hacia el mediodía Bernice entró para decirme que dos muchachos querían verme. Miré a través de la ventana del vestíbulo y vi a Josh, esperando muy nervioso en la puerta. A su lado había alguien con el cabello alborotado y vestido con una chaqueta negra de paño. Sostenía una cajetilla de cigarrillos en una mano y un ramillete de flores en la otra y miraba con una sonrisa en los labios la puerta en la que yo aparecería.

Cuando en el transcurso de un par de jubilosas horas yo había creído que Morris era el asesino, el rostro que yo recordaba era el de un asesino: astuto y de ojos sin vida como los de un tiburón. Ahora, sin embargo, vi a un joven apuesto y bien parecido. Me resultó entrañablemente simpático cuando me dedicó una sonrisa y me ofreció su ramillete envuelto en papel.

—Adelante —les dije.

Josh murmuró algo y entró tropezando con los cordones desanudados de sus zapatos. Morris me entregó las flores.

—Las flores tendría que regalártelas yo para disculparme por haber sospechado de ti —dije—. Pero gracias, son preciosas.

Obedeciendo a un repentino impulso, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Bernice cerró la puerta a nuestra espalda como si fuera una celadora.

—Espero que no te moleste que me haya presentado así, de sopetón —dijo Morris, mirando cómo yo ponía agua en un jarrón y colocaba las flores.

—Hack pensó que sería agradable reunirnos —añadió Josh.

Estaba volviendo a efectuar una vez más su nervioso recorrido por el salón, cogiendo objetos, dejándolos de nuevo en su sitio y acariciándolos con las manos.

—Siéntate. Josh. Me estás poniendo nerviosa. Me alegra veros a los dos. Aunque

me resulta un poco extraño.

—¿Qué?

—Vamos, menuda pinta tenemos.

Me reí de manera poco convincente, y Josh, por educación, rió también. Morris nos miró, frunciendo el entrecejo.

—Pero ¿cómo puedes reírte habiendo alguien ahí fuera que quiere matarte? —preguntó cuando cesaron mis histéricas risas.

—Tendrías que haberme visto esta mañana. O ayer, cuando descubrí que no eras tú. Espero que no te lo tomes a mal si te digo que deseaba con toda mi alma que fueras tú.

—La esperanza a veces es cruel —dijo Morris, asintiendo muy serio con la cabeza.

Miré a Josh con inquietud.

—¿Te ocurre algo?

—No, estoy bien.

No lo parecía en absoluto, tenía un aspecto espantoso. Mostraba una palidez casi verdosa y los ojos inyectados en sangre. Me levanté y lo acompañé al sofá.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer?

—No tengo apetito.

—Te prepararé algo. Un poco de pasta quizá, si es que tengo. ¿Tú quieres también? —le pregunté a Morris.

—Te echaré una mano —se ofreció—. Tú descansa un poco —le dijo a Josh, dándole una palmadita en el hombro—. Tienes que recuperar fuerzas.

Josh se reclinó sobre los cojines y cerró los ojos. Una débil sonrisa iluminó su rostro.

Morris troceó unos tomates. Yo encontré una bolsa de tallarines, los eché ruidosamente en una cazuela y puse agua a calentar.

—¿Tienes miedo? —me preguntó, como había hecho Josh en su momento.

—A ratos —contesté—. Procuero mantenerme fuerte.

—Eso está bien —dijo, sin dejar de trocear tomates—. ¿Y ellos te ayudan?

—¿Quiénes?

—La policía.

—Más o menos —contesté sin darle importancia.

No quería hablar de aquello. Cuando la pasta estuvo lista, le eché por encima un puñado de aceitunas negras deshuesadas y lo rocié todo con un poco de aceite de oliva. Ofrecía un elegante aspecto minimalista. Aunque, para completarlo, habría tenido que echar un poco de queso parmesano con pimienta negra. No importaba. Morris seguía troceando lenta y metódicamente los tomates en pequeños cuadraditos.

—¿Cómo te lo imaginas? —me preguntó.

—De ninguna manera —contesté, sorprendiéndome yo misma de mi firmeza—. Pienso en las mujeres. En Zoë y Jenny.

Echó los tomates en un cuenco.

—Si puedo hacer algo —dijo—, no tienes más que pedírmelo.

—Gracias —respondí, sin demasiado entusiasmo—. Tengo amigos de sobra.

Mientras comíamos, les comenté a Josh y a Morris que había quedado para ver el apartamento de Zoë. Ambos se mostraron lógicamente perplejos ante la idea.

—¿Por qué no venís conmigo? —les pregunté, arrepintiéndome inmediatamente de haberles hecho semejante propuesta.

Josh meneó la cabeza.

—Gloria nos llevará a todos a conocer a su madre —dijo con amargura.

Ofrecía mucho mejor aspecto tras haberse comido los tallarines, aunque había dejado las aceitunas pulcramente amontonadas a un lado del plato.

—Sí —dijo Morris sonriendo—, yo te acompañaré.

—He quedado allí con una amiga de Zoë —dije—. Una tal Louise.

—Tiene gracia —dijo Morris.

—¿Qué es lo que tiene gracia?

Me miró un poco desconcertado.

—Estás conociendo a personas relacionadas con la madre de Josh. Y ahora, a personas que conocieron a Zoë. Es un poco raro.

—¿De veras? —dije—. Pues yo creo que es lo que debo hacer.

Morris musitó algo que sonó como una especie de asentimiento y, cuando terminó de comer, se levantó y sacó del bolsillo de la chaqueta un minúsculo teléfono móvil.

—Voy a comprobar los mensajes —dijo. Se acercó a la ventana, pulsó unos botones del móvil y escuchó con el entrecejo fruncido—. Mierda —dijo al final, abrochándose la chaqueta—. Tengo una llamada urgente. No podré acompañarte al apartamento. Lo siento muchísimo.

—No importa.

Me estrechó la mano y acto seguido se marchó. Yo le gustaba, lo notaba. Le gusté la primera vez que me vio, cuando vino a casa para arreglarme el ordenador. ¿Acaso no se daba cuenta de que yo me encontraba muy lejos de esas cosas, tanto que parecía imposible que algún día pudiera experimentar deseo otra vez?

Josh se fue al poco rato. Le di un beso en la mejilla cuando nos despedimos en la puerta y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos.

—Hasta pronto —le dije con toda la jovialidad que pude—. Cuídate mucho.

Entonces, antes de echar a andar con paso cansino calle arriba, Josh me dijo impulsivamente:

—Tú también. Cuídate tú también.

Guy vestía un traje de color marrón chocolate, una corbata a lo Bart Simpson y una sonrisa en los labios. Tenía unos dientes muy blancos y estaba moreno. Me dio un fuerte apretón de manos y me preguntó si podía llamarme Nadia; después se pasó todo el tiempo pronunciando mi nombre como si se lo hubiera aprendido de memoria. Mientras abría la puerta del apartamento, una voz a nuestra espalda dijo:

—¿Nadia?

Me volví y vi a una mujer aproximadamente de mi estatura y de mi misma edad. Vestía un top amarillo sin mangas y una falda roja tan corta que casi se le veía la curva del trasero; sus piernas estaban morenas y eran fuertes y bien torneadas. Llevaba su sedoso cabello castaño recogido hacia atrás en una coleta; los labios los llevaba pintados de rojo, a juego con la falda. Parecía inteligente, despierta y tenaz. Sentí que mi ánimo se levantaba.

—¿Louise? Me alegro de que hayas venido.

Ella esbozó una tranquilizadora sonrisa y entramos juntas.

—Esto es el salón —dijo innecesariamente Guy cuando accedimos a un reducido espacio que olía a moho y a lugar deshabitado.

Unas finas cortinas de color anaranjado estaban medio descorridas. Yo me adelanté para abrir las ventanas. Qué apartamento tan pequeño y deprimente.

—Vamos a hacer una cosa —le dije a Guy—, ¿le importa que visitemos el apartamento sin usted? ¿Podría esperarnos fuera?

—¿No preferirían...?

—No —dijo Louise. En cuanto se fue, añadió—: Me ataca los nervios. Zoë no lo podía aguantar. Le pidió salir con ella. La acosaba todo el tiempo.

Nos miramos mutuamente con una triste sonrisa en los labios. Sentí el escozor de las lágrimas dentro de mis ojos. Zoë, la de la dulce sonrisa, había vivido allí. Había muerto al otro lado de aquella puerta.

—Me agrada el sonido de su nombre —dije—. Me gustaría...

Dejé la frase sin terminar.

—Era estupenda —dijo Louise—. No soporto decir «era». Los niños de la escuela la adoraban. Y los hombres también se volvían locos por ella. Tenía algo que...

—¿Sí?

Louise paseaba por el apartamento viendo cosas que yo no podía ver. Cuando hablaba era como si lo hiciera para sí misma.

—Perdió a su madre cuando era muy joven, ¿sabes? Y siempre daba la impresión... de alguien que no tiene madre. Inspiraba sentimientos de protección. Puede que fuera por eso por lo que...

—¿Qué?

—¿Quién sabe? ¿Por qué se elige a una mujer y no a otra?

Sus ojos se cruzaron con los míos.

—Yo también me lo pregunto —dije.

Paseé por la sala, mirando a mi alrededor. Aún no habían retirado nada, aunque era evidente que alguien había limpiado y ordenado las cosas. Los libros estaban cuidadosamente amontonados sobre las mesas; un par de lápices, una regla y una goma de borrar descansaban sobre un cuaderno que había sobre una mesita junto a la ventana. Abrí el cuaderno y vi en la primera página una lista de ideas para clase pulcramente ordenadas y numeradas. La letra de Zoë: letras bien dibujadas, pequeñas y redondeadas. En la pared había una página de periódico enmarcada con una fotografía de Zoë rodeada de docenas de chiquillos que sostenían una sandía de gran tamaño.

Entramos en la cocina. Había varias tazas en el escurrerplatos y unas marchitas flores en un jarrón. Junto a la tetera, una solitaria botella de vino blanco. El frigorífico estaba abierto y resplandecientemente vacío.

—Ahora la propietaria del apartamento es su tía —dijo Louise como si yo le hubiera hecho alguna pregunta al respecto.

Cogí una calculadora que había sobre la mesa de trabajo, pulsé al azar unos botones y vi aparecer un número en la pantalla.

—¿Tenía miedo?

—Sí. Se vino a vivir a mi casa. Ya no venía por aquí, pero aquel día quería recoger algunas cosas. Yo la esperé fuera, ¿sabes? —Louise señaló la calle con la cabeza—. No encontré sitio para aparcar y me quedé en el coche. Esperé y esperé. Después empecé a tocar el claxon; aguardé un poco más, hasta que llamé al timbre. Y finalmente a la policía.

—¿O sea que no viste el cuerpo?

Louise me miró parpadeando.

—No —dijo tras una pausa—. No me permitieron verlo. Después me acompañaron al apartamento. No podía creerlo. Había bajado del coche diciendo que no tardaría ni un minuto.

—¿Están ahí dentro, señoras? —gritó Guy desde el hueco de la escalera.

—No tardaremos —contesté yo también a gritos.

Entramos en el dormitorio de Zoë. La cama no estaba hecha. Las sábanas y los almohadones se hallaban amontonados en una silla. Abrí el armario. Había ropa suya, aunque no mucha, y tres pares de zapatos. Alargué la mano y acaricié sus prendas, un vestido azul claro y una chaqueta de algodón con el dobladillo descosido.

—¿Conocías a Fred? —pregunté.

—Sí, claro. Un chico encantador, aunque Zoë habría estado mejor sin él. No la apoyaba demasiado que digamos. Para ella fue un alivio alejarse de él.

—Eso no lo sabía.

Cerré fugazmente los ojos y vi la fotografía de su cadáver descansando

serenamente en el suelo, como si estuviera dormida. Puede que no sufriera. Abrí los ojos y vi a Louise, que me miraba con expresión preocupada.

—¿Por qué has querido venir aquí? —me preguntó—. ¿Qué buscas?

—No lo sé —contesté—. Pensé que podría averiguar algo, aunque no sé muy bien qué. A lo mejor simplemente estoy buscando a Zoë.

Me miró sonriendo.

—¿Buscas alguna pista definitiva que dé con el asesino? —preguntó.

—Qué boba soy, ¿verdad?... ¿Has echado de menos alguna cosa en el apartamento?

Louise miró a su alrededor.

—La policía también me preguntó eso. La verdad es que no estoy segura. Lo único un tapiz de pared que Fred le regaló... Eso ha desaparecido.

—Sí. Ya sé cuál. Lo vi en los archivos de la policía.

—Es muy raro que se hayan llevado eso. No creo que valga gran cosa.

—La policía piensa que tal vez el asesino lo haya utilizado para envolver cosas.

Louise me miró, perpleja.

—¿Y por qué no cogió una bolsa de plástico de las que había en la cocina?

—No sé. Supongo que la gente no razona con mucha lógica cuando acaba de matar a alguien.

—Sea como fuere, Zoë tenía muy pocas cosas. Puede que su tía se haya llevado algo. Y seguramente la policía también habrá cogido algún objeto para analizar. Pero en general está todo tal como lo recuerdo. Es un lugar muy triste, ¿verdad?

—Sí.

—Ella lo odiaba. Sobre todo al final. Pero eso no da idea de cómo era ella en realidad. —Regresamos al salón y Louise se sentó en el sofá—. El último día, antes de venir a recoger sus cosas, fuimos a comprar algo de ropa para ella. Compramos unas cuantas bragas, un sujetador y unos calcetines; y una camiseta, pues las mías decía que le iban demasiado grandes. Era muy delgada y, con todo lo que estaba pasando, había adelgazado aún más. Así que entramos en una tienda de ropa de niñas y eligió un vestido de verano ligero y una camiseta blanca con florecitas bordadas. Para niñas de diez a once años, decía la etiqueta. De diez a once años, y le quedaban bien. Cuando salió del probador con la camiseta de niña se la veía graciosísima, con su pelo alborotado, sus brazos delgados y su rostro alegre y sonriente.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Louise, que no hizo el menor intento de secárselas.

—Así es como yo la recuerdo —dijo—. Tenía veintitrés años, un trabajo de responsabilidad y un apartamento en propiedad, pero cuando pienso en ella la veo riendo, vestida con su ropa de niña. Era tan pequeña, tan joven. —Rebuscó en su bolso y sacó un pañuelo para enjugarse el rostro—. Eso es lo que llevaba cuando la mataron. Iba vestida con su ropa recién estrenada. Limpia y fresca como una rosa.

—Señoras —volvió a llamar Guy, asomando la cabeza por la puerta.

Se quedó desconcertado al vernos abrazadas en el centro de la sala mientras las lágrimas rodaban por nuestras mejillas. Yo no sabía por quién lloraba, pero permanecimos un rato allí, llorando. Cuando salimos, Louise cogió mi rostro entre sus manos y me miró fijamente.

—Buena suerte, Nadia, mi nueva amiga —dijo—. Pensaré en ti.

Poco antes de las siete de la tarde del día siguiente, estaba tumbada en el sofá de mi apartamento cuando sonó el timbre de la puerta. El día no me había ido muy bien. Me había pasado la noche anterior pensando en Zoë y en Jenny, a quienes ahora consideraba mis amigas, y tal vez algo más. Me imaginé a mí misma recorriendo el camino que Zoë y Jenny habían recorrido antes que yo. A veces veía sus huellas, que me indicaban que ellas ya habían pasado por allí, y comprendía que Zoë y Jenny ya habían visto lo que yo estaba viendo. Ellas habían seguido adelante, y yo, aquella mañana, cuando la luz empezaba a filtrarse a través de los resquicios de las cortinas, me las imaginé esperándome fuera en la oscuridad, en la nada. ¿Habrían pensado que iban a morir? ¿Qué habían hecho? No me refiero a las precauciones que habían tomado. ¿Habrían vivido sus vidas de una manera distinta? ¿Qué hace uno cuando sólo le queda un día o una semana de vida? En semejante situación la vida forzosamente tiene que ser más valiosa. Yo supongo que habría procurado pensar con más claridad, leer libros interesantes, aunque no estaba muy segura de tenerlos en casa.

Después de levantarme y tras haberme preparado un poco de café, cogí de un estante un libro de poemas que alguien me había regalado para mi cumpleaños. Al parecer, los poemas resultan especialmente apropiados para aprendérselos de memoria, pero yo apenas si podía leerlos. Algo me estaba fallando en el cerebro. No entendía el significado de lo que leía. Era como una música que sonara en la casa de al lado a un volumen demasiado bajo para oírlo. Dejé el libro en la estantería y encendí la tele.

Justo la víspera había estado pensando en maneras constructivas de utilizar el resto de mi vida. Ahora estaba viendo un programa de debate sobre mujeres que habían tenido un lío con los novios de sus hermanas; luego vi otro de cocina, que al mismo tiempo era un concurso, una comedia de los años setenta y un viejo documental sobre los arrecifes de coral de no sé dónde. Los submarinistas llevaban patillas. Vi también un montón de informes meteorológicos.

Si yo muriera a mis veintiocho años y alguien escribiera una nota necrológica sobre mí, cosa que dudo, ¿qué podría decir? «En sus últimos años de vida había encontrado su sitio trabajando con cierto éxito como animadora infantil». Zoë trabajaba de maestra, a pesar de que era prácticamente una niña. Jenny tenía tres hijos. Tenía a Josh, un muchacho que ya era casi un hombre.

Me quedé dormida en el sofá, me desperté y vi el final de una película del Oeste, un partido de bolos en bolera cubierta, un concurso y un programa de cocina. Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta. Abrí y me encontré con Josh y Morris. Aspiré el húmedo y cálido aroma de la comida india. Morris estaba discutiendo con

una agente de policía.

—Sí, ella nos conoce. Y la otra agente que estaba aquí tiene nuestros nombres y domicilios. Se los puedo volver a facilitar a usted, si quiere. —Se volvió y me vio en la puerta—. Hemos comprado algo de comer y, como estábamos cerca, hemos decidido pasar a verte un momento.

Los miré con rostro inexpresivo, no por ellos, sino por haber estado todo el día delante del televisor. Me sentía tan embotada como si me hubiera tomado un tranquilizante.

—No importa —dijo Morris—. No te preocupes. Ya encontraremos un banco o un portal donde sentarnos a comer. O bajo una farola. O bajo la lluvia.

No pude por menos que sonreír. El día era claro y soleado.

—No seas bobo. Adelante. —Vi que a la agente no le hacía mucha gracia—. No se preocupe. Los conozco.

Entraron acompañados por los deliciosos efluvios y depositaron sobre la mesa tres bolsas de plástico.

—A lo mejor pensabas salir a cenar fuera —dijo Morris.

—Pues, en realidad, no —confesé.

Ambos se quitaron la chaqueta y la arrojaron a un lado. Parecían encontrarse completamente a sus anchas.

—He rescatado a Josh de una *soirée* de pesadilla en su casa y hemos salido en busca de una mujer.

Josh esbozó una sonrisa tan turbada que estuve a punto de darle un abrazo; pero sólo habría servido para empeorar la situación. Empezaron a sacar de las bolsas las bandejas de papel de aluminio.

—No sabíamos cuál era tu grado de tolerancia al picante —dijo Morris, levantando las tapas de papel de aluminio—, así que hemos elegido desde lo más suave, cocido con crema de leche, hasta la carne *phal*, que está clasificada como lo más terriblemente picante que existe, pasando por varias cosas intermedias: un par de *naans*, estas tortas de levadura tan ricas; unos *papadums*, otra variedad de tortas; unas legumbres variadas *dahl* y varias clases de verduras. Cerveza para los mayores y cerveza más floja para Josh.

Arqueé una ceja.

—¿Tienes permiso para beber, Josh?

—Por supuesto —contestó en tono malhumorado.

En fin, bastantes preocupaciones tenía yo. Saqué platos, vasos y cuchillos.

—¿Qué habrías hecho si no hubiera estado en casa? —pregunté.

—Morris estaba seguro de que estarías —contestó Josh.

—Ah, ¿sí? —dije, volviéndome hacia Morris con expresión irónica.

Morris me miró sonriendo.

—Suponía que debías de estar agotada.

—Pues sí, es cierto que lo estoy —confirmé—. No llevo una buena temporada.

—Ya lo veo —dijo—. Anda, come.

Así lo hicimos, y todo nos pareció exquisito. Necesitaba devorar un buen revoltijo de indecorosa comida, por lo que empecé con trocitos de *naan*, que mojé en varias salsas distintas. Luego nos desafiarnos mutuamente a comer de pie unos buenos bocados de *phal* acompañados de jarras de cerveza muy fría. Creo que Morris hizo trampa y comió muy poco; Josh, en cambio, respiró hondo y se introdujo una buena cucharada de carne picantísima, la masticó y se la tragó. Lo miramos estupefactos mientras grandes gotas de sudor le brotaban de los poros de la frente.

—Vas a estallar —le dije—. Será mejor que nos apartemos.

—No, qué va —dijo Josh con voz entrecortada, y los tres nos echamos a reír.

Fue la primera vez que vi en su rostro una expresión jovial, en lugar de la torpe y cohibida de costumbre. Yo, por mi parte, no recordaba cuándo había sido la última vez que me había reído de buena gana. No había tenido motivos.

—Y ahora tú —dijo Josh.

Con exagerada elegancia, me metí en la boca una buena cucharada y me la tragué. Ambos me miraron como si fuera un petardo que tardaba en estallar.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó Morris al final.

—Me encanta la comida picante —contesté—. Y sé comérmela como una señora.

—Estamos pasmados —dijo Josh, mirándome con incredulidad.

Pero enseguida me bebí un descomunal trago de cerveza fría.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Josh.

—No, simplemente sedienta —contesté con indiferencia.

Dimos con todo de manera sorprendentemente rápida. Mientras yo quitaba la mesa, hecho que consistió en colocar las bandejas de papel de aluminio unas encima de otras, los chicos se acercaron a mi famoso ordenador y se inclinaron sobre él. Yo les oía de vez en cuando soltar jadeos y risotadas. Me acerqué a ellos con otro vaso de cerveza en la mano y seguí bebiendo. Me sentía agradablemente aturdida.

—Ya sé que es un aparato ridículo.

—No, qué va, es estupendo —dijo Josh, haciendo clic con el ratón como un experto—. Tienes unas versiones prehistóricas de los programas. Es como un parque jurásico de dinosaurios de *software*. Un momento, ¿qué es esto?

Resultó que mi ordenador tenía incorporado en alguna parte un solitario de cartas cuya existencia yo ignoraba.

¿Conocía las reglas?, me preguntaron a gritos. No, no las conocía. Así que, entre gritos y discusiones sobre las teclas, empezaron a jugar.

—Esto es como pasar la velada con dos criaturas de trece años —dije.

—¿Y qué? —replicó Josh.

Estaba empezando a relajarse. Desde luego, se le veía mucho más a sus anchas conmigo. Había perdido aquella expresión de susto que tenía. Pidieron a gritos más cerveza y yo les llevé dos latas frías que saqué del frigorífico.

—Es como si me hubiera convertido en la princesa Leia de esta historia —dije.

Josh apartó el rostro de la pantalla y me miró con aire pensativo.

—Más bien en Chewbacca, diría yo —replicó.

—¿Quién?

—Olvidalo.

Puede que pasarme con la bebida tampoco fuera una buena idea. Fui a preparar café y volví con una taza. Estaba muy cargado y muy caliente.

—Hay café —grité.

Josh estaba tan enfrascado en las imágenes de la pantalla, que por un instante se olvidó de mi existencia. En cambio Morris se acercó y se sirvió una taza.

—¿Tienes un poco de leche?

—Voy por ella.

—No, ya voy yo.

Morris fue a la cocina y yo miré a Josh, cuyos ojos permanecían clavados en la pantalla. Sus brazos eran sorprendentemente blancos y delgados. A pesar de su estatura era todavía un chiquillo. Morris regresó.

—Bonito apartamento —dijo—. Muy tranquilo.

—¿Buscas apartamento? —le pregunté—. En ese caso tendrías que echar un vistazo al que vi yo ayer. Aunque muy tranquilo no era, la verdad.

—¿Qué tal te fue?

—Pues no sé —contesté—. No estoy muy segura de para qué fui allí. Probablemente fue una estupidez, pero me pareció que debía hacerlo. Hablé con Louise, la amiga de Zoë. Es muy simpática. Hizo que me sintiera más cerca de Zoë.

Morris bebió un sorbo de café.

—¿Cómo puede interesarte tanto alguien a quien jamás has conocido?

—Bueno, verás, es que yo me siento un poco unida a Zoë y a Jenny.

—¿Viste el reportaje de la semana pasada sobre el corrimiento de tierras en Honduras?

—No.

—Rescataron más de doscientos cadáveres. No saben cuántos desaparecidos puede haber.

—Es horrible.

—Era una noticia insignificante en la sección internacional de mi periódico. Si hubiera ocurrido en Francia, habría sido una noticia importante. Y si eso les hubiera ocurrido a personas que hablan inglés, la noticia se habría publicado en primera plana.

—Lo siento —dije—. Perdona, pero es que estoy un poco obsesionada con lo mío en este momento. Tengo una constante sensación de miedo y de náusea.

Morris se inclinó hacia delante y depositó cuidadosamente la taza de café sobre una revista.

—¿De veras tienes esa sensación? —me preguntó en tono comprensivo.

—Pues sí —contesté—. Procuero olvidarme, evadirme, pero siempre está ahí. Es

como cuando estás enfermo, que todo lo que comes tiene un sabor ligeramente extraño... Pues es algo parecido.

—Si quieres hablar de ello, adelante. Puedes decirme lo que sientes. Cualquier cosa.

—Eres muy amable, pero no es nada complicado. Lo único que quiero es que todo termine de una vez.

Morris miró a su alrededor. Josh seguía enfrascado en el juego.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó.

—No lo sé. Se me ha ocurrido la estúpida idea de buscar pistas por mi cuenta, pero creo que es una pérdida de tiempo. La policía lo ha rastreado todo.

—¿Qué buscas?

—No tengo ni idea. ¿No te parece lo más ridículo del mundo? Una cosa es buscar una aguja en un pajar y otra muy distinta buscar en el pajar sin saber lo que buscas. A lo mejor estoy buscando paja. He visto los expedientes de la policía.

—¿Te han permitido verlos? —preguntó bruscamente Morris.

Solté una carcajada.

—Bueno, más o menos.

—¿Qué tipo de expedientes eran? ¿Has visto los informes de las autopsias?

—Había mucho papeleo burocrático. Y unas fotografías horribles. No puedes imaginar lo que le hicieron a Jenny. La veo cada vez que cierro los ojos.

—Me lo imagino —dijo Morris—. ¿Has averiguado algo?

—En realidad, no. Mucha información, pero poco útil. Fue horrible y además inútil. Supongo que esperaba descubrir algún nexo entre nosotras: Zoë, Jenny y Nadia, las extrañas hermanastras.

—Me has encontrado a mí —dijo Morris, sonriendo.

—Sí. No te preocupes, Morris, sigo vigilándote. También el agente inmobiliario podía ser un nexo entre Zoë y Jenny. Es un tipo un poco raro... No sé, pensé que, viviendo las tres en el norte de Londres, era raro que no hubiera ningún nexo entre nosotras. Seguro que íbamos a las mismas tiendas y que nos hemos cruzado más de una vez por la calle. No puedo dejar de pensar en ello. Tiene que haber algo. Tiene que haberlo. Una psicóloga me habló de un axioma policial según el cual los criminales siempre llevan algo al escenario del delito y siempre se llevan algo de él. Es una idea interesante, ¿no crees?

Morris se encogió de hombros.

—Bueno —añadí—, al menos a mí me lo parece. Tengo la sensación de tenerlo todo en la cabeza. Tengo el pajar en la mente, y creo que allí dentro hay dos pajitas y que si logro juntarlas podré salvar mi vida.

—Pues claro que la salvarás —dijo Morris—. No tienes que perder la esperanza.

—¿Sabes lo que me resulta más doloroso? Ciertos momentos en que me veo, después de superada esta historia, llevando una existencia normal y haciéndome vieja. —Tuve que callarme y sobreponerme antes de que las lágrimas empezaran a

rodar por mis mejillas. Percibí una presencia a mi lado. Era Josh. Le ofrecí una taza de café—. Esta noche ha sido uno de esos momentos —dije—. Algo inesperado y casual.

Guardamos silencio un instante. Josh parecía un adulto sentado en el sofá con dos personas mayores. Los tres nos tomamos el café observando recíprocamente nuestras miradas y sonrisas.

—O sea que has tratado de establecer un vínculo entre tú y las otras dos mujeres, Zoë y... la madre de Josh —dijo Morris.

—Sí.

—He estado pensando en ello, y se me ha ocurrido que... No sé, a lo mejor es una bobada, pero no deja de ser una idea.

—Adelante, dilo —contesté—. Aunque sólo sea para introducir una variación en mis incesantes parloteos.

—Quiero decir que hay un nexo evidente entre vosotras tres.

—¿Cuál?

—Sé que es un poco difícil de admitir, pero... ¿quiénes son las personas que las tres tenéis en común?

—¿Quiénes?

Miré a Morris y luego a Josh. De repente, éste esbozó su leve y luminosa sonrisa habitual.

—Yo lo sé —dijo éste, muy seguro de sí mismo.

—Bueno, ¿quiénes son? Dímelo de una vez.

—Creo que tienes que esforzarte un poco más en adivinarlo.

Ahora se estaba burlando de mí, como si fuera un insoportable hermano menor.

—Haz el favor de decírmelo, Josh, si no quieres que te retuerza la nariz.

Levanté la mano en gesto amenazador.

—Bueno, está bien —dijo él—. La policía.

—¿Intervienen siempre los mismos? —preguntó Morris.

—Creo que sí —contesté—. Pero...

—De hecho —dijo él—, mi brillante teoría contiene un error de bulto.

—¿Cuál?

—La primera mujer. Zoë. La policía sólo reparó en ella después de la primera nota.

—Ah, claro.

Nos volvimos a sumir en el silencio. De repente experimenté como una descarga eléctrica en la parte posterior de la cabeza. Era lo que estaba buscando.

—Eso no es cierto —dije.

—¿Cómo? —dijo Morris.

—Lo que has dicho, eso de que sólo aparecieron en escena después de la primera nota.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo podían saber algo de ella con anterioridad?

—Estaba en los archivos de la policía. Zoë salió en los periódicos poco antes de que recibiera su primera nota. Ella solita puso fuera de combate a un atracador golpeándolo con una sandía. Se hizo famosa; los periódicos publicaron su fotografía. La policía sabía quién era.

—No lo decía completamente en serio —dijo Morris—, pero... merecería la pena intentar establecer si ha habido algo extraño en su manera de llevar el caso. Supongo que lo habrán hecho con su frialdad habitual.

Levanté la mirada, presa de una leve inquietud. Tenía que comportarme como si no hubiera nada que me pareciera extraño.

—Sí —dije—. Con su frialdad habitual.

Sé que las mentiras no se me dan muy bien. ¿Era eso lo que habría dicho una persona que estuviera diciendo la verdad?

—¿Te ocurre algo? —preguntó Morris.

—No, ¿qué me iba a ocurrir? —Ahora mi mente se había lanzado a la carrera. Tenía muchas cosas en que pensar; demasiados aspectos que repasar—. Pero no es posible que se trate de un policía, ¿verdad?

—¿Tú qué crees, Josh?

Josh meneaba la cabeza con expresión perpleja.

—No, no puede ser. Es muy raro. Sólo que... no, es una bobada.

—¿Qué? —dije—. Suéltalo.

—No sé si te enteraste de que antes de que a mi mamá... Bueno, resulta que la policía detuvo a mi padre porque en el piso de la otra mujer, de Zoë, encontraron un objeto que pertenecía a mi madre. ¿Quién más podría haber hecho eso?

Hubo un silencio tan sepulcral como el de una oscura cueva.

—Tengo que reflexionar sobre todo esto —dije—. Es como un rompecabezas. Pero no soy suficientemente inteligente.

—Lo siento —dijo Morris—. Lo único que he conseguido es preocuparte más. Tendría que haber mantenido la boca cerrada.

—No —repuse—. No seas tonto. Merece la pena examinarlo. Lo que ocurre es que no puedo creerlo. ¿Qué debo hacer?

Morris y Josh se miraron encogiéndose de hombros.

—Cuidarte mucho —dijo Morris—. Y mantener los ojos muy abiertos. —Luego le guiñó un ojo a Josh—. Tenemos que irnos.

Los acompañé a la puerta.

—¿Qué debo hacer? —repetí con angustia.

—Piensa —dijo Morris—. Nosotros también lo haremos. Puede que se nos ocurra algo. Recuerda que estamos de tu parte.

Cerré la puerta y ni siquiera me senté. Me quedé junto a la puerta, pensando y pensando e intentando dar una forma coherente a mis ideas. Me dolía la cabeza.

Ahí estoy, en pleno corazón de las cosas. Invisible. Me quedo delante de ella y me sonrío con esa manera suya que le arruga los ojos. Se ríe de mis bromas. Apoya la mano en mi hombro. Me ha besado en la mejilla: un suave y seco beso que me quema la piel. Deja que sus ojos se llenen de lágrimas y no se las enjuga. Ya no confía en casi nadie, pero confía en mí. Sí, confía plenamente en mí. Mientras esté con ella, no tengo que reírme. La risa crece dentro de mí como una bomba.

Es fuerte y flexible; se dobla pero no se quiebra. No se ha derrumbado. Pero yo soy fuerte. Más fuerte que ella, más fuerte que nadie. Soy listo, más listo que esos necios que andan husmeando por ahí en busca de pistas que no existen. Y soy paciente. Puedo esperar todo el tiempo que haga falta. Observo, espero y río por dentro.

—¿Tú? —dije.

—Sí, yo —respondió Cameron. Nos miramos mutuamente—. Hoy sustituyo a Lynne. Órdenes de mis superiores.

—Ah. —Había abierto la puerta envuelta en una simple bata y con el cabello sin cepillar. Yo esperaba a Lynne o a Bernice. No me apetecía que él me viera de esa manera. Sus ojos bajaron desde mi rostro a mi pecho y a mis piernas desnudas. Me acerqué instintivamente la mano a la garganta y él esbozó una leve sonrisa—. Voy a vestirme —dije.

Me puse unos vaqueros y una camiseta; una indumentaria sencilla y natural. Me cepillé el cabello y me lo recogí hacia arriba. No hacía demasiado calor. En el aire se aspiraba el aroma del otoño. Daba una sensación como de frescor. Deseaba ver el otoño; la transformación de los árboles, los huidizos cielos grises y la lluvia traída por los vientos. Las peras del árbol del patio, las moras del cementerio, calle arriba. Me imaginaba paseando por el bosquecillo que hay cerca de la casa de mis padres, haciendo crujir la hojarasca con mis botas. O sentada al calor del fuego en casa de Janet, comiendo tostadas con mantequilla. Pequeñas cosas cotidianas.

Oía a Cameron en la cocina, familiarizado ya con los aparatos. Recordé lo que Morris me había dicho la víspera y pensé: «Sí, podría ser; podría ser cierto». Pensé en lo que había ocurrido entre Cameron y yo. Lo recordé mientras oía el tintineo de las tazas al otro lado de la pared. Había ocultado la cabeza entre mis pechos, gimiendo; me había inmovilizado; había sido salvaje, brutal y dulce a la vez. Cuando me miraba con sus anhelantes ojos, ¿qué veía? ¿Qué veía ahora? ¿Debería tenerle miedo?

Respiré hondo y fui a reunirme con él en la cocina.

—¿Café? —me preguntó.

—Gracias.

Tras una pausa de silencio, dije:

—Hoy he decidido ir a ver a mis padres. Viven cerca de Reading.

—Muy bien.

—Preferiría que tú me esperaras fuera. No quiero que me vean con un policía.

—¿Están muy preocupados?

—Pero no por esto. No saben nada. No se lo he dicho.

Mis padres siempre estaban preocupados por mí; por eso no les había contado nada. Cada vez que cogía el teléfono me imaginaba la delicada e inquieta voz de mi madre con su perenne matiz de temor. Siempre temía recibir malas noticias. Cada vez que oía mi voz desde el otro extremo de la línea, pensaba que le daría alguna mala noticia y que sus vagos temores se confirmarían. Jamás había estado segura de mí, ignoro por qué. No confiaba en mi capacidad de cuidar de mí misma y llevar una vida

independiente. Pero hoy pensaba decírselo. Debía hacerlo.

—Nadia, tenemos que hablar...

Dejó la taza y se inclinó hacia mí.

—Quería preguntarte una cosa..., sobre nosotros. Sobre ti y sobre mí —dijo.

—Y yo quería preguntarte otra cosa sobre Zoë y Jenny.

—Nadia, tenemos que hablar de lo que ocurrió —insistió.

—No, no tenemos nada de qué hablar —respondí.

Traté de mantener un tono formal y me concentré en la tarea de sostener la taza con ambas manos sin que éstas me temblaran.

—No lo dirás en serio —dijo.

Lo miré. Alto y sólido, como una muralla entre mí y el resto del mundo. Tenía unas manos fuertes y cubiertas de vello. Unas manos que me habían sostenido y tocado, que habían explorado todos mis secretos. Tenía unos ojos que me miraban fijamente y me desnudaban.

—Me he enamorado de ti —dijo con la voz ronca a causa de la emoción.

—¿Se lo has dicho a tu mujer?

Se estremeció.

—Ella no tiene nada que ver con esto —dijo—. Se trata de ti y de mí.

—Háblame de Zoë y de Jenny —repetí—. Jamás me has hablado de ellas. ¿Cómo eran?

Movió la cabeza, molesto, pero yo insistí.

—Me lo debes.

—No te debo nada —dijo, pero levantó las manos en gesto de rendición y después cerró los ojos un instante—. Zoë. A Zoë no llegué a conocerla. Apenas tuve ocasión... La primera vez que la vi fue en una fotografía de gran tamaño que colgaron en la comisaría, ya sabes, cuando dejó fuera de combate al atracador con la sandía. En la comisaría se convirtió en una especie de heroína, y también en objeto de chistes verdes.

—¿Cómo era?

—Jamás la vi.

—¿Y qué me dices de Jenny? A Jenny la debiste de conocer muy bien —dije, observando atentamente su rostro.

—Jenny era otra cosa. —Estuvo casi a punto de esbozar una sonrisa al recordarla, pero se contuvo—. Bajita también. Las tres sois bajitas —añadió en tono pensativo—. Pero fuerte, enérgica, compacta, dura y colérica. Jenny era como un muelle en tensión. Lista. Impaciente. A veces tremendamente insensata.

—¿Desdichada?

—Eso también. —Apoyó una mano en mi rodilla y yo se lo permití por un instante, a pesar de que su contacto me provocó una oleada de repugnancia que me recorrió todo el cuerpo—. Pero habría sido capaz de arrancarle la cabeza de cuajo a cualquiera que le insinuara semejante cosa. Era una pequeña fiera.

Me levanté para librarme de su mano, y por hacer algo me serví más café.

—Tenemos que irnos —dije.

—Nadia.

—No quiero llegar tarde.

—Por la noche no puedo dormir pensando en ti. Veo tu rostro, tu cuerpo...

—Apártate.

—Nadia...

—Crees que voy a morir.

Antes de salir, y en presencia de Cameron, telefoneé a Links para informarle de que el inspector Stadler me acompañaría a ver a mis padres y que regresaríamos a media tarde. Advertí un tono de desconcierto en su voz. El hombre no comprendía por qué razón lo llamaba para contarle mis planes. Pero me daba igual. Lo repetí en voz alta y con toda claridad, para que tanto Links como Cameron lo oyeran.

Apenas hablamos durante el trayecto, excepto las escuetas indicaciones que yo le iba dando. Primero cogimos la M4 y después nos metimos por calles secundarias. De vez en cuando se volvía hacia mí y me clavaba su penetrante mirada. Yo permanecía sentada, con las manos apoyadas sobre el regazo, procurando mirar a través de la ventanilla; pero sentía su cabeza vuelta hacia mí y su mirada inquisitiva.

—¿A qué se dedican tus padres? —preguntó poco antes de llegar.

—Mi padre era profesor de geografía, pero se jubiló prematuramente. Mamá ha hecho un montón de cosas, pero, por encima de todo, se ha dedicado a cuidar de mi hermano y de mí. Para ahí, en el cruce, y recuerda que no debes entrar.

La casa era una vivienda pareada de los años treinta, muy parecida al resto de los edificios que había en aquel callejón sin salida. Cameron detuvo el coche.

—Un momento —dijo, en el instante en que yo alargaba la mano hacia el tirador de la puerta—. Hay algo que debo decirte.

—¿Qué?

—Ha llegado otra carta.

Me recliné en el respaldo del asiento y cerré los ojos.

—Dios mío —dije.

—Me hiciste prometer que te contaría cualquier novedad.

—¿Qué decía?

—Era muy corta. Sólo decía: *Eres muy valiente, pero no te servirá de nada*. Algo así.

—¿Y eso es todo? —Abrí los ojos y me volví para mirarlo—. ¿Cuándo ha llegado?

—Hace cuatro días.

—¿Habéis averiguado algo más a través de esa carta?

—La estamos analizando para completar nuestra evaluación psicológica.

—O sea, que nada —dije yo, lanzando un suspiro—. Bueno, supongo que la situación no cambia demasiado. Ya sabíamos que seguía ahí, ¿verdad?

—Sí, lo sabíamos.

—Nos vemos dentro de un par de horas.

—Nadia.

—¿Qué?

—Eres muy valiente. —Lo miré—. Es la pura verdad —añadió.

Lo seguí mirando.

—¿Quieres decir valiente como Zoë y Jenny?

No contestó.

Mi madre había preparado estofado de cordero con arroz, demasiado hecho, y una ensalada verde. De pequeña me encantaba el estofado de cordero. ¿Cómo puedes decirle a tu madre que ya no te agrada algo? Costaba comerlo. La carne tenía demasiadas vetas de cartílago y estaba mal cortada. Mi padre abrió una botella de vino tinto, a pesar de que nunca beben en el almuerzo. Pero se alegraban de verme y me llenaban de atenciones, como si fuera una extraña. Y lo cierto era que me sentía como una extraña en presencia de aquellos dos simpáticos viejos que, en realidad, todavía no lo eran.

Ellos siempre habían sido muy precavidos en todo, y conmigo también. Cuando salía por la noche siempre me esperaban levantados, me ponían una bolsa de agua caliente en la cama en las gélidas noches, se preocupaban de que no pasara frío y hasta sacaban punta a mis lápices cuando comenzaba el nuevo curso escolar. Sus asiduos cuidados me atacaban los nervios, no soportaba que estuvieran siempre encima de mí. Recordar ahora aquello me provocó un profundo sentimiento de nostalgia y noté un nudo en el pecho.

Esperé hasta después del almuerzo para decírselo. Tomamos el café en el salón, acompañado de unas chocolatinas de menta. A través de la ventana vi a Cameron, sentado al volante de su automóvil. Carraspeé.

—Tengo que decirles una cosa.

—¿Sí?

Mi madre me miró con expectante inquietud.

—Yo... bueno, hay un hombre que... —Me detuve al ver la expresión de placer que iluminaba su rostro. Se imaginaba que por fin había encontrado un novio en serio; ella nunca había creído que mi historia con Max durara mucho. Las palabras no me salían de la boca—. Bueno, en realidad no es nada.

—Anda, mujer, dínoslo. Queremos saberlo, ¿verdad, Tony?

—Más tarde —dije, levantándome bruscamente—. Primero quiero que papá me enseñe el huerto.

Las ciruelas estaban casi maduras. Mi padre había plantado judías, lechugas y

patatas. Y en el invernadero, tomates. Se empeñó en que me llevara unos cuantos.

—Tu madre te ha preparado unos botes de mermelada de fresa.

Lo cogí del brazo.

—Papá, tú y yo hemos tenido nuestros más y nuestros menos: los deberes, el tabaco, la bebida, el maquillaje, las salidas nocturnas, la política, la droga, los novios o la ausencia de novios, los trabajos serios, todo lo que tú quieras, pero quería decirte que has sido un buen padre.

Emitió una especie de turbado sonido gutural y me dio una palmada en el hombro.

—Tu madre se estará preguntando por qué tardamos tanto.

Me despedí de ellos en el recibidor. No pude abrazarlos como es debido porque sostenía en mis manos los tomates y la mermelada. Comprimí la mejilla contra la de mi madre y aspiré el familiar aroma a vainilla, a polvos de maquillaje, jabón y bolas de naftalina. El aroma de mi infancia.

—Adiós —les dije. Ellos me sonrieron y me saludaron con la mano—. Adiós.

Por un instante se apoderó de mí la idea de que jamás volvería a verlos, pero enseguida me la quité de la cabeza. Con ese pensamiento, una no puede irse tan tranquila, subir al coche y partir como si tal cosa.

Durante el trayecto de vuelta a casa fingí que dormía. Después de que Cameron efectuara la acostumbrada inspección del apartamento, le pedí que se quedara en el coche. Iba a protestar, pero el busca que llevaba ajustado al cinturón empezó a emitir pitidos, momento que aproveché para cerrarle la puerta en las narices.

Me senté en la cama con las manos apoyadas sobre las rodillas. Cerré los ojos y los volví a abrir. Escuché el susurro de mi respiración. Esperé no a que ocurriera algo sino a que desapareciera aquella sensación.

Al cabo de un rato sonó el teléfono. Parecía que eso hubiera sucedido en el interior de mi cráneo. Alargué la mano y lo cogí.

—Nadia.

La voz de Morris sonaba ronca y apremiante.

—¿Sí?

—Soy yo. No digas nada. Presta atención, Nadia; he descubierto algo. No puedo decírtelo por teléfono. Tenemos que vernos.

Sentí que el miedo me crecía en el vientre, un enorme tumor de miedo.

—¿Qué ocurre?

—Ven a mi apartamento en cuanto puedas. Hay algo que tienes que ver. ¿Hay alguien contigo?

—No. Están fuera.

—¿Quién es?

—Stadler.

Oí la respiración de Morris. Cuando volvió a hablar, lo hizo muy despacio y con calma.

—Aléjate de él, Nadia. Te espero.

Colgué el teléfono y me levanté, apoyando el peso de mi cuerpo en la parte anterior de las plantas de los pies. O sea que al final se trataba de Cameron. Mi temor empezó a disiparse y me sentí fuerte, ligera y llena de claridad. El final se acercaba. La espera había terminado, y con ella el dolor y el terror. Estaba preparada y tenía que irme.

Cuando crucé la puerta de entrada, me notaba la cabeza despejada. Sabía lo que iba a hacer. Ahora las cosas se habían vuelto muy sencillas. La capa de temor aún estaba ahí, pero era menor. Cameron bajó del coche y se acercó a mí rápidamente con expresión inquisitiva e incluso esperanzada.

—Voy a comprar algo para la cena —dije.

Echamos a andar, pero yo no hablé.

—Perdóname —dijo al final—. Por todo. Quiero que todo se arregle. Para ti y para mí. Para los dos.

—¿De qué estás hablando?

No contestó. Cruzamos la calle y subimos por la acera hasta Marks & Spencer. No convenía que discutiera con él; no debía hacer nada que despertara sospechas. Apoyé la mano en su antebrazo. Un contacto, pero no excesivo.

—Lo siento —dije—. Ahora no puedo afrontar las cosas de manera racional. No es el momento.

—Lo comprendo —respondió.

Me di la vuelta para entrar en el establecimiento. Lancé un suspiro.

—Salgo en un minuto.

—Te espero aquí.

—¿Quieres que te compre algo?

—No te preocupes.

El Marks & Spencer de Camden Town tiene otra pequeña entrada en la parte de atrás. Así que entré, me escabullí por los pasillos y salí por el otro lado a la calle. Al cabo de unos minutos, estaba en la boca del metro. Cuando bajaba por la escalera mecánica que conducía al andén, volví la cabeza. No me seguía.

Una vez sentada en el vagón, traté de comprender el sentido de lo que Morris me había dicho. Tenía la sensación de haber permanecido atrapada durante semanas en una espesa niebla; pero ahora, si bien no acababa de disiparse, era menos intensa y me permitía vislumbrar una especie de paisaje. Si realmente había sido un policía, si había sido Cameron, de repente lo que parecía imposible empezaba a resultar muy sencillo. La policía tenía fácil acceso al apartamento de Zoë y a la casa de Jenny. Se me cayó el alma a los pies. También a mi apartamento. Pero ¿por qué iban a hacerlo? ¿Por qué iba a hacer Cameron una cosa así?

Me bastaba con recordar la mirada de Cameron para averiguar la respuesta. Repasé mis primeros encuentros con la policía. Cameron, en un rincón, con los ojos fijos en mí. Cameron en mi cama; jamás nadie me había mirado de aquella manera, jamás nadie me había tocado así, como si yo fuera un objeto infinitamente atractivo y extraño. Sentía que quería mirarme, tocarme, penetrarme y saborearme, todo a la vez,

como si nada fuera suficiente para él. Al principio había sido muy emocionante; después, repelente, y ahora empezaba a resultarme espantosamente comprensible. Estar junto a la mujer a la que estás atemorizando, acostarte con ella, averiguar sus secretos. Qué experiencia tan excitante. Y, sin embargo, ¿dónde estaban las pruebas? ¿Habría descubierto Morris algo que pudiera resultarme útil?

El apartamento de Morris se encontraba a pocos minutos de la boca del metro en una callejuela difícil de encontrar, por lo que tuve que preguntar. Había pasado por delante y no la había visto. Era sábado por la noche y la callejuela estaba desierta. Al fondo vi una puerta con una pequeña tarjeta junto al timbre: Burnside. Llamé. Durante unos segundos sólo hubo silencio. ¿Habría salido? Entonces oí que introducían una llave en la cerradura y descorrían el pestillo. Cuando abrió la puerta, su aspecto era increíble, estaba hecho un manojo de nervios. Vestía unos pantalones muy holgados con grandes bolsillos por todas partes y una camisa de manga corta. Iba descalzo. Pero algo en sus ojos, vivo y brillante, resultaba especialmente cautivador. Desprendía mucha energía, parecía un campo magnético. Era atractivo y, por si fuera poco —aquí me sentí dominada por el desaliento—, creía estar enamorado de mí. Yo confiaba en que, en su afán por ganarse mi favor, no hubiera convertido un grano de arena en una montaña.

—Nadia —dijo, esbozando una cordial sonrisa de bienvenida.

Se quedó en la puerta, mirando por encima de mi hombro. Yo me volví también a mirar. En la calle no había ni un alma.

—¿Cómo lo has hecho para escapar de él? —me preguntó.

—Soy maga —contesté.

—Pasa —dijo—. Está todo muy desordenado.

A mí me pareció perfectamente ordenado. Habíamos entrado directamente en una pequeña y acogedora sala en cuya pared opuesta había una puerta que dejaba ver un corto pasillo.

—¿Antes esto era un almacén?

—Una especie de taller, creo. Es de un amigo mío que está en el extranjero. Mientras tanto se lo cuido yo.

Lo único que no encajaba allí era una tabla de planchar con una plancha a un lado.

—Has estado planchando —dije—. Me quito el sombrero.

—Sólo esta camisa —explicó.

—Creía que era nueva.

—Ése es el truco —dijo—. Si planchas la ropa, parece nueva.

Esboqué una sonrisa.

—El único truco es ponerse ropa nueva —repliqué.

Empecé a fisgonear. Soy muy aficionada a examinar las viviendas de los demás. Me acerqué, siguiendo mi instinto de fisgona de primera categoría, a un gran tablero de corcho que había colgado en la pared. Allí había prendidos menús de comida para

llevar, tarjetas de fontaneros y electricistas y, lo más interesante de todo, unas pequeñas instantáneas. Morris en una fiesta, Morris en bicicleta en no sé dónde, Morris en la playa, Morris y una chica.

—Es bonita —dije.

—Cath —dijo él.

—¿Sales con ella?

—Bueno, tuvimos una especie de aventura.

Sonreí para mis adentros. Salía con ella. Cuando los hombres dicen que han tenido una especie de aventura con una mujer es que ya están acariciando el anillo de casado. No les gusta revelar su estado.

—¿Dónde están las demás?

—¿Cómo?

—Las otras fotos —dije—. Muchas chinchetas pero pocas fotografías.

Señalé el tablero. Había muchos huecos.

—Ah —dijo él—. Me he cansado de algunas. —Soltó una carcajada—. Deberías ser inspectora.

—Por cierto, más vale que lo que tengas que decirme sea interesante, porque me temo que el inspector Stadler se va a enfadar mucho. Tendré suerte si sólo me acusan de haber hecho perder el tiempo a la policía.

Morris me indicó una silla junto a la mesa y él se sentó al otro lado.

—He estado repasando el interrogatorio al que me sometió Stadler y... ¿cómo se llama el otro?

—¿Links?

—Eso es. Estoy convencido de que hay algo raro en Stadler. Su manera de hablar de las otras dos mujeres fue muy extraña y quería comentarlo contigo. He sentido el impulso de apartarte de él.

—¿Tienes alguna prueba?

—¿Cómo?

—Creí que habías descubierto algo que pudiéramos utilizar contra él.

—Lo siento —dijo—. Qué más quisiera.

Traté de pensar. La niebla que había empezado a disiparse en mi mente volvía a espesarse. De pronto me sentí traspasada por una sensación de frío glacial.

—De todos modos, no se sostiene —dije en tono abatido.

Morris me miró, perplejo.

—¿Qué es lo que no se sostiene?

—Tu teoría de la policía. Lo de Zoë y la sandía y que la policía tuviera conocimiento de ella antes de que empezara a recibir las notas, eso tiene sentido, pero lo de Jennifer no queda explicado.

—¿Por qué?

—Su guardapelo fue colocado intencionadamente en el apartamento de Zoë antes de que fuera asesinada y de que Jennifer empezara a recibir notas y llamara a la

policía.

—Puede que la policía se haya inventado lo de la colocación intencionada del guardapelo.

Reflexioné un instante.

—Bueno, es posible —dije en tono dubitativo—. No obstante, eso no explica la conexión con Jenny. ¿Por qué la eligió a ella?

—Puede que Stadler la viera en algún sitio.

—Eso podría decirse de cualquier persona. Tu teoría de la policía se basaba en el hecho de que ésta había mantenido tratos con las tres mujeres. —Me sentía deprimida y mareada—. Ha sido una equivocación —sentencié—. Será mejor que me vaya.

Morris se inclinó hacia delante y me rozó el brazo.

—Quédate un poco más —me rogó—. Sólo un poco, Nadia.

—Es una lástima —comenté en tono abatido—. Era una teoría muy bonita. Me da pena tener que abandonarla.

—Volvemos al pajar —dijo Morris.

Me miró sonriendo, como si la cosa tuviera gracia. Sus dientes, sus ojos, todo su rostro resplandecía.

—¿Sabes una cosa? —dije, como si estuviera soñando.

—¿Qué?

—Antes casi me parecía increíble no conocer a Zoë y a Jenny. Ahora, sin embargo, siento que somos hermanas; incluso, cada vez con más frecuencia, creo que somos la misma persona. Hemos pasado por las mismas experiencias. Hemos permanecido despiertas de noche con los mismos temores. Y moriremos de la misma manera.

Morris meneó la cabeza.

—Nadia...

—Sssh —le dije como si fuera un niño pequeño. Estaba hablando como para mí sola, y no quería que nadie interrumpiera mi ensoñación—. Cuando fui con Louise al apartamento de Zoë tuve una sensación asombrosa. Era como si ella fuera mi mejor amiga, como si nos conociéramos de toda la vida. Cuando me comentó que la tarde anterior había ido de compras con Zoë, yo sentía como si hubiera ido con ellas. Y a ella también se lo parecía. Lo sé.

En ese momento la niebla se disipó de repente y se abrió ante mí un nítido paisaje, frío y duro bajo el sol. No cabía la menor duda. Yo había repasado mentalmente mil veces los informes forenses desde la primera vez que los había leído.

—¿Qué te ocurre?

De pronto me sobresalté. Casi me había olvidado de la presencia de Morris.

—¿Cómo? —dije.

—Te veo como ausente —observó él—. ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando que cuando mataron a Zoë, llevaba puesta la camiseta que se

acababa de comprar con Louise. Qué curioso, ¿verdad?

—No sé —dijo Morris—. Dime qué es lo curioso, Nadia. Dímelo.

—Lamento desbaratarlo todo —respondí.

Morris me miró como si tratara de leerme el pensamiento. ¿Acaso pensaba que me estaba volviendo loca? Muy bien. Me incliné sobre la mesa y cogí su mano. La tenía pegajosa. La mía estaba fría y seca. Sostuve su mano derecha entre las mías y la apreté.

—Morris —dije—, me apetece un poco de té.

—Sí —respondió—. Sí, claro, Nadia.

Sonreía constantemente, como si no pudiera evitarlo.

Se levantó y abandonó la habitación. Miré hacia la puerta de entrada. Había varios pestillos y cerraduras. La casa se encontraba a unos cincuenta o sesenta metros al final de una callejuela desierta. Me levanté y me acerqué al tablero de corcho.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté a viva voz.

—No —me gritó él desde la cocina.

Contemplé el tablero. Debajo había un escritorio con cajones. Con el mayor sigilo, abrí el primero: talonarios de cheques, recibos. Abrí el segundo, postales. El tercero, catálogos. El cuarto, un montón de fotografías. Cogí un par de ellas. Ya sabía más o menos lo que vería, pero aun así me estremecí: Morris y alguien, y alguien y Fred; Morris y Cath y Fred; Morris y alguien y Fred. Me guardé una en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Quizá la encontrarían en mi cuerpo. Cerré el cajón y me senté junto a la mesa. Miré a mi alrededor. Tendría que arreglármelas como pudiera. Vací mi mente. No, no era cierto, no la vacié; la llené. Me obligué a mí misma a recordar la fotografía de Jenny muerta. Me obligué a mí misma a pensar en todos los detalles. ¿Qué haría Jenny si estuviera sentada donde yo me hallaba sentada en aquel momento?

Morris regresó, sosteniendo como podía una tetera, dos tazas, una caja de leche y un paquete de galletas. Lo depositó todo sobre la mesa y se sentó.

Nos sonreímos mutuamente una vez más. Qué sonrisa tan bonita. Se le veía feliz, excitado. La excitación era una luz que brillaba detrás de sus ojos.

—Yo no sé mucho de magia —dije—, pero lo primero que se aprende es que nunca hay que decirle al público lo que vas a hacer. Así, si algo falla, puedes fingir que lo has hecho a propósito. Mira.

Cogí la tetera, retiré la tapa y le arrojé el líquido a la cara. Una parte del té me salpicó, pero ni lo noté. Morris emitió un aullido animal. Yo me estiré hasta la plancha y la así con ambas manos. Era mi oportunidad y tenía que aprovecharla. Morris aún se cubría el rostro con las manos. Sostuve en alto la plancha y la descargué con todas mis fuerzas sobre su rodilla izquierda. Oí un crujido como de fractura y otro alarido. Morris se dobló y cayó al suelo de lado. ¿Qué más? Pensé en la fotografía de Jenny. Me sentía al rojo vivo, incandescente como un atizador. Su tobillo izquierdo había quedado al descubierto. Volví a descargar la plancha. Más

crujidos. Y otro grito. Me eché hacia atrás, pero, mientras lo hacía, noté que una mano me agarraba el bajo de los pantalones. Volví a levantar la plancha, y, al tratar de soltarme, la mano se me abrió.

Me situé lejos de su alcance. Él seguía tendido boca arriba en el suelo, gimoteando y con el cuerpo retorcido. Lo único que podía ver de su rostro era un pálido amasijo de ampollas al rojo vivo.

—Como te acerques un centímetro —dije—, te rompo todos los malditos huesos del cuerpo. Sabes que lo haré. He visto las fotografías. He visto lo que le hiciste a Jenny.

Retrocedí sin quitarle los ojos de encima. Miré rápidamente a mi alrededor y vi el teléfono. Con la plancha todavía en la mano y el cordón arrastrando sobre las tablas del suelo, marqué un número.

Colgué el teléfono y permanecí de pie lo más lejos de Morris que me permitía el tamaño del lugar. Aún estaba encogido en el suelo, gimiendo y resollando. Me pregunté si estaría recuperando las fuerzas, si se levantaría y se abalanzaría sobre mí. ¿Y si me acercara nuevamente a él y volviera a golpearlo? ¿Y si corriera hacia la puerta y saliera a la calle? No podía mover los pies. No podía hacer nada. De repente, todo el cuerpo me empezó a temblar. Me apoyé contra la pared para no perder el equilibrio.

Observé unos movimientos, primero como de prueba y después ya más decididos. Se estaba incorporando y gemía a causa del esfuerzo. Comprendí de inmediato que no tendría ninguna posibilidad de levantarse, pues sus piernas estaban visiblemente inservibles. Se arrastró por el suelo gimiendo de dolor, hasta la librería. Se incorporó un poco y ladeó el cuerpo para poder verme. Tenía la cara enteramente quemada, con las mejillas y la frente cubiertas de ampollas. Uno de sus ojos estaba casi cerrado. La saliva se le escapaba de la boca y le caía por la barbilla. Tosió.

—¿Qué has hecho?

No contesté.

—No lo entiendo —dijo—, yo no lo hice.

Aferré con fuerza la plancha.

—Un solo movimiento y te machaco.

Cambió ligeramente de posición y se le escapó un grito.

—Dios mío —dijo entre jadeos—, cómo duele.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté—. Tenía hijos. ¿Qué había hecho?

—Estás loca —contestó—. Yo no lo hice, te lo juro, Nadia. Ellos mismos te lo dijeron. Estaba a más de ciento cincuenta kilómetros cuando mataron a Zoë.

—Ya lo sé —dije.

—¿Cómo?

—Sé que no mataste a Zoë. Ibas a hacerlo, pero no lo hiciste. Tú mataste a Jenny.

—Te equivocas, te lo juro —dijo—. Oh, Dios mío, ¿qué me has hecho en la cara? ¿Por qué me lo has hecho?

Ahora estaba llorando.

—Ibas a matarme. Como la mataste a ella.

Me costaba hablar. Respiraba con entrecortados e irregulares jadeos y el corazón me latía violentamente en el pecho.

—Lo juro, Nadia —dijo en algo más que un susurro.

—Cierra tu cochina boca. He visto las fotografías del cajón.

—¿Cómo?

—De ti y de Fred, las que quitaste del tablero antes de que yo llegara.

No se perdía detalle.

—Confieso que escondí las fotografías. Sí, me asusté, porque pensé que podían ser comprometedoras. Pero eso no significa que yo haya matado a nadie.

—Como te asustaste cuando íbamos a reunimos con Louise en el apartamento...

—No, me llamaron al móvil, de verdad, tenía que irme. Nadia, estás completamente equivocada...

No sé qué otra cosa esperaba yo. A lo mejor quería que confesara su culpa y dijera algo para justificarse. Pero él jamás confesaría y yo jamás lo entendería. Mentiría hasta el final, y puede que hasta acabara creyéndose sus propias mentiras. Contemplé su rostro despellejado, su trémulo cuerpo y su único ojo abierto, que me miraba desde abajo.

—Debería matarte —le dije—, debería acabar contigo antes de que llegue la policía.

—Tal vez sería mejor —dijo él—, porque yo no lo hice, Nadia, y no hay ninguna prueba contra mí. Y me soltarán y a ti te encerrarán en la cárcel. Pero ¿podrías hacerlo? ¿Podrías, Nadia? ¿Podrías matarme?

—Me encantaría, te lo prometo.

—Pues hazlo. Vamos.

La saliva le bajaba por el mentón. Trató de sonreír.

—Me gustaría hacerte sufrir como tú hiciste sufrir a Zoë y a Jenny.

—Yo te echaré una mano —dijo, y entre jadeos y gruñidos se arrastró hacia mí por el suelo como una enorme y horrible babosa. Su desplazamiento era muy lento.

—Si te acercas más, te machaco la cabeza —advertí, asiendo con fuerza la plancha.

—Hazlo —dijo Morris—. De todos modos irás a la cárcel, y a mí me soltarán. Y aunque no lo hagan, no tardaré en salir. ¿No sería mejor que te libraras de mí?

—Ya basta, ya basta —grité, rompiendo a llorar.

De la misma manera que reptaba por el suelo, serpenteaba también por el interior de mi cabeza. Estaba a punto de arrojarle la plancha cuando oí que aporreaban la puerta y unas voces que me llamaban a gritos. Miré a mi alrededor y vi unas luces fuera. Eché a correr hacia la puerta y la abrí. Todo fue muy rápido. No tardaron ni un par de segundos. Unas borrosas figuras pasaron corriendo por delante de mí. Vi a un par de agentes de uniforme y a Cameron. Por encima del hombro de éste vi dos vehículos de la policía y otro que se acercaba. Cameron contempló la escena. Estaba sudando y la corbata se agitaba sobre su hombro.

—¿Qué demonios has hecho?

No contesté. Me limité a inclinarme para depositar la plancha en el suelo.

—¿Has llamado a una ambulancia?

Negué con la cabeza. Cameron llamó a gritos a uno de los agentes y éste se acercó.

—Me ha atacado —dijo Morris—. Se ha vuelto loca.

Cameron miró a Morris y luego a mí, y viceversa, visiblemente perplejo.

—¿Está usted herido? —le preguntó a Morris.

—Sí —contestó Morris—. Estoy gravemente herido. Y furioso.

Cameron se acercó a mí y apoyó una mano sobre mi hombro.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza.

Yo seguía sin poder apartar la vista de Morris, que continuaba encogido en el suelo. Cada vez que lo miraba, encontraba sus ojos clavados en mí. Uno de ellos no parpadeaba. El agente se inclinó hacia él y le dijo algo, pero él seguía sin apartar la vista de mí.

—Siéntate —me indicó Cameron.

Miré a mi alrededor. Cameron me acompañó hasta una de las sillas que había junto a la mesa. Me senté para no ver a Morris. Pensé que vomitaría si seguía mirándolo.

—Y ahora, Nadia, tengo que decirte algo antes de seguir con esto. Así que escúchame bien. Debes saber que cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra, si hay acusaciones contra ti. Además, tienes derecho a un abogado. Si lo deseas, nosotros podemos facilitarte uno. ¿Has entendido?

Asentí con la cabeza.

—No, tienes que decir en voz alta que lo has entendido.

—Lo he entendido. Y no me importa hablar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mira el cajón. Aquel de allí.

Se acercó a la puerta y gritó no sé qué acerca de la presencia de un agente en el escenario del delito. Enseguida llegó la ambulancia, haciendo sonar la sirena. Un hombre y una mujer enfundados en monos verdes entraron corriendo y se inclinaron sobre Morris. Cameron me miró fijamente. Extrajo de su bolsillo unos guantes de plástico que se parecían más a los de goma que te dan en las estaciones de servicio que a los que utilizan los cirujanos. Abrió el cajón y echó un vistazo a las fotografías.

—Conocía a Fred —dije yo.

La situación resultaba cada vez más teatral. Cameron contemplaba la escena, estupefacto. Morris gimió de dolor cuando le quitaron los pantalones, cortándolos con unas tijeras. Poco después llegó Links.

—Pero ¿qué demonios...? —dijo, tratando de comprender lo ocurrido.

—Ha atacado a Morris con una plancha —le explicó Cameron.

—Pero qué coño... ¿por qué?

—Asegura que fue él quien cometió los asesinatos.

—Pero...

Cameron le entregó a Links una de las fotografías, que éste examinó. Después me miró a mí.

—Sí, pero, aun así... —Se volvió hacia Cameron—. ¿Le has hecho las

advertencias pertinentes?

—Sí. Y dice que está dispuesta a hablar.

—Muy bien. ¿Y Burnside?

—Todavía no he hablado con él.

Links se inclinó hacia Morris y le mostró la fotografía. Como respuesta, éste meneó la cabeza y emitió un gruñido. Después Links se acercó a mí y se sentó a mi lado. Ahora ya estaba más tranquila y me notaba la cabeza despejada.

—¿Morris la ha atacado?

—No —contesté—. Si Morris me hubiera atacado, ahora estaría muerta. Bueno, no muerta. Moribunda. Siendo asesinada.

—Pero, Nadia —dijo pacientemente Links—, tiene que comprender que..., bueno, que Morris Burnside no pudo haber asesinado a Zoë Haratounian. No estaba en la ciudad.

—Lo sé. Sé quién mató a Zoë.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Lo he comprendido de repente. Ustedes parten de la idea de que quien la mató era la misma persona que le enviaba las notas. Pero ¿y si otra persona la hubiera matado primero?

—¿Y por qué otra persona querría matarla?

—Hace un momento he recordado algo que me dijo Grace Schilling, que el criminal siempre deja algo de sí mismo en el escenario del delito y siempre se lleva algo. ¿Lo sabían ustedes?

Miré a Cameron, que estaba ocupado examinando el contenido del cajón.

—Vi el informe del forense sobre el escenario del delito. ¿Recuerdan lo que decía el informe respecto de la camiseta que llevaba Zoë cuando la encontraron?

—Sí, pero ¿cómo demonios...?

—¿Recuerdan lo que decía?

—Contenía los mismos restos del ambiente del apartamento que las demás prendas de vestir, las alfombras, las camas... Sólo los de ella y los de su exnovio.

—Pero es que la camiseta no hubiera tenido que contener ninguna huella de Fred. Cuando ella entró en el apartamento, llevaba la camiseta en una bolsa de plástico. Se la había comprado la víspera con su amiga Louise. —Ladeé la cabeza para mirar a Morris, que me escuchaba con atención—. Fred dejó restos de su cabello en la camiseta de Zoë mientras la estrangulaba.

Me pareció vislumbrar un leve atisbo de sonrisa en el rostro de Morris.

—Eso tú no lo sabías, ¿verdad? —le dije a éste—. Tu amigo mató a Zoë antes de que pudieras hacerlo tú. —Miré a Stadler y a Links—. Los asesinos son dos, ¿comprenden? ¿No les extrañó que los asesinatos fueran tan distintos? No era que el asesino se hubiera vuelto más violento, sino que los autores eran dos personas distintas. ¿Fue por eso por lo que tu crimen fue tan violento, Morris? ¿Te ensañaste con Jenny porque no habías podido liquidar a Zoë?

—No sé de qué hablas —dijo Morris.

—Pero tuviste una compensación —añadí—. Te ofreció la ocasión de acercarte a mí y verme sufrir.

—Pero ¿cómo pudo haberlo hecho Fred? —preguntó Links—. La señorita Haratounian ni siquiera tenía intención de regresar a su apartamento.

—No creo que lo tuviera planeado —contesté—. Eso es lo que más me desconcertaba mientras permanecía sentada aquí. Pensaba en aquella cosa tan rara que había desaparecido, aquel horrible tapiz que Fred le había regalado a Zoë. ¿Qué motivo podía tener alguien para llevárselo? No creo que lo robaran. Lo que creo es que Fred acudió al apartamento para recuperar lo que era suyo. Zoë regresó inesperadamente y entonces él cogió el cinturón de la bata de Zoë y la estranguló. Por eso los análisis tropezaron con tantas dificultades. Lo que Fred se llevó era suyo, y lo que dejó en el escenario del crimen era simplemente más cantidad de lo que ya había allí. Más Fred. Demasiado Fred. Y también contaba con una coartada perfecta. ¿Quién hubiera podido matar a Zoë sino el hombre que ya había dicho que lo haría? Tiene gracia, ¿verdad, Morris? Tú y Fred formabais un gran equipo, lástima que no lo supierais.

Los auxiliares sanitarios habían colocado a Morris en una camilla y le estaban suministrando suero.

—¿No vas a registrarle los bolsillos?

—¿Para qué?

—No sé... Supongo que pretendía atacarme...

Cameron miró a Links y éste asintió con la cabeza. Los preciosos pantalones nuevos de Morris estaban cortados por la mitad. Disponían de innumerables bolsillos cuyo interior Cameron empezó a registrar. Vi algo que brillaba en sus manos. Era una especie de alambre.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Morris.

—Estaba reparando una cosa.

—¿Qué clase de reparación es ésa para la que necesitas una cuerda de piano con un nudo corredizo?

No contestó. En cambio, me miró y me dijo en un susurro:

—Volveré, querida. Volveré.

Los enfermeros cogieron la camilla y se lo llevaron.

—Que dos de vosotros lo acompañen al hospital —gritó Links a uno de los agentes—. Leedle sus derechos y mantenedlo incomunicado y fuertemente vigilado.

Vi cómo se lo llevaban. Hasta que doblaron la esquina, Morris siguió mirándome fijamente con su ardiente ojo y una amistosa expresión de asesino. Me sonrió a través de su sanguinolenta máscara cubierta de ampollas.

—¿Y qué harán con Fred? —pregunté después.

Links lanzó un suspiro.

—Lo interrogaremos de inmediato. O lo antes posible.

—Y yo, ¿qué? ¿Puedo irme?

—La acompañaremos a casa.

—Iré a pie. Sola.

Links se plantó firmemente delante de mí.

—Señorita Blake, si se niega a subir a un automóvil de la policía con protección policial, la obligaré por la fuerza.

—Creo —dije con la mayor frialdad que pude— que me sentiría más segura yendo por mi cuenta.

—Muy bien —accedió él en tono abatido.

Vislumbré el temor en su rostro: se imaginaba el descrédito público y su carrera destrozada.

—Siempre me ha gustado cuidar de mí misma.

¿Qué hice a continuación? ¿Qué hace uno cuando le devuelven la vida?

Pasé el primer día con su consiguiente noche en casa de mis padres, ayudando a mi padre a pintar el cobertizo del jardín y tumbada boca abajo sobre la colcha de felpilla de mi antiguo dormitorio, aspirando el olor de las bolas de naftalina y el polvo mientras mi madre trajinaba ruidosamente por la cocina, preparando tazas de té con demasiada leche y horneando galletas de jengibre que yo no podía comer. Cada vez que me veía, me miraba con sus enrojecidos ojos y me apretaba el hombro, o bien me acercaba con cautela la mano al cabello. Les había contado parcialmente lo ocurrido, pero había omitido muchas cosas. Había omitido lo más importante.

Después regresé a mi apartamento y me puse a limpiar. Mi primer impulso fue mudarme inmediatamente de casa, hacer las maletas y volver a empezar... Pero ¿de qué serviría? No podía volver a empezar. No quería. Así que abrí las puertas vidrieras y me puse un viejo mono con peto que parecía que alguien me hubiera regalado para burlarse de mí... Yo no recordaba haberlo comprado. Puse la radio a todo volumen y una alegre e insustancial música empezó a sonar en todas las habitaciones. Examiné el contenido de los cajones y llené varias bolsas de basura con *pantys* rotos, sobres viejos, trozos duros de jabón, cartones de rollos de papel higiénico, bolígrafos que goteaban y trozos de queso cubiertos de moho. Amontoné los periódicos para tirarlos luego en el contenedor de papel y metí las botellas vacías en una caja grande. Doblé la ropa, colgué mis prendas en el armario y llené un cesto de ropa sucia; luego puse en un montón las facturas y eché lejía en el fregadero, en el inodoro y en cualquier lugar que pareciera necesitarlo. También descongelé la nevera, fregué el suelo de la cocina, quité el polvo y limpié los cristales de las ventanas, que buena falta hacía.

Tardé dos días enteros, de la mañana a la noche. Fue como meditar. Podía pensar sin detenerme en los pensamientos, dejaba que los recuerdos flotaran a mi alrededor sin perseguirlos, sin intentar localizar su origen. No experimentaba ni euforia ni alivio, pero poco a poco sentí que regresaba a la vida. Cogí la tarjeta de Morris que guardaba en el escritorio y la arrojé a la basura junto con los restantes desperdicios. Recordé el brillo de sus ojos cuando me miraba como si se hubiera enamorado de mí. Luego arrugué el papel en el que había garabateado cosas sobre el contenido de las carpetas que Cameron me había traído y también lo tiré a la basura, no sin antes haber copiado la dirección de Louise. Cogí dos botones que había en el suelo. ¿Serían de Cameron? Los sostuve un momento en la palma de la mano antes de guardarlos en la caja de zapatos que a partir de aquel momento sería mi costurero.

Escuché los mensajes del contestador, que había muchos, pues los medios de difusión ya habían divulgado la historia. Incluso habían publicado fotografías nuestras: de Zoë, de Jenny y de mí —aunque la mía no sabía de dónde la habían

sacado— en la tercera página del *Participant*, como si estuviéramos las tres muertas, o las tres vivas. Había llamadas de reporteros y de amigos que de repente querían verme. Cameron también me había llamado varias veces con misteriosa urgencia. Incluso personas a las que sólo había visto una o dos veces en mi vida se mostraban emocionadas de conocer a alguien que se había hecho súbitamente famoso. No cogía el teléfono.

No lo hice hasta la mañana del soberbio y ventoso cuarto día, en que el sol penetraba a través de las puertas vidrieras abiertas y las primeras hojas de otoño se arremolinaban bajo el peral, donde por vez primera había abrazado y besado a Cameron. Estaba pensando en la posibilidad de arreglar el jardín y arrancar las malas hierbas, cuando sonó el teléfono y el contestador se puso en marcha.

—Nadia —dijo una voz que me hizo detenerme en seco mientras echaba agua caliente en la taza del té—. Nadia, soy Grace. Grace Schilling. —Pausa—. Nadia, si está escuchándome, ¿podría ponerse al teléfono? —Después—: Por favor. Es urgente.

Fui al teléfono.

—¿Sí?

—Gracias por coger el teléfono. ¿Dónde podríamos vernos? Tengo que decirle algo muy importante.

—¿Y no puede decírmelo por teléfono?

—No, tengo que verla.

—¿De veras es tan importante?

—Creo que sí. ¿Puedo ir a su apartamento dentro de, digamos, cuarenta y cinco minutos?

Miré a mi alrededor y contemplé mi resplandeciente hogar, que olía a lejía y a abrillantador de suelo.

—Aquí no. ¿En el Heath?

—Está bien. A las diez en punto junto al pabellón.

—De acuerdo.

Aún no era la hora, y Grace ya estaba allí. Aunque la temperatura era muy agradable, llevaba abrigo, como si estuviéramos en invierno. Su cabello, austeramente recogido hacia atrás, confería a su rostro un aspecto anodino y más viejo y cansado de lo que yo recordaba. Nos estrechamos ceremoniosamente la mano y echamos a andar colina arriba. Un hombre hacía volar una enorme cometa roja, a la que el viento agitaba y sacudía.

—¿Cómo está? —me preguntó. Yo me limité a encogerme de hombros. No quería comentar con ella mi salud mental.

—¿Qué quería decirme?

Grace se detuvo. Sacó una cajetilla de cigarrillos de un bolsillo y encendió una cerilla protegiéndola del viento con la mano. Dio una profunda calada. Después me

miró fijamente con sus ojos grises.

—Lo siento, Nadia.

—¿Ésa es la cosa importante que tenía que decirme?

—Sí.

—Vaya. —Aparté una piedra del camino con el pie y la vi perderse entre la hierba. Por encima de nosotras, la cometa roja danzaba y evolucionaba en el aire—. ¿Qué quiere? —Frunció el entrecejo, pero no dijo nada—. ¿Que la perdone o algo así? Mire, no soy yo la que ha muerto. —Se echó hacia atrás—. No puedo abrazarla y decirle: «Vamos, no se preocupe, mujer».

Hizo un gesto de impaciencia con la mano, como si estuviera apartando una nube de mosquitos delante de sus narices.

—No pretendo eso. Digo que lo siento porque es verdad.

—Entonces, ¿la envían ellos? ¿Se trata de una petición de disculpa colectiva?

Esbozó una sonrisa y dio una calada al cigarrillo.

—No, por Dios. Tenemos estrictamente prohibido mantener contacto con los testigos. —Otra seca sonrisa—. Hay procedimientos legales e investigaciones internas en marcha... y reportajes de televisión.

—Entonces, ¿están ustedes en un aprieto?

—Pues sí —contestó en un tono un tanto impreciso—. Pero no importa. Nos lo merecemos. Lo que hicimos fue... —Cortó la frase—. Iba a decir imperdonable. Fue muy poco profesional. Estúpido. Ciego. Equivocado.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la punta de su estrecho zapato.

—A lo mejor debería grabar esto para el abogado de Clive. —Frunció el entrecejo—. Sí, piensa emprender acciones legales. Y la tía de Zoë también. Pero eso no me preocupa. Me preocupan Zoë y Jennifer. Y usted. Me duele lo que usted ha tenido que pasar.

Nos apartamos del sendero y bajamos por la pendiente de la colina hacia el estanque. Unas ráfagas de viento rizaban la superficie del agua y torrentes de hojas caían a nuestros pies. Un niño, vigilado de cerca por su madre, arrojaba migas de pan a los orondos e indiferentes patos.

—Pero usted no tiene la culpa —dije cautelosamente—. La decisión no fue suya, ¿verdad? Me refiero al hecho de no decirnos lo que estaba ocurriendo.

Me miró sin contestar. Había decidido asumir su responsabilidad y no escabullirse.

—Por si le sirve de algo —añadí—, creo que, teniendo en cuenta la dificultad de la situación, no fue usted todo lo deshonesto que hubiera podido ser.

—Gracias, Nadia, pero no creo que eso lo incluya en mi currículum. Es curioso —añadió—. Me paso la vida diciendo a la gente que debe asumir el control de su vida, y ahora yo he perdido el control de la mía. Tomamos una decisión, mantener a la prensa al margen de la muerte de Zoë para no asustar a la población de la zona y para no dar la impresión de ser unos incompetentes, o algo peor, y dicha decisión nos

empujó a la siguiente y a la siguiente, hasta que, sin darnos cuenta, llegamos a un punto sin retorno. Y acabamos mintiendo a las personas que confiaban en nosotros. —Me miró con una triste sonrisa en los labios—. Y no lo digo como excusa.

—Tanto miedo... —dije.

—Sí.

—Yo jamás he podido creer realmente en Dios. ¿Y usted? —Meneó la cabeza—. Yo me siento vinculada a estas mujeres, a pesar de que no las he conocido, y a esos dos hombres, a los que sí he conocido, por supuesto. ¿Usted los conoce?

Respiró hondo.

—Sí, vi a Fred cuando lo interrogaron a raíz de la muerte de Zoë, y a Morris cuando usted descubrió que él conocía a Jennifer Hintlesham.

—Aquí necesito que me ayude, Grace. Usted sabe mucho de eso. Parecían personas normales. ¿Imaginaba usted que podían ser asesinos? ¿Notó algo en ellos? Fred, por ejemplo, ¿tenía antecedentes de conducta violenta?

—Ahora los tiene.

—Quiero decir...

—Ya sé lo que quiere decir. Quiere que le diga que estos hombres no son normales, ¿verdad? Quiere colocarles la etiqueta de peligrosos. O de locos. —Nos detuvimos a la orilla del estanque y encendió otro cigarrillo—. Pues eso es lo que ocurrirá. Unas personas como yo interrogarán a Morris y descubrirán que en su infancia sufrió abusos sexuales o que no fue debidamente atendido, que sufrió agresiones o que lo mimaban demasiado, que vio un vídeo o que se golpeó la cabeza jugando en el parque. Y alguien se pondrá en contacto con la prensa y dirá que Fred ya lo había atacado a él hace cinco años, o cualquier otra cosa. Y comparecerán políticos y expertos para explicar, con un nudo en la garganta, por qué no lo habían descubierto antes.

—¿Y por qué?

—Pues porque no había nada que descubrir. Cuando alguien comete un asesinato, generalmente la víctima es una persona a la que el asesino conoce. Eso dicen las estadísticas. Zoë cortó su relación con Fred y éste se sintió humillado y se puso furioso. Después tuvieron la desgracia, bueno, más bien la tuvo Zoë, de encontrarse a solas. Y él la mató. Así de sencillo. Ocurre muy a menudo. No es más asesino que otras muchas personas, sólo que él asesinó por casualidad. Y a nosotros nos pasó inadvertido porque la mujer, por casualidad, estaba recibiendo cartas amenazadoras que le enviaba otra persona.

—Un gran consuelo —dije secamente.

—Ya imagino que a usted esto no le sirve. No recuerdo que jamás me haya pedido consuelo. No es su estilo, ¿verdad? Lo de Morris, bueno, lo de Morris es distinto, claro. Es posible que a él se le pueda calificar de loco, como a cualquiera que comete crímenes tan crueles. O de malvado, si usted lo prefiere. Pero eso no nos lleva a ningún sitio, ¿verdad? Porque lo que a usted le preocupa es que, a pesar de todo el

horror y la muerte, no se extraiga ninguna lección de ello, que no pueda ponerse ninguna etiqueta.

—Sí.

—Exactamente.

Seguimos adelante, regresamos al sendero del que nos habíamos apartado y permanecemos unos minutos en silencio.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Nadia?

—Por supuesto que sí.

—Es algo que me tiene muy intrigada. ¿Cómo demonios consiguió ver todos aquellos expedientes?

—Ah, sí. Me acosté con Cameron Stadler... y después le hice chantaje.

Me miró como si acabara de abofetearla. La expresión de su rostro resultaba cómica.

—No me haga preguntas sobre este tema, por favor —dije—. Si yo le contara...

Grace se echó a reír con una risa trémula y no del todo alegre; al poco yo me uní a ella y acabamos cogidas del brazo y riéndonos como dos adolescentes. De repente, se detuvo y me miró con expresión muy seria.

—No puede andar por ahí sintiéndose culpable toda la vida —le dije.

—¿Se apuesta algo a que sí?

—Pues no.

Llegamos a una bifurcación del camino y Grace se detuvo.

—Yo me voy por aquí —dijo—. Así que... adiós, Nadia.

—Adiós.

Me tendió la mano y se la estreché. Después regresé por el mismo camino hasta el lugar donde habíamos visto la cometa, que aún seguía haciendo cabriolas en el aire.

—¡Nadia!

Me volví.

—¿Sí?

—Usted nos ha salvado —dijo, levantando la voz—. Nos ha salvado a nosotros, a usted misma, a las mujeres que habrían venido después. Nos ha salvado a todos.

—Ha sido simple suerte, Grace. He tenido suerte.

Hacía demasiado frío para que nevara. El cielo era de un gélido color azul y en las aceras brillaba todavía la escarcha de la víspera. Mi aliento humeaba en el aire y me lloraban los ojos. Tenía la nariz roja e irritada. La barbilla me asomaba por encima de mi vieja bufanda de lana, que me picaba en la piel. El viento cortaba como un cuchillo. Yo apuraba el paso con la cabeza inclinada.

—¡Nadia! ¡Nadia!

Una voz juvenil me llamaba desde la otra acera. Me volví para mirar.

—¿Josh?

Era él. Estaba con un grupo de muchachos y muchachas de su edad. Todos iban abrigados con gruesas chaquetas y gorros y se daban codazos entre sí. Josh cruzó la calle para saludarme.

—Ya os alcanzaré —les gritó a sus compañeros, indicándoles por señas que siguieran adelante.

Parecía más fuerte de lo que lo recordaba, menos pálido y esmirriado. Se detuvo a escasa distancia de mí y nos sonreímos mutuamente. Ambos estábamos un poco cohibidos.

—Joshua Hintlesham, he pensado mucho en ti —dije, procurando mostrarme jovial.

—¿Cómo estás?

—Viva.

—Eso está bien —dijo, como si no estuviera del todo convencido. Miró nerviosamente a su alrededor—. Debería haberte llamado —explicó—. Me siento muy mal por haber llevado a Morris a tu casa. Por todo.

Parecía que hubieran transcurrido más de cinco meses desde la última vez que lo había visto, sentado en el sofá de mi casa. Entonces no era más que un montón de frágiles huesos. No sabía qué decirle. Había demasiadas cosas que se interponían entre nosotros. Una montaña inmensa de horror, de pérdida y de temor.

—¿Tienes tiempo de tomar un café o algo conmigo? —Se quitó el gorro de lana y vi que se había teñido el cabello de un intenso color naranja y que llevaba un *piercing* en la oreja.

—¿Y tus amigos?

—No importa.

Caminamos sin decir nada hasta un pequeño café italiano. Dentro hacía calor y estaba oscuro y lleno de humo. Una cafetera exprés silbaba y borboteaba en un rincón.

—¡Qué bien se está aquí! —dije, lanzando un suspiro mientras me quitaba el abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes.

—Invito yo —dijo aparentando indiferencia y haciendo tintinear las monedas en el bolsillo con expresión satisfecha.

—De acuerdo, ricachón. Me tomaré un capuchino.

—¿Algo para comer? —preguntó en tono esperanzado.

No quería decepcionarlo.

—Uno de esos cruasanes con almendras.

Me senté a una mesa en un rincón y lo miré mientras pedía las consumiciones. El hijo mayor de Jenny, inclinado sobre el mostrador, con su cabello anaranjado, tratando de comportarse como un hombre y adoptando un aire de fría seguridad y confianza delante de mí. Calculé que debía de haber cumplido los quince. Era casi un hombre. En pocos años terminaría la escuela.

Trajo el café y el cruasán a la mesa y los dejó delante de mí. Él se había pedido un chocolate caliente. Tomó cuidadosamente un sorbo y se le formó en el labio un pequeño bigote de espuma. Volvimos a sonreímos.

—Tenía que haberme puesto en contacto contigo antes —repitió.

Tomamos unos sorbos de nuestras respectivas bebidas y nos miramos por encima del borde de las tazas.

—Al parecer, le ajustaste bien las cuentas a Morris —dijo.

—Se trataba de él o de mí.

—¿De veras fue con una plancha?

—Pues sí.

—Debió de dolerle mucho.

—Ya lo creo que le dolió.

—Supongo que debería alegrarme —dijo—. ¿Has oído hablar de los clanes Yakuza de Japón? Antes de matarte, te hacen de todo. Te tiran en la calle y te pasan varias veces por encima con un coche hasta que te destrozan los huesos. Tienen la teoría de que, cuando una persona sufre dolor a un nivel muy profundo, sigue sufriendolo hasta el momento de la muerte, aunque esté inconsciente.

—Muy bonito —dije, haciendo una mueca.

—Al principio, quería vengarme de Morris. Recordaba las veces que había estado con él... sin saber lo que le había hecho a mi madre.

—Para él, eso formaba parte de la diversión.

—Pero después pensé, a la mierda. Tal vez, cuando salga.

—No saldrá hasta que sea un viejo chocho.

—Un viejo chocho con artritis en la rodilla —dijo Josh, sonriendo.

—Eso espero. Fred saldrá antes. Estuve hablando con Links. El juicio no se celebrará hasta el año que viene, pero por una causa mucho menos grave, como es estrangular a tu exnovia porque ella te ha dejado; no cumplirá más de ocho o diez años.

Depositó la taza sobre la mesa y se pasó el pulgar por el labio superior para limpiarse el chocolate.

—Quería preguntarte algo..., pero no sé exactamente qué es —dijo, exasperado—. Los hechos los conozco, lo sé todo, pero...

Frunció el entrecejo y me miró con desesperanza, con aquellos ojos que me recordaban a Jenny. De pronto me pareció mucho más joven, como el Josh que yo recordaba de nuestro desastroso verano.

—Crees que hay algo que yo debería decirte.

—Algo así —murmuró, pasando un dedo por un montoncito de azúcar que había sobre la mesa.

Recordé que a mí me había pasado lo mismo con Grace, muchos meses atrás, en el Heath. Respiré hondo.

—Morris asesinó a tu madre por pura diversión. Después me eligió a mí. Y si yo no hubiera tenido suerte, tú ahora podrías estar sentado aquí con la siguiente mujer que él hubiera elegido, o con la siguiente. Él no tenía ningún motivo para matar a tu madre. Hubiera podido ser cualquier otra, pero casualmente fue Jenny. Y yo lo siento en el alma —añadí tras una pausa.

—No te preocupes —musitó, haciendo todavía dibujos con el azúcar sin levantar la mirada.

—¿Qué tal va la escuela?

—Ahora voy a otra. Pensaron que me vendría bien el cambio.

—Ya.

—Ésta es mejor. Ya he hecho amigos.

—Estupendo.

—Y me veo con una persona.

—¿Una novia, quieres decir?

—No. Una persona... para hablar de cosas.

—Ah, ya; eso está muy bien.

Lo miré con impotencia.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué haces ahora?

—Pues cosas.

—¿Lo mismo de siempre?

—No, qué va —contesté con firmeza. Señalé con la mano la pequeña bolsa de viaje de nailon que había dejado al lado de la silla—. ¿Sabes lo que hay dentro de esta bolsa?

—¿Qué?

—Entre otras cosas, cinco bolas de malabarismos.

Me miró como si no entendiera.

—Cinco —repetí—. ¿Qué te parece?

—Es asombroso —dijo, visiblemente impresionado.

—Mi intención es dejar definitivamente este trabajo, pero entretanto no me he

quedado con los brazos cruzados.

—Hazme una demostración —dijo.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿De veras quieres verlo?

—Por supuesto.

Miré a mi alrededor. El café estaba casi vacío. Saqué las bolas de la bolsa y me puse tres en una mano y dos en la otra. Me levanté.

—¿Estás preparado?

—Sí.

—Concéntrate, ¿eh?

—Estoy concentrado.

Empecé. Todo fue bien durante un segundo, hasta que las bolas se me escaparon por todas partes. Una golpeó a Josh y otra a mi taza de café vacía.

—Esto es sólo para que te hagas una idea... —dije, agachándome debajo de la mesita para recoger una que había ido a parar al rincón.

—¿Eso es todo? —preguntó sonriendo.

—Bueno, no es fácil. Si lo fuera, todo el mundo lo haría.

—No, no. Ha sido estupendo —dijo, rompiendo alegremente a reír.

Puede que aquello fuera mi regalo a Josh, y mi despedida. Nadia, la payasa, la que no había muerto, lanzando bolas de colores al aire en un oscuro y pequeño café. Una risa, o quizá fue un sollozo, se me escapó del pecho.

—Será mejor que me vaya —dije.

—Yo también.

Nos dimos un beso en cada mejilla antes de abandonar el café y después salimos al frío glacial del exterior. Cuando ya nos girábamos para alejarnos en direcciones opuestas, Josh me dijo:

—Le sigo poniendo flores en la tumba.

—Me alegro.

—No me olvido.

—Oh, Josh —le dije—. Tienes derecho a olvidarlo de vez en cuando. Todo el mundo tiene derecho a olvidar.

Mientras bajaba al camino del canal para volver a mi apartamento, pensé. Yo tampoco puedo olvidar. Nunca olvidaré a esas mujeres que murieron. A Zoë y a Jenny. Unas veces pienso que ya no existen, que no están aquí y que jamás volverán a estar, por mucho que las espere, por mucho que espere a esas mujeres a quienes no he conocido. Pero otras veces me sorprende pensando que me las voy a encontrar al doblar la esquina, cuando subo a un abarrotado autobús y me abro paso en busca de un asiento, cuando miro los rostros de la gente en busca de la amiga con la que he

quedado, cuando abro los ojos por la mañana después de un sueño que parecía real incluso después de haber terminado.

Conozco muy bien sus rostros, mejor que los de cualquier otra persona, mejor que los rostros de mi padre y de mi madre, mejor que el rostro de un amante que antaño contemplara con pasión y esperanza. Conozco sus rostros tan bien como el mío cuando me miro en el espejo. Los he visto tantas veces, mientras buscaba pistas suplicándoles que me revelaran su secreto, que me ayudaran... El perfil de la nariz, la manera de levantar la barbilla, el modo de sonreír, el brillo de sus dientes, la manera de fruncir el entrecejo, el pequeño pliegue que hay entre los ojos, las arrugas, los surcos, las líneas, las sombras, los recovecos, los defectos, el dolor...

No las conocí, y, sin embargo, las echo de menos. No las conocí en su momento y, sin embargo, las conozco ahora, cuando ya es demasiado tarde. Las conozco como jamás nadie las conoció. Ellas también me hubieran conocido a mí. Puede que no nos hubiéramos gustado unas a otras, pero en el fondo somos hermanas, pues su temor fue mi temor; su vergüenza, mi vergüenza; su rabia, la mía, y su terror, y su sensación de violación y de impotencia, y su conciencia de aquel horror cada vez más cercano. Sé lo que sintieron. Yo también lo he sentido.

Otros las olvidarán, dejarán que poco a poco su recuerdo vaya extinguiéndose. Así debería ocurrir cuando alguien muere. Quienes les dijeron que las amaban pronunciarán esas mismas palabras ante otras personas. Está bien, y es justo que así sea; es la única manera de poder seguir viviendo. Nos volveríamos locos si lo recordáramos todo y nos aferráramos a ello. Y de esa manera ellas se irán alejando. Todos sus defectos, sus exasperantes manías, sus particulares maneras de ser desaparecerán y se convertirán en algo vago, algo cada vez menos nítido y menos humano, hasta convertirse en relucientes superficies blancas en las que otras personas podrán contemplar el reflejo de su propia imagen. Sus tumbas serán visitadas cada vez con menos frecuencia, hasta que finalmente sólo acudirán a ellas en los aniversarios y en fechas señaladas. La gente contará historias de cuando las conocieron, pues la proximidad a la tragedia hace que nos sintamos en cierto modo importantes. Hablarán de ellas en un reverente susurro: «Oh, sí; qué terrible lo que le ocurrió a Zoë y a Jenny. Qué triste, ¿verdad?».

Pero yo no puedo olvidarlas de esa manera. Tengo que llevarlas conmigo adondequiera que vaya; a través de la vida que he recuperado, a través de los años de los que fueron privadas, y del amor, de las pérdidas y de los cambios que ellas jamás conocieron. Todos los días les digo adiós.



NICCI FRENCH Es el pseudónimo utilizado por el matrimonio inglés formado por Nicci Gerrard, y su marido, Sean French que escriben *thriller* psicológicos donde el personaje principal suele ser una mujer fuerte y vulnerable, independiente y obstinada. Escriben en alternancia, y luego juntos reescriben los textos.

Nicci Gerrard nació en 1958 y creció en Worcestershire. Se educó en la Escuela Alicia Ottley en Worcester y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford. Se dedicó a enseñar literatura en Los Angeles y Londres. Fundó una revista para mujeres antes de convertirse en periodista freelance. Durante ese tiempo se casó y tuvo dos hijos. Tras el fracaso de este primer matrimonio, conoció a Sean French mientras trabajaba como editora del *New Statesman* donde French escribió una columna semanal, pero se fue cuando se le ofreció otro trabajo en *The Observer*.

Sean French nació en 1959 en Bristol. Se educó en la escuela de secundaria William Ellis en el norte de Londres antes de estudiar Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, al igual que Nicci pero nunca se encontraron allí. Durante su estancia en la Universidad ganó un concurso de jóvenes escritores organizado por *Vogue*, y posteriormente se convirtió en periodista. En 1987 obtuvo su primera columna y hasta finales de 2000 escribió columnas para el *New Statesman*.

Se casaron en 1990 y desde 1999 han vivido en Elmsett en East Anglia, Inglaterra.